



ENTRE DOS  
MUNDOS

GENNIFER ALBIN

Lectulandia

Vida. Posibilidad. Elección. El gremio se lo arrebató todo.

Entre las exuberantes ruinas del planeta Tierra, Adeline está a punto de descubrir los peligros que puede sufrir al tener libertad. La persiguen las fuerzas de Cormac, pero Adeline ha encontrado un mundo que está lejos de estar desierto. Es sencillo hallar aliados en el viejo planeta, pero no resulta tan fácil saber en quién confiar porque todos parecen esconder secretos importantes, especialmente aquellos a quienes Adeline más necesita. Son secretos por los que estarían dispuestos a matar. Secretos que lo cambiarían todo. Entre dos hermanos y dos mundos...

Ha llegado el turno de que Adeline decida en qué bando quiere luchar.

**Lectulandia**

Gennifer Albin

# **Entre dos mundos**

**Las tejedoras de destinos - 2**

ePub r1.0

Titivillus 25.01.15

Título original: *Altered*  
Gennifer Albin, 2013  
Traducción: Montserrat Nieto

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*Para Kalen,  
que siempre mantiene la luz encendida*



«Que se sepa que hay dos mundos de la vida y de la muerte...»  
*Prometeo liberado* — Percy Bysshe Shelley

## PRÓLOGO

Renunciaron a la tierra. Los hombres se marcharon de sus casas y sus tiendas. Dejaron las calles desiertas, abandonadas a la destrucción, renunciando a dominar el mundo y a su propio desarrollo por la promesa de algo nuevo y venidero. Y por eso, la Tierra se presenta como una espléndida ruina.

En el horizonte se alza una ciudad con grotesca majestad, y a nuestras espaldas el océano ruge impetuoso. Sobre nosotros, el cielo se retuerce y gira para contemplarnos —un continuo de estrellas y luz—. Sé poco de este mundo, pero en mi pecho albergo esperanza. Esta es nuestra primera oportunidad. Tal vez la única.

*Vida.*

*Opciones.*

*Elección.*

Me enseñaron que existía una única realidad: una realidad dirigida, supervisada y creada por otros. Pero aquí, en los límites de mi pasado, siento las posibilidades fluyendo por mi cuerpo. En este mundo, las hebras de la vida se encuentran libres, espléndidas e incontroladas. El tiempo se desliza a mi alrededor y me envuelve con su protección. Puede ocurrir cualquier cosa, y noto la vital pulsión de esta certeza en los brazos y en mis doloridas manos. Loricel estaba equivocada respecto a la Tierra y lo que representa. Me dijo que estaba muerta, que era una reliquia casi olvidada de una época diferente, pero este mundo no está condenado.

Está esperándome.

# UNO

Sobre nosotros se desliza la luz de una nave, que nos baña con su resplandor. Levanto la mano como para hacerle señas, pero la bajo y me protejo los ojos, sintiendo cómo el miedo sustituye la breve emoción de saber que no estamos solos en este planeta. Un miedo que la Corporación ha ido cultivando en mí desde que me separaron de mi familia. Más poderoso que la esperanza que va enraizando en mi interior.

El casco de la nave es ancho y se mueve lentamente, convirtiendo su vuelo en un perezoso avance por el cielo. No cambia de rumbo cuando se desliza por encima de nosotros, y aunque el brillo del foco se desvanece, la sangre me palpita con fuerza en las venas, recordándome una cosa: que incluso a un mundo de distancia de Arras, donde nadie tiene razón alguna para hacerme daño, sigo sin estar a salvo. Sin embargo, ahora entiendo lo que antes no comprendía. Mis padres estaban equivocados. Ellos me enseñaron a ocultar mi don.

Pero mis manos son mi salvación, no mi condena.

Contemplo cómo la nave avanza a poca altura por el horizonte, atravesando el brillante cielo nocturno. Si mantiene esa misma trayectoria, acabará estrellándose con la cadena montañosa apoyada contra la ciudad que diviso a lo lejos.

—¿Nos ha visto? —susurra Jost, como si el piloto pudiera oírnos. Sus ojos, normalmente de un azul intenso, aparecen oscuros, casi tanto como la rizada melena que le roza los hombros, y reconozco el miedo en ellos.

—Imposible. ¿Dónde irá?

Jost entrecierra los ojos y ladea la cabeza, tratando de ver la nave con más claridad.

—Creo que está patrullando.

Entonces me doy cuenta. La nave no está planeando como un pájaro, sino que cuelga de una maraña de toscas hebras, como una marioneta suspendida de los hilos de un titiritero. Hay algo *extraño* en el cielo. Pensaba que lo que brillaba sobre nuestras cabezas eran estrellas, como las que salpicaban el cielo nocturno de Arras. Pero estas estrellas son alargadas y parecen desvanecerse en un caos luminoso que parpadea de manera errática sobre nosotros. Las miro fijamente durante largo rato hasta que comprendo lo que estoy viendo. No se trata de estrellas en un cielo nocturno.

Son *hebras*.

Es el mismo extraño tejido primario por el que caímos cuando saltamos de Arras. Loricel, la maestra de crewel que me instruyó y la mujer más poderosa de Arras, me lo mostró en su estudio y me explicó que era una capa intermedia entre Arras y otro mundo. Aquel día me reveló la verdad: que Arras estaba construido sobre las ruinas de la Tierra.

—Tiene que ser de la Corporación —le digo. Ya sabía que la Corporación contaba con personal en la Tierra. Si hubiera permanecido en Arras, parte de mi trabajo habría



sido ayudarles a extraer materiales de este planeta. Y por supuesto, dispondrán de fuerzas de seguridad que vigilen la capa intermedia entre ambos mundos. La esperanza que había empezado a surgir en mi pecho se desvanece, dejando paso al más absoluto pánico. Diviso a Erik a mi izquierda. Está demasiado lejos de nosotros para protegerle, pero no puedo quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada, y antes de que pueda pensar en mi siguiente movimiento, la luz del faro nos baña otra vez. Respondo de manera instintiva: levanto de golpe la mano izquierda y atravieso el aire que nos rodea, buscando algo que agarrar y deformar para crear un escudo protector. Este planeta no tiene un tejido delicado y elaborado con precisión. No es artificial como Arras, lo que significa que mis habilidades son inútiles aquí.

Aun así, siento las hebras de la Tierra. Serpentean sobre mi piel, y si fuera capaz de calmar mi desbocado corazón, creo que podría incluso escucharlas porque el espacio que me rodea cruje de vitalidad. No son las hebras uniformes de Arras, pero están compuestas del mismo material. Están entrelazadas de forma holgada y son flexibles. Su energía me provoca escalofríos en las puntas de los dedos heridos, están más vivas que cualquiera de las hebras que manipulé en Arras. Allí, después de que mis manos acabaran llenas de cicatrices tras la sesión de tortura de Maela, el tejido me provocaba ligeras cosquillas al rozarlo. Pero estas hebras no están cuidadosamente tejidas siguiendo un diseño y rebosan de inesperada vida. Durante el tiempo que pasé en el coventri, aprendí a deformar las hebras del tiempo para tejer momentos paralelos, protegiendo así mis conversaciones con Jost y concediéndonos intimidad. Aquellos instantes eran fáciles de crear debido a la uniformidad del tejido del coventri. Sin embargo, la hebra de la Tierra no se deforma para crear la burbuja protectora que yo esperaba. En lugar de eso, la gruesa hebra dorada se enrolla en mis dedos, estirándose más y más hacia el cielo hasta que se engancha en la nave. El casco cruje terriblemente, transformándose de acero deslustrado en óxido ensangrentado, y empieza a perder fragmentos y altura. Se va desmoronando poco a poco hasta que cae en picado hacia el suelo dejando una estela de chispas y escombros.

Jost me arrastra mientras corre hacia la ciudad que hay a unos kilómetros de distancia, internada bajo el extraño tejido primario de Arras. Si huyéramos en sentido opuesto, llegaríamos al océano, donde no encontraríamos ningún escondite. Avanzo tras él dando traspiés, tropezando con las piedras del camino. Mientras corremos, caen fragmentos de la nave a nuestro alrededor. Las pequeñas chispas que lanzan los restos ardientes resultan preciosas sobre la oscuridad, pero el estruendo que se desata a nuestras espaldas me araña los oídos, así que levanto las manos para tapármelos. Soy incapaz de relacionar lo sucedido conmigo. ¿Cómo he podido provocar *esto*?

—¡Aquí! —el grito de Erik detiene nuestra huida hacia la ciudad. Está apoyado en el marco podrido de una puerta, en una casucha que se diluye como un borrón en el paisaje en sombra. La cabaña no es lo bastante robusta ni amplia para haber sido una casa. Resulta difícil adivinar para qué pudo servir esta construcción aislada a

kilómetros de cualquier otra, deteriorada y olvidada.

—Tal vez no deberías apoyarte ahí —le sugiero mientras nos acercamos.

Erik golpea la madera con el puño y cae algo de polvo cuando me agacho para entrar en la cabaña.

—Es bastante sólido.

Se supone que eso debería tranquilizarme.

Erik sale fuera. Está montando guardia, a la espera de ver qué sucede ahora, igual que yo. El derribo de la nave no pasará inadvertido.

El aire es denso. El frío y la ausencia de luz me recuerdan a la celda en la que me encerraron en el coventri —y a las celdas en las que estuve con Jost hace solo unas horas, antes de escapar—. Tengo la sensación de que hubieran transcurrido años.

Alguien enciende una linterna y me pregunto qué tesoros nos habremos traído de Arras en los bolsillos. De repente, siento peso en mi bolsillo —el digiarchivo—. Aquí no será de ninguna utilidad.

La maltrecha construcción y la lúgubre oscuridad exterior me recuerdan lo perdida que estoy, así que espero que suceda algo. Algo que me indique que no he cometido un terrible error, pero ni siquiera una brisa nos molesta. No podremos permanecer ocultos mucho tiempo después de haber atacado esa nave. La Corporación nos encontrará tanto si nos quedamos aquí como si nos dirigimos a la ciudad. Casi veo la expresión de triunfo en el rostro demasiado perfecto de Cormac cuando sus oficiales nos atrapen. Para entonces, habrán cerrado la abertura que rasgué en el tejido del coventri para llegar a la Tierra. Y una vez que me tenga de nuevo en su poder, no tardará en ordenar que me modifiquen. Iré directa a la clínica para que me conviertan en una obediente maestra de crewel y esposa. El terror me paraliza, y me quedo a la espera de que la Corporación aparezca y me lleve otra vez. Erik, Jost y yo permanecemos sentados largo rato, en silencio, antes de que empiece a relajarme. Por ahora, estamos escondidos, resguardados y a salvo, pero lo más importante es que nadie ha venido todavía a por nosotros.

Tengo ganas de salir al exterior y buscar la nave —para ver lo que he provocado—. Me apetece contemplar el extraño tejido primario que flota por encima de nosotros. Pero opto por raspar la capa de polvo que cubre la ventana y mirar hacia fuera. Jost se coloca a mi lado y me sacude ceniza del pelo. Frunce el ceño mientras me examina un brazo. Bajo los ojos. Unas pequeñas quemaduras salpican mi pálida piel, algunas incluso con ampollas. He estado demasiado aterrorizada para sentir las.

—¿Te duele? —me pregunta Jost.

Niego con la cabeza y cae una horquilla al suelo.

—Aquí está —me dice, y alarga una mano a mi espalda. Luego me va quitando las demás horquillas hasta que mi pelo cae sobre mis hombros como una cascada escarlata. Lo sacudo, tratando de eliminar cualquier resto.

—¿Mejor así? —le pregunto. Estamos tan cerca que mis ojos verdes se reflejan en los suyos azules.

Jost traga saliva, pero Erik nos interrumpe antes de que pueda responder.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —nos pregunta.

—La nave se quedó enganchada, pero...

—Nada —interviene Jost—. Ha sido un accidente.

—A mí me ha parecido más un suicidio. Ahora sabrán exactamente dónde estamos —replica Erik, acercándose a su hermano.

—¿Y si nos estaba buscando? —le pregunto con los puños apretados—. Al menos, he ganado algo de tiempo.

—La has destruido —dice Erik con voz suave. Nos miramos a los ojos, pero aparto la mirada. Ha sido un accidente y él lo sabe. No está acusándome de que lo haya hecho *a propósito*. No, la acusación que implican sus palabras es mucho más hiriente. Me está acusando de haber perdido el control.

Tiene razón.

—Quiero salir a echar un vistazo —exclamo.

—Deberíamos esperar hasta que amanezca —sugiere Jost.

Tomo aire poco a poco, para calmarme.

—No creo que vaya a amanecer.

—¿Aquí no se hace de día? —me pregunta.

—No —interviene Erik—. ¿Es que no has visto el cielo? No hay sol. Es el tejido por el que caímos cuando ella nos arrastró fuera de Arras.

Así que Erik también se ha percatado de la trama que hay suspendida sobre la Tierra. Pero ¿cuánto ha visto? ¿Se ha dado cuenta de que la nave estaba enganchada al cielo?

—Me gustaría estudiarlo más de cerca —les digo mientras me dirijo hacia la puerta.

—Si ha sobrevivido alguien de la nave, podría estar ahí fuera —objeta Jost.

La imagen de la nave despedazándose surca mi mente y el sonido del metal retorciéndose retumba en mis oídos. Nadie podría sobrevivir a eso.

—No hay supervivientes —le aseguro.

—Adelice tiene razón —dice Erik. Sus palabras no suenan amables, pero tampoco hostiles. Erik habla de manera fría y distante.

—No tardaré —le aseguro a Jost.

—¿Crees que vas a ir sola? —exclama.

—Sé cuidar de mí misma. No soy una niña indefensa.

—De nuevo tiene razón —interviene Erik desde el oscuro rincón donde se ha agachado—. Mira en qué lío nos ha metido.

Me muerdo un labio. *Eso* ha sido hostil. Algo absolutamente distinto a sus habituales bromas afables.

—Ya lo sé —grita Jost—. Pero ninguno de nosotros debería vagar por ahí solo.

Contemplo su rostro un instante y me pregunto si se mostraría tan dispuesto a acompañar a su hermano para inspeccionar los alrededores. Prefiero no indagar.

Pero Jost añade:

—Por supuesto, tú puedes marcharte en cuanto quieras.

Supongo que eso responde mi pregunta.

—Obviamente, el hecho de que estemos en algún tipo de realidad paralela abandonada es mucho menos importante que tu rencor hacia mí, así que ¿podríamos acabar con esto y pasar a otra cosa? —pregunta Erik mientras sale de las sombras para encararse con Jost. Ahí de pie, se reflejan el uno en el otro, y por primera vez los contemplo como hermanos. No hace tanto que he descubierto la verdadera razón por la que se trataban con frialdad en el coventri: ambos estaban ocultando ese secreto. Tienen exactamente la misma estatura, algo que no había notado antes, pero Jost es más corpulento debido a su trabajo en el coventri. Va vestido con ropa informal, al contrario que Erik, cuyo traje, aunque arrugado, sigue siendo elegante. A Erik, el pelo le roza los hombros mientras que Jost lo lleva más largo, y aunque comparten los mismos rizos rebeldes, la melena plateada de Erik permanece peinada. Los salvajes mechones oscuros de Jost tienen el aspecto que se esperaría después de todo el ajetreo que hemos tenido. Lo único que tienen exactamente igual son los penetrantes ojos azules.

—¿Rencor? —pregunta Jost con una carcajada que suena falsa—. ¿Crees que ver cómo arrancaban de Arras a mi esposa, a nuestra hermana, a *nuestra madre*, desembocó en rencor?

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué fuiste en busca de la Corporación si los odiabas tanto por lo que le hicieron a Rozenn? —le pregunta Erik.

—Ese es el problema —Jost se acerca a Erik—. Que nunca lo has entendido. Incluso yo sabía por qué el hermano de Rozenn y sus amigos estaban descontentos. Sé de lo que la Corporación es capaz, y tú también. ¿Cómo puedes hacer la vista gorda? Te has convertido en uno de ellos.

—Jost, estuviste dos años en el coventri y jamás se me escapó que eras de Saxun.

—Habrías desvelado tu propio secreto. No querías que esos oficiales supieran que eras hijo de un pescador —le acusa Jost.

Erik tensa la mandíbula.

—Jamás les di un solo motivo que les hiciera sospechar tus intenciones, pero seré sincero, no sé a qué estabas esperando. Imaginaba que los atacarías, tal vez incluso que asesinaras a la tejedora que lo había hecho. Algo —dice Erik—. No te lo habría reprochado. Me mantuve al margen y tú no hiciste nada. De hecho, llegué a pensar que tal vez hubieras desarrollado algún tipo de retorcida dependencia hacia ellos.

—No —suspira Jost, y se le forman unas ligerísimas arrugas en la frente y alrededor de los ojos—. Si pensaras un poco, te darías cuenta de que no busco una simple venganza rápida. Quiero entender cómo funciona el sistema.

—¿Y cómo te ayudará eso a sanar tu herida? —exclama Erik—. ¿Qué vas a ganar?

—¿Yo? No mucho. Pero comprender el sistema y colocar la información en las

manos adecuadas podría hacer mucho daño.

—Así que es eso —dice Erik en voz baja—. Estabas planeando una traición.

—¿Y asesinar tejedoras no lo habría sido también? —pregunta Jost, reaccionando al tono acusatorio de su hermano.

—Asesinar a la responsable de lo que sucedió sería razonable —responde Erik—. Pero destruir el sistema socavaría la paz que la Corporación ha instaurado.

—¿Paz? —repite Jost con una carcajada.

Pienso en la gente que ha sido extraída, en las evidencias perfectamente colocadas en el almacén del coventri, en la expresión de derrota en el rostro de mi padre mientras trataba de empujarme dentro del túnel la noche que la Corporación acudió en mi busca. No me apetece reír en absoluto.

Jost me agarra del brazo.

—Pregúntale a Adelize. Pregúntale qué se siente al extraer a alguien de Arras. Pregúntale *a ella* si se marchan en paz.

Abro la boca para quejarme de que me arrastre hacia esta conversación, pero Jost no espera a que responda.

—O mejor aún, pregúntame a mí, Erik. Pregúntame lo que se siente al ver cómo sucede —la voz de Jost se debilita y se va apagando. Ninguno habla—. Lo vi. Vi cómo desaparecía poco a poco. Vi cómo me la arrebataban.

—Lo siento —responde Erik. Sus palabras suenan sinceras, pero incluso yo sé que distan mucho de ser suficientes.

Jost sacude la cabeza ligeramente como para aclarar sus pensamientos, y mira hacia la oscuridad.

—Rozenn era mejor que cualquiera de nosotros. Que tú o que yo. Igual que nuestra madre —hace una pausa—. Y que mi hija.

Erik se queda perplejo, como si le hubieran abofeteado la cara.

—¿Hija? —articula. No emite ningún sonido, pero el peso de la palabra me oprime el pecho, y a juzgar por sus rostros, a ellos también.

—Te perdiste muchas cosas al largarte —las palabras de Jost son despectivas, pero no aparta la mirada de Erik.

—Te podías haber telecomunicado conmigo —insiste Erik. Ahora es él quien parece estar acusando a su hermano.

—¿Para qué? —pregunta Jost—. ¿Nos habrías hecho una visita? No fuiste cuando nuestro padre enfermó ni cuando me casé. Dejaste claro lo que significábamos para ti al marcharte para servir a la Corporación. Tu familia no podía ayudarte a escalar políticamente, así que no te servíamos para nada.

»Además, te hubiera dado lo mismo —continúa Jost—. Estabas ocupado tratando de intimar con Maela, siguiendo sus órdenes como el perfecto chico de los recados de la tejedora. Igual que trataste de engatusar a Adelize.

Debería poner fin a estas acusaciones antes de que se maten entre ellos, pero parte de mí desea ver la reacción de Erik. Sé cuáles son sus sentimientos hacia Maela, la

tejedora sedienta de poder para la que trabajaba en el coventri. Tanto él como yo la consideramos una enemiga. Pero el ataque de Jost me estremece, porque en lo más profundo de mi ser siempre había sospechado que las razones de Erik para acercarse a mí iban más allá de la amistad.

—Pero te salió el tiro por la culata cuando Ad te trajo aquí. Todos tus esfuerzos por llegar a lo más alto se han desvanecido. Nunca volverás a convencerles de tu lealtad. Tu relación con la Corporación ha terminado —sentencia Jost.

El rostro de Erik se contorsiona en una máscara de rabia.

—Apenas me conoces y tampoco sabes por qué fui al coventri, pero no dejes por eso de lanzar acusaciones injustas. Resulta bastante entretenido, y además no parece que haya mucho más que hacer por aquí —le responde furioso.

—Hay *muchas* cosas que hacer, pero pelearse no está entre ellas —intervengo antes de que la situación se descontrole más—. Reservad vuestros problemas personales para más tarde; tenemos trabajo.

—¿Qué tienes en mente? ¿Reconstruir la ciudad? —me pregunta Erik—. ¿O deberíamos pasar directamente a la repoblación?

—Cállate —le ordena Jost—. No tiene gracia.

—¿Por qué no? Esa es la parte buena de quedarse atrapado en un lugar totalmente abandonado.

—Pues más vale que encuentres a alguien que te ayude a hacerlo porque ella no está libre. Seguro que hay algún perro simpático por los alrededores. Tal vez deberías limitarte a los de tu especie —dice Jost.

Me interpongo entre los dos antes de que Erik lance el puñetazo, y apenas me encojo cuando lo veo dirigirse hacia mi cara.

Jost detiene el puño de Erik, y Erik se queda paralizado. Pero la sorpresa que le produce mi intervención casi desastrosa queda rápidamente sustituida por una mirada iracunda, dirigida a su hermano.

—Vamos a echar un vistazo ahí fuera —dice Jost con los dientes apretados.

—Adelante —responde Erik—. No me apetece verte deambulando por aquí totalmente deprimido. Jost me agarra del brazo un poco más fuerte de lo normal y me arrastra fuera de la cabaña. Me libero de su mano y me froto la piel, que me palpita.

—Eso ha dolido —le digo.

Clava los ojos un instante en mí y luego su mirada se suaviza.

—Lo siento. Lo he hecho sin pensar. Es que Erik...

—Lo sé —le digo bajito—, pero yo no soy Erik. Así que no la pagues conmigo.

Se disculpa inclinando la cabeza y yo tomo su mano para que sepa que podemos olvidarlo. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos en estos momentos.

La ciudad está a varios kilómetros de distancia, si mi sentido de la orientación, por lo general pobre, no me engaña. El océano se encuentra bastante lejos detrás de nosotros, y aunque pueda distinguir su superficie vítrea, ya no escucho el batir de las

olas. Estamos entre este mundo y el que abandonamos. Entre el peligro que nos acecha ahí delante, en la ciudad, y el abismo que tenemos a nuestras espaldas y que nos tragará enteros. Cada decisión que tomemos traerá consecuencias que soy incapaz de prever, porque aún no comprendo este mundo.

Suena el crujido de unas pisadas que se acercan rápidamente, así que parece que alguien ha tomado ya una decisión por nosotros. Nos han descubierto. Una linterna nos ciega mientras nuestro captor se acerca.

—¿Quién anda ahí? —grita Jost. Me empuja detrás de él, pero yo me aparto. No lo intenta de nuevo.

—Eso debería preguntarlo yo —la voz es áspera, pero femenina. La luz se difumina y parpadeo para borrar los puntos fosforescentes que veo en mi retina. Ante mí aparece una muchacha desdibujada. No va maquillada, pero es bastante hermosa. Aunque no al estilo de una tejedora. Sus rasgos son angulosos, afilados y definidos, y una oscura melena cae en cascada por su espalda. No hay nada artificial ni estilizado en ella. Va vestida con ropa cómoda: unos pantalones de cuero con cordones en los laterales, un cinturón ajustado a las caderas y una gruesa túnica de seda. Esta chica no encajaría en Arras.

—Hemos visto caer la nave y hemos salido a investigar qué había sucedido —miento, esperando que, en contra de todo lo que me habían hecho creer sobre la Tierra, la ciudad que hay frente a nosotros esté habitada.

—¿Y vosotros no habéis tenido nada que ver con que la nave se haya caído de la interfaz? —señala hacia el tejido primario que cubre el cielo.

La chica nos recorre con la mirada. Jost podría pasar su inspección. Su ropa es tan funcional como la de ella, pero no cabe duda de que yo parezco fuera de lugar con mi traje color lavanda, mis medias y mis tacones. Nada en mí, incluidos los pendientes de esmeraldas que llevo en las orejas, tiene relación alguna con lo que he visto de la Tierra.

—Enseñadme el cuello —dice la chica.

—¿Para qué? —le pregunto.

—Para ver las credenciales.

Vacilo un instante, aunque luego accedo. No sé lo que anda buscando, pero tengo claro que no va a encontrarlo. Me levanto el pelo, Jost hace lo mismo, y cuando nos giramos de nuevo para mirarla, tenemos un rifle apuntándonos.

La chica pronuncia solo dos palabras:

—Os pillé.

El tiempo parece avanzar más lentamente mientras su dedo presiona el gatillo y entonces grito:

—¡Espera!

Yo misma me sorprendo, y la chica retrocede. Está buscando una marca, y yo tengo una —la que me grabó mi padre, que esperaba que escapara del escuadrón de recogida.

Me subo la manga, estiro el brazo hacia ella y señalo el pálido reloj de arena grabado en mi piel como una cicatriz.

Se le escurre el rifle entre los dedos, y queda con el cañón apuntando hacia el suelo.

—¿En la mano izquierda? —susurra.

—Sí.

Parece sorprendida, y hace desaparecer el arma a su espalda tan rápido como la sacó. Me baja la manga para cubrir la marca.

—Id a la Heladera y escondeos —nos dice—. Os encontraremos. Aquí no estáis seguros.

—¿Qué es la Heladera? —pregunta Jost.

—La ciudad que tenéis delante de vosotros —responde—. Es territorio de los traficantes de sol y está fuera del control de la Corporación.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

—En lo que queda del estado de California —me explica—. La Heladera es la única ciudad habitada en este territorio. Allí estaréis a salvo de la Corporación. De momento. Quedaos en ella y permaneced escondidos. No salgáis a la calle después del toque de queda y no dejéis que nadie vea esa marca.

—Claro —refunfuño, y entonces la chica me agarra el brazo.

—Tu vida depende de ello —me dice.

Asiento con la cabeza para asegurarle que lo he comprendido, aunque nada de esto tiene sentido. ¿Qué tiene que ver la marca de mi padre con la Tierra? ¿Qué es un traficante de sol? Aunque sé que tiene razón en una cosa: la Corporación me está buscando, así que no estamos seguros aquí.

Se aleja a grandes zancadas sin decirnos su nombre y su advertencia queda flotando en el aire. No la miro, ni siquiera al ver que no se dirige a la ciudad sino hacia el océano.

—¿Por qué le ha llamado la atención tu marca? —dice Jost, pero ignoro su pregunta y echamos a correr hasta donde dejamos a Erik. Tenemos que salir de aquí, y si hay gente en la tal Heladera, nos mezclaremos con ella y nos esconderemos hasta que descubra la conexión entre mi marca y la chica.

No debo pasar por alto ningún detalle relacionado con la noche de mi recogida, en especial cuando ese detalle es una marca que mi padre me hizo antes de revelarme que mi madre y él eran algo más que disidentes.

Eran traidores —como yo.



## DOS

Los olores de la ciudad se entremezclan, perfumándola con aroma a agua sucia, pan recién horneado, fruta podrida y el sudor de sus bulliciosos habitantes. Resulta agradable un instante y nauseabundo al siguiente. Llevamos aquí una semana, sin embargo no es muy acogedora y nadie ha venido a buscarnos todavía.

Aunque poco a poco me voy acostumbrando al extraño mundo en el que he acabado. Llegamos a trompicones a la Heladera, sin saber qué esperar, y encontramos gente, tiendas y farolas solares. Erik no tardó en descubrir que podíamos empeñar los pequeños objetos que llevábamos encima, y con el dinero pagamos una habitación en un hotel barato. Hoy, Erik y Jost me han dejado acompañarles al mercado de contrabando, la parte más sórdida de la ciudad, donde se llevan a cabo los negocios ilícitos, a condición de que no hable con nadie. He aceptado, aunque solo para salir de la ratonera disfrazada de hotel en la que permanecí atrapada durante sus anteriores escapadas, en las que consiguieron comida rancia y poco más. Pero no voy buscando comida; lo que quiero es información. Erik ha aprendido muchas cosas en sus visitas al mercado, y empezamos a entender cómo funcionan las cosas aquí. Aunque aún no hemos encontrado a la misteriosa chica que nos envió a la ciudad.

La Heladera es un conglomerado de edificios anteriores a la guerra y otros construidos por el gremio que gestiona toda la ciudad: los traficantes de sol, el poderoso grupo que controla la Heladera monopolizando el comercio de energía solar. La primera noche que pasamos en la ciudad, el gerente de nuestro hotel nos explicó pacientemente cómo funcionan los sistemas de iluminación. Hace un buen negocio con los nuevos refugiados que llegan a la Heladera, y nos ha asegurado que los traficantes de sol no son aliados de la Corporación. Aparentemente, controlan la energía solar porque son los únicos lo bastante valientes para aventurarse fuera de los límites de la interfaz, donde comienzan las explotaciones mineras de la Corporación. Creo que un día vi un traficante de sol patrullando, pero hasta ahora nos hemos mantenido alejados de ellos. Que compartamos enemigo no quiere decir que estén buscando aliados.

Aquí hay normas, anunciadas en grandes y amenazantes carteles pegados en postes y edificios. Mientras avanzamos por las calles de camino al mercado de contrabando, los letreros nos advierten:

**HORAS DE LUZ DESDE  
EL INSTANTE FIJADO COMO LAS 8  
HASTA  
EL INSTANTE FIJADO COMO LAS 7**

---

## **LAS PATRULLAS CESAN EN EL INSTANTE FIJADO COMO LAS 7. 15**

---

### **ES OBLIGATORIO EL USO DE CORTINAS GRUESAS, ACCESOS CON DOBLE PUERTA Y MARCOS REFORZADOS EN TODOS LOS REFUGIOS Y NEGOCIOS**

Los carteles desaparecen a medida que la calle se estrecha, el pavimento se resquebraja y deteriora y los puestos de comida de las aceras son sustituidos por escaparates con iluminación tenue —de los que no tienen letreros—. Nos estamos acercando al mercado de contrabando. Aquí no se vigila el cumplimiento de las normas, pero el lugar está estrictamente controlado por los traficantes de sol, como el resto de la Heladera.

Pasamos junto a un hombre que mendiga en la acera con un cartel que pone: REFUGIADO. SIN FAMILIA. AYUDA, POR FAVOR. Jost me dirige a su alrededor antes de que yo pueda reaccionar.

Hay refugiados cada pocos metros en las principales calles de la Heladera. Todavía no me he acostumbrado a verlos. En Arras, incluso los pobres recibían pequeñas raciones de comida. Me gustaría pararme y preguntarle a esta gente de qué huía que fuera peor que pasar frío y hambre en la calle.

Pero ya conozco la respuesta.

Lo que me fastidia es no poder ayudarles —además, Jost y Erik no me dejarían ni siquiera intentarlo.

Erik va a la cabeza, sin preocuparse por aminorar el paso, pero después de una manzana, se detiene y se vuelve hacia nosotros.

—Tengo un negocio en marcha con aquel tipo. Pero es un poco paranoico. Ya ha hecho algún comentario sobre mi parafernalia de la Corporación, así que...

—Quieres que nos quedemos fuera —concluyo por él. Hasta ahora, la mayoría del dinero lo hemos conseguido empeñando los relojes, la tecnología e incluso algunas prendas que llevábamos puestas cuando escapamos de Arras, pero todavía conservo el digiarchivo, aunque se le ha agotado la batería. Lo saco del bolsillo y se lo ofrezco—. Toma, cógelo. Probablemente te den algo por él.

—No —responde Erik rápidamente—. Deberíamos guardarlo.

—¿Para qué? Aquí no funciona —le digo mientras lo devuelvo a mi bolsillo.

—Nunca se sabe. Además, no deberíamos empeñarlo sin borrar la memoria —me explica.

—De acuerdo. ¿Estás seguro de que no quieres que te acompañemos? —le pregunto.

—No me gustaría que el tipo se agobiara —responde con actitud pesarosa.

Ignoro su tono de disculpa. Empiezo a estar cansada de que se eviten, que hablen a través de mí, del enfado de Jost y la vergüenza de Erik. Pensé que la situación había alcanzado el punto crítico cuando salimos de Arras, al decidir traerlos a los dos conmigo, pero la discusión posterior dejó claro el enorme distanciamiento que existe entre los dos hermanos. La sorpresa de Erik al descubrir que Jost tiene una hija aún no se ha desvanecido.

Pero nada de esto nos lleva a ninguna parte, y separarlos podría ser la oportunidad que necesito para tener por fin una conversación de verdad con Jost. Delante de Erik no abre la boca. Necesitamos un plan. No podemos quedarnos estancados, esperando a que la chica nos encuentre.

—Tal vez Jost y yo podamos entrar en ese bonito local de ahí atrás —dirijo el pulgar hacia el bar que acabamos de pasar. Quiero mantener un ambiente distendido para que sepa que estoy de acuerdo con que se marche.

A mi lado, Jost retrocede un poco. Me gusta saber que aún puedo sorprenderle —o tal vez la palabra adecuada sea *horrorizarle*—. Erik sacude la cabeza, pero por un instante su expresión seria se desvanece y casi sonrío. Se inclina hacia mí, me agarra el hombro y susurra:

—Mantén los ojos abiertos. Este sitio no es *agradable*.

Como si el claustrofóbico y anónimo callejón en el que nos encontramos no lo dejara claro.

—Deberías sonreír más —le respondo también en un susurro—. O perderás tu reputación.

—¿Mi reputación?

—De hombre encantador.

Mis palabras le arrancan una sonrisa que derrite un poco la ira gélida de mi pecho.

—Aquí puedo comportarme como quiera, Ad. Quizás opte por una actitud seria.

—No te pega —le advierto.

Jost me rodea los hombros con el brazo, interrumpiendo nuestra ingeniosa conversación y avisándome de que está listo para marcharse.

O mejor dicho, para alejarme de Erik.

Erik se pone un poco tenso y se aparta de mí.

—Prométeme que no te separarás de él.

—No estaré muy lejos —le dice Jost a Erik. Es lo máximo que han hablado desde la discusión que tuvieron el día de nuestra llegada.

—No estaremos lejos —le corrijo.

—No, id a echar un vistazo —Erik se despide con la mano—. No falta mucho para el toque de queda.

—Entonces, no deberíamos separarnos —protesto.

—Si me entretengo, regresaré por mi cuenta al hotel. Vosotros dos... divertíos.

Eso es lo último que haremos.

—¿Quieres que busquemos algo de comida? —me pregunta Jost cuando retomamos la dirección por la que vinimos, dejando a Erik con sus asuntos.

Yo alzo una ceja, como desafiándole a que lo consiga. Como logre encontrar un lugar con comida —comida *comestible*—, me dejará impresionada.

—Está bien —responde él.

—Vamos a dar un paseo —le propongo—. A hablar. A ver qué hay por ahí.

Jost acepta, pero la conversación no arranca. Permanece en silencio y parece perdido en otro lugar y en otro tiempo. Está así desde que le conté lo de su hija, Sebrina. Descubrí que no la habían asesinado con el resto de la familia de Jost. Está viva, y sus datos, que indican dónde se encuentra exactamente en Arras, permanecen a buen recaudo en el almacén del Coventri Oeste. Ahora tenemos que encontrar la manera de llegar hasta ella, algo imposible mientras sigamos atrapados en la Tierra.

En cierto modo, comprendo por lo que está pasando. Mi propia hermana, Amie, continúa en Arras, y corre más peligro que nunca. Jost y yo sentimos la apremiante desesperación de cada instante que ha transcurrido desde que dejamos a nuestros seres queridos en manos de la Corporación, especialmente ahora que hemos optado por la traición en vez de seguir siendo cómplices de su gran engaño. Yo no podía resignarme a aceptar la realidad que crean en sus telares, sobre todo después de descubrir cómo abusaban de su poder, y de conocer la existencia de la Tierra. Pero ahora que nos encontramos en este planeta, me resulta cada vez más obvio que no puedo contar con Jost ni con Erik para que me ayuden a decidir cuál será nuestro próximo paso.

Aparto los oscuros y rizados mechones que han caído sobre la mejilla de Jost, pero él no parece darse cuenta, aunque agarre mi mano. Es un movimiento automático, y a pesar de ello sujeto sus dedos.

Tomamos una calle a la izquierda, abandonando el estrecho callejón y dirigiéndonos hacia una sucesión de tiendas. Las farolas proyectan sombras sobre los adoquines, y me acerco un poco más a Jost. Incluso después de una semana aquí, todavía no me he acostumbrado a la perpetua oscuridad que inunda la ciudad. A que nunca salga el sol. A las extrañas ráfagas de luz que parpadean y chisporrotean en el cielo: la interfaz. Puedo verla ahora mismo, suspendida sobre nuestras cabezas. Tal vez las hebras se retuerzan y lancen destellos, insinuando que se mueven, pero la interfaz está siempre ahí —es una capa intermedia permanente entre la Tierra y Arras—. Bloquea la luz del sol y separa ambos mundos. Es la frontera entre la realidad que dejamos atrás y la que acabamos de descubrir.

Algunas tiendas del mercado de contrabando están tapiadas, otras se desmoronan sobre la acera, pero hay unas cuantas iluminadas débilmente. No me interesa entrar en ninguna. Estoy impaciente por recorrer los comercios del centro de la Heladera, no estos establecimientos de calles secundarias en las afueras de la ciudad. Quiero visitar las tiendas con clientes reales. Quiero saber más sobre la Tierra, pero de momento

tenemos tan poco dinero que nos mantenemos alejados. Aunque no sé a qué esperamos, porque en el mercado de contrabando no estamos encontrando respuestas.

Estas calles están desiertas. Por las avenidas próximas al mercado principal circulan algunas motos antiguas, pero por aquí no. Los peatones que vemos mantienen la cabeza gacha y se escabullen dentro de las tiendas, sin mirarnos a los ojos cuando nos cruzamos con ellos. A pesar de la oscuridad constante, mi cuerpo me dice que la noche se aproxima. En realidad, me avisa el ligero murmullo que lanza mi estómago. Empiezan las negociaciones en los grupos que se forman por las esquinas, y a pesar del toque de queda impuesto en la Heladera, van goteando más y más clientes hacia el mercado de contrabando para llevar a cabo sus intercambios. No parecen preocupados por los rumores que aseguran que, cuando las farolas se apagan, deambulan secuestradores por las calles. En las mejores zonas de la Heladera, los puestos de comida cierran y la gente mete rápidamente a los niños en casa a las 7. 00. Aquí no.

Las farolas solares van perdiendo intensidad. En menos de una hora, se habrán apagado por completo. En una esquina, un hombre joven examina una de las farolas. Tiene un maletín abierto en el suelo en el que se ven llaves inglesas y destornilladores, pero su ropa no sugiere que sea un obrero. Lleva unos pantalones con buen corte y un largo abrigo de cuero, algo que parece un lujo teniendo en cuenta que en la Heladera no hay animales. No es un simple trabajador. Debe de ser un traficante de sol.

—¿Nos encontrará Erik? —le pregunto a Jost. Me suelta la mano cuando menciono el nombre de su hermano, pero permanece a mi lado.

—Solo nos hemos alejado una calle. Créeme, Erik sabe cuidar de sí mismo — responde Jost.

—Oye, entiendo...

—No, no lo entiendes —me interrumpe—. Tú confías en él. Yo no. Se dará a la fuga a la primera oportunidad que se le presente.

—¿Y adónde irá? —exclamo. Es una pregunta obvia, así que no es probable que reciba una respuesta exacta.

—Tú no le conoces como yo —me dice, ofreciéndome la contestación más retorcida posible.

—Tal vez no —me paro para mirarle a la cara, decidida a recordarle que en los dos últimos años han cambiado muchas cosas. Puede que Erik dejara Saxun para perseguir una carrera política, dando la espalda a su familia y a sus amigos, pero fue él quien me ayudó la noche que nos descubrieron a Jost y a mí recorriendo a hurtadillas el coventri. Llevo unos días preparando mi sermón sobre que debería darle una oportunidad a su hermano antes de que los apuñale a los dos, pero veo algo por encima de su hombro que me distrae.

Una mujer. Es bajita y avanza por la calle bamboleándose sobre sus tacones. Distingo retazos de su rostro bajo el parpadeo de las farolas que se van apagando. Los

ojos rasgados. Su figura diminuta y esbelta. La espesa melena lisa que oscila sobre sus hombros.

—Valery —susurro.

—¿Cómo? —pregunta Jost, confundido por el cambio de conversación.

—Es Valery —respondo, agarrándole del brazo para dirigir su atención hacia el otro lado de la calle. La mujer desaparece antes de que Jost pueda distinguir algo más que su silueta desdibujada. Se mueve con rapidez y resolución.

—Valery está muerta —me recuerda Jost con voz suave.

Lo sé. Al menos, debería estarlo. Ejecutada como represalia al suicidio de Enora, mi mentora en el coventri y amante de Valery. Loriciel me contó que la habían extraído la noche que me advirtió sobre la intención de Cormac de reprogramarme, y aun así estoy segura de lo que acabo de ver.

—Es ella.

No espero a que Jost empiece con sus razonamientos. Veo cada vez más pequeña a Valery su silueta se va desvaneciendo a cada paso que se aleja de nosotros, así que la sigo. No echo a correr. Esa sería la mejor forma de atraer una atención indeseada en un lugar como el mercado de contrabando, pero avanzo lo suficientemente rápido para mantenerla a la vista hasta que dobla una esquina.

Al rodear a toda velocidad la construcción tras la que ha desaparecido, me doy cuenta de que estoy en los límites del mercado de contrabando. Los edificios que se alzan delante de mí están mejor conservados. La mayoría tiene letreros y muchos están ya cerrados. Pero no veo a Valery por ninguna parte, lo que significa que ha entrado en alguno de los que continúan abiertos. Las puertas están cerradas con llave, las luces, apagadas, y entonces tropiezo con una puerta que cruje y se abre al tocarla. Las luces de la tienda se encuentran encendidas, iluminando una estancia abarrotada de libros y chismes amontonados por el suelo y las mesas. Sería un milagro poder caminar entre todo esto. Aunque alguien podría esconderse aquí. No tengo razón alguna para sospechar que Valery me haya visto, pero si hubiera sido así, no la culparía por querer evitarme.

Aunque eso no significa que vaya a permitírsele.

## TRES

Echo un vistazo al letrero que cuelga de un poste junto a la puerta: ANTIGÜEDADES CURIOSAS. De hecho, son curiosas. Después de recorrer la tienda durante unos minutos, no veo ninguna señal de vida, pero lo que encuentro llama mi atención: reliquias de un mundo olvidado, y en particular una radio antigua. Abandono mi búsqueda y la miro fijamente, alargando la mano con indecisión para tocar los botones, pero no funciona, como la que había escondida en el cubículo secreto de la casa de mis padres. Es un recuerdo del pasado y nada más.

A estas alturas, habré perdido por completo a Valery, si es que era ella, así que deambulo por la tienda y hojeo los libros, retirando los años de polvo que acumulan encima. Una copia de los *Sonetos* de Shakespeare capta mi atención. Cuando era niña leía este libro una y otra vez, sacándolo a hurtadillas del escondrijo con contrabando en la habitación de mis padres. Teníamos unos cuantos libros, y si a mis padres les preocupaba que los leyera, desde luego jamás dijeron nada. Ahora comprendo lo valiosos que eran, y deseo con todas mis fuerzas llevarme este volumen. No fui capaz de proteger aquellos libros. No fui capaz de proteger a mis padres, pero puedo recuperar un pedacito de ellos.

—Hoy en día no hay muchos jóvenes que se interesen por los libros —dice una voz áspera. Tras las palabras, aparece un rostro arrugado y demacrado en la puerta. La mujer entra cojeando, apoyada en un bastón, y me percato de que tiene un pie de acero y madera.

—Mis padres tenían este —le explico—. Lo leía de niña.

—Un verdadero lujo —dice ella—. Tener libros y tiempo para enseñar a tus hijos a leer.

Permanezco callada, sin saber qué responder. Esta conversación está tomando una dirección peligrosa. Muchos de los habitantes de la Heladera son refugiados, pero eso no implica que resulte seguro admitir que yo también lo soy.

—Quédatelo me dice.

—No puedo —respondo—. No sin pagarlo.

La dueña de la tienda parece crecer un par de centímetros cuando menciono el pago. No puede ganar mucho vendiendo radios que no funcionan y libros que nadie leerá.

—Pero no tengo dinero —admito.

—Bueno —murmura, sacudiendo la cabeza—, al menos sabes leer.

—Puedo darle esto —le digo mientras me quito un pendiente. Le ofrezco solo uno porque sé que las esmeraldas son verdaderas, y que los chicos se pondrán furiosos si regreso sin los dos. Hemos ido vendiendo nuestras posesiones de manera estratégica y hemos reservado los pendientes hasta que tengamos un plan para regresar a Arras y necesitemos una buena cantidad de dinero.

—O eres un poco orgullosa o tonta —exclama la mujer, pero acepta el pendiente—. Echa un vistazo a tu alrededor y llévate algún trasto más. Cambiar una esmeralda por un libro no es un buen trato, niña.

Me guardo los sonetos en el bolsillo y considero si pedirle la radio, aunque por pura nostalgia. No nos servirá para nada, y me veré obligada a abandonarla tan pronto como nos pongamos de nuevo en marcha. Recorro con los dedos los polvorientos lomos de los libros. Los que guardaban mis padres estaban llenos de cuentos y poesía, pero muchos de los ejemplares que hay en estas estanterías evocan la historia de la Tierra. Es la información que he estado buscando. Y esta mujer la ha ido recopilando para mí, protegiéndola del caos que invade gran parte de este mundo. Me pregunto cuántas generaciones de propietarios llenaron estas estanterías y comerciaron con el pasado antes que ella.

El tintineo de una campanilla interrumpe mis pensamientos, y me giro bruscamente hacia la puerta para comprobar quién ha entrado. Con la precipitación, tiro unos cuantos libros de un anaquel, pero la anciana se ha desvanecido entre los recovecos de la tienda, así que los recojo rápidamente para que no se dé cuenta. Jost aparece a mi lado, con clara expresión de disgusto.

—¿Por qué has salido corriendo? —me pregunta, sin tomarse la molestia de inclinarse para ayudarme.

—Valery. No podía dejar que desapareciera —respondo, apilando los libros con esmero—. Pero la perdí, y esta era la única tienda abierta...

Jost me interrumpe.

—El pendiente.

Mi mano vuela hacia mi lóbulo vacío, pero es demasiado tarde para ocultarlo.

—Lo he cambiado —admito en voz baja, sin embargo reúno fuerzas y me pongo en pie para encararme con él.

—¿Por qué? —me pregunta. Su voz es suave, aunque no amable.

—Por un libro —respondo—. En realidad, por más de uno. Quién sabe lo que podríamos descubrir.

Jost agarra los libros y los golpea contra la estantería, y al hacerlo, tira un montón de papeles al suelo.

—Ten un poco de respeto —siseo mientras recojo las quebradizas hojas. Pero no se trata de simples papeles, son boletines repletos de noticias antiguas.

Jost empieza a decir algo sobre *respeto* y *darle un susto de muerte* y *desperdiciar recursos*, pero solo escucho retazos de su reprimenda porque estoy leyendo un titular escrito en letras de imprenta sobre un descolorido periódico amarillento:

## **ESPERANZA CONTRA LA TIRANÍA:**

### **LA CIENCIA OFRECE UNA SALIDA A LA GUERRA**



**1 de mayo de 1943 — Los estudios preliminares del Proyecto Cypress han concluido que el término de la II Guerra Mundial está próximo. Según fuentes del proyecto, los inversores han visitado los laboratorios para asistir a una conferencia sobre la viabilidad de los telares, los cuales han sido financiados por doce naciones aliadas y generosas aportaciones individuales del sector privado. La visita era necesaria para obtener el permiso con el que comenzar los ensayos del proyecto en humanos.**

**Los Ministerios de Guerra de las doce naciones involucradas en el Proyecto Cypress han realizado un llamamiento para reclutar mujeres sanas de entre dieciséis y treinta años que sirvan como pilotos de prueba en los telares. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, las mujeres seleccionadas serán consideradas tropas del ejército estadounidense.**

Sin embargo, lo que soy incapaz de comprender es la fotografía, en la que un científico hace una demostración en un telar frente a un grupo de hombres con corbatas y gafas de pasta. Hoy en día, gracias a los arreglos de renovación, casi nadie lleva gafas en Arras, pero excepto por las lentes, la mayoría de los hombres del recorte podrían pasar por los actuales oficiales de Arras. Uno en particular. Tal vez Jost tenga razón y haya perdido la cabeza. Tal vez esté viendo fantasmas.

Jost me sacude, interrumpiendo la bronca para llamar mi atención.

—¡Ad!

No sé qué decir, así que le tiendo el papel. Él lo coge y palidece.

No soy la única que ve fantasmas.

—¿Cómo es posible? —me pregunta.

—¿Una coincidencia? —sugiero, aunque no lo creo en absoluto.

—¿Un familiar?

Asiento con la cabeza porque, aunque no me convencen estas explicaciones, soy incapaz de *asimilar* qué hace una fotografía de Cormac Patton en el recorte de un *Boletín* de la Tierra que debe de tener casi doscientos años de antigüedad. Sin embargo, el hombre se parece mucho a él, incluso en el suave mentón y los ojos oscuros.

—¿Encuentras algo? —me pregunta la dueña de la tienda, renqueando hacia nosotros. Inclina la cabeza a modo de saludo hacia Jost, pero no parece encantada de ver a otro joven sin dinero.

—¿Puede contarnos algo sobre esto? —le pregunta Jost, pasándole el periódico para que le eche un vistazo. Ella entrecierra los ojos con concentración, pero luego

recupera la expresión relajada del rostro y se apoya en el bastón.

—El Proyecto Cypress —dice con un suspiro—. Solo eso.

—¿Solo eso? —repito. El Proyecto Cypress. Jamás había oído hablar de él, aunque conozco Cypress, la capital de Arras. El nombre me provoca un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Tus padres te enseñaron a leer, pero no se molestaron en contarte lo que sucedió? —dice la mujer con cierto tono de fastidio en la cavernosa voz.

—Usted lo recuerda, ¿verdad? —le pregunto—. ¿El Proyecto Cypress?

—Por supuesto que sí —exclama—. Que te dejen atrás es algo que no se olvida.

—Cuéntenoslo —le pido, tomando su mano con suavidad—. Yo también quiero saberlo.

Sus ojos se ablandan, pero luego baja la mirada hacia nuestras manos ligeramente entrelazadas.

—¡Largo de aquí! —aúlla, apartando el brazo como si la hubiera mordido.

—¡Por favor! —le suplico—. ¿A qué se refiere con que la *dejaron atrás*?

—¡Lo que hizo la Corporación de las Doce Naciones fue censurable! —exclama con furia, alzando el bastón y señalándonos con él—. Pero lo que hacéis los de tu calaña es mucho peor. Rebelión y violencia; un círculo sin fin. El Plan Kairos no es bien recibido aquí. No quiero nada de él. Ya he perdido bastante. ¡Fuera!

Jost me empuja hacia la puerta, pero no puedo apartar los ojos de la acusación que arde en el rostro de la mujer. Es como si supiera quién soy, lo que puedo hacer, pero ¿cómo es posible? Al levantar la mano para librarme del brazo de Jost, dispuesta a volverme y huir, descubro lo que la mujer ha visto. La misma marca que llamó la atención de la chica la semana pasada. Una marca que me ayudará a recordar quién soy. Una marca que le ha revelado a ella quién era yo. Alzo el reloj de arena hacia la anciana mientras Jost me arrastra en dirección a la puerta.

—¿Es esto? —le pregunto—. ¿Esto?

—Te han marcado, muchacha —ruge—. Pero yo no participaré —estamos ya fuera de la tienda, y mientras se aferra al marco de la puerta, el eco de sus gritos retumba entre los edificios que nos rodean—. Devuélveme el periódico.

Jost se guarda el papel en el bolsillo y nos alejamos a toda velocidad. No me arrepiento de habérmelo llevado. El pago ha sido justo. La mujer solo quiere *quitármelo*, pero no sabe quién soy yo.

Al parecer, sabe tan poco como yo misma.

La dueña de la tienda sale cojeando a la acera, soltando obscenidades mientras nos alejamos y gritando:

—¡Ladrones!

Pero al estar tan cerca del mercado de contrabando, nadie se preocupa. Y menos a estas horas. Hasta que alguien lo hace: aparece una silueta entre la niebla que se dirige hacia nosotros.

—¡Alto! —nos grita—. ¿Qué está chillando la vieja Greta?

## CUATRO

Al acercarnos al desconocido, me doy cuenta de que es el mismo traficante de sol que vi revisando la farola antes de que apareciera Valery. Es joven, no mucho mayor que yo. Y aunque sé que no puede pertenecer a la Corporación —aquí, dentro de la Heladera, no—, su aspecto, su actitud severa al bloquearnos el paso, me ponen nerviosa. Algo en su postura me resulta familiar —tal vez la seguridad en sí mismo que transmite me recuerde a Erik—, pero parece algo más que eso. Lleva el pelo casi rapado, y aunque no le veo los ojos en la oscuridad, tengo claro que son marrones.

No estoy segura de cómo lo sé.

Greta continúa con sus histéricos disparates a nuestras espaldas, y Jost trata de esquivar al traficante de sol, pero él levanta la mano.

—¿Qué ha sucedido, Greta? —grita el traficante de sol a la mujer.

Sin duda, Jost podría enfrentarse a él, pero no se mueve. Yo podría utilizar mis considerables habilidades para escapar, sin embargo la sensación de familiaridad me mantiene anclada al suelo. Los traficantes de sol patrullan los mejores barrios de la Heladera durante el horario comercial fijado, pero incluso ellos buscan refugio una vez que oscurece.

—Son unos ladrones y unos gamberros —vocifera la mujer.

—¿Es eso cierto? —nos pregunta él.

Jost cuadra los hombros y avanza hacia el traficante de sol.

—No, le pagamos más de lo que merecía por un viejo libro.

Greta se acerca cojeando un poco más, y cuando escucha las palabras de Jost, vuelve a sacudir el bastón.

—Ninguna cantidad es suficiente cuando se trata de los de vuestra calaña.

—Eh, un momento —el desconocido la interrumpe—. Nunca había visto a estos dos, así que no pueden ser muy problemáticos.

La única razón por la que piensa eso es porque no nos conoce de nada. Pero se equivoca en su percepción.

Greta frunce el ceño y lanza un intenso resoplido.

—Yo no te he pedido ayuda, traficante de sol. Eres tan mala persona como ellos, así que tal vez no te importe relacionarte con ladrones.

—Algunos de mis mejores amigos son ladrones —dice él, esbozando una sonrisa. El gesto, aunque insignificante, despierta algo en mi mente. Tiene un extremo de la boca más alzado que el otro, pero los labios no llegan a dibujar la sonrisa, jamás le había visto, sin embargo algo en él me resulta enormemente *familiar*.

—Deberías entrar. Es tarde y hay cosas más tenebrosas por ahí que una vieja tullida moviéndose a rastras.

No me gusta cómo le habla a Greta, pero no hay tiempo para reprochárselo. El toque de queda es inminente, lo que significa que el sistema de iluminación provisional se apagará durante la noche, extinguiendo las farolas y sumiendo a la

desmoronada ciudad en la más absoluta oscuridad. Los rumores de secuestradores y caníbales se repiten en mi mente. Tenemos que salir de aquí.

—Debemos irnos —le digo a Jost.

—Por fin —vocifera Greta desde la puerta de la tienda—. Recuerda, ladrona, ¡se cosecha lo que se siembra!

—Gracias por tu ayuda —le digo al traficante de sol. A pesar de que debamos ponernos en marcha, no me apetece que se vaya. Ojalá pudiera desentrañar su misterio, o, al menos, desatar los nudos que ha provocado en mis nervios—. Tenemos que encontrar a un amigo antes de buscar refugio.

—A estas horas, será mejor que vuestro amigo os encuentre a vosotros —nos recomienda, pero niego con la cabeza.

—La cosa no funciona así.

—Ad, probablemente haya regresado al hotel. No podemos perder tiempo buscándole cuando nosotros mismos tenemos que recorrer diez manzanas para llegar allí —me recuerda Jost. Su tono es pragmático y casi me convence, pero desconfío de sus motivos, así que insisto una vez más en que busquemos a Erik.

—Yo voy hacia el oeste —nos dice el desconocido—. Si no os importa acompañar a un traficante de sol, podemos buscar a vuestro amigo por el camino y luego sois libres de refugiaros en nuestro piso franco cerca del mercado de contrabando. Diez manzanas son demasiadas para recorrerlas de forma segura en estos momentos. Los remanentes no tardarán en salir.

—Gracias, pero...

—Parece un buen plan —interrumpo a Jost, que aprieta la mandíbula ante mi brusquedad. Aunque no me lleva la contraria.

—Excelente. Ahora sé que sois ladrones, pero no me habéis dicho cómo os llamáis —comenta el desconocido mientras regresamos hacia los estrechos callejones donde dejamos a Erik.

—Yo soy Adelice y él es Jost —se me ocurre demasiado tarde que debería haber mentido. Si la Corporación está buscándonos, divulgará nuestros nombres. Aunque estén en contra de la Corporación, los traficantes de sol podrían considerarnos valiosos.

—Dante —el traficante de sol tiende una mano que Jost estrecha con torpeza mientras nos dirigimos rápidamente hacia un lugar seguro. A continuación, toma la mía y se la lleva a los labios. Resulta quizás más extraño que su apretón de manos con Jost.

—Gracias otra vez —le digo, tratando de que mis palabras suenen sinceras—, por intervenir antes y por ayudarnos ahora.

El servicial comportamiento de Dante parece fuera de lugar en la Heladera. Lo normal sería que me preguntara si no estaremos metiéndonos en una trampa, pero siento una inexplicable confianza en Dante. Trato de alejar la cálida sensación que provoca en mi mente y mi corazón, pero se niega a abandonarme. Es esa confianza

más que nada lo que me empuja a seguirle.

—Mis motivos no son totalmente honestos —admite Dante—. Greta es una vieja un tanto cínica, pero algo en vosotros la asustó, y estoy deseoso de descubrir qué fue.

—No tengo ni idea —miento—. Estábamos mirando los libros, hablando con ella, y perdió el control. No entendí ni la mitad de lo que nos dijo. Pensé que estaría loca.

—Greta es una gruñona, pero la cabeza le funciona perfectamente. Es de los pocos que recuerdan el éxodo —continúa Dante—. Dijo algo sobre los de *vuestra calaña*. ¿Sabes por qué?

—No —recorro con la mirada las tiendas y las aceras, buscando a Erik. Me pregunto a qué se referirá Dante con que ella recuerda el éxodo.

—No importa —dice—. Lo descubriré.

Su afirmación me inquieta. Tal vez no hayamos caído en una trampa, pero tampoco regresamos a casa con un amigo. Las farolas se han apagado por completo, y solo queda un levísimo resplandor. Las calles están desiertas, pero de vez en cuando vislumbro una sombra que se mueve.

—A estas horas no encontraremos a vuestro amigo —dice Dante con un ligero tono de disculpa en la voz. Enciende una linterna que solo alumbra lo suficiente para que nos veamos los unos a los otros.

—Nos separamos de él por aquí —le digo, entrecerrando los ojos sin ningún resultado. Tendríamos que chocarnos con Erik para encontrarle ahora que las farolas están totalmente apagadas.

—Estamos cerca del piso —Dante nos conduce unas puertas más abajo. Me roza la espalda con la mano para guiarme en la dirección adecuada y la retira rápidamente, pero no antes de que mi cuerpo reaccione a su presencia. Durante un fugaz segundo, me siento tranquila. Segura.

Jost se inclina hacia mí y me susurra:

—Probablemente esté en el hotel. Es lo que acordamos en caso de no encontrarnos, ¿recuerdas? Además, no le gustaría que estuvieras en la calle después de oscurecer.

Tiene razón, pero no me parece bien abandonar a Erik. Confío en él de una manera que su hermano es incapaz de comprender, aunque no estoy segura de que vaya a seguir ningún plan acordado, especialmente mientras se sienta tan mal por no haber estado junto a Jost antes. Tarde o temprano, hará algo estúpido y heroico para demostrar a su hermano su valía. Solo espero que no sea esta noche.

Dante se detiene ante una gruesa y oscura puerta iluminada a ambos lados por unas delgadas bombillas rojas en espiral. Teclea un código, espera hasta que suena un audible *clic* y nos guía hacia el interior. Entramos en un vestíbulo cuyos muros de hormigón están interrumpidos únicamente por dos puertas enfrentadas.

—Es una entrada con doble puerta —nos explica—. Nos impide el paso mientras el escáner nos permite el acceso.

—¿Nos permite el acceso? —pregunto. Recorro el pequeño espacio con la

mirada, buscando el aparato que nos está analizando mientras un rayo de luz verde se desliza por mi cuerpo.

—No os preocupéis —nos tranquiliza, antes de añadir—: A menos que estéis en una lista de fugitivos buscados por los traficantes de sol.

Me muerdo un labio para que no se me escape que esa posibilidad existe. Muros de hormigón. Escáneres láser. Este lugar está construido para impedir el acceso de agresores. Hay mucha seguridad, aunque supongo que cuando diriges una operación peligrosa como el contrabando de sol, será necesaria, especialmente si hay criaturas deambulando de madrugada por las calles.

La sala que encontramos al otro lado del vestíbulo resulta sorprendentemente cálida. Unas largas antorchas solares cuelgan sobre nuestras cabezas, y las paredes están lacadas en color gris oscuro. Hay un apartado con unas amplias sillas de cuero, pero Dante pasa de largo y nosotros le seguimos rápidamente. Entramos en un salón con mullidos sofás y brillantes mesas de nogal. En la pared del fondo, una chimenea tallada se eleva hacia el techo formando un elegante arco, mientras la hoguera lame el cavernoso interior del hogar. Unas pequeñas lámparas solares con pantallas de cristal verde iluminan la estancia sin ventanas.

—Estoy hambriento —anuncia Dante—. Veré qué puedo gorronearle al cocinero. Aunque no os prometo que sea comestible —hace una inclinación de cabeza y nos guiña un ojo al salir de la habitación. Aún no sé qué pensar de él.

Teniendo en cuenta la comida enlatada de la que hemos sobrevivido la última semana, imagino que los guisos de los traficantes de sol supondrán una mejoría. Una de las ventajas de controlar el suministro de luz de la Heladera será sin duda mejores alimentos. Jost y yo nos acercamos al fuego y nos apoyamos en la chimenea de ladrillo para calentarnos. Me estoy acostumbrando al frío de la Tierra, pero resulta agradable sentir calor en la piel.

Jost no rompe su silencio; en vez de hablar, me arrastra hacia sus brazos y me fundo con su cuerpo. Estamos junto al fuego, así que no necesito su calor, pero lo anhelo. Hundo la cara bajo su barbilla y aspiro su aroma. Él se aparta un poco, pero solo para llevar sus labios hacia los míos. No me lo esperaba, aunque se lo agradezco después de la incómoda sensación que se ha instalado entre nosotros.

Es un beso lento. En la Tierra, no hay necesidad de apresurarse. No existe el riesgo de que la Corporación nos pille. Al darme cuenta de ello, vacío la mente de cualquier otra preocupación y me concentro en la presión de sus labios, al tiempo que separo los míos para intensificar el beso. Jost responde acercándose a su cuerpo, con las manos firmes en mi cintura.

Me aprieto contra él y dejo que mis manos desciendan lentamente por sus hombros, bajen por su pecho y recorran la cinturilla de su pantalón hasta detenerse en su espalda. Tengo las puntas de los dedos entumecidas, como siempre, pero al tocar a Jost me suben escalofríos por los brazos. Se acumulan en lo más profundo de mi ser hasta que me duele todo el cuerpo. Jost interrumpe el beso, pero ninguno de los dos

deshace el abrazo. Sus labios recorren mi oreja.

Me gustaría congelar este instante y hacer desaparecer todo lo que nos rodea.

Olvidar el pasado.

Ignorar el futuro.

Perderme en su cuerpo.

Pero ni siquiera yo dispongo de tanto tiempo.

Cuando Dante regresa a la estancia, vacila y entonces nos separamos. Se está preguntando si debería dejarnos solos, así que le hago señas para que se acerque.

—El cocinero está en ello —nos dice—. Ahora volvamos a lo de Greta.

No está dispuesto a olvidar lo que sucedió en la tienda, y no se lo reprocho. Las frenéticas acusaciones de la mujer han estado dándome vueltas por la cabeza desde que salimos de allí. Para mí no significaban nada, pero es posible que para Dante sí. Hasta ahora, había ocultado el reloj de arena que mi padre me hizo la noche que la Corporación acudió a recogerme porque pensaba que se trataba de un código secreto entre él y yo. Un simple recordatorio de quién soy Pero la reacción de Greta me ha sorprendido más incluso que el hecho de que la chica reconociera la marca la noche que llegamos a la Tierra. ¿Sé quién soy? Lo que mis padres hicieron aquella noche suscitó infinitas preguntas durante mi estancia en el coventri. ¿Cuánto sabían? ¿Adónde nos dirigíamos? He aprendido que en Arras nada es lo que parece. Ni siquiera una simple marca.

Así que alargo la muñeca y se la enseño a Dante. Él se acerca para examinar lo que le muestro y la sorpresa revolotea por su cara, aunque la esconde rápidamente tras una máscara de tranquilidad. Si no le hubiera estado mirando, no me habría dado cuenta.

—Esto lo explica todo —dice en voz tan baja que se me pone la carne de gallina.

—¿Tiene algún significado para ti? —le pregunta Jost.

—¿No sabéis lo que es? —responde Dante.

—No —admito. Parte de mí desea contarle toda la historia. Que somos refugiados de Arras, lo de mis padres y los túneles bajo la casa, que estamos huyendo de la Corporación. Pero permanezco callada, esperando su reacción, preguntándome qué le habré revelado exactamente sobre mí misma.

—Es la marca de Kairos —nos explica—. Al parecer no he sido muy educado. Bienvenidos a la Tierra.

## CINCO

Alguien ha colocado un festín sobre una lustrosa mesa negra. La presentación es sencilla, no han perdido tiempo en decoraciones ni utensilios sofisticados, pero la comida es otra historia. De primer plato hay una sopa de sabor intenso con pedazos de pescado blanco y puerros cocidos a fuego lento que se deshacen en mi boca. El caldo me abrasa la garganta, y saboreo cómo se desliza y me quema la lengua hasta que descansa caliente en mi estómago. A continuación, comemos una crujiente ensalada aderezada con un pesado aliño y trozos de pan tostado y untado de mantequilla. Y luego, carne. Jamás me había imaginado lo mucho que echaría de menos la carne hasta que la tengo delante de mí. Mi ración es muy pequeña. Las tajadas grandes las reciben los hombres, así que corto la mía en trocitos diminutos, observando el líquido rojizo que fluye de las incisiones y masticando cada pedazo durante varios minutos.

Esto es lo que Dante llama gorronear algo.

En otro momento la ansiedad me habría quitado el hambre, y habría apartado el plato, pero a pesar de necesitar respuestas sobre lo que está sucediendo a mi alrededor, no voy a renunciar a una comida después de una semana con tan poco alimento.

—Cuéntame algo más sobre los traficantes de sol —le digo a Dante—. Creo que me interesa unirme a ellos.

—Ha sido fácil convencerte —responde él.

—El camino a mi corazón pasa por mi estómago —admito.

A mi lado, Jost come despacio, sin decir mucho. Ahora que hemos desvelado nuestro secreto y Dante sabe que somos refugiados, parece más absorto incluso en sus pensamientos, sin embargo yo tengo la sensación de que me hubieran quitado una roca del pecho. Dante no ha mencionado nada más sobre la marca, aunque estoy segura de que volveremos a ella. Probablemente resulte difícil hablar de cosas serias con alguien que está comiendo a dos carrillos.

—Uno de los beneficios de este trabajo es la comida, obviamente. Recibimos una cuota de alimentos de las distintas zonas de cultivo hidropónico de la región y los intercambiamos por carne y pescado con los cazadores. Hay unas cuantas granjas a las afueras de la interfaz, pero criar ganado allí resulta duro. La carne ha perdido aceptación en gran parte de la Heladera por lo difícil que es conseguirla. Aunque queda algo de carne enlatada —nos explica.

—Entonces, hemos tenido suerte —comenta Jost, pero su expresión es sombría.

—Es un trabajo peligroso. Gran parte del territorio que hay fuera de la Heladera es inhabitable.

—¿Inhabitable? —pregunto.

—Debido a la actividad minera y a los bombardeos durante la guerra.

El relato que me contó Loricel sobre la Tierra era distinto. Ella había supuesto



que las personas que quedaron allí se habían aniquilado unas a otras. Pero parece que solo lograron destruir gran parte del planeta.

—Tengo aptitudes —le aseguro, aunque en realidad no estoy interesada en el trabajo. Lo que quiero es información.

Dante vacila y desliza una mano por su corto pelo. La baja y aparta el plato vacío.

—Te faltan ciertas cualidades imprescindibles.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—Porque eres una chica.

—¿Una chica? —repito.

Jost trata de contener la risa, y le golpeo el hombro.

—No subestimes a esta chica —le advierte a Dante.

—Ya me he dado cuenta —responde Dante—. Es más bien una norma. Kincaid, mi jefe, solo contrata hombres. Y un tipo muy particular de hombre.

Sus palabras sugieren que Jost no cumple los requisitos, lo que plantea la cuestión de por qué seguimos aquí. Dante no gana nada ayudándonos. Carecemos de valor en su ámbito de trabajo.

—A Kincaid solo le interesan las mujeres para una cosa, y algo me dice que a ti, Adelice, no te agradaría el puesto —añade Dante—. Créeme si te digo que no te gustaría verte implicada en los negocios de Kincaid. Es mejor que te mantengas alejada de él.

—¿Así que recolectáis luz solar fuera de la interfaz y la vendéis como energía? —cambio de tema antes de que Jost se enfade. Mientras Dante siga hablando, trataré de tirarle de la lengua.

—Disponemos de unidades de almacenamiento que la transforman en un tipo de electricidad que luego distribuimos por las tiendas y casas.

O se la entregan al mejor postor, imagino.

—¿Por eso hay toque de queda?

—Sí —responde—. No podemos suministrar suficiente energía para mantener la ciudad iluminada en todo momento. Aquí, en la Heladera, estamos lo bastante cerca del límite de la interfaz para que la ciudad disponga de más horas de luz. Nos resulta más sencillo recargar los paneles solares de la red energética de la ciudad.

—¿Por eso elegisteis este lugar? —le pregunto.

—Por eso —responde Dante— y porque a Kincaid le gustaba San Simeón. Asegura que las montañas que hay cerca de su mansión evitan las incursiones de la Corporación.

—Pero ¿tú no crees que sea por eso? —sugiero.

—Cuando veas el lugar, comprenderás lo que quiero decir.

—Entonces, la gente permanece a oscuras porque a Kincaid le apetecía tener una residencia enorme —comento.

—Tienen velas. Muchos reservan su suministro de energía para utilizarlo por la noche, pero las calles permanecen a oscuras —continúa Dante—. No es posible

establecerse fuera de la interfaz. Hay demasiados pozos mineros de la Corporación. Lo hacemos lo mejor que podemos.

—Hemos oído rumores de que durante las horas de oscuridad rondan predadores —le dice Jost.

—Un desafortunado efecto secundario de apagar las luces. Por eso es necesario el toque de queda.

—Pero nadie vigila que se cumpla —exclamo.

—El toque de queda no se impone, más bien se asume. Si estás en la calle de madrugada, los remanentes podrían atraparte. La mayor parte de la gente no se arriesga. Aunque siempre hay algunos suicidas. A los remanentes les gusta la oscuridad —dice Dante.

—¿Los remanentes? —pregunta Jost. Hemos oído esa palabra antes, pero no llegamos a comprender a qué se refiere.

—Los remanentes son... criaturas repugnantes —dice Dante.

—¿Para qué se llevan a la gente?

—Principalmente, para utilizarlos como alimento.

De repente, me alegro de haber terminado la cena y no haberlo preguntado unos segundos antes.

—¿Como alimento? —repite Jost sin comprenderlo bien.

—Seguramente os habréis dado cuenta de que no sobra comida. Ellos no discriminan cuando cazan. El ganado que tenemos está fuertemente vigilado y los animales salvajes de las zonas mineras no salen de ellas; quién sabe lo que la Corporación hará con ellos. Además, un ser humano también se puede cocinar —concluye Dante con una sonrisa malévola, y el contenido de mi estómago se agita un poco.

—Entonces, ¿son caníbales? —no oculto mi repugnancia.

—Ellos no tienen el mismo código moral que nosotros —responde Dante y se encoge de hombros—. Carecen de alma.

—Supongo —masculla Jost, soltando el tenedor.

—No, me refiero literalmente a que no tienen alma —aclara Dante—. La Corporación los envía aquí, y son diferentes a nosotros. Son inteligentes, hábiles. Forman manadas. Pero los han vaciado, les han arrebatado lo que nos convierte a vosotros y a mí en seres humanos.

Jost palidece, y sé en qué está pensando. En Rozenn, su esposa, a quien la Corporación arrancó del muelle de su pueblo natal —¿habrá corrido un destino parecido?—. A mí, no ha dejado de atormentarme la violenta muerte de mi padre, víctima de un arma de la Corporación durante nuestro intento de huida, pero saber lo que le habría ocurrido si le hubieran atrapado cambia las cosas. Sin embargo, nada puede borrar de mi mente la imagen de la sangre goteando de una bolsa negra para cadáveres. Mi madre podría haber acabado convertida en un remanente, aunque, según Cormac, fue eliminada. A Amie, mi hermana, la retejieron en una nueva

familia. Saber que mis seres queridos se han librado de lo peor alivia un poco la culpa que me ha aplastado desde que llegamos aquí. Pero ¿cuánto tiempo permanecerá Amie a salvo?

—No os preocupéis, los remanentes no duran mucho por aquí —nos dice Dante, respondiendo a la expresión de Jost—. Las condiciones son demasiado adversas, la comida demasiado escasa, y tarde o temprano, las manadas se atacan entre ellas.

Me vienen a la mente las unidades de almacenamiento del coventri. Me tropecé con ellas mientras buscaba información sobre Amie. Finas hebras en cajas de cristal. Secuencias de identidad personal catalogadas como *ACTIVAS*. Algo encaja, dejando una escalofriante sensación en mi mente. Cuando yo extraía gente de Arras, sus despojos eran enviados a otro lugar, sin embargo la primera vez que vi aquellas hebras en el almacén supe que no podía tratarse de restos de personas. Esos hilos eran lo que quedaba de ellas después de que la Corporación hubiera creado estos monstruos. Eran sus almas.

—Pero ¿por qué? —le pregunto—. ¿Por qué la Corporación los envía aquí?

—¿Cómo libras una batalla sin un ejército? ¿Crees que los oficiales de la Corporación se ofrecerían voluntarios de buen grado? Y no pueden enviar ciudadanos sin desvelar que la Tierra existe —me explica Dante sin alterar la voz, aunque bajo sus palabras se distingue cierto ardor—. La zona que se extiende bajo la interfaz está totalmente controlada por Kincaid, pero eso no significa que la Corporación esté dispuesta a que continúe así.

Guerra. Los habitantes de la Heladera luchan día tras día, soportando a duras penas las condiciones creadas por la interfaz que les bloquea el sol. Los remanentes no pueden ser solamente para mantenerlos alejados de las minas, y de algún modo sé que todo está relacionado con el periódico que cogimos en la tienda de Greta. Todo regresa a los telares.

—Si Kincaid controla la Heladera... —empiezo a decir.

—Controla todo el territorio que está bajo la interfaz —me corrige Dante.

—Está bien —admito—, ¿y lo que hay fuera de la interfaz?

—Eso es territorio de la Corporación —responde Dante—. Sus minas ocupan gran parte de la zona descubierta de la Tierra.

—Pero entonces, ¿cómo recogéis la energía solar? —pregunta Jost.

—A Kincaid no le preocupan demasiado las fronteras de la Corporación, lo que convierte la recolección de sol en algo peligroso. Si te atrapan, no regresas.

—¿Y cómo solucionáis eso? —le pregunto.

Dante se inclina hacia delante y sonrío.

—Evitando que te atrapen.

Ninguno de los dos bandos respeta el territorio del otro, eso está claro. Así que, puede que los traficantes de sol sean peligrosos, pero también los únicos que se atreven a enfrentarse a la Corporación.

—¿Por qué escapasteis de Arras? —nos pregunta Dante.

—La Corporación nos ha arrebatado seres queridos —responde Jost por ambos—. No nos creímos sus mentiras, y la verdad nos condujo hasta aquí.

Jost está diciendo la verdad sin revelar nada.

Pero la respuesta no satisface a Dante.

—Últimamente están pasando cosas un tanto extrañas. Hay más presencia de la Corporación. Una nave fue abatida en vuelo. No puedo evitar pensar que una típica refugiada de Arras no se presenta con la marca de Kairos grabada en el brazo.

Por eso está interesado en nosotros.

—Mi padre me la hizo antes de que la Corporación le asesinara —admito—. Antes de que yo huyera.

—¿Y no te explicó lo que significaba? —insiste Dante.

—No le dio tiempo. La Corporación se nos estaba echando encima, así que tuve que marcharme antes de que pudiera preguntárselo. Supuse que era otro de los secretos de la familia Lewys.

—¿Qué has dicho? —pregunta Dante.

Tiene el rostro lívido, así que repaso mentalmente mis últimas palabras para tratar de descubrir qué le ha impactado tanto. Pero antes de que encuentre la respuesta, empieza a parpadear una luz roja en la habitación y a sonar una estridente alarma.

—No es posible —exclama Dante, levantándose de un salto y tirando la silla con el impulso.

—¿Qué pasa? —le pregunto, mientras una indeseada inquietud me invade el pecho.

—Es una alerta perimetral. Una de las entradas ha sido asaltada —baja inmediatamente hacia el vestíbulo, y tenemos que correr para alcanzarle.

—¿Remanentes? —le pregunto.

Dante no responde. Está ocupado revisando las diversas pantallas de un panel comunicador. Es tecnología de la Corporación, mucho más avanzada que todo lo que hemos visto hasta ahora en la Tierra.

¿Cuán flexibles son los traficantes de sol en sus alianzas?

Activa la cámara de seguridad que muestra el lugar del ataque. La imagen aparece en verde y blanco, de modo que podemos distinguir el movimiento que se produce en el oscuro exterior. Un grupo de personas está destrozando unos contenedores en un callejón.

—¿Es aquí? —pregunto.

—En la parte trasera —murmura Dante.

Jost opta por preguntar algo más práctico.

—¿Es algo normal?

—Eso, tal vez —responde Dante, señalando a los remanentes que salen de un salto de los cubos de basura, pero luego cambia a la siguiente cámara—. Pero esto, no.

La imagen muestra una puerta de acero abollada, arrancada de cuajo y tirada en el

callejón. Hay un remanente atrapado debajo. Por el pelo largo se diría que es una mujer, pero no le veo la cara y no se mueve. La cámara gira hasta que enfoca un grupo de remanentes dentro de un vestíbulo de hormigón muy parecido al que utilizamos nosotros para entrar.

—La Corporación debe de haberles suministrado unos buenos explosivos para traspasar nuestras puertas —dice Dante—. Pero no quieren hacernos saltar por los aires, su intención es capturarnos.

—¿Podrán entrar?

—Lo dudo. Los vestíbulos disponen de un triple refuerzo: dos capas de hormigón y soportes de acero entre medias. Cualquier cosa que utilizaran para traspasarlo los mataría, y nosotros también disponemos de nuestra propia trampa que se accionará en cuanto intenten destrozar la siguiente puerta.

La cámara que nos envía las imágenes del vestíbulo gira hasta la siguiente esquina, y siento cómo el corazón me golpea con fuerza en el pecho. Apenas me da tiempo a ver la escena antes de que cambie de ángulo, pero la última imagen es lo único que proceso.

Han capturado a Erik.

## SEIS

La alarma sigue encendida y su aullido rasga el aire, aporreándome los oídos. En mi cabeza se arremolinan pensamientos e ideas que se evaporan con rapidez. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Cómo han sabido que tenían que traer a Erik aquí? ¿Nos ha encontrado la Corporación?

¿Nos están vigilando?

Dante se apresura a sacar unos cuantos rifles del almacén del piso franco. Me alarga uno pero vacila, y deduzco lo que está pensando. No quiere que vaya. Tal vez los traficantes de sol no estimen en mucho a las chicas, pero tengo mis propios recursos. Rechazo el rifle y alcanzo un pequeño cuchillo con hoja de sierra.

—Jost y yo podemos ocuparnos de esto —dice Dante.

—Tiene razón. Esas cosas están buscando algo —añade Jost. Es una advertencia. Cree que han venido a por mí, aunque no haya ninguna razón para pensarlo. Excepto que hayan elegido este piso franco para atacar. Y que hayan capturado a Erik. Así que existen varias razones.

—Tal vez —admito—, pero no van a conseguirlo.

La cámara de seguridad no muestra a nadie cerca de la entrada principal, así que nos dirigimos hacia ella.

—¿No dispones de más hombres? —le pregunto a Dante cuando nos deslizamos hacia el oscuro exterior.

—Andan por ahí. Algunos no han venido todavía, y otros probablemente estén durmiendo antes de empezar el turno de patrulla de la mañana —responde.

—¿Deberíamos, no sé, despertarlos? —sugiero.

Dante me agarra del brazo para detenerme, y sus ojos aparecen negros en la noche cuando me mira fijamente.

—No voy a involucrar a nadie todavía por tu propio bien. En cuanto Kincaid sepa de ti, querrá reunirse contigo, y probablemente mucho más que eso. No permitiré que nadie intervenga hasta que me expliques ciertas cosas.

—Ya lo he hecho —susurro.

—No, quiero la historia *completa*. No es una coincidencia que los remanentes estén aquí, y quiero saber lo que sucedió con aquella aeronave.

Antes de que Dante pueda continuar, Jost le aparta de mí de un empujón.

No la toques.

Dante se vuelve rápidamente hacia él, pero luego se tranquiliza. En vez de forzar la situación, se dirige hacia el final del edificio. Si Erik no estuviera en peligro, huiría ahora mismo porque de repente me asustan las intenciones de Dante. Sabe que fui yo quien abatió la nave la semana pasada. Dije algo durante la cena que le sobresaltó, aunque nada que revelara mi identidad ni mis inusuales habilidades. No reaccionó del mismo modo cuando vio la marca del reloj de arena. En ese instante mostró curiosidad, pero ahora parece estar reprimiendo furia y sé que no tiene nada que ver

con el ataque de los remanentes. Está enfadado conmigo.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que estamos casi en el callejón y todavía no sé lo que vamos a hacer a continuación. Las luces de emergencia inundan la zona, bañando el callejón con más luz de la que habíamos visto hasta ahora en la Tierra, incluso durante las horas de mercado. Los espacios oscuros de la calle se arrastran por los laterales de mi campo de visión, proyectando sombras en el pequeño callejón. Tengo la sensación de ver cuerpos que luego desaparecen.

Están ahí y saben que nos estamos acercando.

—Sacad vuestras armas —sisea Dante.

Siento el pequeño cuchillo ligero e inútil en la mano. Ni siquiera sé cómo utilizarlo. Podría tratar igualmente de dar puñetazos a nuestros atacantes. Debería haberle hecho más preguntas a Dante sobre los remanentes. De hecho, ahora que estamos frente a un grupo de maníacos, hay un montón de cosas que desearía haberle preguntado.

Lo que me asusta son sus ojos. Con las pupilas dilatadas más allá de los iris, expandiéndose en un vacío infinito. Se mueven con una agilidad antinatural, saltando sin miedo a caer y avanzando a grandes zancadas. Los remanentes juegan con las sombras, apareciendo y desapareciendo de mi vista, cambiando aparentemente de forma delante de mis ojos. La oscuridad lame sus miembros, ramificándose como venas emponzoñadas sobre sus brazos y sus rostros, pero cuando uno se acerca, las oscuras vetas adquieren profundidad en su piel. Son *cicatrices*, no ilusiones ópticas.

—¿Puedes tejernos fuera de aquí? —me pregunta Jost en un susurro, apoyando la culata del rifle en su hombro y mirando a través del largo y delgado cañón.

—Probablemente pueda congelar el instante, pero no hay ningún sitio donde ir —no tiene sentido ocultar mis habilidades de tejedora a Dante cuando tal vez vayamos a necesitarlas. Mis ojos enfocan automáticamente las hebras que nos rodean. Están enmarañadas en una red mutilada. No hay ningún diseño perceptible en este caos. Soy capaz de ver las hebras de la Tierra, de tocarlas, pero este mundo me resulta demasiado imprevisible para saber con seguridad qué pasaría si creara una gran distorsión en ellas.

—Imagino que tu amigo se enfadaría bastante si le abandonaras —añade Dante. Lo noto en el peso de sus palabras, en el cuidado con que las ha elegido, en lo lentamente que se deslizan por su lengua: sabe lo que soy. Ignoro cómo lo ha adivinado, pero Dante sabe que soy una tejedora.

—Cada cosa a su tiempo —exclamo—. Pensé que nos encargaríamos primero de los locos.

—Veamos lo que puedes hacer —dice Dante.

—Busca a Erik —le ordeno a Jost.

Él asiente con la cabeza, pero no se muestra tan dispuesto como yo a ayudar a Erik, así que le recuerdo en voz baja:

—Es tu hermano.

—Está allí —nos interrumpe Dante.

Erik está peleando con uno de los remanentes, tratando de apartar el cuerpo de su atacante con una mano mientras la criatura le sujeta la otra.

—¡Erik! —le grito, pero me arrepiento al instante porque gira la cabeza hacia mi voz y, durante un segundo, pierde la concentración en el remanente con el que está luchando. Pero antes de que la extraña mujer pueda abalanzarse sobre él, Dante le atraviesa el cuerpo con un disparo. La remanente retrocede a trompicones y cae muerta. Esto le concede a Erik tiempo suficiente para llegar hasta nosotros.

—Me alegra que hayáis aparecido —jadea.

—Yo también —le respondo, esperando que no se dé cuenta de que estoy temblando—. ¿Cómo supiste dónde estábamos?

—Yo no lo sabía —dice Erik de manera significativa—. *Ellos*, sí.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Jost, y al volverme descubro que Dante se ha apartado de nosotros y desciende por el callejón. Al principio, da la impresión de que lo tuviera todo bajo control, pero luego un remanente le lanza contra una alta valla de tela metálica.

Sin pensarlo, me lanzo a todo correr hacia los dos, con el cuchillo entre los dedos. El remanente tiene a Dante inmovilizado en el suelo y le agarra el cuello con las manos. Algo pasa silbando junto a mí, pero no me detengo hasta que llego a ellos. Ataco con el cuchillo y lo hundo en la espalda del remanente. La hoja vibra mientras penetra en la carne y hace temblar mi mano.

Esa herida no va a detenerle, pero le enfada. El remanente aparta las manos del cuello de Dante, apoya las palmas en el suelo y sisea con la respiración entrecortada. Dante ha quedado libre, pero ahora el remanente viene a por mí.

Con el cuchillo aún en la mano, le lanzo una puñalada para asustarle. Pero se ríe. Es una risa humana completamente normal que me hace perder el agarre sobre la empuñadura. Me recupero, pero he perdido la postura defensiva. Ahora, en vez de obligarle a retroceder poco a poco, estoy en una posición vulnerable. Avanza hacia mí lentamente, con un leve gruñido, moviéndose de manera errática y empujándome cada vez más hacia la alambrada.

Abro la boca para pedir ayuda a Jost cuando un ladrillo le destroza el cráneo al remanente. Se desploma en el suelo y Dante agita la mano para que le siga.

—¡Dante! ¡Adelice! —alzo la vista y veo a los chicos haciéndonos señas. Nos dirigimos a toda velocidad hacia ellos y cuando los alcanzamos, Erik me agarra del brazo. Los otros siguen corriendo, pero él me retiene.

—¿Confías en ese tipo? —me pregunta en voz baja, aunque no haya nadie alrededor.

—¿Tengo elección? —trato de librarme de su mano.

—Podría ser una trampa.

—Si quieres probar suerte con ellos —le digo, soltando bruscamente mi brazo—, adelante. A esas cosas las envía la Corporación, lo que probablemente signifique que



andan detrás de nosotros.

Vuelvo la cabeza para sopesar su reacción. Entrecierra un poco los ojos, pero luego empieza a correr.

—¿Y quién ha dicho que los envíe la Corporación?

—Dante. Él es nuestra única oportunidad para salir de aquí.

—Ese es tu problema, Ad —me responde de un grito—. Que solo escuchas lo que te dicen otros.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, alcanzamos a los demás, así que lo dejo pasar. Hay cuerpos de remanentes desperdigados por la entrada al piso franco, y aparto la mirada cuando Dante empieza a rematar a los escasos supervivientes que tratan de huir a gatas.

—¿Es eso necesario? —le pregunto mientras se mueve en círculos, examinando cada cuerpo para asegurarse de que están todos muertos.

—¿Has visto lo que han hecho y quieres dejarlos escapar?

—Son personas...

Dante me interrumpe:

—Son despojos de personas.

La remanente atrapada bajo la puerta se mueve y el rifle de Dante se dirige hacia ella, pero antes veo su cara bajo el foco de luz.

No se parece en nada a la mujer que recuerdo. Su piel, antes suave, aparece cetrina, como si fuera de cera. Tiene varios dientes rotos de raíz y sus ojos, antaño de un luminoso color esmeralda, siguen siendo hermosos, pero ahora brilla en ellos algo mortífero. Unas horribles cicatrices surcan de forma irregular su cuerpo, pero no brillan ni titilan —no se trata de cicatrices superficiales, sino de heridas profundas y permanentes—. Se revuelve bajo la puerta que la inmoviliza en el suelo, y sin pensar, alargo la mano en busca de las rebeldes hebras del mundo que me rodea hasta que agarro un dorado hilo del tiempo. Azota el aire mientras lo arrastro para formar una distorsión. La hebra es más larga de lo que esperaba y chasquea contra los elementos naturales que hay a su alrededor, transformando el aire en un borrón de color y luz.

—¡Detente! —grito, pero él ya lo ha hecho, desconcertado por mi reacción. Y entonces me doy cuenta de que Dante no está mirando la distorsión que hay frente a él, sino a *la mujer*.

—¿Quién es? —me pregunta Jost.

Jost se acerca más a mí y coloca una mano en la parte baja de mi espalda, para que sepa que está ahí. Pero no tiene ni idea de lo que tenemos delante —*a quién* tenemos delante.

¿Ha venido a por mí? ¿La han enviado en mi busca? Estas preguntas me provocan oleadas de angustia. La habían extraído. Jamás había pensado demasiado en las palabras de Cormac —*la han encontrado y extraído*—, ni siquiera cuando Erik me advirtió que tal vez siguiera viva. Aunque no me esperaba algo así, ya fuera por mi incapacidad para entender lo que eran los remanentes, o porque no estaba dispuesta a

entenderlo. Parece que he subestimado terriblemente la crueldad de la Corporación. Otra vez.

—Es mi madre —respondo, tratando de relacionar mis palabras con la realidad que tengo delante de mí.

La mano de Jost resbala y aferra la tela de mi blusa. Escucho su intensa respiración, sin embargo Dante permanece tranquilo, impassible ante mi revelación. *Casi* como si lo esperara.

—*Era* tu madre —me dice, aunque sus palabras suenan forzadas y no trata de rodear la distorsión—. Te habías guardado algunos secretos.

—No puedes culparme por ello —me justifico.

—Entonces, venían a por ti —añade Dante, y sé que debe de ser así. Antes, llegar a esa conclusión parecía un tanto arrogante. Ahora es simplemente un hecho. Dante dirige su siguiente pregunta a Erik ¿Cómo te atraparon?

Erik se acerca a la luz para mirarle a la cara.

—El hombre con el que estaba negociando me delató a la Corporación.

Erik se había percatado de que el hombre mostraba curiosidad por su parafernalia de la Corporación. Debió de imaginar que Erik era un refugiado valioso. Y nosotros le dejamos caer en la trampa solo.

—Pero ¿por qué la han enviado *a ella*? —pregunto. El cascarón tirado delante de mí parece ignorar que soy su hija. No encuentro ningún provecho en utilizarla contra mí.

—Para asustarte —responde Dante con frialdad—. Independientemente de lo que hayas hecho para despertar su cólera, quieren que sepas que vienen a por ti y que emplearán cualquier medio para destruirte.

Suena como si estuviera hablando por experiencia.

—¿Vas a acabar con ella? —la pregunta se me atraganta. Puede que ya no sea mi madre, pero la idea de darle la espalda y que él la mate clava sus garras en mi cuerpo, oprimiéndome el corazón hasta que estoy segura de que se me va a hacer añicos. Sería como perderla por completo de nuevo.

Pero Dante vacila ante mi pregunta, y la expresión dolorida de su rostro refleja mis sentimientos. Esta situación le resulta más cercana de lo que deja traslucir. Puede que la Corporación también le haya quitado algo a él.

—No, a menos que tú me lo pidas.

Me siento incapaz de poner fin a lo que la Corporación ha hecho de ella, obligándola a soportar una vida a medias. Pienso en las cajas del almacén. Es posible que lo que le falta espere dentro de alguna, y si fuera así, ¿podría salvarla?, ¿podría reparar el daño que le han infligido en las estériles clínicas de Arras? Existe la tecnología necesaria para crear un remanente, así que tal vez exista la que pueda devolverle su antiguo ser.

—No puedo dejarla escapar sin arriesgarme a enfurecer a Kincaid —dice Dante—. La cámara de seguridad lo grabará todo, de modo que tendré que meterla dentro.

—¿Tenéis celdas aquí? —le pregunta Jost.

—Aquí no. Kincaid dispone de instalaciones de confinamiento en su mansión, pero si os llevo allí, no podré protegeros de él. Un refugiado es una cosa, pero una tejedora renegada es otra —me dice Dante.

—Imagino que después de esto —señalo la distorsión—, no podrías protegerme de él de ninguna manera.

Dante dirige la mirada hacia Erik.

—Conseguiste un buen pellizco por la parafernalia de la Corporación, ¿verdad?

Erik asiente con la cabeza.

—Entonces, deja que os lo explique para que lo podáis comprender. En la Tierra, ella es la parafernalia de la Corporación más valiosa —dice Dante—. Y Kincaid querrá conseguirla.

Y de este modo me convierto en un objeto. Algo que coleccionar, usar y vender, como una máquina.

—¿Y si no queremos ir? —le pregunta Jost.

Dante se encara con él y levanta los hombros, de modo que su ligera diferencia de altura resulta más formidable.

—Os perseguirá. Puede que en la Tierra no tengamos telares, pero como Kincaid quiera atraparos, resulta imposible llegar muy lejos. Vuestra mejor opción para seguir vivos, y para mantener a Adelice a salvo, es acudir como invitados. De otro modo, Kincaid os considerará una amenaza.

—No sería la primera vez que nos vieran como una amenaza —respondo, colocándome junto a Jost.

—No necesitáis más enemigos de los que ya tenéis —nos avisa Dante—. La Corporación se ha pasado de la raya esta noche. Kincaid no hará la vista gorda. Después de esto, querrá vengarse de quien sea. En este momento, le necesitáis como aliado.

—No le serviré de nada —le advierto—. Las hebras aquí son distintas. Apenas puedo controlar mis habilidades —la distorsión que he creado para proteger a mi madre no es nada en comparación con las enormes cúpulas que construía en torno a Jost y a mí en el coventri. Habría detenido una bala directa, pero a Dante le habría bastado con cambiar de posición. Apenas he podido agarrar las hebras correctas.

—Aquí no te enfrentas a los meticulosos diseños de Arras. Esto es tiempo y materia en bruto, no puedes controlarlo como si estuvieras en un telar —me explica Dante—. Aunque imagino que la mayoría de las tejedoras no son capaces de hacer lo que tú.

Jost se acerca a él y hace un gesto con la cabeza en dirección a mi madre.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Agradezco que haya cambiado de tema. No quiero seguir hablando de mis habilidades, especialmente porque hasta ahora no había caído en la cuenta de que aquí puedo tocar la materia prima del universo.

Dante muestra una expresión seria, pero levanta con cuidado los restos de la puerta de acero que aplastan a mi madre. Jost mantiene un arma apuntada hacia ella, sin embargo Dante se agacha para cogerla en brazos. Ella le clava las uñas, aullando, aunque sus heridas le impiden hacerle mucho daño. Mientras teclea el código de acceso, Dante la sostiene con cuidado y finalmente ella se derrumba en sus brazos mientras esperamos a que la puerta se abra.

—Tenemos unas instalaciones donde podré encerrarla —nos explica Dante—. Estará bien hasta que la traslademos por la mañana. Vosotros deberíais descansar.

Inclina la cabeza hacia un pasillo bordeado de puertas.

—Los dormitorios —nos dice, y desaparece por el pasillo gris sin añadir nada más.

Por un instante, me pregunto si habré hecho bien al mantenerla con vida, y si estaré cometiendo un error dejándola ahora con Dante, pero la preocupación no tarda en dejar paso al pánico. Se desliza por todo mi cuerpo y me paraliza. Los chicos se detienen junto a mí y noto su preocupación, aunque soy incapaz de transformar en palabras la terrible realidad que acabo de descubrir.

Esto es lo que la Corporación reserva para los traidores, y yo cometí una traición de calibre extraordinario cuando los saqué de Arras para venir a la Tierra. Tal vez aquí estemos a salvo durante un tiempo, pero no podemos proteger a los que dejamos atrás, y ahora sé lo que la Corporación hace con quienes considera una amenaza —los monstruos que crea.

Y si no encuentro el modo de regresar cuanto antes a Arras, no habrá manera de evitar que hagan lo mismo con Amie.

## SIETE

En sueños, me enfrento a los fantasmas que quieren atraparme. Una oleada de remanentes, con Amie entre ellos, alarga sus brazos hacia mí. Miro únicamente cómo Amie es engullida por la multitud de monstruos sin alma. Aparece una nueva figura donde ella se ha desvanecido: una mujer con sangre goteando de las muñecas. Los remanentes han desaparecido. Abro la boca para gritar pero no emito ningún sonido. La sangre se acumula a sus pies mientras ella se disuelve lentamente en el charco, del que luego surge otra mujer. Está desnuda, y tiene una larga cicatriz que surca su vientre y el pelo en llamas. Es mi madre. Me señala con gesto acusador. Sus ojos están vacíos. Muertos. Por mi culpa. Deseo con todas mis fuerzas que el sueño cambie, persuado a mi mente de que despierte, recordándome que esto no es real. Pero cuando abro los ojos, me encuentro en un bar, con un whisky delante de mí. A su lado hay una diminuta tarjeta. La levanto para leer el mensaje.

*Bébeme.*

Miro a mi alrededor, preguntándome dónde me ha conducido el sueño. El lugar me resulta familiar, aunque carece del colorido que tenía el escenario real que encontré durante mis viajes por Arras. Aquí, la barra no es de valiosa caoba, sino una tabla de ébano en un mundo gris. Mis ojos se detienen en las puertas de vaivén. Llegará en cualquier momento.

Cormac. La peor pesadilla de todas. Pero no es él. Se trata de un hombre más bajo y fornido que Cormac, con la misma arrogancia fácil, aunque su rostro queda oculto bajo un sombrero de fieltro demasiado calado.

Mientras lucho contra el sueño, recupero y pierdo la consciencia hasta que la luz inunda la habitación. De repente, noto los brazos de Jost a mi alrededor, y despierto.

—Estaba soñando —murmuro.

—¿Pesadillas?

—Sí.

Sus brazos me rodean con más fuerza, hasta que descansan cruzados sobre mi pecho. Siento los firmes latidos de su corazón contra mi espalda.

—Ahora puedes descansar.

Me relajo en la seguridad de su abrazo, pero no me duermo. Llevamos en la Tierra apenas una semana, y ya me he enfrentado a muchas cosas. A *demasiadas*. Ver a Valery, algo que cada vez tengo más claro que no fue imaginación mía. Ser atacada por mi madre. La extraña experiencia en la tienda de Antigüedades Curiosas. Cormac debe de tener algo que ver con todo esto, pero ¿con qué fin? ¿Espera asustarme tanto como para que regrese a Arras?

Los acontecimientos del día se agolpan en mi mente, y cada uno de ellos plantea una nueva pregunta que soy incapaz de responder. Me resulta imposible dormir sabiendo que mi madre está encerrada en algún lugar del piso franco. Recuerdo el ataque y retrocedo más y más en los recuerdos que tengo sobre ella y sobre mi padre.

Mis padres nunca fueron temerarios. Insinuaban la rebelión en conversaciones susurradas, pero lo único que hicieron abiertamente en contra de la Corporación fue tratar de evitar que me alejaran de ellos. Si su traición iba más allá, la mantuvieron tan oculta como los misteriosos túneles bajo mi casa. Ojalá pudiera hablar con mi madre, o que mi padre estuviera vivo para guiarme. Me molestaba cuando se inmiscuían en los asuntos de la escuela o me daban consejos indeseados sobre las compañeras de clase. Ahora anhelo su ayuda.

Cierro los ojos, tratando de borrar sus recuerdos de mi mente, pero continúan en el espacio entre el sueño y la vigilia. Mis padres eran cariñosos. Amables el uno con el otro. Pero de lo que más me acuerdo es de cómo mi padre adoraba a mi madre. Cómo trataba de llenar el vacío del tercer hijo que la Corporación no le permitió tener, o de curar las cicatrices de su ingrato trabajo. Ahora es un monstruo creado por la Corporación. Aprieto los párpados con más fuerza, dispuesta a dormir, pero me persiguen las imágenes de mi casa. Notas de amor. Hábitos matutinos. Mi madre recogiendo el pelo. Distingo la marca de un reloj de arena detrás de su oreja y me despierto sobresaltada, pero vuelvo a cerrar los ojos rápidamente, no sea que Jost quiera hablar.

¿Lo he imaginado? ¿He añadido la marca a mi recuerdo mientras trato de comprender quién era mi madre, o simplemente la había pasado por alto durante años?

Rozo con los dedos mi propia marca. La sensación es la misma de siempre —sobresale un poco, pero apenas resulta perceptible—. Y aun así palpita, anunciándome quién soy: Las palabras de mi padre rondan por mi cabeza —*recuerda quién eres*—, pero no estoy más cerca que aquella noche de comprenderlas.

A cada segundo que pasa, descubro las mentiras que me rodean. Los secretos que todo el mundo me ocultó. ¿Cuándo excavaron mis padres aquellos túneles y por qué no me contaron nada? ¿Cómo descargó Enora en el digiarchivo el programa que me condujo hasta la verdad? ¿Quién se lo facilitó? En la Tierra, la oscuridad lo inunda todo, y me siento atrapada en ella. ¿Cómo voy a descubrir quién soy cuando mi mundo está levantado sobre secretos y sombras?

Solo tengo una cosa clara: que no estoy más segura aquí que en Arras. Cormac me lo ha dejado claro. Sabe dónde estoy y continúa moviendo hilos. Así que, si Kincaid es el hombre más poderoso de la Tierra, voy a ir directamente a su mansión. Enora me aconsejó una vez que buscara aliados. No podía tener más razón.



Al día siguiente, viajamos hacia las montañas en una trampa mortal a la que Dante llama *spider* y que parece una jaula con ruedas. La mansión de Kincaid se encuentra rodeada por varias hectáreas de terreno, cómodamente situada a las afueras de la

Heladera pero aún bajo la interfaz. A una distancia adecuada para supervisar sus negocios en la ciudad, pero con espacio suficiente para que la propiedad esté rodeada por una intimidante valla perimetral. Y aunque todavía no le haya conocido, el primer vistazo que echamos a su casa influye en la impresión que me formo sobre el tipo de hombre que debe de ser. La mansión es extravagante en el peor sentido de la palabra. Si es aquí donde vive, Kincaid tiene que ser alguien que trata con todas sus fuerzas de impresionar. No podemos acercarnos lo suficiente como para aparcar el *spider* al lado de la mansión, así que Dante se detiene junto a uno de los largos y serpenteantes senderos para dejarnos salir. Mi madre está sedada y atada en la parte trasera —por nuestra seguridad, según Dante.

La opulencia de la mansión de Kincaid me pilla por sorpresa. Debería haber esperado algo así, teniendo en cuenta el piso franco de los traficantes de sol en el mercado de contrabando, pero me choca —el desagradable lujo en un mundo donde no hay suficiente comida para alimentar a la población—. El interior es casi como una ciudad entera, y no puedo evitar pensar que desmerece incluso el complejo del coventri. El edificio principal se encuentra en el centro, dominando el paisaje con su tejado rojo y unos chapiteles gemelos que se elevan sobre el entorno. Hay balcones con vistas al magnífico espectáculo que se extiende debajo. Los senderos están flanqueados por palmeras y arbustos y hacia cualquier lugar que me giro, me devuelven la mirada petrificados rostros de mármol que crean una exposición de horror y belleza para aquellos que son considerados dignos de entrar en la mansión.

Sobre nuestras cabezas se elevan los pilares de un sistema de iluminación artificial que imita el sol. Es brillante y cálido, y la luz centellea sobre el agua de los estanques y las fuentes, casi cegándome. Pero, ocultas tras los majestuosos edificios y los cuidados jardines, surgen varias chimeneas que suben hacia la interfaz.

—Jax os acompañará dentro —nos dice Dante, señalando a un muchacho larguirucho que espera en lo alto de la escalera—. Yo voy a echar un vistazo a nuestra prisionera.

—Quiero verla. Necesito hablar con ella —exclamo cuando Dante se vuelve. Tengo tantas preguntas que hacerle. A pesar de lo que la Corporación le haya hecho, podría ofrecerme respuestas. Y la echo de menos.

—Te prometo que podrás más adelante, pero ahora debemos mantenerla encerrada por...

—Por nuestra seguridad —acabo su frase.

—Exactamente —responde Dante con los labios apretados.

La amabilidad que Dante mostró con Jost y conmigo en nuestro primer encuentro se ha enfriado. Salimos con las primeras luces y nos ha traído hasta aquí sin apenas dirigirnos la palabra mientras recorríamos las serpenteantes carreteras de montaña que conducían a la mansión Kincaid. Tal vez mi don le haya desconcertado, pero sospecho que hay algo más.

—Bienvenidos —exclama Jax mientras baja a saltos los escalones.

—Kincaid nos está esperando —le dice Dante.

—Yo me ocuparé de ellos —responde Jax—, y tengo que darte un mensaje cuando hayas terminado, ¿eh?... —Jax mira fijamente a mi madre en brazos de Dante, preguntándose sin duda por qué hemos traído a una remanente a la mansión.

—Luego te busco —le asegura Dante, llevándose a mi madre.

Jax está tan delgado que parece varios años más joven que Jost o Erik, sin embargo tiene los ojos rodeados de arrugas. Se le iluminan cuando sonrío ampliamente y estira la mano para apretar las nuestras, repitiendo nuestros nombres mientras nos presentamos —el recibimiento es tan sencillo y natural que no puedo evitar relajarme un poco por primera vez desde los espeluznantes acontecimientos de ayer.

—He dispuesto que os sirvan unas bebidas en la sala de reuniones —nos explica Jax—. Kincaid está atendiendo unos negocios, pero se reunirá con vosotros para el almuerzo.

—¿Qué es eso? —le pregunto, señalando las chimeneas.

—Una planta eléctrica. Almacena los suministros de la mansión y la Heladera —responde Jax.

—¿Es ahí donde guardáis la energía solar que recogéis?

—Es un poco más complicado que eso. Utilizamos un sistema fotovoltaico híbrido con un generador de carbón que...

—¿Básicamente es de donde procede la electricidad? —le interrumpe Erik.

—Sí —responde Jax con una carcajada. Le seguimos hacia el interior del edificio principal, avanzando tras él mientras nos explica dónde se encuentran los baños y cómo llamar a un criado. Pero yo estoy fascinada con las estatuas que aparecen en cada rincón y los detallados retratos que cuelgan de los paneles de madera tallada. Los numerosos tapices, con precisos e intrincados bordados, me hielan la sangre. Hay rostros por todas partes, congelados en el tiempo, observándome mientras camino por la casa. Entre los diseños, los colores y la ornamentación, empieza a dolerme la cabeza. En la sala de reuniones encontramos asientos de varias clases colocados en grupos. Una enorme chimenea, al menos el doble de alta que yo, domina la estancia desde la pared más alejada. Se me hunden los pies en la mullida alfombra cuando me dirijo hacia un sofá. Es muy estilizado y pequeño, así que me encaramo a él algo incómodamente. Jax se excusa y nos deja a los tres solos en la grandiosa estancia.

—¿Queréis un trago? —pregunta Erik, levantando un decantador de cristal hacia nosotros.

—No, gracias —responde Jost, y su actitud me fastidia. ¿Alguna vez va a desaparecer la tensión entre los dos?

—De momento, no —le digo a Erik.

—Si estuviera envenenado, al menos os desharíais de mí —Erik se encoge de hombros, perplejo ante nuestra negativa, y se sirve parte del líquido ambarino en un vaso. Se reclina, coloca un brazo sobre el respaldo del sofá y estira una pierna sobre



el asiento. Parece cómodo en este entorno, en absoluto desconcertado por la opresiva grandiosidad que nos rodea.

—¿Deberíamos echar un vistazo por ahí? —nos pregunta Erik unos minutos después al tiempo que deposita el vaso vacío sobre la mesa.

Coloco rápidamente un posavasos debajo, temerosa de que se estropee la impoluta madera. Algo me dice que el tal Kincaid se daría cuenta.

—Este lugar tiene que estar plagado de medidas de seguridad —comenta Jost—. Tal vez deberíamos esperar un día o dos antes de que nos cataloguen como problemáticos.

Con las cartas sobre la mesa, los hermanos se miran a los ojos y luego inevitablemente se vuelven hacia mí —me toca desempatar.

—Jost tiene razón —respondo, aunque detesto tomar partido por ninguno de los dos—. Y probablemente estén escuchándonos. Así que no llegaríamos muy lejos.

—Bueno, entonces solo nos queda hablar de lo obvio —dice Erik—. Tu madre.

De repente, me entran ganas de levantarme de un salto y salir corriendo. Cualquier cosa para evitar esta conversación, aunque no pueda aplazarla para siempre.

—Mi madre es una remanente.

Resulta liberador decirlo en voz alta, como si hubiera dado el primer paso hacia la aceptación del hecho.

—Sí, pero ¿qué es exactamente un remanente? —pregunta Jost—. ¿Cómo consigue crearlos la Corporación?

—Yo he interactuado con ellos. Son tan inteligentes como nosotros, tal vez más astutos incluso, como si estuvieran sintonizados con una frecuencia primitiva —dice Erik.

—Pero ¿cómo? —la pregunta de Jost suena más desesperada esta vez, y pienso en su mujer.

—Sabemos que la Corporación puede reprogramar y modificar. Lo hicieron con Enora —le recuerdo, cogiendo su mano.

—Parecen haber perfeccionado la técnica —masculla Jost.

Frunzo el ceño. Tiene razón. La modificación de Enora resultó un terrible fracaso y la llevó al suicidio, pero los remanentes parecen completamente operativos.

—Escuchadme, hay algo que no os he contado —susurro, y les revelo lo de los cubos transparentes guardados en el almacén del coventri.

—¿Qué crees que son? —pregunta Jost.

—Almas —respondo sin vacilar—. Dante nos contó que a los remanentes les quitan el alma, y las hebras que encontré allí eran demasiado delgadas para ser personas completas. Eso lo descubrí entonces, aunque Loricel me había contado que las personas que mueren antes de ser extraídas pierden parte de su hebra. Y creo que esa es la clave para comprenderlo todo. Las tejedoras extraen a las personas para que la Corporación pueda reutilizarlas.

—Entonces, ¿separan el alma del cuerpo? —cavila Jost—. Pero ¿por qué? Parece demasiado esfuerzo para nada.

—Piensa en Enora. No le quitaron el alma, así que no funcionó.

—Pero ¿por qué no lo hicieron si iba a traer consecuencias negativas?

—No lo sé exactamente, pero si tuviera que apostar, diría que está relacionado con algo que me dijo Loricel. Cormac tenía miedo de hacérmelo a mí. Por eso lo probaron en Enora, y cuando fracasó, no pudieron estar seguros de que no provocara una reacción similar en mí —les explico.

—Pero estaban planeando cartografiar tu cerebro —dice Erik.

—No —respondo lentamente, mientras las piezas comienzan a encajar—. Ya me habían cartografiado. Cormac estaba completamente seguro de que podrían traspasar mis habilidades a otra tejedora, a una dispuesta y deseosa de hacer lo que le pidieran. Una tejedora que no se negara a ser manipulada.

—¿Quién? —pregunta Jost.

—¿Queréis saber en quién estoy pensando? —pregunta Erik. Se sirve otra copa y sin mirarnos a los ojos añade—: En Pryana. Ansia el poder tanto como Maela, pero es más fácil de controlar. Esa debe de ser la razón por la que estaba allí aquella noche.

Había olvidado que Pryana se encontraba con nosotros la noche que huimos. Su presencia me había parecido totalmente irrelevante. Pryana me culpó de la muerte de su hermana después de que Maela, la manipuladora tejedora al cargo de nuestra preparación, convirtiera en castigo ejemplar mi negativa a extraer una hebra de Arras. Maela destruyó una escuela entera, incluida la hermana de Pryana, y desde entonces, Pryana había deseado alcanzar una posición más poderosa que la mía. Por supuesto, ella es la tejedora a la que Cormac elegiría para el experimento. Cormac disfruta poniéndome los pelos de punta.

—Pero, si la tecnología no hubiera funcionado, os habrían puesto en peligro a ti y a ella —dice Jost.

—No iban a utilizarme a mí —le recuerdo—. Iban a tomar las habilidades de Loricel. De ese modo, no tendrían que manipularme demasiado, solo lo suficiente para convertirme en la novia perfecta para Cormac.

—¿Sabes?, siento un poco de pena por Cormac —dice Jost—. Eres un buen partido.

Erik levanta el vaso y dice:

—Brindo por eso.

Durante un segundo, se sonríen el uno al otro, pero la sonrisa de Jost se desvanece primero.

—¿Cómo lo habrían hecho? ¿Quién puede modificar la personalidad y los recuerdos de una persona? ¿Sus habilidades?

—Alguien de los otros coventris —intuyo—. Loricel me contó que había colaborado en el borrado de la memoria de toda la población de Arras por orden de la Corporación, lo que significa que otros ayudaron.

—Bastante difícil resulta mantener a raya a todo el Coventri Oeste. No me imagino cómo lo lograron con otro lugar —dice Erik.

—Tal vez no se tratara de tejedoras —le digo. Me inquieta el recuerdo de la sesión de cartografiado. Fue supervisada por un doctor. Loricel no estuvo presente en ningún momento.

—Más vale que Kincaid nos dé respuestas —masculla Erik.

—Te prometo que os las daré —asegura una voz displicente. Un hombre aparece de no se sabe dónde, aunque a su espalda distingo la puerta corredera de un ascensor. En cuanto se cierra, el panel se funde con la pared de madera tallada—. Pero vuestras suposiciones no están mal. Estáis cerca, muchachos.

Ignoro lo de «muchachos». Como una de las últimas incorporaciones al coventri, tuve que soportar más adultos con sonrisa afectada de los que me correspondían. Así que me levanto y le saludo.

—Kincaid, supongo.

—¡Querida niña, supones correctamente! —su voz se eleva, y Kincaid aplaude encantado. Va vestido con un batín anudado a la cintura y lo que parecen unas zapatillas de estar por casa de terciopelo. No somos los únicos que no vamos vestidos acordes con la ocasión.

—¿Te importaría decirnos a qué nos hemos acercado? —pregunta Erik, sin intención de incorporarse.

La tensa expresión de Kincaid se relaja cuando observa la postura excesivamente acomodada de Erik. Yo frunzo el ceño con desaprobación, pero Erik recibe el mensaje y se endereza.

—Todo a su tiempo —nos asegura Kincaid, y extiende un brazo hacia mí—. Pero primero, los desconocidos deben convertirse en amigos.

## OCHO

La ansiedad me provoca retortijones en el estómago mientras ocupamos nuestros asientos en la larga mesa del comedor. En ella se podría sentar buena parte de las tejedoras del Coventri Oeste. Está dispuesta de manera formal, con un despliegue de cubiertos y servilletas de hilo dobladas. Las copas de cristal se encuentran llenas de agua fría y un vino tinto ligero. Un camarero distribuye el festín delante de nosotros. Algunos platos me resultan familiares, como el cestillo del pan, pero otros son nuevos para mí. Me siento particularmente atraída por un plato de brócoli fresco y ave asada —pollo, tal vez— sobre una delicada salsa de color marrón que desprende aroma a ajo. Me alegra descubrir que el invernadero que divisé en el extremo de la finca se utiliza. No parece el tipo de comida que se sirve a unos prisioneros, así que supongo que Kincaid nos considera sus huéspedes —como Dante esperaba que sucediera.

Kincaid ocupa la cabecera de la mesa y Dante está sentado en el extremo opuesto.

—Tienes una casa maravillosa —me obligo a decir de la manera más natural posible.

—Me gusta esta *mansión*. Antes de la guerra era conocida como la Colina Encantada. Pertenecía a un tipo llamado Hearst, pero ya está muerto —responde Kincaid.

Qué comentario más extraño. Por supuesto que está muerto.

—Entonces, sois refugiados —dice Kincaid, ignorando el plato de comida que tiene frente a él.

Yo asiento con la cabeza, llevándome una pinchada de brócoli a la boca.

—He visto la grabación del incidente en el piso franco; un asunto feo —continúa Kincaid, sacudiendo la mano en el aire como si el ataque fuera una simple molestia—. Una tejedora renegada es un tesoro bastante interesante. Estoy seguro de que a la Corporación le encantaría recuperarte.

Suelto el tenedor y le miro a los ojos.

—No pienso regresar.

A mi lado, Jost y Erik dejan de comer, esperando a ver cómo evoluciona esto, pero Kincaid deja escapar una risilla parecida a un resoplido.

—No voy a entregarte, si es eso lo que te preocupa —me dice—. La Corporación y yo no somos ni desconocidos ni *amigos*.

Sus palabras me tranquilizan, aunque soy incapaz de seguir comiendo, a pesar de lo reconfortante y sabroso que me resultó el primer bocado.

—Come, niña —me anima.

—Me temo que hablar de la Corporación me quita el apetito —admito. Mis pensamientos se reparten entre dos realidades: esta, en la que Kincaid me está contando su relación con la Corporación, y la que sé que existe en otro punto de esta prodigiosa mansión. De momento, me siento segura, pero saber que mi madre se encuentra aquí, encerrada en algún lugar de la propiedad, me hace sentir de nuevo

como la chiquilla que fue sacada a rastras de su casa por un escuadrón de recogida. La noche de la prueba fui incapaz de comer más de un bocado o dos de la cena que mamá había cocinado para mí, así que ha bastado descubrir que mi madre está viva, y encarcelada, para convertirme de nuevo en la niña que fui.

—A mí me ocurre lo mismo —dice Kincaid, señalando su plato intacto—. A las víctimas de la Corporación les suele pasar.

Sus palabras despiertan mi curiosidad.

—¿Víctimas?

—Tengo un pasado algo sórdido —admite Kincaid.

—¿No lo tenemos todos? —bromea Erik, pero el ambiente en la mesa continúa pesado.

—Yo fui oficial.

La confesión me pilla desprevenida y aferro el mantel delante de mí. ¿Por qué no lo mencionó Dante?

—Estoy exiliado —continúa Kincaid mientras abre un bollito de pan y le unta varias capas de mantequilla. Está sorprendentemente delgado si es eso lo que come.

—¿Exiliado en la Tierra? —le pregunto.

—Cormac y yo discrepábamos en cuanto a la manera de dirigir Arras. Por desgracia, cuando llegó el momento de tomar partido, descubrí que la mayoría de mis amigos compartían las ideas anticuadas de Cormac. La Corporación no aceptaría ningún cambio si podía evitarlo, y con los telares podía. No vieron las ventajas del progreso.

—¿Y tú sí? —le desafía Erik.

—Cuando regresé aquí, no tenía nada —responde Kincaid con los nudillos pálidos alrededor del cuchillo de la mantequilla—. La Tierra se estaba muriendo. Yo construí esta ciudad, creando un refugio estable que podía hacer frente a la Corporación, y ayudé a estabilizar el comercio de la energía solar.

—Monopolizó el negocio solar —le corrige Dante y sonrío, aunque la sonrisa no llega a sus ojos. Kincaid no se percata.

—Tenga piedad de las pobres almas para las que esta voraz guerra abre sus enormes fauces —dice Kincaid. Luego se vuelve hacia nosotros y añade—: *Enrique V. Shakespeare*.

Qué romántico.

—Bueno, yo calificaría mi trabajo de progreso. No habría electricidad bajo la interfaz sin mis esfuerzos, así que es mejor para todo el mundo que yo supervise la operación. Mis ideas no fueron bien recibidas en Arras, especialmente entre los acordes con Cormac Patton. ¿Quién habría imaginado que estar exiliado resultara tan liberador? Rebelarme contra la Corporación fue la mejor decisión que jamás he tomado.

—Entonces, tenemos más incluso en común —le digo, dispuesta a que mi voz permanezca firme al darle esta noticia—. Ambos somos renegados.

—Ah, sí. Me encanta tener cosas en común contigo.

Sus palabras son dulces como la miel, pretenden resultar entrañables, pero me arañan los oídos. Sé mejor que nadie que haber formado parte de la Corporación no te convierte automáticamente en un ser malvado, pero me resisto a fiarme de su confesión.

Antes de que retomemos la conversación, se desliza dentro de la estancia una mujer. La cola de su vestido sin espalda arrastra tras ella. A pesar del elevado escote, una finísima tela es lo único que cubre su piel, y sobre ella un dragón con la boca abierta escupe fuego. El bordado es elegante y añade un toque exótico a su entrada. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza y unos cuantos mechones caen en bucles sobre su cuello. Cuando se vuelve, ahogo un grito. Lleva un maquillaje menos sutil que los que utilizaba en Arras. La piel empolvada, los pómulos coloreados de rosa intenso y los labios delineados como un diminuto corazón rojo, aunque sus ojos color caramelo son los mismos, incluso con las plumas de pavo real que aletean en los extremos de sus pestañas.

Es Valery.

—Querida, llegas tarde al almuerzo —el tono de Kincaid suena afectado, y tengo la impresión de que esté actuando.

Intercambio una mirada con Jost y luego otra con Erik, y sé que estamos dándole vueltas a la misma cuestión. ¿Decimos algo o fingimos no reconocerla?

Al final, Valery decide por nosotros.

—La perfección no se consigue con prisas —responde con el mismo tono, dando lugar a una escena absolutamente repugnante—. Eso es algo que Adeline sabe.

—Entonces, conoces a nuestros encantadores amigos —exclama Kincaid con voz aniñada y frívola—. ¡Cuéntame de dónde!

—Yo era la esteticista de Adeline en el coventri antes de que buscara refugio en tu casa —le explica ella.

—Pensé que estabas muerta —no puedo evitar que se me escapen estas palabras.

—¿Pensabas o esperabas? —su pregunta rezuma el veneno que me lanzó en nuestra última conversación antes de que desapareciera del coventri, pero sonrío ampliamente para ocultarlo. Fuimos amigas, sin embargo ella desapareció antes de que ninguna de las dos aceptara el suicidio de Enora, mi mentora y la amante de Valery—. Loricel me ayudó a escapar, y Kincaid me aseguró un tránsito seguro.

—Cualquier enemigo de la Corporación es amigo mío, y me siento muy afortunado de haber encontrado una amiga tan encantadora —se lleva la mano de Valery a los labios y veo un destello de su pintauñas rojo. Instantáneamente, recuerdo algo que presencié en el pasillo de la torre alta. Sus uñas rojas sobre la espalda de Enora.

—Pero, tú eres... —reprimó mi última palabra. Si Loricel consiguió ayudarla a escapar, ¿por qué me hizo creer que Valery estaba muerta? Yo no soy quién para desenterrar el pasado, al menos hasta que haya encontrado un momento para hablar a

solas con Valery sobre su cambio de... gustos.

Valery arquea una ceja perfectamente delineada a modo de desafío.

—Perdóname, Adeline. Nos separamos en unas circunstancias difíciles.

—No hay nada que perdonar —murmuro—. Si hubiera sabido que estabas viva, habría intentado ayudarte.

—Otros lo hicieron —continúa Valery—. La Tierra dista mucho de ser el escondite ideal, como seguramente habréis descubierto, pero el argumento de Loricel fue convincente.

—¿Cuál fue? —le pregunta Erik.

—Huir o morir. No se trataba de una verdadera elección. Podría haber escapado años atrás si hubiera sabido de la existencia de Kincaid. El me abrió inmediatamente su casa.

—Jamás pensé que podría amar de nuevo hasta que Valery apareció en mi vida —añade Kincaid, llevándose otra vez a los labios la mano de Valery.

La cabeza empieza a darme vueltas y bajo los ojos hacia el plato, preguntándome si la comida me ayudaría a digerir estas noticias, pero descubro que ha desaparecido, la ha retirado el camarero mientras yo estaba distraída. Mis dedos agarran un mechón suelto de mi pelo y lo retuercen con nerviosismo. Es imposible que Valery y Kincaid se conozcan desde hace más de unos cuantos días. Esto no tiene sentido.

—Cariño, tu brazo —exclama Kincaid.

Sin la chaqueta que dejé en el salón, las quemaduras provocadas por los cascotes de la aeronave abatida son evidentes. Han cicatrizado y se han formado unas ásperas costras que resultan más antiestéticas que dolorosas. Les quito importancia y despliego una sonrisa para Dante, que me mira con los ojos entornados.

—Sufrí un accidente —le aseguro a Kincaid.

—Parecen quemaduras de algún producto químico —dice Dante. Es un comentario inofensivo, pero ya me ha acusado antes del derribo de la aeronave en nuestro primer día en la Tierra, así que sé que está apuntando esto como nueva evidencia.

—Insisto en que uno de mis hombres te eche un vistazo. No permitas que el tiempo que has pasado en la Heladera te engañe —dice Kincaid—. No somos todos unos bárbaros. Disponemos de nuestros propios métodos de renovación.

Se lo agradezco, aunque no tengo ninguna intención de aceptar su ofrecimiento.

—Ah, el postre —grita Kincaid cuando aparece un camarero con una nueva bandeja—. Dulces para mi amor —Valery deja escapar una risita y le acaricia la mano con la cara.

—Si alguna vez me comporto así, prométeme que acabarás conmigo —le susurro a Jost.

—Hecho —responde él sin vacilar.

*Por esto funciona nuestra relación.*

Frente a nosotros, Erik se muerde una mejilla en lo que supongo es un intento por

contener la carcajada que le provoca la absurda escena que estamos contemplando.

A pesar del torbellino de emociones que me invade, tomo una cucharada de las natillas que tengo delante. Se deshacen en mi lengua y se deslizan por mi boca con una cremosidad ligerísimamente dulce. En la siguiente cucharada descubro chocolate especiado mezclado con la crema.

—Increíble, ¿verdad? —me pregunta Kincaid con ojos glotones.

—Está delicioso —admito, pero suelto la cuchara. He sido una buena invitada, pero hay algo que debo hacer.

—Kincaid tiene un gusto excelente en todo lo que se procura —dice Valery. Distingo una advertencia en su voz y recorro su cara en busca de una señal, pero permanece plácida bajo su máscara de maquillaje.

—Dante nos dijo que podrías ayudarnos —interviene Jost, claramente impaciente ante tanta ambigüedad.

Kincaid se inclina hacia delante de modo inquietante mientras se limpia las comisuras de la boca con una servilleta de hilo.

—Vamos a ayudarnos mutuamente.



## NUEVE

No existe ninguna razón lógica para que acuda a visitarla, pero no tardo en disculparme del almuerzo, dispuesta a que Dante cumpla la promesa que me hizo cuando abandonamos el piso franco. Después de los acontecimientos de la última semana, siento que me tambaleo, como si mi mundo estuviera girando tan deprisa, de manera tan incontrolable, que no pudiera confiar en que mis pies fueran a sujetarme. Cuando dejé el coventri, era huérfana, sin embargo mi madre está viva. Me resulta demasiado que asimilar. Hace una semana sabía quién era, pero ya no estoy tan segura, y mi madre es la persona que podría tener la respuesta.

Los guardias muestran cierta reticencia cuando solicito ver a mi madre, pero Dante en persona cursó la petición, así que acceden.

Por supuesto, no estoy segura de querer verla.

La han recluido en la zona de mayor seguridad de la mansión. Un guardia me conduce hasta allí entre cuadros polvorientos, alfombras enrolladas y bustos desechados, para los que no deben de tener espacio libre en la casa principal. Mientras caminamos, me explica qué es lo que me protegerá de un posible ataque. Nunca pensé que tuviera que defenderme de mi madre. Parece como si la incertidumbre fuera lo único seguro en estos días.

—Supone un enorme gasto de electricidad —me dice el guardia mientras descendemos por un pasillo apenas iluminado, pasando junto a docenas de celdas vacías—. Los remanentes no suelen permanecer aquí más de unas cuantas horas antes de...

Vacila, pero ya sé cómo acaba la frase.

—Antes de que los ejecutéis —concluyo.

—Suena horrible —admite—, pero hemos tratado de ayudarlos. Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. No hay forma de salvar a esas criaturas.

—¿Criaturas? —mi voz denota indignación, pero sé que estoy siendo hipócrita. ¿Es que no pienso lo mismo de ellos?

—Los has visto. Sabes lo que hacen. Si quieres, puedes perder el tiempo sintiendo lástima, pero no todos podemos permitirnos ese lujo —no me mira mientras habla.

Me pregunto a quién le habrá arrebatado esta sucia guerra entre mundos. Lo noto en su voz: el dolor de la pérdida.

—Entonces, ¿por qué suponen tanto gasto? —pregunto, retomando el tema de las celdas, que me parecen bastante corrientes.

—Estas no. Las utilizamos sobre todo para encerrar a los remanentes antes de eliminarlos. Pero nuestra visitante más reciente va a permanecer aquí algún tiempo. La han curado, así que Dante quiere asegurarse de que no intente escapar.

—¿Cogéis a muchos remanentes? —le pregunto, pensando si serán necesarios tantos calabozos.

—A unos cuantos —responde con una evasiva antes de añadir bruscamente—:

Hemos llegado.

Se detiene ante una pequeña puerta gris y teclea un código. La puerta se abre y le sigo hacia el interior de la celda de alta seguridad. La estancia está iluminada con bombillas halógenas, pero la luz solo me permite distinguir su silueta tumbada en un rincón. Nos separan dos hileras de barrotes, algo que me parece un tanto excesivo.

—¿Quieres que me quede contigo? —me pregunta el guardia, pero noto lo mucho que desea que le diga que no, así que niego con la cabeza.

—No pasará nada —respondo con confianza. Después de todo, es mi madre.

—Está bien —dice él, aunque no parece convencido—. Pero ni se te ocurra poner las manos en los barrotes.

Le miro fijamente.

—O me morderá, ¿no?

—No —responde, considerando pacientemente mi arisco comportamiento. Saca algo de un bolsillo y lo lanza a través de los barrotes, pero no llega a la celda. Cruje y sisea al entrar en contacto con un muro invisible entre las barras, y un instante después, una delgada capa de ceniza cae al suelo.

Bueno, eso explica el gasto de electricidad.

—¿No piensas que es un poco excesivo? —le pregunto con la mirada fija en la ceniza.

—Después de verlos en acción, ¿tú qué crees?

Tiene razón, pero no se lo digo.

—Mantendré las manos pegadas al cuerpo —le aseguro.

Me mira con perplejidad y me deja sola. Mi madre continua en el rincón, sin notar mi presencia.

—Mamá —la llamo en voz baja. Luego me siento estúpida. Quienquiera que sea esta mujer ha dejado de ser mi madre, y tampoco es probable que recuerde que una vez lo fue. Pero, para mi sorpresa, gira la cabeza y me mira directamente.

—Mamá —repito.

Se vuelve con los ojos fijos en mí. La han bañado, le han dado ropa limpia y le han cepillado el pelo. Me extraña que se hayan tomado tales molestias con alguien a quien no consideran humano.

Sonrío con la esperanza de transmitirle cierta seguridad, de animarla a hablar conmigo.

Me saca los dientes.

—Mamá —vuelvo a decir, esta vez con más severidad. Irónicamente, estoy imitando el tono de voz que empleaba ella cuando me regañaba.

Oculta los dientes tras los labios y empieza a gatear hacia los barrotes. Ha sido una idea horrible venir. ¿Por qué he querido ver a mi madre así? ¿Qué importa si acaban con ella? Esta mujer no se parece en nada a la madre que perdí.

Cuando alcanza los barrotes, se agarra a ellos para ponerse en pie. Luego se sacude los pantalones y dirige los ojos hacia mí. Distingo una cicatriz, más profunda

que las demás, que brilla plateada en su frente.

—Adelice —murmura, aunque suena más como un siseo.

No es la voz de mi madre. Aun así, me recuerda.

—No estoy segura de por qué he venido —admito. Mis palabras rebotan en la habitación casi vacía, provocando un ligero eco.

—Has venido a ver a tu madre —me dice—, pero ambas sabemos que yo no soy realmente ella, Adelice.

Vi el ataque de los remanentes y la destrucción que pueden llegar a provocar, así que me sorprende escucharla hablar de un modo tan coherente. Aullaba cuando la estábamos metiendo en el piso franco.

—Pensabas que sería una especie de zombi —continúa.

Asiento con la cabeza.

—Como os atacamos, has asumido que somos animales, pero no es así —exclama furiosa.

—Entonces, ¿qué hacéis con las personas que capturáis? —le pregunto—. ¿Por qué asaltáis a la población?

Deja escapar una carcajada hueca.

—Cuestión de supervivencia, niña. No todos logramos salir adelante aquí.

Tendríamos más posibilidades si trabajáramos juntos.

—Eso no es más que un sueño idealista —se burla.

Lo noto en su manera de decir esta última frase. En el modo en que sus ojos parecen prenderse de los míos pero sin fijarse en mí. Le falta algo, algo vital. Jamás me había parecido tan adecuado el término *remanente*.

—¿Cómo sabes quién soy? —le pregunto.

Me mira a los ojos y las comisuras de sus labios se curvan ligeramente.

—Supongo que estás deseando que admita que conservo ciertos recuerdos latentes. Que en lo más profundo de mi ser recuerdo que soy tu madre.

Retrocedo un poco. Cada una de sus palabras se me clava un poco más que la anterior.

—Ten por seguro que recuerdo mi vida anterior —me dice sin dejar de mirarme—. Recuerdo que hacía café y preparaba la cena y desperdiciaba cada noche tratando de salvarte. Lo que no recuerdo es *por qué*. Por qué hice cualquiera de esas cosas. Pero esa no es la única razón por la que sé tu nombre, Adelice.

»Nos adiestraron para buscarte —admite con una sonrisa malévol—. Nos mostraron fotografías, nos dijeron quién eras y que debíamos rescatarte a cualquier precio.

—¿Rescatarme? —nada de lo que dice me sorprende, excepto esto.

—O matarte —añade en un susurro.

Eso me convence más.

—Por supuesto, te recordaba —prosigue—. Pude prever cada estúpido movimiento que harías. Como acudir a rescatar a tu amigo. Fue idea mía capturarlo.

Si me importaras lo más mínimo, me avergonzaría lo predecible que eres, lo mucho que dejas que esos muchachos te influyan. Eso sería si continuara atrapada en el patético modo de pensar de Meria. Pero no lo estoy. Por eso él me puso al frente de las tropas. Porque controlo perfectamente mis actos. Y porque te conozco —aparta la mirada y la cicatriz aparece en tosco relieve, atravesándole el pómulo. La ropa evita que vea hasta dónde le llega.

—¿Él? —le pregunto, aunque no necesite saber a quién se refiere.

—Tu prometido, al que has dejado plantado —se burla—. Cormac te añora enormemente. Dime, Adelize, ¿me habrías invitado a la boda?

—Probablemente no —respondo con frialdad, aunque unas tuercas invisibles retuercen mis entrañas—. Tal vez puedas asistir a mi funeral.

Mi comentario le hace mucha gracia.

—Me dijeron que habías muerto —le digo.

—Tu madre está muerta —responde—. Falleció después de permanecer durante meses en un frío almacén.

—¿Es ahí donde te enviaron? —le pregunto, pensando en las hebras que extraje cuando era una tejedora.

—Éramos muchos los que necesitábamos el tratamiento. Tuve que esperar mi turno.

Así que la congelaron hasta que pudieron extraerle la hebra del alma. Eso significa que en algún lugar de Arras existe un laboratorio dedicado a fabricar remanentes para enviarlos a la Tierra.

—¿Se lo vas a contar a él? —me pregunta.

—¿A quién?

—Al traficante de sol —susurra—. A Dante.

La miro fijamente. ¿Cómo sabe su nombre?

—No —murmuro—. Aún no. ¿Por qué te preocupa que Dante lo sepa?

—Podría mentirte y decir que nos adiestraron para buscarle a él también —responde—, y en cierto modo fue así. Pero conozco a Dante muy bien. Es otra de las razones por las que Cormac me escogió para liderar el nuevo contingente. Deberías preguntarle a él por qué estoy aquí. Por qué no me ejecutó.

—Estás aquí porque Dante quiere que le ayude e imaginó que asesinando a mi madre no se aseguraría mi lealtad —exclamo con tono desafiante.

—Entonces, pregúntale cuando estés preparada para saber la verdad —concluye.

Sospechaba que Dante ocultaba algo, pero ¿por qué conoce mi madre su secreto? Ya estoy harta de esta conversación así que golpeo un par de veces la puerta de acero y espero hasta que el guardia la abre.

Puede que ya no sea mi madre, pero me conoce tan bien como ella, y eso me asusta.

Dante me está esperando en el exterior del complejo de celdas, como si previera mi siguiente movimiento. Está apoyado contra la puerta y parece nervioso, más

incluso de lo que ha estado desde el ataque de los remanentes. Ha cambiado su llamativa indumentaria por unos vaqueros, y juguetea con algo que tiene entre las manos. Un digiarchivo.

—¿Es este el mejor lugar para una conversación? —le pregunto con mi tono más beligerante. Al verlo aquí, me queda claro que sabía que mi madre me enviaría a hablar con él.

—No, vayamos a las fuentes. Y, Adelize —hace una pausa—, guárdate las preguntas hasta que hayamos llegado allí.

Le obedezco, pero solo porque no estoy segura de qué preguntarle primero, y porque el tiempo que tardamos en salir al exterior y bajar a los jardines me permite calmar la ansiedad que he acumulado dentro desde que mi madre me animó a hablar con él.

—El sistema de vigilancia no capta demasiado con el agua —me explica Dante mientras nos sentamos al borde de la fuente. Hace frío y el agua salpica mi espalda ligeramente, pero no me importa.

—Lo sé. Jost y yo utilizábamos este truco para bloquear los transmisores de audio del coventri —le digo.

Dante toquetea el digiarchivo y se lo pasa de una mano a otra.

—Es un chico inteligente. Y parece agradable. ¿Le quieres?

Es una pregunta totalmente inapropiada y me pilla por sorpresa.

—No estoy segura de que sea asunto tuyo.

—Tienes razón —admite Dante—. Simplemente me interesaba.

¿Qué es lo que le interesa? ¿Yo? No lo ha preguntado de manera insinuante, sino más bien como un viejo amigo que trata de ponerse al día de las últimas noticias. Pero nosotros no somos amigos. Aún no.

—He traído esto para escanear tu marca —me dice.

—Primero quiero hacerte unas cuantas preguntas —replico, manteniendo el brazo junto a mi cintura—. Muchas.

—Lo sé, Adelize —responde Dante en voz baja—. Yo también necesito preguntarte cosas. Aunque creo que algunas de las respuestas que estamos buscando están codificadas en ese reloj de arena.

Jamás se me había ocurrido escanear la marca que mi padre me hizo. Había aceptado su sencilla explicación de que era para recordarme quién era yo, pero ahora que he descubierto que se trata del símbolo de Kairos, me doy cuenta de que podría ocultar más respuestas.

—Yo también tengo una —continúa Dante, mostrándome la muñeca.

Trago con dificultad. ¿Por qué ha tardado tanto en enseñármela?

—¿Qué guarda la tuya?

—Nada espectacular. Tenía razones para buscar refugio aquí —me explica—. Me sirvió de pasaporte y me ayudó a congraciarme con Kincaid.

—Él es más que un traficante de sol —insinúa.

—Mucho más —dice Dante—. Adelize, yo puedo mostrarte nuevas formas de mirar el mundo, pero primero necesito saber lo que esconde esa marca.

Preparada para las respuestas, alargo la muñeca hacia él. La sujeta con suavidad y al notar sobre la piel su mano cálida, me provoca una extrañísima sensación de tranquilidad que me sube por el brazo. El digiarchivo tarda una eternidad en realizar el escaneo.

—Lo siento, solo disponemos de los cacharros que traen los refugiados de Arras —se disculpa, y entonces aparece la información. No puedo leer lo que pone, pero las palabras se reflejan en sus ojos abiertos de par en par.

—¿Has encontrado lo que andabas buscando? —le pregunto.

Dante permanece largo rato en silencio antes de responder, y cuando lo hace, su mano aprieta con fuerza mi muñeca.

—Pone que soy tu padre.

## DIEZ

El instante se detiene y mi mente se queda como una pantalla en blanco mientras me recorren escalofríos desde las puntas de los dedos hasta la garganta. De repente, estoy cayendo, aunque en ningún momento he saltado. Siento que el mundo se desvanece.

Esto es lo que mi madre estaba tratando de contarme, por lo que me empujó a buscar respuestas en Dante. ¿Cómo es posible? Dante tiene apenas un año o dos más que yo.

Una voz me devuelve a la realidad, y me doy cuenta de que sigo al borde de la fuente.

—Vamos, te estás mojando —dice Dante.

Y en ese instante, su tono de voz resulta absolutamente *paternal*.

—Estás mintiendo —le grito, apartando mi brazo de él.

—Lo pone aquí —asegura, acercándose el digiarchivo—. Tus padres lo codificaron en tu marca.

—Mi padre está muerto —le escupo—. Benn Lewys murió la noche de mi recogida. Y nada lo cambiará, independientemente de quién seas y de lo que sucediera entre mi madre y tú.

No dejo de correr hasta que estoy dentro de la casa. Id no deja de llamarme.



El dormitorio de Jost está frente al mío. Miro fijamente su puerta, sabiendo que es tarde, que no quiero hablar, que estará dormido.

Pero sabiendo también que la puerta se abrirá si giro el pomo.

Lo hago. Su habitación está demasiado oscura para ver nada. Un único haz de luz del sistema de seguridad exterior penetra a través de la gruesa cortina, atravesando el suelo y cayendo sobre el cuerpo inmóvil de Jost. Me acerco de puntillas a su cama y observo cómo duerme. Tiene una almohada agarrada entre los brazos y el pelo le cubre la cara. Respira suave y rítmicamente; cuento cada inhalación y cada exhalación, deseosa de que su serenidad me tranquilice.

Como no lo consigo, me meto en la cama, junto a él. Se gira y rodea mi cintura con un brazo, pero no abre los ojos.

—Sigues vestida.

Me aprieto contra él. No quiero explicarle por qué estoy despierta. No quiero compartir lo que he visto o descubierto hoy. Aún no. No mientras yo misma sea incapaz de comprenderlo.

—¿No puedes dormir? —me pregunta.

—Ni siquiera lo he intentado —admito.

—¿Quieres...?

Sé que va a decir *hablar*, pero no le doy la oportunidad de preguntármelo. No quiero hablar. Ni siquiera quiero pensar, así que interrumpo sus palabras con un beso.

No opone resistencia.

De hecho, todo su cuerpo se entrega. Sus dedos encuentran mi barbilla y mantienen mi boca contra la suya. Sus manos se relajan y se deslizan entre mi pelo, atrayéndome hacia él. La estancia se desvanece. Solo existe Jost, y la maravillosa suavidad de sus labios. Es lo único real que me queda. Los tensos músculos de su espalda, enrollados como alambre, mientras permanece inclinado hacia mí. La manera en que mi cuerpo ansia elevarse para cerrar el hueco que ha dejado entre nosotros, aunque sus manos me sujeten.

Me estiro hacia él. Su roce calma la angustia que siento en el pecho y deja rastros de fuego allí donde nuestros cuerpos se tocan.

—Te necesito —le murmuro al oído, y entonces me atrae hacia él y arroja mi espalda con sus manos. Me acuna suavemente mientras nuestros miembros se estiran y entrelazan como enredaderas que crecen la una en torno a la otra, hasta que ya no sé dónde finaliza mi cuerpo y dónde empieza el suyo.

Pero las barreras que existen entre nosotros permanecen intactas, y sus labios abandonan los míos para acercarse a mi oreja.

—¿De qué estás huyendo, Ad?

Me conoce demasiado bien. Me alegra, aunque niegue sus palabras.

—No estoy huyendo.

Jost se deja caer sobre la espalda con una mano alrededor de la mía.

—No voy a obligarte a hablar, Adeline, pero desearía que lo hicieras.

No estoy preparada para enfrentarme a esto —ni siquiera con él—, así que me ladeo y deslizo un dedo trémulo por su mejilla.

—No estoy huyendo de nada —susurro—. Estoy huyendo *hacia* algo. Estoy huyendo hacia ti.

No vuelve a pedirme que hable.



## ONCE

La biblioteca ocupa un espacio tan amplio como el comedor del coventri, y los libros descansan tras puertas de celosía. Alguien ha encendido una hoguera en la chimenea, y su calor se extiende por toda la estancia. Jamás hubiera imaginado que existieran tantos libros. Yo solo conocía los quince o veinte que mis padres escondían en su habitación. Aquí, las teorías de los hombres sobre la naturaleza del universo se mezclan con relatos de creadores todopoderosos. Yo procedo de un mundo fabricado por los hombres, pero los habitantes de la Tierra desconocen su origen, y si son fruto de una gran casualidad o de la intervención divina. Encuentro poesía y prosa, historia y ciencia mezcladas en un mundo de palabras e ideas.

La mayoría de los libros de historia son antiguos. No hay ninguno escrito después de la construcción de Arras o el éxodo desde la Tierra. Dudo que se sigan escribiendo libros. Los hojeo, buscando pistas que relacionen esta realidad con la que conocía antes, pero estos volúmenes hablan de hechos de los que jamás había oído hablar, de lugares cuyos nombres se han perdido, y de personas que murieron mucho tiempo atrás.

—Los colecciono —proclama Kincaid con tono despreocupado, aunque por cómo inclina la cabeza, diría que espera haberme impresionado.

—Mis padres también lo hacían —respondo.

Kincaid se desliza por el amplio brazo del sofá y se inclina hacia delante.

—Así que te educaron para ser una rebelde.

—No, me educaron para integrarme —le corrijo.

—Y aun así, aquí estás. Una chica que lee libros y escapa de la Corporación mientras su madre permanece encerrada en una de mis celdas —añade con una sonrisa que le llega a las mejillas. Sus ojos parecen los de una serpiente, atentos al más ligero de mis movimientos.

—¿Supone eso algún problema? —le pregunto.

—Para mí, no. Aún no —responde Kincaid—. Mis informantes en Arras me han comunicado que la Corporación no está demasiado contenta con tu inesperada huida. Da la sensación de que fueras más que una simple tejedora para ellos.

Mantengo la mirada al mismo nivel que sus redondos ojos, obligándome a no parpadear.

—No te preocupes, niña. Me entusiasma que hayas acudido a mí. Cualquier enemigo de Cormac Patton es amigo mío. «Los indicios de la guerra aumentan» —cita—. Pero me pregunto por qué estás aquí. ¿Qué planes tienes?

No estoy segura de poder confiar en Kincaid. No me gusta, pero nos ha abierto su casa. Además, se muestra tan ansioso como yo por destruir a Cormac. Dirijo mi atención de nuevo a las estanterías.

—Quiero respuestas sobre este mundo y sobre Arras. Esperaba encontrar algún libro que hablara de Kairos.

—Eso va a ser complicado —dice Kincaid con una nota de disculpa en la voz—. No se han publicado demasiados libros desde el éxodo.

—Es lamentable.

—Lo es. ¿verdad? Jamás me atrajo la pretensión de la Corporación de limitar las artes. Sentían que la expresión artística resultaba demasiado peligrosa para el control de la historia, algo que yo considero de bárbaros. Esa es una de las razones por las que me instalé aquí. La Corporación ocupó esta finca durante mucho tiempo. Aparentemente, no estaban interesados en cultivar las artes en Arras, pero se preocuparon de guardar las obras que requisaban en la Tierra. Yo he sido un propietario mucho más atento. Mi personal se ocupa de cuidar las esculturas y las bibliotecas, así que estoy seguro de que encontrarás muchos tesoros en mi casa.

No estoy exactamente interesada en las ambiciones artísticas de Kincaid, pero asiento con la cabeza para mostrarle que aprecio su esfuerzo.

—¿Qué es Kairos? —le pregunto.

—La pregunta correcta es ¿quién es Kairos? —responde Kincaid—. Kairos es el nombre de un científico, o al menos, así se le conoce. Me han informado de que llevas su marca —añade, regresando al origen de mi búsqueda.

Vacilo, pero luego estiro el brazo para confirmárselo. No encuentro razón alguna para ocultarle esa información. Ya sabe que soy una traidora a la Corporación.

—¿Y quién fue Kairos? —insisto.

—Es algo complicado de explicar —permanece inmóvil.

—Vamos. Te he enseñado mi marca —le presiono.

Los labios de Kincaid se contorsionan en una sonrisa perpleja.

—Fue el científico que puso en marcha el Proyecto Cypress. Se rumorea que no estaba de acuerdo con el objetivo final de la Corporación. En realidad, hay parte de leyenda en ello.

—¿Qué le sucedió? —le pregunto.

—Se desvaneció —agita una mano en el aire y la abre con una floritura—. ¡Puf! Algunas de las personas que quedaron abandonadas en la Tierra después del éxodo se autoproclamaron como el Plan Kairos, dispuestas a continuar con su trabajo.

—¿Se sublevaron en su memoria?

—Más o menos —confirma Kincaid—. Por desgracia, sus ambiciones murieron cuando la resistencia a Arras perdió fuerza.

—Pero ¿el Plan Kairos tenía intención de luchar contra la Corporación? —insisto.

—El Plan creía que Kairos había construido una máquina.

—¿Una máquina? —pregunto sin aliento—. ¿Y para qué servía esa máquina?

—Nadie lo sabe. Se la conoce como el Whorl. Es casi tan mítica como el legendario Kairos. Hay quienes piensan que el Whorl podría conceder a la Tierra el control sobre Arras.

—En vez de que la Corporación nos controle a nosotros —añado.

—Yo pienso que podría hacer algo más que eso. Kairos deseaba que Arras dejara

de depender de la Tierra, así que su máquina tendría que permitir algo más que controlar Arras. Hace años juré encontrarla y finalizar la obra de Kairos. Si Arras se independizara de la Tierra, este planeta podría prosperar de nuevo. «No tengo placer con que matar el tiempo, si no es observar mi sombra al sol».

—¿Shakespeare? —aventuro.

—Un placer propio —responde él.

Apunto mentalmente hacerme con una recopilación de las obras de Shakespeare para añadirla a mi libro de sonetos. Si las estudiara, tal vez comprendería mejor a Kincaid.

—Si es cierto lo que dices, con el Whorl, ¿ambos mundos podrían existir? —le pregunto. Es una esperanza demasiado grande.

—Estoy casi seguro de ello, aunque llevo años enviando hombres en busca de evidencias del Whorl —Kincaid se reclina en el sofá y mi pulso se acelera. Podría tener información relevante sobre la Corporación.

—¿Y no ha habido suerte?

—Pistas falsas y callejones sin salida. Probablemente no exista —Kincaid hace una pausa antes de añadir—: Pero se puede tener esperanza —se levanta, me invita a hacer lo mismo, y se me cae el alma a los pies. Rodeo su brazo con el mío y me conduce fuera de la biblioteca.

—¿Eso es todo? —le pregunto—. ¿Rumores? ¿Mentiras?

—Oh, no —responde Kincaid, dándome unos golpecitos en la mano que descansa sobre su antebrazo—. Tengo más cosas que enseñarte.

Pero esta noche, me ofrece promesas de respuestas y poco más.



—Se trata de una película antigua sobre el Proyecto Cypress. Kincaid espera que os ilustre —nos explica Dante. Habla de modo formal mientras nos conduce hacia una sala con una gran pantalla blanca en un extremo. Le he estado evitando desde nuestro encuentro en el jardín, pero aunque hayan transcurrido varios días, no se ha disipado nada de la tensión que se cierne sobre nosotros como una nube. Me pregunto si Jost y Erik la sentirán.

Las paredes del cine están empapeladas con brocado color carmesí, y unas enormes esculturas femeninas sostienen por encima de nuestras cabezas unas antorchas que lanzan destellos dorados hacia la estancia en penumbra. Las alfombras son tan mullidas que parecen de terciopelo, y la hilera de butacas con aspecto de sillones es igualmente maravillosa. No se parece en nada a la austera habitación blanca donde veíamos los vídeos en el coventri.

El Proyecto Cypress. Greta habló de él en la tienda de Antigüedades Curiosas, y Kincaid lo mencionó antes, cuando me estaba proporcionando las respuestas que me

había prometido.

—¿El Proyecto Cypress es Arras? ¿Por eso nuestra capital se llama Cypress? —le pregunto.

—Supongo —murmura—. Sin duda, sirve como ejemplo de su ingenio.

—Pero ellos no querían que se supiera que la Tierra existe —insisto.

—No querían que lo supieran las generaciones posteriores, pero la población originaria de Arras estaba bastante orgullosa de su hazaña.

—¿Una película es como un vídeo? —pregunto, señalando la pantalla.

—Sí —Dante se disculpa, obviamente ansioso de alejarse de mí. No lamento que se marche. Cada vez resulta más difícil ocultar la tensión que existe entre nosotros, y aún no les he confesado a los chicos lo que Dante asegura.

Nos acomodamos y esperamos a que empiece la película. Entra Kincaid, pero no se sienta con nosotros; se decanta por un pequeño sofá situado en un lateral de la sala. Solo Valery se coloca junto a él. Kincaid me hace un gesto con la cabeza y aparto la mirada, avergonzada de que me haya pillado mirándole fijamente.

Surgen unos desdibujados haces de luz por encima de mí y la pantalla adquiere vida. Las imágenes son en blanco y negro y crepitan, pero carecen de sonido. Dante regresa y se sienta a mi lado. Me concentro en la pantalla, sintiendo cómo el brazo de Jost me envuelve los hombros.

Vemos tanques que atraviesan ciudades. Soldados que marchan en orgullosa formación. Mujeres que saludan desde las ventanas. Un hombre con un amplio bigote que grita desde un estrado. Aviones que lanzan bombas desde el cielo. Luego aparece otro hombre con una mata de pelo canoso que habla directamente a la cámara. No oigo lo que dice, pero parece agradable e importante.

—¿Quién es ese? —le pregunto a Dante.

—El científico que descubrió las hebras —susurra.

De repente, me doy cuenta de que el gran científico del que me había hablado Loricel —aquel cuyo nombre Arras había olvidado mucho tiempo atrás— es el mismo hombre que, según me contó Kincaid, recibía el nombre de la marca de mi muñeca: Kairos. Se mueve por la pantalla y la cámara le sigue hasta que se acerca a una pequeña máquina con chirriantes engranajes.

—Un telar —exclamo en voz baja.

El científico muestra a un grupo de hombres cómo funciona el telar. Dirijo los ojos hacia Kincaid, que antaño fue oficial de Arras, pero desvío la mirada rápidamente hacia la pantalla. Kincaid nos está observando mientras vemos la película, y ahora noto sus ojos sobre mí.

La película muestra ahora imágenes de chicas que hacen cola para que las pesen, les gradúen la vista y midan sus manos. Muchas sonrían y saludan a la cámara. Una dobla un brazo, enseña el bíceps y lanza una mirada feroz antes de deshacerse en una carcajada.

—¿Esas son...? —la voz de Jost refleja sorpresa.

—Las primeras candidatas —concluye Dante. Absorbida por la película, olvido la tensión que existe entre nosotros—. Por las imágenes, suponemos que lo son. Desearía sinceramente que tuviéramos el sonido para poder escuchar lo que nos cuentan, La mayoría de las grabaciones han sido destruidas. La Corporación ha trabajado duro para garantizar el secretismo en lo referente al Proyecto Cypress.

Sin embargo, para mí resulta obvio lo que está sucediendo, sobre todo cuando aparecen en la pantalla listas de objetos autorizados durante el traslado seguidas de pautas para una incorporación segura y requisitos de idoneidad de los participantes.

—Espera —digo mientras poco a poco me voy dando cuenta de algo—. Esos requisitos de idoneidad no eran para las tejedoras.

—No, las familias e individuos debían demostrar su salud y valía para conseguir un espacio en el tejido de Arras.

—¿Y si no lo lograban? —le pregunto.

—Tú lo has visto —responde Dante—. No todos los habitantes de la Tierra emigraron a Arras, pero tampoco murieron como la Corporación hubiera esperado. Los que se quedaron aquí tuvieron que adaptarse a las condiciones cambiantes de la superficie. La guerra no tardó en finalizar. Hitler, el hombre que la había desencadenado, no tenía contra quién luchar, y había problemas más importantes a los que enfrentarse.

—Escogieron a los que se marcharían —es tan discriminatorio que choca contra mi sentido de la justicia.

—Supusieron que la guerra acabaría con el resto. Los escasos registros que han sobrevivido al paso del tiempo indican que la contienda duró varios años más, prolongándose casi una década. La Heladera se vio menos afectada porque la mayoría de los combates continuaron en lo que se conocía como Europa —me explica.

—¿Lo que se conocía como Europa?

—Tenemos suficiente información para deducir que ha desaparecido casi por completo. Buena parte de la población de Arras procedía de Europa, al igual que muchas de las tropas aliadas. Lo que quedaba se desmoronó después de que sus habitantes huyeran. Y por supuesto, muchos de ellos murieron durante la contención de los motines. Los supervivientes fueron enviados a la Heladera —Dante mantiene los ojos en la pantalla mientras me cuenta todo esto. Lo relata como un locutor de la Continua.

Vemos cómo revolotean en la pantalla las escasas imágenes finales. El programa acaba con una familia feliz —los padres, una hija y un hijo— que sonrío ampliamente al público. Me pregunto quiénes serían. Si pensarían que esto les concedería la inmortalidad, y cómo se sentirían al ver el cine en un mundo en ruinas. Una Tierra vacía y olvidada.

Mientras la última imagen se desvanece, se encienden las luces de la sala. Parpadeo ante el resplandor. Kincaid se pone en pie y aplaude educadamente.

—Espero que os haya resultado informativa —hay cierto cansancio en su voz,

una pesadez que no corresponde con el momento, y entonces me doy cuenta de que la película le ha emocionado tanto que le ha arrancado lágrimas. Le ha conmovido algo que sucedió hace cientos de años.

—Creo que suscita más preguntas que respuestas —respondo. Inclino la cabeza un poco para intentar ocultar la sorpresa que no puedo borrar de mi rostro.

—Es la historia de cómo surgieron nuestros mundos —Kincaid extiende las manos—. No puedes pretender que una película lo explique todo.

## DOCE

Dante sale del cine detrás de mí, pero Jost mantiene un brazo protector en torno a mis hombros. No puedo evitar a Dante para siempre, así que, después de ver la película, aparto el brazo de Jost y le beso rápidamente en la mejilla. No parece gustarle, pero se despide de Dante con una seca inclinación de cabeza y nos deja para regresar a la casa principal mientras Dante y yo nos entretenemos en el sendero de piedra. Las luces se han atenuado hasta simular el crepúsculo, pero aún veo la silueta de las plantas silvestres y escucho el murmullo de la fuente cercana.

—¿Le has contado a alguien lo nuestro? —me pregunta Dante.

Niego con la cabeza.

—No sabría qué decir.

—Yo apenas puedo creerlo —dice Dante.

—Pero lo sospechaste. ¿Por qué?

—Dijiste que tu apellido era Lewys y, bueno, por tu madre —responde.

—¿La conoces? —le pregunto.

Por supuesto, es tu madre.

Me cuesta elaborar frases y pensamientos relacionados con este tema. Es imposible.

—Entonces, la *conocías*.

—Sí —confirma Dante.

—Pero mi padre era Benn Lewys —exclamo, tratando con todas mis fuerzas de aclarar mis ideas.

—Benn era mi hermano —dice Dante.

—Él no tenía ningún hermano —replico.

—Su hermano huyó —Dante parpadea varias veces, como si estuviera reorganizando sus pensamientos—. Me marché porque la Corporación me perseguía.

Eso no explica nada, y mucho menos la afirmación sobre su pasado —nuestro pasado— o cómo terminó en la Tierra. Aun así, mi madre insinuó algo sobre esto, así que me concentro.

—Pero no eres lo bastante mayor para ser mi padre —insisto, oponiendo resistencia.

—Respecto a eso... —dice él, rascándose la sien.

—¿Sí? —le animo.

—Aquí las cosas son distintas.

—¿Tenéis máquinas del tiempo? —pregunto con sarcasmo.

—No las necesitamos. En la Tierra, el tiempo no avanza tan rápidamente como en el lugar de donde nosotros venimos. Arras es un constructo, de modo que su línea temporal no obedece a las mismas leyes físicas que la de la Tierra. Por cada mes que pasa en la Tierra, transcurre un año en Arras. Así que si tienes dieciséis años...

—Hace solo dieciséis meses que te marchaste —concluyo. Si es así, entonces ha

pasado medio año desde que salimos de Arras. Será de nuevo primavera, y Amie no tardará en acabar la escuela primaria.

—Siento como si acabara de irme, pero aquí estás. No lo sabía —dice Dante—. No hubiera dejado a Meria si hubiera sabido que estaba embarazada.

Quiere que le comprenda. Quiere mi perdón.

—Eso no importa —exclamo. Mis palabras son de cristal, suaves y frías, y sé que Dante puede ver a través de ellas—. Aun así la abandonaste.

*Me abandonaste a mí*, añadido en silencio.

—No lo entiendes. *Meria* se negó a venir conmigo —me explica—. Ella no quería escapar. Yo le mostré la marca de Kairos para que pudiera venir si cambiaba de idea.

—¿Qué importancia tiene esto? —le pregunto señalando el reloj de arena, un símbolo que ha perdido el significado originario que tenía para mí. Ahora es otro secreto, otra mentira.

—Es una credencial —responde—. No se trata únicamente de la marca, sino de la información que contiene. La mayoría de los refugiados y disidentes las esconden bajo la línea del pelo.

Por eso la chica nos miró el cuello, pero como mi padre me la hizo en la muñeca estuvo a punto de no verla.

—¿Por qué yo llevo la mía aquí?

—Acceso prioritario —responde Dante con voz sombría—. Si hubieras logrado escapar aquella noche, tu autorización de entrada se habría tramitado rápidamente a través de nuestros canales. Los hombres de Kincaid en Arras verifican la información, pero la ubicación de tu marca te habría asegurado el acceso prioritario a través de una tronera.

—¿Una tronera? —repito.

—Es una salida de Arras. Por donde la mayoría de los refugiados accede a la Tierra. Le conté todo esto a Meria. Si hubiera escapado... —hace una pausa y recorre mi rostro, como si quisiera decirme algo, pero cambia de tema—. No te puedes imaginar cómo ha sido. Una muchacha con el pelo color fuego llega a mi vida con esa marca, y te pareces tanto a ella, pero...

—Me marcó mi padre, no mi madre —le interrumpo.

La traición revolotea por el rostro de Dante. Su voz suena cortante cuando habla de nuevo.

—Meria debió de contárselo.

Le duele que ella le revelara el secreto a su marido. A su hermano.

—Sí —respondo—, porque le amaba. Porque era un buen hombre.

—Jamás he dicho lo contrario —pero su cuerpo lo insinúa ahora. Cada expresión, cada gesto, cada pausa es de dolor. De repente su actitud cambia, y se encoge ante mí. En el breve tiempo que he pasado en la mansión, Dante jamás se ha mostrado vulnerable.



—Te reconocí en el instante en que te vi —continúa—. Era incapaz de explicarlo, ni siquiera a mí mismo.

—Por eso nos invitaste a refugiarnos en el piso franco —le digo.

—Al principio, pensé que eras Meria, un poco cambiada y jugando conmigo.

—¡Mamá no habría hecho eso! —exclamo a la defensiva.

—El huracán que yo conocí, sí, pero no tardé en descubrir que no eras ella —dice Dante.

—Cuando me viste besar a Jost.

—De Meria no me habría sorprendido algo así, pero no, sabía que no se trataba de ella. Resultaba obvio que no me conocías, sin embargo cuando me enseñaste la marca y empezaste a relatar tu historia...

—Te diste cuenta...

—No, no creo que comprendiera nada hasta que escaneé la marca —admite—, e incluso entonces quise negarlo. Pero desde el instante en que te vi, me resultaste tan familiar como el aire en mis pulmones. No sé por qué.

—Suena lógico —respondo. En mi primer encuentro con Dante, yo también traté de descubrir por qué tenía la sensación de conocerle, aunque ¿cómo puedes reconocer a alguien con el que nunca has estado? Ahora, veo en él a mi padre, veo a Benn. Ambos son atractivos y morenos. Dante en una versión más joven del hombre que yo conocí—. ¿No sabías nada de mí?

—No —responde.

—Pero entonces, ¿cómo sabes que eres mi padre? Si mi madre se casó con tu hermano...

—Lo pone aquí —me dice, tocando la marca de mi muñeca.

—Nunca me contaron nada —susurro. La decepción se retuerce con fuerza en mi pecho. ¿Que Benn no fuera mi padre biológico le convertía en menos padre mío? ¿Importa que jamás me lo dijera?

—Te estaban protegiendo —me asegura—. La única manera de proteger a mi familia fue huir. Si la Corporación hubiera descubierto que te había engendrado, jamás habrían permitido que nacieras.

—¿Porque no estabas casado con mi madre? —insinúa.

Para mi sorpresa, la pregunta le provoca una carcajada.

—Nadie en la Corporación tiene una moral tan rígida, independientemente de cuáles sean sus políticas. No, porque hubieran pensado que serías demasiado peligrosa. Y creo que has demostrado que tenían razón.

—Pero ¿por qué?

—Una niña con tu genética es imposible de controlar.

—¿Con mi genética? ¿Cómo podían saber mi genética?

Dante vacila y sus ojos se vuelven distantes, reflejando únicamente la ondulante superficie de la fuente.

—Conocen la genética de todo el mundo. Saben la de tu madre y saben la mía.

Por eso no me dejaron casarme con ella. Tú has estado en el coventri. Sabes que en Arras las mujeres necesitan un permiso para parir, pero cualquiera puede quedarse embarazada —me recuerda.

—Pero ¿qué hacen las mujeres que no obtienen el permiso? —le pregunto.

—La Tierra no es el único mundo con un mercado de contrabando. En Arras existen secretos, Adelize, pero tienen un precio.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste si había un lugar donde esconderte, si amabas a mi madre? —insisto.

—Era demasiado tarde. Si me hubiera marchado antes, podría haberme instalado en el mercado de contrabando, pero no nos dimos cuenta de que algo iba mal hasta que mi solicitud de matrimonio fue denegada. Entonces supimos que mi expediente contenía algo que me impediría permanecer en Arras.

Iba a casarse con ella. La Corporación no solo denegó a mi madre el permiso para tener más hijos o colocó a mis padres en puestos de baja categoría, la Corporación dictó el curso de sus vidas con una simple negativa. Una que influiría en la percepción de mis padres de cada demanda de su gobierno.

—Pero ¿por qué te buscaba la Corporación? —le pregunto.

—Como ya te dije, tengo mis secretos —desliza una mano por su pelo y elude mi pregunta—. ¿Conservó tu familia la radio? ¿Los libros?

Asiento con la cabeza.

—¿Te contaron las historias sobre la Tierra?

Niego lentamente con la cabeza.

—Loricel, la maestra de crewel del coventri, fue la primera persona que me habló de la Tierra. Tal vez las olvidaron.

—Imposible. Optaron por ocultártelas —asegura Dante.

—Así que lo sabían, pero ¿por qué me entrenaron para fallar en la prueba? —le pregunto—. Podrían haberme traído aquí.

—Meria no deseaba venir a la Tierra —responde con frialdad, y entonces me doy cuenta de que dieciséis años en Arras tal vez concedieran a mi madre tiempo suficiente para pasar página e iniciar una nueva vida, pero Dante no ha tenido la misma oportunidad. Sus heridas son recientes. Aún tiene sensibles las zonas dañadas.

—No es posible. Nada de lo que me has dicho tiene sentido. Tú no puedes ser mi padre y Arras no avanza en una línea temporal acelerada —pronuncio cada palabra más alta que la anterior, como si mis gritos pudieran borrar la información que Dante me ha facilitado.

Reflexiona un instante lo que acabo de decirle y luego se pone en pie y se acerca a un helecho próximo a la fuente.

—Las tejedoras utilizan un telar para ver la trama del universo —me dice—. Trabajan dentro del tejido construido de Arras.

—Excepto Loricel, la maestra de crewel —señalo—. Ella podía coger las hebras sin telar. Incluso le encargaban recopilar las materias primas aquí.

—Eso es un nivel de habilidad totalmente distinto —responde Dante con la frente arrugada por la concentración. Está tratando de explicarme cosas y yo le estoy interrumpiendo—. Muy pocas *mujeres* poseen ese don.

El modo en que enfatiza la palabra *mujeres* me congela la sangre en las venas. Loricel lo mencionó una vez en su estudio del coventri: *Existen rumores de que hay departamentos en los que los hombres trabajan con el tejido, pero la Corporación siempre lo niega.*

—Para los hombres es distinto —continúa Dante—. Nosotros no necesitamos telares, pero solo podemos modificar cosas que ya existen.

Ahora soy incapaz de contener las preguntas.

—¿Nosotros? ¿Tú puedes tejer?

—Puedo modificar —aclara—. Los materiales son los mismos, pero los resultados difieren. Las tejedoras crean, los sastres solo modifican lo que ya está presente. Yo soy un sastre.

—Por eso huiste —Loricel tenía razón respecto a los departamentos secretos que empleaban hombres, y la Corporación quiso que Dante participara en ello.

—Estoy seguro de que te topaste con alguno de los nuestros en Arras. Un médico que te curase o algún tipo de ayudante tal vez —continúa—. Eran sastres.

Mi encuentro con el médico que me curó la pierna durante mi recogida aparece borroso a consecuencia del Valpron que me administraron aquella noche, pero recuerdo lo fácilmente que Cormac ordenó su extracción. Lo hizo como algo automático, como si aquel médico fuera la persona menos importante del mundo. Si estos hombres existen en Arras, la Corporación los trata de un modo muy distinto.

—¿Por qué no nos cuentan esto?

—Hacer modificaciones es una habilidad con un fin muy específico. Si la gente corriente supiera lo que los sastres pueden hacerles, si supieran que somos capaces de manipular el cuerpo y *la mente* de una persona, nuestro don carecería de utilidad. Un arreglo de renovación es una modificación a muy pequeña escala. Es lo máximo que la población llega a saber sobre nuestras capacidades. Somos más valiosos si trabajamos en secreto. Yo hui antes de que la Corporación me obligara a convertirme en un sastre a sus órdenes.

—¿Querían que fueras sastre? —le pregunto.

—Oh, sí.

—¿Así que escapaste dejando a tu familia abandonada?

—Tú también escapaste —replica Dante.

Eso es distinto. Mis padres me obligaron.

—¿Por qué crees que lo hicieron? —me pregunta.

—A las tejedoras las encierran —pienso en el médico y las enfermeras de la clínica donde iban a cartografiarme y modificarme—. Los médicos se marchaban a sus casas por la noche. Tenían vida propia. Las tejedoras eran las únicas a las que mantenían enjauladas.

—¿Alguna vez te invitaron a cenar? —me pregunta Dante—. No sabes nada de ellos. El destino que reservan a los sastres... es mucho peor que permanecer amarrada a un telar.

¿Peor que las ventanas falsas y la vigilancia constante?

—Lo dudo.

—Dime, Adeline, ¿a cuántos sastres conociste antes de venir aquí? —me pregunta Dante.

—¡Eso no demuestra nada! —exclamo.

—¿Habías escuchado hablar de los sastres alguna vez?

—No —respondo en voz baja.

—A las tejedoras las encierran —añade Dante—. Los sastres *desaparecen*. Somos obligados a existir al margen de la sociedad o a secundar las intrigas de la Corporación y adoptar vidas y ocupaciones falsas, elegidas por la Corporación para cualquier diabólica conspiración que hayan urdido.

—¿Y si no hubieras aceptado unirme a ellos?

—Habrían asesinado a mi familia —continúa Dante—. Cuando una tejedora es recogida, todo el mundo lo celebra. Cuando un sastre es recogido, se desvanece. Y a menudo su familia también. Nadie sabe oficialmente que los sastres existen debido a lo que hacemos. Los sastres no podemos crear como las tejedoras o las maestras de crewel, pero somos capaces de modificar sus creaciones.

—¿Cómo?

—En ocasiones, se requieren herramientas especiales para modificar a una persona o un objeto.

Recuerdo la clínica del coventri, donde permanecí tumbada sobre una fría mesa de acero mientras una cúpula de engranajes y ruedas cartografiaba mi cerebro.

—Los sastres pueden eliminar recuerdos, modificar emociones e incluso destruir por completo.

—¿Destruir? —repito en un susurro.

—Observa —me dice, y veo cómo desliza un dedo dentro de las hojas de un helecho que hay cerca de la puerta. Al principio, parece que las estuviera masajeando, pero luego me doy cuenta de lo que hace. Está destorciendo las hebras que las componen. En el telar, la mayoría de los objetos, e incluso las personas, tienen aspecto de hebras gruesas, pero las he mirado lo bastante cerca para saber que están compuestas de múltiples hilos más delgados entrelazados delicadamente entre sí. Dante está deshaciendo el helecho. Al principio, no sucede nada, pero luego agarra un hilo y lo separa del resto. Aparece dorado entre sus dedos y al tirar de él, sale de entre las demás hebras. El efecto es instantáneo.

Las hojas del helecho se marchitan, se vuelven marrones, se arrugan y luego se resecan hasta volverse tan quebradizas que la planta se convierte en polvo delante de mis ojos. Hace un instante estaba viva y ahora no es nada. Se esparce por el suelo como ceniza.

Tengo los ojos abiertos de par en par cuando Dante suelta las hebras doradas, que se evaporan, disipándose como el humo cuando hay viento.

—Le has arrancado el tiempo —exclamo sin aliento—. Jamás me había dado cuenta de que las hebras contenían hilos de tiempo.

—No son fáciles de ver —Dante se sacude las manos como si las tuviera sucias—. Lo he deshilachado.

—Pero ¿por qué hay tiempo dentro de las hebras? —le pregunto.

—Todas las cosas tienen una duración, Adelice. Tú y yo, ambos poseemos un ciclo vital que vivir. Hemos recibido cierto tiempo y cuando se acaba...

—Morimos —concluyo por él.

—Si algo no nos mata primero —intenta ser gracioso, pero no lo consigue. Probablemente porque los dos sabemos que la gente como nosotros no suele morir de vieja.

—Si puedes arrancar el tiempo de una planta, también podrás arrancarlo de una persona —siento un escalofrío ante la idea de ver algo así.

—Sí —Dante hace una pausa y su mandíbula se tensa bajo su suave piel—. O puedes distorsionarlo. Separarlo del orden natural de las cosas para servir a tu propósito, que es exactamente lo que la Corporación ha hecho.

—Una distorsión repito, y entonces me doy cuenta. El artículo del *Boletín* que encontramos con la fotografía de Cormac. La película propagandística. Sabía que la historia de Arras tenía cientos de años de antigüedad, aunque nadie me dijo exactamente cuántos. Loricel siempre se mostró reservada respecto al tiempo que llevaba trabajando como maestra de crewel. Cormac no parecía envejecer. En el colegio estudiábamos responsabilidad civil, no historia, porque la historia de Arras jamás cambiaba. Avanzaba tranquilamente. Era metódica. En Arras nada progresaba, excepto la tecnología.

Ni siquiera sus líderes.

¿Cuántos años han pasado en la Tierra? —se lo pregunto porque necesito escucharlo de sus labios, aunque todas las piezas empiezan a encajar, desvelando un secreto que jamás hubiera imaginado—. ¿Cuántos, desde el éxodo a Arras?

Dieciséis más o menos. En la Tierra, probablemente estemos alrededor del año 1960, pero es solo una suposición. Resulta difícil saberlo sin días ni estaciones.

Nunca se me han dado bien las matemáticas, pero incluso yo puedo calcular esto. Si han pasado dieciséis años en la Tierra, en Arras han transcurrido casi doscientos. En Arras, han nacido y muerto varias generaciones mientras que los que fueron abandonados en la Tierra ni siquiera han olvidado la guerra.

No tiene sentido. Es imposible.

—¿Me estás diciendo que Cormac Patton tiene más de doscientos años?

Dante me mira fijamente y veo fuego en sus ojos.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

## TRECE

Unas argollas de acero rodean mis muñecas y me aferran a la mesa. Lucho por conseguir ver algo bajo la cegadora luz y me retuerzo sobre el frío metal, asqueada por el hedor a whisky y a arreglos de renovación. Su voz de locutor de la Continua, al mismo tiempo condescendiente y encantadora, se desliza por mi oído. Se cuelga en mi mente mientras su silueta se torna visible.

—Querida, ¿por qué luchar? No puedes impedirlo.

Golpeo mi pecho contra el suyo, pero no me sirve de nada; sigo notando su aliento caliente en mi oreja. Cormac aprieta los labios sobre mi piel y mi cuerpo estalla en llamas, mis huesos crujen y se hacen añicos y mi sangre fluye a toda velocidad hacia mis manos y mis pies. Soy incapaz de enfrentarme a él, y lo único que puedo hacer es gritar.

Me despierto sobresaltada. No puedo escapar de Cormac, y tampoco de mis sueños.

Cormac, que es inmortal, que no envejece, que utiliza quién sabe qué tecnología disponible en Arras para conservar su juventud eternamente. Por cada minuto que pasa aquí, muchos más transcurren en Arras, concediendo a Cormac tiempo para idear un plan de ataque. Jamás me dejará escapar porque dispone de tiempo ilimitado para buscarme y destruirme.

En el coventri, cuando distorsionaba instantes de privacidad para Jost y para mí, imaginaba que permanecía allí, disfrutando de toda una vida a salvo, lejos de mis responsabilidades con la Corporación. Nunca imaginé que ellos hubieran hecho lo mismo, que hubieran creado una línea temporal que les permitiera urdir sus atroces conspiraciones para enfrentarse a quienes se sublevaran contra ellos en la Tierra y en Arras. Han pervertido las hebras del universo.

A la mañana siguiente, Jost, Erik y yo desayunamos en el salón de mi *suite*. Por una puerta se accede a mi dormitorio, y en el extremo opuesto se encuentra el que le han asignado a Jost. Pensaba que los alojamientos del coventri eran lujosos, pero estas habitaciones rayan en lo fastuoso: unos pesados cortinajes azules cubren las paredes y la intrincada chimenea tallada parece tener cientos de años de antigüedad. No estoy segura de que pudiera utilizarla, aunque quisiera. Desde el techo pintado, nos observan ángeles alados. Un camarero trae café y bollos en un carrito plateado, pero dejamos la comida intacta debido al tema de conversación que he elegido. Se lo he ocultado a Jost y a Erik durante demasiado tiempo, a la espera de que yo misma pudiera comprenderlo, pero necesitan saber a lo que nos estamos enfrentando.

—Entonces, ¿estás diciendo que Cormac tiene más de doscientos años? —me pregunta Erik—. Y yo que pensaba que se conservaba bien para su edad.

—Sí, da la impresión de que los arreglos de renovación son más eficaces de lo que imaginábamos —le digo.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunta Jost—. ¿Cómo no se ha dado cuenta nadie?

—Creo que esa es una pregunta para Kincaid —respondo—. Debe de saberlo, si es que fue oficial de la Corporación. Probablemente estuviera aquí cuando todo empezó —me sube bilis a la garganta al pensar que Kincaid también pudiera tener doscientos años.

—¿Hay más sastres como Dante aquí?

—No lo sé, pero los hay en Arras. Dante asegura que la Corporación los recoge como a las tejedoras, pero que desaparece cualquier rastro de los muchachos y sus familias —les explico.

—Tiene sentido —dice Erik.

—¿Cómo que tiene sentido? —pregunta Jost con incredulidad.

—Bueno, si yo tratara de ocultarle a todo el mundo que tengo doscientos años, también encubriría cómo lo he conseguido. Si utilizan a los sastres para tapar la conspiración, tienen que asegurarse de que nadie sepa que existen —responde Erik—, así que los sastres no tienen ningún lugar al que ir. Dependen de la Corporación, más incluso que las tejedoras.

—A menos que huyan —digo en voz baja.

—Y entonces se quedan aquí atascados —añade Erik.

La Tierra no es exactamente un paraíso, y la Corporación se ha asegurado de que cada año sea menos habitable robando más y más recursos del planeta. Lo que hacen los sastres es monstruoso, pero en lo más profundo de mi ser siento lástima por ellos. Sé lo que es estar enjaulado, sentir que no tienes alternativa. La Corporación ha destruido sistemáticamente las opciones de los sastres. ¿Cómo podían enfrentarse a algo así?

—Dante me dijo que hay sastres por todo Arras. Personal sanitario. Guardias. Doctores —les explico—. ¿Alguno de vosotros sabía algo de esto?

—Yo lo habría mencionado —responde Jost, y Erik deja escapar una risa incómoda. Al menos, lo están intentando el uno con el otro.

—Pero ¿por qué cooperan? —me pregunto.

—¿Por qué lo hacen las tejedoras? —exclama Erik—. Con el incentivo adecuado, se puede comprar a cualquiera.

—A cualquiera no —objeta Jost.

Se acabó la amabilidad.

—Pero todavía no os he contado lo más raro —les interrumpo. Respiro hondo y les revelo mi parentesco con Dante.

Erik parpadea y Jost frunce el ceño. O no me han escuchado o están conmocionados.

—Entonces, ¿tu padre tiene diecinueve años? —dice Erik.

Asiento con la cabeza.

—¿Y no sabías que era tu verdadero padre?

—Oh, ¿te refieres a si no sabía que mi verdadero padre era el hermano de mi otro padre, que abandonó a mi madre embarazada y que escapó a una realidad paralela

antes de que yo naciera? —le pregunto con tono mordaz, esperando que no se note demasiado que se me quiebra la voz.

—Entonces, no lo sabías —concluye Erik.

—He pasado de ser huérfana a tener dos padres vivos...

—Más o menos —agrega Erik.

—No me estás ayudando, Erik.

—Él es tu padre —dice Jost. Ya no tiene el ceño fruncido y parece de nuevo ausente.

—Sí —confirmo.

—Y se lo ha perdido todo —Jost habla en voz tan baja que apenas le oigo.

—¿Cómo dices?

—Que ha estado lejos toda tu vida —me explica.

—No importa. No sabía lo que me estaba perdiendo —respondo. Deseo tragarme estas palabras en el instante en que abandonan mis labios.

Abrumada por mi desconcierto, ni siquiera había pensado en cómo se tomaría Jost la noticia. Está pensando en Sebrina. Cada día que pasamos en la Tierra son semanas en Arras. Y a cada segundo que transcurre, su hija se le escapa un poco más de entre los dedos. Ella tampoco sabe lo que se está perdiendo.

Pero él sí.

—Voy a digerir el desayuno —dice Erik, aunque no ha probado un solo bocado. Su tono de voz no es en absoluto distendido. Debe de haberse dado cuenta de lo que sucedía mucho antes que yo. Lo que demuestra, una vez más, que están más conectados entre sí de lo que cualquiera de ellos admitiría. Se dirige al pasillo con un ligero adiós, pero veo que vuelve los ojos hacia su hermano. Quiere consolarle, pero no sabe cómo.

—Lo siento, Jost —me disculpo cuando la puerta se cierra detrás de Erik.

—¿Por qué? —pregunta él, pero noto cierto tonillo en su voz.

—No se me ocurrió —admito—. No pensé en Sebrina.

—No es responsabilidad tuya pensar en ella —responde, y son estas palabras las que me desvelan que el retintín de su voz no es de ira, sino de dolor. Le he herido. No al recordarle a Sebrina o lo rápidamente que la está perdiendo, sino al no preocuparme lo suficiente y pensar en ella en primer lugar.

—Estaba demasiado absorta en lo que Dante me había contado —le digo, pero la excusa suena pobre—. Ni siquiera me he acordado de Amie hasta ahora.

—Amie es mucho mayor —me recuerda.

—Y muy impresionable —añado, pensando en lo impaciente que estaba por pasar la prueba, lo que le fascinaban los boletines y cuánto adulaba a las tejedoras y sus hermosos vestidos—. Ella también está en peligro. Cormac sabe que existe y está a punto de cumplir la edad para ser candidata. No podemos perder el tiempo aquí. Necesitamos un plan.

—¿Podrá ayudarnos Kincaid? —me pregunta Jost, aunque noto que no cree que



Kincaid pueda o vaya a prestarnos su ayuda.

—Creo que merece la pena descubrirlo —respondo—. Necesitamos ayuda. Recursos.

Jost alza la cabeza de golpe y me mira fijamente, con los ojos en llamas. ¿Qué he dicho?

—Siento no poder proporcionártelos yo —murmura con tono de reproche.

Su reacción me pilla desprevenida. Busco torpemente palabras que no suenen a enfado o fastidio.

—Yo no te he pedido nada.

No responde.

—¿Esto tiene algo que ver con el ego masculino? —le pregunto—. No soy una damisela en apuros. No necesito que me salves.

—Tal vez yo quiera salvarte —prácticamente gruñe, aunque no está enfadado. Se trata de algo distinto. Algo primario. Algo que jamás había visto en Jost hasta ahora, y entonces lo comprendo. Aunque no pueda salvar a Sebrina, no quiere perderme a mí.

—Es muy noble...

—No hay nada de noble en ello —dice. De repente, sus labios están sobre los míos y me aprietan con tal fuerza que noto sus dientes contra la tierna carne de mi boca. No sé si apartarle o arrastrarle hacia mí.

Gana lo segundo.

Pero no le permito controlar el beso. Le empujo con fuerza cuando sus brazos rodean mi cintura, apretando mi cuerpo bruscamente contra el suyo.

—Qué romántico —murmuro a través de nuestros labios en lucha.

—Vaya. ¿Esta es tu idea del romanticismo? —me pregunta. Su abrazo se relaja y retira las manos de mi espalda—. Voy a tener que esforzarme contigo.

—Eso es exactamente lo que tenía en mente —le digo, atrayéndole hacia mí. Recorro sus hombros y deslizo los dedos por su pecho hasta que aferro su camisa con los puños y le obligo a acercarse a mí. No se resiste. Él también desea que el mundo desaparezca a nuestro alrededor. Aunque solo sea unos minutos.

Su boca obliga a la mía a abrirse y mi cuerpo reacciona de maneras interesantes. Primero, llega el cosquilleo en los dedos que siento siempre que nos besamos, pero luego se extiende y se transforma en una energía palpitante. Nos separamos, jadeando, pero le empujo contra la chimenea y le beso de nuevo. Su cuerpo se junta con el mío, y entonces me da la vuelta de modo que ahora soy yo quien está apoyada en la repisa de piedra. La noto fría y me provoca escalofríos, pero no me importa. Gira las manos y aferra mis muñecas, sujetándomelas sobre la cabeza mientras sus labios recorren el hueco bajo mi barbilla.

—*Esto* es romántico —me dice.

—No podría estar más de acuerdo —murmuro entre sus besos.

Continuamos un rato más, riendo, bromeando y besándonos sin parar, pero

entonces Jost se aparta y su rostro se vuelve distante. Otra vez se está conteniendo.

*No te quiere*, se burla una voz dentro de mi cabeza. *No eres ella. No eres su perfecta esposa.*

No. Me niego a creer eso. En estos momentos, hay cosas más importantes que mi inseguridad.

—Jost le llamo. No responde hasta que tomo su mano.

Sus ojos se inundan de lágrimas, y siento el escozor caliente del llanto en los míos.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta.

—Vamos a hablar con Kincaid —respondo con firmeza—. No podemos hacer nada hasta que sepamos cómo regresar a Arras. Él sabrá la manera.

—¿Cómo puedes confiar en él? —insiste Jost.

Comprendo su vacilación, sobre todo porque si Kincaid nos traiciona, ambos perderemos mucho. Kincaid formó parte de la Corporación, pero nosotros también. Y si la Corporación le hizo algo casi tan terrible como lo que nos ha hecho a nosotros, no puedo reprocharle que los abandonara. No puedo reprocharle que quiera destruirlos.

—No tenemos otra opción.

## CATORCE

Por la tarde, cuando las luces artificiales brillan con intensidad suficiente para que parezcan el sol, me pierdo en los jardines y recreo en mi mente el beso de Jost. Incluso como recuerdo me desarma, convirtiéndome en miles de pedazos que solo él puede recomponer.

De repente, siento unos ojos fijos en mí que me devuelven al presente, y cuando localizo por fin al dueño oculto tras una gran escultura, sale con paso tranquilo. Su sonrisa es demasiado amplia, y al aproximarse a mí, me hace una reverencia. Tiene más o menos mi estatura, pero sus rasgos se parecen a los de Valery —un espeso pelo negro y ojos castaños y rasgados—. El sistema de iluminación se va apagando a medida que se acerca a mí, y empiezo a sentir que me invade el miedo.

—Mantenimiento rutinario —me explica el desconocido—. Tú debes de ser nuestra nueva invitada.

—Lo siento —respondo, dirigiendo la mirada hacia las puertas que conducen a la casa principal—. Todavía no conozco a todo el mundo aquí.

—No te disculpes —me dice—. Me llamo Deniel.

—¿Eres un traficante de sol? —le pregunto.

—Sí —responde, y alza un dedo al aire—. Pero también soy un refugiado del Sector Este. Como tú.

Trago con dificultad pero asiento con la cabeza, tratando de mantener una actitud amigable. No tengo ninguna razón para estar tan nerviosa. La mansión de Kincaid es impenetrable, sin embargo he tenido poco contacto con los demás traficantes de sol. Maldigo el absurdo ensueño romántico que me ha empujado a bajar la guardia.

—Yo estuve en el Sector Este —comento, recordando mi gira de buena voluntad con Cormac.

—Es un lugar muy bello. Se notan los vestigios de la cultura que heredamos de la Tierra —Deniel habla tan bajo que prácticamente ronronea. Me ofrece su brazo y lo agarro tímidamente. Cuando se dirige de vuelta a la casa, me inunda el alivio y me relajo—. Me marché hace mucho tiempo.

—¿Para venir aquí? —le pregunto, tratando de mantener la voz firme y agradable.

—Trabajé en el mercado de contrabando de Arras hasta que me vi obligado a venir a la Tierra —habla hacia el horizonte, sin molestarse en mirarme.

—Debes de haber dejado un montón de cosas atrás —le digo.

—Sí, pero me mantengo unido a mi pasado. Mi *ojiisan* me regaló un pedazo de marfil. Es muy antiguo —dice en voz baja—. Tu piel es igual de suave y pura. ¿Te gustaría verlo?

Acepto, pero mantengo los ojos en las puertas a las que nos vamos acercando, contando los segundos que faltan para que pueda excusarme.

Deniel saca una pieza de marfil suave y labrada. La acerca tanto a mí que apenas puedo verla. Me parece impecable, y entonces la aprieta contra mi barbilla. Luego

mueve el pulgar y me doy cuenta de que se trata de un mango —una delgada hoja plateada sale de él.

—Hermoso y mortífero, como una mujer —murmura.

En un instante, la hoja está en mi garganta y Deniel me obliga a entrar en el pasillo de la casa principal. El filo me hace un ligero corte cerca de la nuca, y noto cómo me escuece la piel. Deniel vence todo su peso sobre mí y siento su aliento caliente y agitado en la oreja. Imagino que me empujará hacia el suelo, pero de repente la pared sobre la que estoy apoyada tiembla y gira. Deniel aparta el cuchillo de mi garganta mientras me empuja a través de la puerta secreta.

La habitación desentona con el resto de la mansión, ya que carece de la opulencia de las demás estancias. Es sobria, con paredes de bloques de hormigón y una mesa larga y desgastada. Intento dominar el pánico que me inunda y que amenaza con paralizarme y convertirme en una presa fácil. Al volverme, veo una tenebrosa concentración en los ojos de Deniel. El cuarto me recuerda a una clínica, como en la que me cartografiaron en Arras. Un pensamiento que no atenúa en absoluto mi terror.

—No me gustan las mujeres peligrosas —susurra desde la puerta.

—¿Yo soy peligrosa? —le pregunto, mirándole fijamente a los ojos.

—No lo serás por mucho tiempo —responde mientras avanza hacia mí. Me recorre con la mirada, estudiando mi rostro y mi cuerpo. Siento ganas de rodearme con los brazos para protegerme, pero permanezco quieta, esperando el momento adecuado.

Deniel se acerca, aferrando con fuerza el cuchillo levantado, empujándome cada vez más hacia el interior de la habitación.

—No serás tan estúpida como para luchar —exclama Deniel, salpicándome la oreja con saliva. Hay cierto tono jocosos en su voz—. ¿Crees que la Corporación te dejará escapar?

La zona del cuerpo que tengo paralizada reacciona con sus palabras. Está claro que no me conoce demasiado bien.

Deniel aprieta de nuevo la hoja del cuchillo contra mi garganta y desliza la mano hacia mi hombro. Ha dejado la puerta entreabierta. Solo tengo que llegar hasta ella y estaré de nuevo en el pasillo. Siento la fricción de sus dedos cuando los clava en mi piel. Pero no está arañándome simplemente, me está abriendo, está separando mis hebras. Su mano arde en mi hombro, lanza llamaradas hacia mi cuello.

Las hebras de la estancia se tornan visibles —brillantes y tentadoras—, y cuando mis ojos vuelan hacia el rostro de Deniel, me doy cuenta de que veo la reluciente trama que conforma su cuerpo, igual que él debe de estar viendo la mía. Sus hebras no son luminosas y doradas, sino de color bronce deslustrado, y palpitan con una luz casi carmesí. Sin pensar, lanzo un zarpazo a su hombro, rasgando las hebras firmemente tejidas, y la piel se le desgarró y fluye sangre a borbotones de la herida. Deniel retrocede con un grito de agonía, aferrándose al corte. Por un instante, tengo la sensación de que fuera a cargar de nuevo, pero levanto las manos a la defensiva,

sintiendo cómo su sangre gotea por mis largos dedos. Su sorpresa e indignación reflejan la ira descarnada que siento yo. Sus ojos se fijan en mis dedos y regresa a ellos la expresión calculadora. Obviamente, está evaluando cuánto daño seré capaz de hacerle antes de que consiga detenerme. Pero en vez de atacar, suelta una carcajada y sacude la cabeza, con el cuchillo aún en alto.

Grito tan fuerte como puedo.

Se asusta, pero se abalanza sobre mí, trata de taparme la boca apresuradamente y pierde el cuchillo por el camino. Sé que puede hacerme mucho daño sin él, así que le pego una fuerte patada. Mi reacción le enoja más. Estoy lanzando las manos para atacarle de nuevo cuando un guardia entra de golpe en la estancia y se encara con Deniel.

Erik aparece rápidamente tras él y me levanta del suelo, alejándome del caos mientras aparecen más hombres de Kincaid. Entonces brotan las lágrimas. Se derraman pesadas y calientes por mis mejillas, arrastrando el miedo de mi cuerpo; me pongo a temblar al pensar en lo que ha sucedido.

Observo cómo los hombres de Kincaid se llevan a Deniel hacia un destino peor que el que él había planeado para mí. De eso estoy segura.

—¿Estás bien? —me pregunta Erik, agarrando mi hombro. Como no respondo, me envuelve con un abrazo que no rechazo. Cuento los latidos de su corazón, tratando de respirar al mismo ritmo que él, pero su pulso es demasiado rápido para calmarme.

Me lleva a mi habitación y saca un vestido del armario. Bajo la mirada y me doy cuenta de que el mío está rasgado. Me cae un jirón sobre el hombro, arrancado durante el ataque. Alargo la mano hacia la cremallera y empiezo a quitarme el vestido roto. Erik se tapa rápidamente los ojos con las manos.

—Perdona —me dice con la voz amortiguada por la mano.

—¿Te estás tapando los ojos? —le pregunto con incredulidad.

—Estoy comportándome como un caballero —responde, mirando todavía hacia otro lado.

—Eso sí que sería una novedad —le digo mientras me saco el vestido por la cabeza.

—Supongo que he cambiado —se burla.

—Ya te puedes dar la vuelta —le digo cuando me aseguro de estar totalmente tapada.

Me doy cuenta de que tiene las mejillas ligeramente ruborizadas.

—¿Me subes la cremallera? —le pido. Todavía me tiemblan demasiado las manos para lograr cerrar el último tramo de cremallera en la espalda del vestido. Me levanto el pelo y Erik tira de ella con un movimiento lento y suave, apoyando una mano en mi espalda.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Jost al entrar en la habitación. Me alejo de Erik y me lanzo en brazos de Jost mientras su hermano le explica lo que ha sucedido.

Jost nos recorre con una mirada cada vez más sombría, hasta que estalla de ira. Se aparta de mí de golpe y baja hacia el vestíbulo, obligándonos a Erik y a mí a salir tras él.

—¿Dónde vas? —le grito, pero no responde, así que corro para alcanzarle.

—Voy a tener una breve charla con Kincaid sobre sus hombres —responde Jost con los dientes apretados.

—No creo que sea buena idea —murmuro—. Somos sus invitados...

Jost me interrumpe.

—Y uno de sus invitados ha sufrido un ataque. Necesita una lección de hospitalidad —se gira para mirarnos a la cara, pero en el estado en el que está no se me ocurre qué decirle para detenerle.

—¿No crees que hará algo por sí mismo? —comenta Erik—. Dudo que a Kincaid le alegre mucho lo sucedido.

—Pienso que él le envió —asegura Jost.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Todo tiene algún propósito —responde Jost—. No podemos confiar en él. ¿Tengo que recordaros que trabajó para la Corporación? De lo único de lo que podemos estar seguros es de que sabe mentir.

—Tal vez deberíamos buscar a Dante —sugiero en voz cada vez más baja, tratando de empujar a Jost a suavizar el tono para que no nos oigan.

Pero antes de que podamos disuadirle, se lanza escaleras abajo hacia el piso principal de la casa. No tardamos en escuchar una estruendosa reprimenda procedente de la sala de reuniones.

—Sí, señor —responde un guardia.

—Qué poca educación. ¿Qué pensarán mis invitados? —chilla Kincaid.

—Está dispuesto a enmendar su... error —añade el guardia.

—Oh, claro que lo enmendará —responde Kincaid.

Por un instante nos quedamos parados, pero algo me empuja a seguir avanzando.

—Adelice —canturrea Kincaid cuando me acerco lo suficiente para que me vea—. Me han informado de lo sucedido. De hecho, estaba a punto de hacerte llamar.

—Siento la interrupción. No ha sido muy respetuoso por mi parte —le digo—, pero estaba ansiosa por saber si habías descubierto por qué me atacó.

—El chico es nuevo, llegó con un grupo de refugiados hace solo unas semanas —me explica Kincaid—. Tenía una carta de presentación y todo lo demás. El protocolo habitual para alguien que entra recomendado por nuestros contactos en Arras.

—Deberías reconsiderar tus contactos en Arras —exclama Jost.

Coloco una mano en su brazo para calmarle, pero también para advertirle que tenga cuidado con lo que le dice a Kincaid.

—Deniel será severamente castigado —asegura Kincaid.

—No es necesario —le digo—. Me gustaría saber por qué lo hizo, pero no deseo que sufra ningún daño.

—Yo sí quiero que reciba su merecido —interviene Jost.

—Deberías hacer caso a tu amigo —comenta Kincaid—. No sería prudente dejar que un hombre como él merodee por ahí.

—Además —añade una voz a mi izquierda—, es importante que todo el mundo reciba el mismo mensaje.

Me vuelvo hacia Dante y le miro fijamente.

—¿Qué mensaje?

—Que no se te puede tocar.

Sigo sus ojos y descubro que está fulminando a Kincaid con la mirada. Sus palabras son ferozmente protectoras, y me resulta extraño. No es algo que agradezca exactamente. Puede que Jost me trate como si fuera de cristal, pero sus actos se basan en la pérdida de Rozenn, algo que solo estoy empezando a comprender. Sin embargo, Dante apenas me conoce. No puede volverse tan paternal sin más. No quiero que lo haga.

—No podría estar más de acuerdo —responde Kincaid a mi espalda. Habla con voz suave y uniforme, sin su habitual tono ligero y juguetón—. No se puede tocar a ninguno de mis invitados...

—Podemos encerrarle en una celda hasta que... —empieza a decir un guardia.

Pero Kincaid rechaza su sugerencia y le indica que permanezca en silencio levantando una mano a escasos centímetros de su cara.

—Quiero que Adelice duerma tranquila esta noche. ¿Cómo va a hacerlo si no adoptamos una solución drástica?

—Estoy bien —le aseguro, aunque sé que le pediré a Jost que se quede conmigo por la noche. Solo entonces podré dormir.

—Llévadle al jardín —ordena Kincaid, ignorando mi comentario. El guardia asiente con la cabeza y se aleja unos pasos para utilizar su panel comunicador más tranquilamente.

—¿Y cómo vas a conseguir que se sienta segura después de esto? —le pregunta Dante a Kincaid, acercándose a la luz del pasillo. Lleva puesta una delgada camisa sin mangas y un ligero pantalón de pijama de franela. La camisa deja al descubierto una marca en su bíceps —tres bandas entrelazadas alrededor del brazo.

—No te preocupes. Quedarás satisfecho —responde Kincaid.

—Tu seguridad ha sido burlada. Puede que esta no sea la única amenaza. Quiero permiso para investigar en profundidad —Dante no se lo está pidiendo.

A Kincaid le tiembla la mandíbula, pero mantiene su autoritaria máscara.

—No será necesario. Te aseguro que tu hija es mi prioridad. Recuérdalo.

Mis ojos vuelan hacia Dante. ¿Cómo ha podido contárselo a Kincaid? Dante me aseguró que lo mantendría en secreto hasta que yo decidiera compartir la información, si es que ese día llegaba. Pero Dante parece confuso. Ignora igual que yo cómo lo ha descubierto Kincaid. Pienso en lo rápido que los guardias respondieron a mis gritos cuando Deniel me atacó. Es imposible que me oyeran, a menos que me

estuvieran vigilando.

Lo que significa que no es culpa de Dante que nuestro secreto haya sido desvelado. Es culpa mía.



## QUINCE

Alguien me coloca un grueso abrigo de piel sobre los hombros después de que Kincaid haya anunciado que el castigo se llevará a cabo en el jardín. Me vuelvo, esperando encontrar a Jost detrás de mí, pero es Jax. No le había vuelto a ver desde nuestro primer día aquí. No dice nada, pero inclina la cabeza de manera resuelta mientras se coloca al final del grupo de guardias que se está reuniendo para ejecutar el veredicto de Kincaid. Con el sistema de iluminación casi apagado, el frío exterior recuerda a la Heladera, pero sin las sombras acechantes y en movimiento. Ya no es necesario que atisbe los rincones y espacios ocultos alrededor de las plantas y la fuente; el monstruo se encuentra a la vista, incapaz de esconderse.

Traen a Deniel a rastras por el irregular sendero de ladrillo, raspándole las rodillas contra la tosca superficie, pero no dice nada ni tampoco grita. Mantiene la cabeza gacha, y el pelo negro azabache le cae sobre los ojos. Cuando los guardias le conducen hasta Kincaid, le tiran a sus pies y uno le golpea la cabeza con la rodilla. Dejo escapar un grito ahogado al contemplar su boca ensangrentada y su nariz torcida. Da la impresión de que los guardias le hubieran castigado bastante antes de traerle ante Kincaid.

—¿Para quién trabajas? —pregunta Kincaid con voz cantarina. No me pasa inadvertido su tono jocoso.

Kincaid está disfrutando con esto.

Deniel no responde a la pregunta. En vez de eso, se deja caer de nuevo hacia delante y apoya la cabeza en el pecho. Kincaid chasquea los dedos y uno de los guardias se inclina, toma la barbilla de Deniel con la mano y se la levanta bruscamente.

—Estoy esperando.

—Para nadie —la respuesta de Deniel sale poco a poco de su boca, y me doy cuenta de lo inflamado que tiene el pómulo. La hinchazón le rodea el ojo y le obliga a mantenerlo cerrado.

—Intentémoslo de nuevo —dice Kincaid.

No veo que el guardia apriete los dedos, pero Deniel se tensa bajo su fuerza y araña la mano que lo sujeta.

—Podrías haber disfrutado de una buena vida aquí, hijo —le dice Kincaid—. La Corporación te obligó a huir por tu habilidad, pero mientras la Corporación maltrata a los sastres, yo los valoro. Yo te hubiera valorado.

Aparentemente, se han acabado los secretos. Dante no es el único sastre de la finca. Da la impresión de que Kincaid los colecciona.

Deniel trata de farfullar algo contra la mano del guardia, pero Kincaid continúa.

—Ya no hay tiempo para excusas. Has traicionado mi confianza.

—¿Qué ocurre? —pregunta Valery con una voz un decibelio más aguda de lo habitual. Entra rápidamente en el patio, con la bata de seda ondeando a su espalda. La

lleva atada con un cinturón, pero suelta, de modo que no oculta su ágil y perfecta figura, que no tarda en distraer a Kincaid.

—Cariño, vuelve a la cama. No tardaré en reunirme contigo —le asegura Kincaid.

—No puedo dormir —responde ella, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué estás haciendo con Deniel?

—Deniel atacó a Adeline.

No puedo evitar preguntarme por qué le preocupa, pero Valery se acucilla junto a Deniel y le mira directamente a los ojos. ¿Cómo es que le conoce? Si él es nuevo aquí, como Kincaid nos contó antes, no se me ocurre dónde han podido cruzarse sus caminos. Rara vez he visto a Valery fuera de sus aposentos, excepto durante las comidas. Permanece frente a Deniel como si estuviera tratando de decirle algo, y entonces sus palabras fluyen libremente, delante de todos nosotros.

—¿Así es como pagas mi amabilidad? —el tono acusatorio de sus palabras destila veneno.

Deniel vacila, con los ojos fijos en Valery.

—Nosotros tenemos que contribuir.

Valery no responde. Se levanta y se vuelve hacia Kincaid.

—Te aseguro que no tenía ni idea de que fuera un traidor cuando le traje aquí.

—¿Le conoces? —la pregunta escapa de mis labios antes de que pueda contenerla.

Valery se estremece, pero respira hondo y se gira hacia mí.

—Era un refugiado. Nos conocimos cuando huimos de Arras, y yo le ayudé a conseguir un puesto aquí. Cometí un error.

El término *error* no parece el más adecuado. Si Deniel escapó de Arras al mismo tiempo que Valery, le enviaron con algún propósito, y los arañazos de mi hombro lo atestiguan. Ella le condujo directamente a su presa sin titubear. Sin pensar. Pero mi ira se apacigua cuando la miro a los ojos. Valery le ayudó porque ella es así —aunque su amabilidad ya no me alcance a mí.

—Tú solo trataste de ayudarle, cariño —dice Kincaid, rodeándole la cintura con el brazo y arrastrándola hacia él—. Fue un error de juicio. Ahora vete a la cama.

La besa en los labios y entonces lo noto: Valery se deshace y ríe como una tonta en brazos de Kincaid durante las comidas, pero ahora está tensa. Rígida. No desea su atención. Ahora no.

Y aun así se marcha a la cama de Kincaid, dirigiendo a Deniel una ligera mirada mientras pasa.

—Continuemos —anuncia Kincaid. Hace un gesto a Dante para que se adelante, algo que este hace de mala gana—. ¿Harás los honores?

Dante me mira, parpadea, y entonces sé que cualquiera que sea el castigo que Kincaid tiene en mente no quiero verlo. ¿Es demasiado tarde para excusarme? Junto a mí está Jost, que me coge del brazo y me acerca a él. Dante fija la atención de nuevo en su jefe y niega con la cabeza.

—No voy a seguirte el juego, Kincaid.

—¿Seguirme el juego? —repite Kincaid con una risotada—. Mi interés por tu hija debería complacerte.

Dante mantiene los hombros firmes y los labios apretados en actitud de rechazo.

—¿No? —pregunta Kincaid, pero hay indiferencia en su voz. Hace un gesto con el dedo a un corpulento guardia, que se adelanta—. Muéstrale a Adelice que la protegeremos. Enséñale lo que le hago a quienes la traicionan.

El guardia asiente con la cabeza y ponen a Deniel en pie. Luego fija la mirada en el pecho de Deniel, pero este permanece quieto y ausente. Entonces el guardia le acerca los dedos y Deniel lanza un brutal gruñido.

Mi pulso se acelera, palpita en mis venas, y cuando el guardia alarga la mano, las hebras de Deniel brillan de nuevo ante mis ojos.

Ahora las veo muy claramente, más que cuando me atacó. Son finas, están desgastadas y tienen añadidos hilos nuevos. Algunos totalmente entrelazados y otros apenas unidos. Quiquiera que sea Deniel ha sufrido una gran cantidad de modificaciones. ¿Quién le habrá hecho esto?

Entre medias de su desordenado tejido se extiende una delgada hebra dorada. La única hebra intacta que conserva este hombre. Otro grupo de hebras se desliza dentro de Deniel, apartando hilos y remiendos, dirigiéndose hacia su centro. Con un brusco movimiento, el guardia desgarrar el tejido de Deniel por debajo de la herida que yo le hice. Por un instante, pierdo la concentración y solo veo el color carmesí que gotea poco a poco por las manos del guardia, pero entonces la hebra dorada sale lentamente del cuerpo y Deniel empieza a desvanecerse. Es una visión que me atrapa, y me siento incapaz de volver la cabeza.

Primero, se marchita su piel. La sangre deja de brotar de su pecho hasta que en su camisa solo queda una pequeña mancha. Se le hundén los ojos en el cráneo, la cabeza se le desploma hacia atrás, y sé que está muerto, aunque esto todavía no ha acabado. La hebra dorada sale limpiamente, y la piel marchita se agrieta y se desmorona. A continuación, le siguen los huesos, hasta que lo único que queda de Deniel es un montón de polvo a los pies de los guardias.

Kincaid se adelanta y supervisa el trabajo del guardia. Su rostro aparece sombrío, pero en sus ojos hay un brillo que no puede ocultar. Luego, sin sonreír, dice en voz baja:

—Polvo somos y en polvo nos convertiremos.

## DIECISÉIS

A la mañana siguiente, me sobresalta una llamada a la puerta de mis aposentos. Estaba sentada en mi escritorio, cepillándome distraídamente el pelo. Cuando abro la puerta, veo a un joven criado que espera con una bandeja plateada apoyada en los dedos. Sobre ella descansa una pequeña tarjeta color marfil con mi nombre manuscrito en una elegante caligrafía. Cojo la tarjeta y le doy las gracias al criado con una inclinación de cabeza.

—Tengo instrucciones de esperar vuestra respuesta, señorita —dice él con altivez.

—Está bien, concédeme un instante —me vuelvo hacia la habitación y, después de dudar un poco, cierro la puerta. No soporto la idea de que esté ahí esperando, observándome. Tampoco me agrada demasiado cerrarle la puerta en la cara, pero, bueno, tengo que elegir.

Desdoble la tarjeta.

*Adelice:*

*Por favor, acepta mis más sinceras disculpas por el desafortunado entreacto de ayer. Quiero que te sientas segura aquí, pero no desearía que pensaras mal de mí. Para relajar la tensión de anoche, he preparado una pequeña obra teatral para disfrute tuyo y de tus amigos. Espero que te muestre los aspectos positivos de tener sastres a nuestra disposición. Por favor, hazme saber si estarás lista para la representación a las tres.*

*Te saluda muy atentamente,  
Kincaid*

Mis ojos se dirigen rápidamente hacia el reloj de la mesilla. Ya es mediodía. Garabateo la confirmación de mi asistencia en la parte baja de la nota, tratando de parecer entusiasmada y fracasando por completo.

No quiero ir, pero esto más que una invitación es una orden de comparecencia. Al regresar con desgana hacia la puerta, estoy a punto de tropezar con mi bata. Le entrego la tarjeta al criado, que hace un buen trabajo al no mostrarse demasiado molesto porque le haya dado con la puerta en las narices.

—Gracias —le digo, pero él responde con una simple inclinación de cabeza, gira hacia la derecha y desciende por el pasillo.

Apenas he cerrado la puerta, otro golpe me obliga a abrirla de nuevo. Al otro lado encuentro a Jost, de pie con dos grandes cajas color turquesa. Otro criado avanza apresuradamente por el pasillo transportando más cajas iguales. Miro a Jost y arqueó una ceja.

—Un regalo de nuestro afable anfitrión —anuncia Jost, haciendo un gesto con la

cabeza para que le deje entrar.

—Veo que a ti también te ha invitado al espectáculo —le digo.

—Y vaya espectáculo —masculla. Se dirige a la cama y coloca allí las cajas. Me acerco y levanto la tapa de la que lleva una etiqueta con mi nombre. Dentro, encuentro una nube de papel de seda rosa. La aparto y saco de la caja un vestido de seda. Es de un encantador color rosa pálido y el tejido cae en cascada cuando lo levanto. El escote luce un rosetón de cuentas de cristal. Al darle la vuelta para examinar la espalda, encuentro otro rosetón en la zona del trasero.

—Es bonito —dice Jost. Es el máximo entusiasmo que logra mostrar por algo tan superficial como la ropa.

—Veamos qué te ha tocado a ti —le digo.

—Oh, espero que el mío sea de color morado y deje más piel al descubierto —responde, guiñándome un ojo.

—Ya que vas de listillo, yo espero lo mismo.

Jost saca de la caja una chaqueta negra de traje planchada.

—No he tenido tanta suerte.

—Vas a estar muy elegante.

—Estaré incómodo.

—No sabía que fueras tan antiesmoquin —le digo.

—Los esmóquines son para hombres como Cormac.

—¿Y qué le viene bien a un hombre como tú? —le pregunto, quitándole la chaqueta de las manos y tirándola sobre la cama.

—Ten cuidado, vas a arrugarla —empieza a decir, pero cuando rodeo su pecho con los brazos, se calla.

—Qué considerado —murmuro mientras me acerco más a él.

—¿Qué puedo decir? Sabes que lo soy —responde, aunque sus palabras enmudecen cuando mis labios se unen a los suyos—. El vestido me parece bonito, pero cuando te lo pongas será precioso —añade, apartándose de su lado.

—¿Debería probármelo? —le pregunto.

Jost vacila un instante, con la mirada cada vez más seria.

—Estamos solos y disponemos de horas antes de que tengamos que vestirnos.

Se tumba en la cama y me contempla con los ojos cada vez más abiertos. Por un instante, siento timidez y mi fanfarronería se desvanece, pero mis dedos agarran el cinturón de la bata, y deseo que no vea lo que me tiemblan cuando empiezo a desanudarlo. Jost alarga el brazo y me sujeta la mano, deteniendo el temblor, pero evitando también que abra la bata. Durante un segundo imagino que me la quitará él, y me pregunto qué sentiré al notar sus manos sobre la piel. En algún lugar escucho la voz de mi madre, pero no puede competir con el rugido de la sangre que fluye por mi cuerpo, prendiendo cada centímetro de mi piel.

—No tienes que hacerlo, Ad —murmura. Me aparta la mano del cinturón y nos miramos fijamente durante un largo instante, y entonces escucho a mi cuerpo y me

abandono, me siento a horcajadas sobre su regazo y le rodeo el cuello con los brazos. Noto su aliento caliente en la clavícula y cuando desliza los dedos por mi pelo suelto, un escalofrío recorre mi espalda. Está acercando sus labios a los míos cuando otra llamada en la puerta nos interrumpe.

—¿Qué es hoy, el día anual de llamar a la puerta de Adeline? —refunfuño.

Jost aparta las manos de mi cuerpo, sonrío tímidamente y luego, con indiferencia, me anima a levantarme.

—Vamos, probablemente sea una nueva invitación de Kincaid para otra fiesta salvaje.

—¿Tendremos tanta suerte? —le pregunto.

Pero quien espera al otro lado de la puerta no es un criado. Es Valery. Está perfectamente maquillada, con un estilo menos extravagante que el de la primera noche que la vimos aquí, aunque sus grandes ojos negros y su pelo oscuro sigan concediéndole un aspecto exótico. Lleva puesta la misma bata que anoche, pero está claro que se ha preparado para el acontecimiento de esta tarde.

—Pensé que podría arreglarte —me dice. Sus ojos se dirigen rápidamente hacia Jost, que está junto a la cama, con actitud nerviosa.

Como en los viejos tiempos, pienso. Me apetece decirle que se marche. Tal vez ella sienta la necesidad de esconderse bajo una máscara de maquillaje cuando está con Kincaid, pero yo tengo cosas más importantes que hacer que acicalarme para un acto de falsa cortesía.

—Eso suena bien —responde Jost por mí mientras coge la caja con su traje—. Debería vestirme. E ir a ver qué hace Erik.

¿Ir a ver qué hace Erik? Erik es la última persona a la que le gustaría ver. Está tratando de evitar la situación a la que nos estábamos encaminando hace unos instantes.

—Claro —le digo—. Ayúdale a anudarse la pajarita. Y rizaos el pelo el uno al otro.

No hago ningún esfuerzo por ocultar el fastidio en mi voz.

Jost sonrío y sacude la cabeza ligeramente, como para recordarme que me comporte.

—Te veo luego —me besa la frente junto a la puerta y luego nos mira alternativamente a Valery y a mí—. Divertíos.

Divertirnos es probablemente lo último que hagamos, pero le devuelvo una leve sonrisa.

Valery no pierde el tiempo una vez que Jost se ha marchado.

Se acerca rápidamente a la cama y levanta el vestido de seda del montón que he formado con él. Lo estira mientras se dirige hacia el armario y lo cuelga cuidadosamente en la puerta del mueble.

—Precioso —exclama, contemplando el vestido—. Deberías llevar el pelo suelto. Te lo ondularé un poco.

Abro la boca para preguntarle por qué hace esto, pero la cierro de nuevo. Es la Valery más amable con la que me he topado desde que la descubrimos aquí. Tal vez se sienta mal por lo sucedido con Deniel. No puedo reprocharle exactamente que se mostrara fría conmigo después del suicidio de Enora.

Pero sí puedo preguntarme qué estará tramando.

—Menos mal que he venido ahora. Aquí no disponen del tipo de utensilios que tenía en el coventri. Tardaré un poco —me explica.

La sigo hasta el cuarto de baño y me indica que me acerque al lavabo. No hay ninguna sofisticada silla para sentarme mientras me moja el pelo, así que me inclino de manera incómoda y ella me sujeta la cabeza bajo el agua corriente. Está helada y mi cuerpo se tensa.

—Lo siento —se disculpa distraídamente, y siento cómo el chorro se calienta poco a poco.

Un instante después, sus largos dedos recorren mi pelo, masajeándome champú por el cuero cabelludo. Durante un rato resulta agradable, pero luego sus manos empiezan a moverse con más ímpetu hasta que prácticamente me está clavando las uñas. Me estremezco y ella repite la disculpa. Valery deja que el agua arrastre el champú, y se me mete un poco en los ojos. Los cierro con fuerza pero noto el escozor del jabón. Valery me levanta la cabeza, me la envuelve con una gruesa toalla y me ofrece un pequeño trapo para que me limpie los ojos.

Cuando regresamos a la habitación, me siento junto al tocador y ella me retira la toalla de la cabeza. El agua gotea por mi espalda, humedeciendo la bata, que se pega a mi piel.

Noto un peine deslizándose por mi pelo y chorros de agua que corren por mis hombros mientras Valery me lo alisa.

—Deberías cortártelo —me dice—. Da menos trabajo.

—Me gusta largo —respondo. Mi madre tenía el pelo largo. Mi madre *tiene* el pelo largo, me corrijo, pero alejo el pensamiento de mi mente, luchando contra la impotencia que siento cada vez que la recuerdo. No quiero imaginarla deambulando por su celda en las profundidades de la mansión.

—Como desees.

—No tienes que hacer esto —le digo—. Me refiero a que puedo arreglarme yo sola.

—Estoy segura de ello, pero Kincaid espera de sus huéspedes cierto nivel estético.

—Sé maquillarme —exclamo.

—Está bien —Valery deja caer las manos y se aparta de mí—. Pensé que podríamos hablar.

Sus palabras me ablandan un poco, y me siento a la vez ingrata y confusa.

—Lo siento. No quería que te sintieras obligada. Ya no eres mi esteticista.

—Lo sé. Me gustaba maquillarte, Adelize —me dice—. No te lo estoy ofreciendo

por obligación.

—En ese caso, gracias —respondo.

Saca de su bolsillo unas tiras de tela largas y estrechas. Sus ojos se encuentran con los míos, tensa una de las tiras entre las manos, y por un instante me asusto de la extraña que veo reflejada en el espejo. ¿Quién es?

Pero entonces toma un mechón de mi pelo, lo enrolla con precisión alrededor de la tela, y hace un nudo al final.

—Como te dije, aquí no disponemos de los mismos útiles.

Trago con dificultad y asiento con la cabeza.

—¿Por eso aquí te maquillas de otra manera?

—A Kincaid le gusta la estética *geisha*. Es un antiguo estilo de la Tierra — responde en voz baja—. A menudo me maquillo para complacerle.

*Pero eso no es lo único que hace para mantenerle contento.* Aun así, hoy su rostro, aunque delineado y pintado, sigue la estética de una mujer de Arras. Me pregunto si estará tratando de enviar un mensaje a Kincaid después del espectáculo de anoche, recordándole de dónde procede ella.

Repito el proceso hasta que gran parte del pelo que enmarca mi rostro está enrollado sobre los pedazos de tela. Entonces se vuelve hacia mí y se inclina para cogerme la barbilla y observarme. Su aliento huele a canela.

Incluso aquí, después de todo lo que ha sucedido, Valery parece la esencia de la elegancia. Con su sedosa piel, todo en ella es suave. Sus dedos, sin embargo, se posan fríos sobre mi cara y me pellizcan mientras me gira la cabeza para examinarme.

—¿Cómo me ves? —murmuro con los labios casi cerrados.

—Bastante bien. Con un poco de maquillaje nadie verá los daños.

Frunzo el ceño. ¿Los daños?

—No hagas eso —me dice respecto a mi expresión escéptica—. Empeora tu aspecto.

Para ser sincera, he soportado demasiadas sesiones de maquillaje. No estoy lo que se dice deseosa de pasar por otra, pero si con ello consigo que Valery hable, merecerá la pena.

Alcanza la bolsa que ha traído consigo y saca una crema que me aplica en el rostro. Sus pinceles bailan sobre mis pómulos, se deslizan por mis párpados y delinean mis labios. Por un instante, cierro los ojos e imagino que estoy en mi habitación del coventri. Enora se reunirá conmigo para llevarme a las clases de formación o a una reunión o a un banquete cuidadosamente preparado. Todo esto habría sido un sueño —¿o una pesadilla?

No estoy segura.

—Abre los ojos —me ordena Valery. Obedezco y desliza bruscamente un cepillito con rímel por mis pestañas. Echo un vistazo a su reflejo. Está concentrada, de modo que parece la misma de antes, comprometida con su trabajo. Realmente lo disfrutaba. No ha mentido sobre eso. Se le ha resbalado la bata del hombro y entonces



lo veo: una gruesa cicatriz color púrpura sobre su piel aceitunada. Ascende hacia su cuello, aunque no lo alcanza. Una marca color lavanda. Cuando sus ojos descubren los míos fijos en el espejo, tira de la bata para cubrirse de nuevo.

—Pasemos al vestido —me sugiere.

Me pongo de pie y dejo caer la bata, que se arremolina a mi alrededor en el suelo.

—Deberías tener más cuidado —exclama Valery con tono protector.

Sigo su mirada y descubro un moratón en mi pantorrilla.

—Probablemente sea de cuando Deniel me atacó —le digo, encogiéndome de hombros y restándole importancia.

—Aquí hay un montón de cosas con las que puedes lastimarte —comenta Valery, aunque sus palabras insinúan una advertencia. Mete las manos por el vestido y espera.

Me he puesto suficientes vestidos como este para saber que debajo de ellos solo se puede llevar una cosa. Nada. Valery lo coloca sobre mi cabeza e introduzco las manos por los tirantes. El vestido se desliza con elegancia hasta quedar ajustado en su sitio.

—Precioso —dice ella.

—No hemos hablado mucho —comento.

Valery se queda quieta y el dolor recorre su rostro.

—Lo sé.

—No querías hacerlo —respondo con un ligero tono de reproche.

—No, no quería.

Quiero preguntarle la razón, pero ella se coloca a mi lado y empieza a desenrollar las tiras de tela de mi pelo, que cae en suaves rizos sobre mis hombros. La observo en el espejo. Vino porque quería hacer esto. Deseaba recuperar su antigua vida, aunque solo fuera por un instante. Me recoge un lado de la melena con una brillante peineta y se detiene para contemplar nuestro reflejo. Soy incapaz de sonreír, sin embargo Valery resplandece. Tenemos un aspecto elegante y cuidado. Parecemos fantasmas de Arras.

—Estás muy guapa —dice con orgullo. Entonces reposa su mano sobre mi hombro y me siento transportada a otro tiempo. A otro mundo. Mi mente dibuja a Enora en el lugar que habría ocupado en el coventri.

—¿La echas de menos? —susurro.

Valery aparta la mano y su expresión cambia. Retrocede, pero con la mirada todavía dirigida hacia mis ojos en el espejo.

—No quiero hablar de ella contigo.

—Entonces, ¿qué? ¿La has reemplazado? ¿Por Kincaid? —la desafío.

—No quiero que vuelvas a mencionar a Enora —exclama Valery—. Está muerta, y no tienes derecho a pensar siquiera en ella.

—Alguien tiene que hacerlo —la recrimino—. Ella trató de ayudarme. Sabía lo que iba a sucederle, y por eso me regaló el digiarchivo.

—¿Y a qué precio? —me pregunta Valery—. Ayudarte, conseguirte el digiarchivo. Enora confió en demasiada gente, y eso la destruyó.

Enora había manifestado su preocupación, y dejó al descubierto sus intenciones al entregarme aquel digiarchivo. ¿La delató a la Corporación la persona que la había ayudado a conseguirlo? Eso no importa, pues comprendo por qué lo hizo.

—Me condujo hasta la verdad incluso después de muerta, y a ti no te importa.

—Pensar en ello no nos la devolverá. Solo nos producirá dolor —me advierte Valery.

—Sueño con ella, con cómo la encontré. Jamás dejaré de pensar en Enora —respondo con voz firme. Puede que Valery quiera olvidarla, pero yo jamás lo haré.

—No te preocupes —dice Valery con tono brusco—. Después de un tiempo dejarás de soñar.

Sin embargo, los sueños son la menor de mis preocupaciones. Cuando se marcha, me obsesiona una única cosa: la cicatriz color lila que asciende por su hombro. La está ocultando, y sospecho que sé por qué.

Valery ha sido modificada.

## DIECISIETE

El telón se alza con un toque de trompeta. Aparecen tres hombres que señalan con el dedo y dan alaridos mientras un espectro se alza a lo lejos. La voz del fantasma retumba por todo el teatro. Yo me hundo en la acolchada butaca, impresionada por la escena. El corazón se me desboca cuando el espectro pide a gritos venganza contra su asesino.

—Ten —me dice Valery, dejando un folleto en mi regazo.

No quiero apartar los ojos del escenario, pero echo un vistazo a las páginas para complacerla. Ahora más que nunca, me gustaría reconciliarme con Valery. Es un programa que incluye fotografías de los actores que intervienen en la obra. «Antes» y «después» de la sesión fotográfica. Cada actor está maquillado como alguien distinto, y una nota explica la estrella de cine a la que representa. Los actores no solo interpretan los papeles de la obra de Shakespeare, sino que recrean el aspecto de actores del pasado. El surrealismo de la idea no me pasa desapercibido.

Contemplo las imágenes de la actriz mientras cambian el decorado. Está oscuro pero me sorprende la sutil transformación que le han realizado, permitiendo que se asemeje más a una estrella de cine clásico llamada Veronica Lake, según el programa. Su pelo es más largo y se ondula sobre su rostro. Tiene la nariz más respingona. Los labios más llenos. Las diferencias son notables —quizás demasiado para conseguir las con una brocha de maquillaje y un perfilador de ojos.

Al empezar la siguiente escena, aparece Kincaid sobre el escenario. Lleva una barba corta y un traje negro de duelo, pero la sonrisa que se atisba en su rostro desluce el sombrío instante. Cuando se repite la petición de justicia del fantasma y se descubre la realidad sobre su asesinato, siento un nudo en la garganta.

Uno de los actores se agarra el costado, donde un delgado hilillo carmesí fluye de sus costillas. Su interpretación es impresionante. Incluso desde donde yo estoy sentada, veo el dolor que reflejan sus ojos. Ofelia enloquece entre flores y lloro por ella, la muchacha encerrada y utilizada por Hamlet, Horacio y el rey. Lloro por el enfrentamiento entre Hamlet y su madre.

La edad de Kincaid es lo único que desentona. Se muestra demasiado autoritario. Demasiado seguro de sí mismo para representar a Hamlet. No comprende el dilema de su personaje.

Yo lo haría mejor.

Valery es la única que parece tan conmovida como yo por la representación, lo que me sorprende. Jost y Erik se enderezan al llegar la culminante escena final, y permanecemos quietos, a la espera de ver quién sobrevive. Nadie respira hasta que se ha pronunciado la última frase.

—Ha sido muy hermoso —murmuro.

—¿Estábamos viendo la misma obra? —me pregunta Valery con expresión vacía, pero antes de que pueda preguntarle que a qué se refiere, se excusa.

—Es tarde —dice Jost a mi lado—. ¿Tienes hambre? Ya se ha pasado la hora de la cena.

Voy a decirle que sí, pero niego con la cabeza.

—Me reuniré con vosotros cuando me haya aireado un poco.

Me sorprende que se vuelva hacia Erik y empiecen los dos a hablar de la obra. Mientras salgo, su conversación se vuelve más acalorada.

Valery merodea alrededor de la puerta de acceso al escenario, y atisba a través de ella. Tiene los hombros encorvados y el cuello estirado, y me invade una imperiosa necesidad de saber qué está haciendo. Me acerco sigilosamente a ella, pero el suelo de madera de roble cruje bajo mis pies y me delata.

Se vuelve hacia mí, con los dedos extendidos sobre la curva de su clavícula.

—¿Qué haces? —exclama.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondo, pero me manda callar.

—Estoy buscando a un amigo —dice con los ojos clavados en el suelo.

Está mintiendo, pero ¿por qué?

—Podrías entrar —le sugiero, y alargo la mano para abrir la puerta.

Valery se apresura a impedírmelo.

—Esto no es un juego, Adeline.

—Entonces deja de fingir que no tramamos nada. Deja de fingir que somos amigas, y dime quién eres y qué estás haciendo.

—Sobrevivo —responde, escupiéndome las palabras—. No gracias a ti, Adeline. Júzgame todo lo que quieras, pero tal vez deberías mirarte al espejo.

Sale corriendo antes de que pueda recuperarme de su hiriente comentario. Puede que tenga razón sobre mí, aunque eso no significa que no estuviera mintiendo. Franqueo la puerta en vez de dirigirme al aseo. Algo arrastró a Valery hasta aquí, y voy a descubrir qué fue.

Hay multitud de rincones donde esconderse, poleas que proyectan sombras y fragmentos del escenario. Aquí es donde la magia de la representación se transforma en decorados y vestuario. La historia se desdibuja en una ilusión monótona y coreografiada. Pero no son los árboles de madera ni los diversos telones que separan el mundo del escenario de los espectadores lo que me hiela la sangre. Una mujer se frota los moratones negruzcos y azulados que se le están formando en el cuello, y un actor vestido con uniforme de soldado gime sobre una mesa. Jax está ahí, atendiendo a los actores. Me descubre oculta entre las sombras y me regala una rápida sonrisa. Trato de devolverle el gesto, pero el espectáculo que tengo ante mí resulta más horroroso que cualquier cosa de las sucedidas en la obra.

La violencia resultaba realista porque era *real*.

—¿Qué pasa con mi cara? —pregunta la mujer que interpretaba a Ofelia—. ¿Podéis devolverme mi aspecto anterior?

—Supongo —responde Jax, examinando los moratones que le hizo Kincaid cuando casi la estranguló en la representación—. Si es que estás dispuesta a pasar

otra vez por las modificaciones.

La mujer se estremece ante la sugerencia.

—Creo... creo que sí. No me gusta tener el aspecto de otra persona.

—Se lo haré saber —Jax le da unos golpecitos en el brazo y le acerca una bolsa con hielo para los cardenales. Se vuelve hacia mí, pero cierra la boca nada más abrirla, retomando apresuradamente su tarea. Jax es el único traficante de sol que se ha mostrado amable con nosotros desde que llegamos. El resto mantiene las distancias, pero a él parecemos interesarle.

Enrollo el programa repleto de antiguas estrellas de cine. Estas personas son el homenaje de Kincaid al pasado —a *su* pasado—. Debe de ofrecerles algo sustancioso a los actores para que estén dispuestos a soportar tanto dolor. Modificar tu rostro por completo para parecerle a otra persona no tiene que ser nada sencillo.

Este es el aspecto positivo de los sastres que Kincaid quería mostrarme.

—¡Te pillé! —exclama la aguda voz de Kincaid, y me sobresalto—. Nos estabas espiando, ¿eh?

Pretendo justificarme, pero continúa hablando antes de que se me ocurra una buena excusa que explique por qué estoy aquí detrás.

—Ella ha estado bastante bien —me dice. Se frota la frente con un trapo y arrastra parte del elaborado maquillaje—. Me he dejado llevar un poco. No me gusta hacerles moratones, pero forma parte de la obra.

—Quiere recuperar su cara —le digo.

—Es una pena, pero los chicos lo solucionarán.

—¿Cómo lo hacen? —le pregunto. Trato de mantener la voz firme, con la esperanza de que no escuche el temblor que traiciona mis verdaderos sentimientos. Si hubiera una manera de revertir las modificaciones, podría salvar a mi madre y ayudar a Amie a recordar. Aunque tal vez resulte más sencillo cambiar un rostro que reparar el tipo de daño que inflige la Corporación.

Pero Kincaid continúa abstraído en su gran logro teatral y no parece escucharme.

—El mundo entero es un escenario, Adelize —divaga—. Y los hombres y mujeres simples actores. Tienen sus salidas y entradas; y a lo largo de su vida, una persona interpreta muchos papeles.

—No estoy interesada en reflexiones seudointelectuales —le digo—. ¿Pueden arreglarla?

Kincaid pone mala cara, pero responde con su tono tranquilo.

—Tendrán sus medidas originales en el archivo. Es una pena, teniendo en cuenta lo encantadora que está como Veronica, pero les prometí que podrían recuperar su aspecto original. Aunque si quiere continuar trabajando para mí, tendrá que acostumbrarse a unas cuantas modificaciones por el bien del espectáculo.

Fuerzo una ligera sonrisa, pero me sube bilis a la garganta. Soy incapaz de imaginar cómo será estar tan en deuda con Kincaid.

Mientras contemplamos la escena, los tramoyistas emergen de las sombras,

llevándose a los actores heridos. Me muerdo un labio para evitar que las acusaciones salgan atropelladamente de mi boca. Cuando me vuelvo hacia Kincaid, la ira nubla mi visión, realzando sus toscas hebras, igual que las de Deniel cuando me atacó. En el centro de Kincaid, brilla con luz tenue su hebra del tiempo. No se parece a la hebra dorada que vi extraer del joven sastre. Ha perdido el brillo por la edad, aunque tiene una delgada y radiante fibra insertada dentro. Parpadeo, tratando de apartar la imagen, insegura de lo que estoy viendo.

—Señor —dice Jax, apareciendo a nuestro lado—, hemos evaluado a los heridos y autorizado la salida de gran parte del elenco.

—Muy bien —responde Kincaid—. Hay un problema con el descenso de voltaje cerca del pabellón. Nadie consigue que las luces se atenúen de manera adecuada.

—Probablemente se trate de la resistencia variable. Le echaré un vistazo y comprobaré la red eléctrica de la mansión por si hay algún circuito defectuoso —dice Jax. Parece aturdido por las perspectivas.

—Por favor, date prisa. No debemos hacer esperar a los invitados —añade Kincaid en voz baja.

—¿Todos los traficantes de sol son sastres? —le pregunto cuando Jax se ha marchado.

—Solo algunos. El negocio solar acapara gran parte de mi mano de obra —responde—, pero Jax es uno de los pocos con talento para ambas tareas. Él y tu padre.

No se me ocurre nada que responder a eso. Sé tan poco de Dante.

—¿Tienes más preguntas? —dice Kincaid—. ¿Alguna duda sobre la representación? Espero que hayas disfrutado. Necesitábamos alguna alegría para olvidar aquella... experiencia desagradable.

Está claro que piensa que he venido a verle a él. Ni siquiera se le ha ocurrido que la obra no ha hecho sino aumentar mi preocupación por los sastres y los hombres que trabajan en su mansión. Tengo un montón de preguntas, pero no creo que Kincaid me las respondiera.

—No —le digo, sopesando mi respuesta. Y me cuesta toda la energía de la que dispongo añadir lo siguiente—: Quería felicitarte por tu actuación.

Kincaid sonrío abiertamente y me da unas palmaditas en el hombro.

—Ahora que tenemos un público tan numeroso, prepararemos más obras.

—¿Y qué me dices de buscar información? ¿De intentar encontrar el Whorl? —le pregunto. Es una pregunta que me ronda por la cabeza desde ayer. Deniel estuvo a punto de acabar conmigo, lo que significa que la Corporación sabe que estoy aquí—. ¿No deberíamos elaborar un plan para detener a Cormac?

Sacar este tema ahora es un movimiento estúpido, pero no puedo obviarlo durante más tiempo.

—Mis hombres están buscando —me asegura—. Cuando tengamos noticias del Whorl, te informaré y podremos seguir adelante. Pero mientras tanto, no existe razón alguna para que no nos divirtamos.

—¿Y una vez que lo encontremos? —le pregunto.

—Es la llave que necesitamos para librar a este mundo de Cormac.

—¿Y a Arras también? —sugiero.

Kincaid agita la mano.

—Por supuesto, en ocasiones lo olvido.

¿Qué es lo que olvida, que Arras existe o que prometió separar ambos mundos? Me siento incapaz de preguntárselo.

Kincaid me conduce hacia el camerino, parlotando sobre las distintas obras que representará para mi deleite, pero mientras lo hace, entreveo a un soldado tirado en el suelo, inmóvil. Espero que solo esté inconsciente.



La cena parece una fiesta. Nos acomodamos en pequeñas mesas en el jardín principal. Unas grandes lámparas solares suspendidas sobre nuestras cabezas brillan como pequeñas lunas azules contra la centelleante interfaz.

No había visto la interfaz desde que vinimos de la Heladera. El sistema de iluminación la enmascara, creando la ilusión de un cielo real gran parte del tiempo. Pero Jax ha logrado atenuar las luces hasta simular el crepúsculo, así que puedo apreciar la extraña y terrible belleza de la interfaz mientras sus toscas fibras se retuercen sobre nosotros.

Se brinda con champán y pasan bandejas plateadas con diminutos pedazos de queso, pero estoy absorta en mis pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —susurra Jost a mi lado.

Despliego mi mejor sonrisa falsa —la que perfeccioné durante mi época en el coventri—. Él no parece darse cuenta, así que mientras mi rostro brilla, mi corazón se estremece.

Kincaid está rodeado de hombres y varios actores. Ninguno presenta heridas ni vendajes a consecuencia de la representación. La mujer aún luce el rostro de Veronica, pero sonrío, suelta carcajadas y abraza a uno de sus compañeros. Si ellos no están tristes, ¿por qué debería estarlo yo? Kincaid los ha cuidado. Ninguno parece dolorido.

—Montaremos otra —promete Kincaid—. ¿*Tito* quizás?

Algunos hombres gritan su aprobación. La sonrisa de la actriz es lo único que flaquea. El lapsus revela su miedo, pero recupera la máscara antes de que nadie más se dé cuenta. Espero que se marche, que huya del escenario y de Kincaid, pero teniendo en cuenta lo bien que está interpretando su papel en estos momentos, dudo que lo haga. Está actuando de nuevo. Lo lleva en la sangre.

Valery no ha venido. Veo cómo Kincaid mira varias veces a su lado, pero ella no está ahí. Tal vez la obra la haya afligido tanto como para arriesgarse a disgustar a

Kincaid, o quizás sabía que él estaría tan absorto en su propio ego que su ausencia pasaría inadvertida.

—No estás comiendo nada —me dice Jost, arrastrándome hacia una mesa repleta de fuentes y platos.

—No tengo hambre —respondo. Rodeo su brazo con el mío y aprieto la cara contra su hombro.

—Deberías comer —insiste.

El estrépito de la fiesta se intensifica cuando un hombre se lanza a bailar. Agita los brazos y alarga las manos hacia la actriz. Ella gira con elegancia hacia él.

Miro a Kincaid. Pensaba que estaría dando saltitos atolondrados con ellos, pero está sumido en una intensa conversación con un guardia. Acaricia con los dedos su pequeña barba postiza. Da una orden que no puedo oír, y cuando regresa a la fiesta, nuestras miradas se encuentran. Él sonrío, pero sus ojos permanecen duros, sin sus habituales destellos. Indescifrables.

Después de todo, Kincaid sabe actuar.



## DIECIOCHO

Duermo tan profundamente que a la mañana siguiente no recuerdo nada de la noche anterior. Cuando repaso el tiempo transcurrido desde el ataque de Deniel, todo me parece un sueño, aunque no me sienta ni mucho menos segura. El sueño era la oscura y agradable huida de mi infancia, y las pesadillas son ahora algo inevitable en mi vigilia. Volverán a por mí una y otra vez, pero durante el sueño, me siento por fin libre.

Cuando era pequeña, permanecía despierta en la cama y escuchaba cómo mi padre echaba los cerrojos de las puertas. Lo único que necesitaba para dejarme arrastrar por el sueño era escuchar el chasquido de los pestillos y si lo oía, rara vez tenía pesadillas.

Una vez, poco después de que mis padres empezaran a entrenarme para ocultar mi don, soñé que estaba enredada en una telaraña, atrapada por unas hebras pegajosas que se enrollaban poco a poco alrededor de mis cortas piernas. Iban envolviendo mi cuerpo hasta que incluso mis ojos quedaron pegados por las pringosas fibras, y esperé a ser devorada.

Mi padre me despertó aquella noche, y seguí gritando incluso después de que él encendiera la lámpara que colgaba sobre mi cama. Solo cuando me acurruqué entre sus fuertes brazos me tranquilicé lo suficiente para relatarle el sueño entre sollozos ahogados.

—Estás a salvo —susurró sobre mi pelo.

—Pero no estabas aquí —gimoteé.

Podría haberme mentido —haberme dicho que nunca me dejaría sola—, pero en vez de eso se apartó de mí y tomó mi barbilla temblorosa con sus cálidas y ásperas manos.

—Cuando yo no esté, recuerda que tienes fuerza suficiente para liberarte tú misma.

—Pero no la tengo —protesté.

—La tendrás —aseveró mi padre, apartando los mechones de pelo cobrizo que habían quedado atrapados en mis lágrimas.

Me quedé dormida entre sus brazos y cuando desperté a la mañana siguiente, lo encontré durmiendo a mi lado, totalmente encorvado. Se había quedado conmigo toda la noche. Al echar la vista atrás, parece como si supiera que nuestro tiempo juntos estaba llegando a su fin, como si no quisiera que agotara mi fuerza antes de que llegara el momento en que más la necesitaría.

Ahora el sueño ha dejado de obsesionarme, como antaño. Siento que fuera un refugio, igual que cuando era una niña —quizás el último refugio que me queda.



Mi padre es la primera persona en la que pienso cuando despierto —mi verdadero padre—. El hombre que me crio y echaba los cerrojos de las puertas por la noche para mantenerme a salvo. Fue el único padre que conocí —alguien que me cuidó, proporcionándome comida, cobijo y seguridad—, pero ahora sé que Benn Lewys escondía algo. En el coventri, bloqueé los recuerdos de la noche de mi recogida, diluyéndolos en borrosas imágenes distorsionadas por el Valpron. Si no pensara en ello, sería como si jamás hubiera sucedido. El hecho de que jamás volveré a ver a mi padre podría desaparecer de mi mente junto con los demás instantes demasiado amargos para ser recordados.

Pero ahora, al saber que Dante es mi padre biológico y que Benn ocultó sus propios secretos dolorosos, deseo recordar. Y por primera vez desde mi recogida, dispongo de un conducto hacia mi pasado.

Encuentro a Dante amontonando grandes paneles de cristal y rollos de alambre en la parte trasera de un *spider*.

—¿Vas a algún sitio? —le pregunto, alegrándome de repente de haberme puesto unos gruesos vaqueros en vez de un vestido.

—Sí —responde Dante mientras empuja otro panel dentro de la zona de carga. En su voz se distingue la vacilación de una pregunta. Sabe que estoy tramando algo.

—Me gustaría ir contigo —le digo, enroscando en un dedo un mechón suelto de mi pelo—. Tal vez podría aprender el negocio familiar.

Dante cierra de golpe la puerta de la parte trasera y se limpia las manos sobre los vaqueros.

—El tráfico de sol no es exactamente el negocio familiar.

—Aun así, me gustaría ver cómo se hace —no estoy mintiendo del todo. Quiero comprender cómo funciona el tráfico de sol, pero sobre todo estoy ansiosa por pasar algo de tiempo con Dante lejos de la mansión.

—No sé. Había pensado ir solo...

—Ya no me siento segura aquí —susurro, confesando mis temores a mi padre como hubiera hecho de niña.

—Está bien —acepta Dante. Aparentemente es tan vulnerable a mis ruegos como lo fue mi otro padre—. Salgo en diez minutos. Reúnete conmigo aquí.

Me marcho a todo correr en busca de algunas provisiones —una botella de agua y una chaqueta por si hace frío en el *spider*—. Por desgracia, durante mi rápida carrera de abastecimiento me cruzo con Jost y Erik. No me apetece hacer de esto una fiesta, pero soy incapaz de negarme cuando me piden que les deje acompañarme. Jost y Erik podrán ayudar a Dante a recoger los paneles solares una vez que estén cargados. Dante no parece muy contento, pero cumple su promesa de dejarme ir con él.

—¿Y este trasto es seguro? —le pregunto con la mirada fija en el *spider*. Tiene el

mismo aspecto terrorífico de jaula que en el que viajamos hasta la mansión, pero además carece de techo.

—Claro que sí —responde Dante, manteniendo en equilibrio sobre un hombro un grueso panel de cristal—. Sube y deja de preocuparte. Creía que eras una rebelde.

—Pero aún no estoy en la etapa suicida de la rebeldía —mascullo.

—Lo que todo padre quiere oír —exclama. Aparta la mirada en cuanto las palabras escapan de su boca, pero nos envuelve una sensación incómoda. Aprecio su intento de relajar el ambiente entre nosotros, pero todavía soy incapaz de bromear sobre esto.

—¿Cuánto tenemos que alejarnos? —le pregunto cuando el motor adquiere vida con estruendo.

—Hasta que veamos el sol —responde Dante.

—¿Saldremos del territorio de Kincaid? —le pregunto.

—Sí —dice Dante sin apartar la mirada de la carretera que sale de la mansión.

El camino es tan abrupto como imaginé cuando vi el aspecto del *spider*, pero al aproximarnos a la frontera, donde Dante recogerá la energía solar para vender en la Heladera, una luz empieza a deslizarse poco a poco por el borde de la interfaz. Nosotros ya estuvimos más allá del límite —la noche que llegamos a la Tierra—, pero no permanecemos allí suficiente tiempo para estudiar la relación entre ambos mundos. Una vez que nos metimos bajo la interfaz para dirigirnos a la Heladera, no volvimos a ver la luz del sol, solo un amanecer artificial creado por las baterías solares de las farolas de la calle. Aquel día miré el cielo, y desde entonces no ha cambiado. En aquel instante, me entristeció pensar que había dejado atrás la luna y las estrellas sin haberme despedido de ellas. Pero en un rato veré un cielo azul salpicado de nubes algodonosas. Veré el sol.

Y cuando lo haga, nos habremos internado en el territorio de la Corporación.

—Pero esta frontera, ¿qué separa? —pregunta Erik mientras avanzamos hacia la brillante luz de la mañana. Hemos dejado atrás la interfaz. La cobertura de Arras no llega hasta este punto del rocoso y escarpado litoral.

—Es la interfaz entre la Tierra y Arras —grita Dante sobre el estruendo del motor. Es poco más de lo que ya sabíamos. Seguimos sin tener claro cuál es la relación entre la Tierra y Arras, aunque veamos cada día los efectos parasitarios de Arras—. Hay una explotación minera en los alrededores.

—¿Solo una? —pregunto.

Una mina activa. Cuando han agotado un yacimiento, se trasladan a otro. Calculamos que hay unas cien explotaciones activas en todo momento, pero existen miles de ellas abandonadas —nos explica Dante—. Arras siempre necesita más. Cada año crece un poco —dirige la mirada al cielo, que está directamente sobre nosotros.

Si Arras se encuentra ahí arriba, es imposible verlo, incluso en el límite de la interfaz. Dante aparca el *spider* en una zona con hierba y bajo de un salto, lanzo por los aires mis delgados zapatos planos y estiro los dedos sobre las frescas hojas. Me

hacen cosquillas en la piel y me traen recuerdos de mi casa, de la hierba tejida en el jardín en el que jugaba de niña, y tengo que contener la dolorosa nostalgia que me invade por completo. Me vuelvo y observo el paisaje que el sol va tocando. Hay algo de vegetación, aunque escasa y desperdigada. Alzo los ojos y miro fijamente el luminoso cielo, buscando alguna aeronave como la que vimos la primera vez que estuvimos aquí. Pero no diviso ninguna, y no tardan en aparecer puntitos rojos en mi retina. Bajo la mirada, la dirijo hacia el otro lado y contengo el aliento: sobre las cimas de unas lejanas cumbres se extiende una larga valla. Metálica. Resistente. Moderna. En el trayecto hasta aquí, Dante me advirtió que en los alrededores había una explotación minera de la Corporación, y ahí está la prueba. No quiero saber lo se extiende más allá de esa valla.

Jost y Dante están revisando el equipo, preparados para poner en marcha la operación mientras Erik y yo miramos. Se mueven con determinación al descargar los delgados paneles de la pequeña zona de carga del *spider*.

—¿Cómo funciona? —pregunto.

—Básicamente, estos paneles recogen la energía solar —responde Dante mientras monta un panel sobre una plataforma detrás del vehículo.

—¿Y eso? —señalo un cable que serpentea desde la plataforma hasta la parte trasera del *spider*.

Dante abre un poco más la puerta de la zona de carga y distingo un panel de control largo y plano.

—Esto monitoriza la entrada de energía solar y la temperatura del panel mediante un diodo de derivación. La recogida se realiza en ciclos para que los paneles no se sobrecalienten y se resquebrajen. También tenemos que conectarlos a un seguidor solar para asegurarnos de que la plataforma los dirija hacia el sol. Se tarda horas en recargar un panel por completo.

Así que estaremos aquí un rato —dice Erik, girando sobre sí mismo para contemplar el paisaje: el tejido primario que bloquea el sol, la valla de la Corporación, la escasa vegetación—. Arras se encuentra sobre eso...

Supongo que así es, si me baso en nuestra huida de Arras, cuando rasgué una abertura en el manto que ahora vemos sobre nuestras cabezas.

Erik retrocede unos pasos y continúa observando el paisaje que nos rodea. Luego se agacha y toca la tierra. Un instante después alza los ojos hacia el límite entre el sol y el tejido.

—Entonces, aquí es donde empieza —dice en voz baja.

Al principio no sé a qué se refiere, pero luego lo comprendo: todo lo que Loricel me contó y todo lo que he aprendido. Arras tiene un principio y un fin. Y me doy cuenta de que es así. Empieza y termina en cuatro puntos diferentes. Dante los llamó recursos, pero yo los conozco de otra manera: coventris. Cuatro coventris distintos.

—Resulta difícil de entender —susurro—. Pero debe de ser así.

Erik y yo empezamos a movernos de un lado para otro, buscando lo que sabemos

que está cerca. Ojalá supiera qué aspecto tiene.

—¡Allí! —Erik señala a lo lejos con el dedo.

—¡Vamos! —exclamo, acelerando el paso hasta que estoy corriendo. Si tenemos que esperar horas hasta que los paneles estén cargados al máximo, podríamos echar un vistazo por los alrededores.

—¡Eh, vosotros! —nos llama Dante a gritos, pero no le hacemos caso.

En el horizonte, demasiado lejos para verlo bien, se eleva algo sobre un túnel de viento. Saltan chispas de las hebras retorcidas y se distinguen enormes engranajes y tubos alrededor de un edificio. Mis ojos siguen el recorrido de los tubos en su serpenteo. Sé dónde conducen: a una zona minera de la Corporación. Una de las que Loricel debía visitar cada año. Las que yo habría tenido que supervisar como maestra de crewel. Retrocedo. Ir allí no nos traerá nada bueno. Incluso desde la distancia siento la frialdad del lugar por la falta de vida, el ambiente corrompido alrededor de la zona de extracción.

Pero me alejo de espaldas, mirando fijamente la extraña nube que se eleva más y más hacia el cielo hasta que tapa el sol, y las tenebrosas y brillantes hebras que se extienden más allá, cubriendo la Tierra. Está separado de la Tierra y de Arras, y a su alrededor las hebras lanzan destellos, entretejiéndose con la interfaz, como si la estuviera creando.

Hemos encontrado un coventri.

—Eso es... —la voz de Erik se diluye en una pregunta.

—Un coventri —insinúo. Se eleva como una torre, anclada a la superficie de la Tierra mediante tubos y engranajes. La interfaz nos impide ver el complejo en el que vivimos una vez. La torre se desvanece más allá del manto, como un castillo sobre las nubes. Pero sé que está ahí.

—¿Cómo es posible? —me pregunta Erik.

Me pongo de rodillas y deslizo un dedo por el suelo para dibujar un cuadrado.

—Imagínalo de este modo. Arras dispone de cuatro coventris, ¿verdad? —no espero su respuesta—. Cada uno se encuentra en un extremo del mar Infinito, o eso es lo que nos han contado.

—Pero ¿por qué está aquí? —pregunta él con los ojos fijos en el túnel de viento que rodea la torre.

—En realidad, no está aquí —respondo—. Se encuentra ahí arriba, pero ese túnel bombea los elementos de la Tierra hacia Arras. Las tejedoras los emplean en los telares. Nosotras los tejemos en Arras, pero necesitamos extraerlos de algún sitio.

—Entonces, cogéis eso —señala hacia las zigzagueantes hebras— y lo convertís en Arras.

—Sí —respondo—. Por eso tenemos que permanecer en los coventris. Para mantener Arras correctamente unido.

—Pero si eso es cierto —insiste Erik—, entonces los coventris no forman parte de Arras. Están ubicados entre la Tierra y Arras.

Sigo su mirada hasta tropezar con el serpenteante túnel. No vemos el complejo, pero sé que tiene razón. ¿No había sospechado siempre que todo en el coventri era falso? Desde las ventanas cuidadosamente programadas para crear un entorno perfecto, hasta las extrañas paredes del estudio de Loricel que ella había pasado a modo manual para controlarlas a su gusto. El jardín repleto de animales y plantas que jamás habrían podido coexistir. La constante necesidad de seguridad. Los coventris se encuentran entre la Tierra y Arras, y por eso no nos matamos cuando saltamos de Arras para venir aquí. En el coventri, estábamos lo bastante cerca de la superficie.

—¡Por eso tenían que transponernos! —exclamo, recordando la pequeña estación situada junto a los muros del complejo—. Por eso nos vigilaban tan de cerca. No querían que supiéramos dónde estábamos.

Dante y Jost se acercan a grandes zancadas en medio de mi explicación, con expresión de enfado y sin aliento.

—¿Es que queréis que os maten? ¿Sabéis lo cerca que estamos de las minas? —nos pregunta Dante.

—Lo sé —respondo.

Jost mira mi dibujo en el suelo, y le repito mi conversación con Erik mientras dirige los ojos hacia el cielo.

—Pero los oficiales de la Corporación deben de saber cómo funciona esto.

—Tal vez —dice Erik—. La Corporación se muestra muy celosa respecto a lo que comparte y lo que no, y hay bastantes ministros ocupados únicamente en mantener la cabeza sobre los...

—No les preocupa —termino por él.

Erik sonrío.

—Claro, encanto.

—¿Lo sabía Maela? —le pregunto, señalando el extraño lugar—. ¿Mencionó alguna vez algo sobre las minas?

—Ahí tenemos un ejemplo perfecto —responde—. No lo sé, pero lo dudo. Como sabes, a Maela no le importa nada que no le afecte a ella directamente. No le interesa lo que esté tejiendo ni por qué. Hace lo que le ordenan y aprovecha cualquier oportunidad para medrar.

—¿Entonces le da igual?

—La indiferencia es la enfermedad preferida en Arras —dice Erik, y su sonrisa refleja de todo menos diversión.

—No deberíamos quedarnos aquí —nos advierte Jost en voz baja—. Debe de haber guardias cerca.

—Jost tiene razón. Aunque no suele haber refugiados de Arras merodeando alrededor de los nudos —dice Dante.

—¿Los nudos? —pregunta Erik.

—Ya los sentirás —dice Dante—. Las zonas próximas a la mina están muertas. La Corporación ha extraído todos los recursos y ha dejado una irregularidad espacio-

temporal.

Loricel me contó que la Tierra estaba congelada en torno a las minas, y yo he sentido frío recorriendo mi piel al acercarnos a ella.

—Quiero ver la mina —exclama Erik, y antes de que podamos reaccionar, pone rumbo hacia los tubos.

—Yo también —decido.

Dante se queja pero empieza a caminar tras él.

—Sabía por qué queríais venir, pero esperaba que os acobardaseis.

—Somos demasiado jóvenes e imprudentes para acobardarnos —responde Erik a gritos.

—Va a conseguir que nos maten —gruñe Jost mientras seguimos a Erik.

—No, si lo consigo yo primero —bromeo, tratando de relajar el ambiente. Jost no se ríe, así que le cojo de la mano y le arrastro hacia su hermano.

Alcanzamos a Erik, pero nadie habla. Hay una sensación de propósito compartido en el silencio, y caminamos durante tanto tiempo que el sol se desplaza en el cielo. Primero se eleva y resplandece sobre nosotros y luego comienza a descender. Estamos a horas de distancia del *spider* y los paneles solares, pero no regresaré hasta que hayamos visto la mina. La zona que estamos recorriendo se encuentra apartada de la cadena montañosa, y cuando por fin alcanzamos la valla de acero, el sol está bajo. No muy lejos de la valla, diviso un pequeño arroyo. El agua fluye rápida y se muestra llena de vida en comparación con lo que hay bajo la interfaz, donde todo parece inerte, muerto o artificial.

—Voy a rellenar unas cuantas botellas —dice Dante—. El agua que corre cerca de las minas es pura, y la necesitaremos para la caminata de regreso. Quedaos aquí hasta que vuelva.

—Iré contigo —dice Jost—. Nadie debería quedarse solo.

Abro la boca para protestar, pero Jost levanta una mano.

—Por favor, Ad. Si hubiera guardias, tú llamarías más la atención —me susurra.

Estoy ansiosa por llegar al yacimiento minero y no me apetece perder tiempo rellenando botellas con agua, pero asiento con la cabeza.

—¿Te quedarás con ella hasta que regresemos? —le pregunta Jost a Erik.

La petición sorprende realmente a Erik, aunque también se muestra complacido.

—Pareces tan desubicado como ella —continúa Jost, como si no pudiera soportar pedirle un favor a su hermano.

—Claro —responde Erik, aunque ya no parece contento.

Dante y Jost se dirigen a grandes zancadas hacia el arroyo, y yo deambulo inquieta mientras sus siluetas se van empequeñeciendo en el horizonte.

—Prométeme que no me dejarás pegarle un mamporro —exclama Erik con los dientes apretados.

No puedo reprocharle que esté enfadado. Yo tampoco me siento muy feliz.

—Te lo prometo.

En cuanto se han alejado lo suficiente, me encamino hacia la valla.

Erik me agarra del brazo para detenerme, pero trato de arrastrarle conmigo.

—Volverán en unos minutos —me advierte.

—Dante querrá marcharse de aquí a toda prisa. Me gustaría echar un vistazo sin tenerle rondando alrededor —le digo—. ¿Vienes o te quedas a esperarlos?

Erik me sigue. Ahora que estamos tan cerca, me siento atraída por la cerca. No es lo que esperaba. Es de acero, robusta y ancha, pero no veo cámaras ni guardias. Tiene más aspecto de separación fronteriza que de medida de seguridad, así que resulta sencillo escalarla. En cuanto estoy sobre ella, diviso la mina. Erik se coloca un dedo sobre los labios. Como si tuviera que recordarme que permanezca callada. Y entonces lo veo.

Una linterna se mueve no muy lejos de un camión cercano. La sujeta un trabajador. Da la sensación de que estuviera escoltando a un grupo de personas. Siento demasiada curiosidad como para no avanzar unos pasos y observarlo todo más de cerca. El camión está aparcado cerca de un bosquecillo y probablemente no quede a la vista, pero entiendo que debemos tener precaución.

—Ad —me llama Erik en voz baja. Levanto una mano para asegurarle que sé lo que estoy haciendo.

El grupo continúa avanzando, se acerca a las perforadoras. Por un instante, dirijo mi atención hacia el yacimiento. Había visto fotografías de las perforadoras, pero jamás había estado cerca de ellas para saber lo enormes que son. Tienen un tamaño gigantesco, más grande incluso que el de la aeronave que vimos cuando llegamos a la Tierra. El trabajo de extracción se detiene por la noche, de modo que los engranajes no están taladrando el suelo. En vez de estar funcionando, aparecen abominables y peligrosas en un cavernoso agujero dentro del planeta. Parte de mí desea arrastrarse un poco más cerca para ver lo profundo que es el abismo, pero de repente un movimiento capta mi atención. El grupo se detiene al borde del yacimiento, y le veo.

Solo Cormac Patton podría visitar una zona de trabajo vestido con traje.

—¿Ese es...? —susurra Erik cuando llega a mi lado.

Asiento con la cabeza.

—Alguien debería explicarle cuál es el atuendo adecuado para trabajar.

Erik deja escapar una risilla y me tira del hombro. Está claro que quiere que me aleje de la línea de árboles. Pero no necesito que me proteja. Me aparto de él y avanzo un poco más. Imagino que retrocederá hasta la valla, pero me sigue.

—Como te vea... —me advierte Erik.

—No lo hará.

Y sé que será así —a menos que Cormac esté buscándome—. Es lo bastante paranoico como para estar siempre alerta, aunque resulta imposible que espere encontrarnos aquí, en pleno corazón de las actividades de la Corporación. Sería estúpido por nuestra parte acercarnos tanto a su centro de operaciones después de nuestra huida.



El grupo de la mina está demasiado alejado para escucharles, así que señalo un montón de rocas que hay más cerca de ellos. Erik niega con la cabeza, pero no le hago caso y avanzo de puntillas. Seguimos bastante próximos al bosquecillo, de modo que si alguien del grupo de la Corporación mirara hacia arriba, solo vería oscuridad y ramas.

Cormac y los demás hombres siguen fijos en el yacimiento minero, así que avanzo en silencio hacia las rocas. Me esfuerzo, pero apenas puedo descifrar su conversación.

—¿Cuánto queda para que el yacimiento se agote? —incluso en la distancia, la voz de Cormac me estremece de miedo. No creía que volvería a estar jamás tan cerca de él. Por un instante, considero echar a correr y empujarle dentro de la zona de extracción. No es un mal plan, excepto porque Cormac es solo un engranaje dentro de la maquinaria de la Corporación. Sus actividades se detendrían cierto tiempo, pero su muerte no bastaría para destruir el sistema por completo; aunque resultaría satisfactoria.

—¿Te das cuenta de que Jost va a matarte? —Erik otea a nuestro alrededor, atento a posibles contratiempos—. Si Dante no lo hace primero.

Le mando callar y devuelvo mi atención al grupo. El hueco que hay detrás de la roca es pequeño y Erik se aprieta contra mí para permanecer oculto. No estoy segura de haberle visto nunca tan nervioso.

Cormac está asintiendo con la cabeza.

—Entonces, tendremos que expandirnos hacia el interior. A menos que consideres que podemos seguir arriesgando la estabilidad de este lugar.

El hombre que está a su lado, para mi sorpresa vestido con vaqueros y una camisa lisa, responde:

—Creo que no. Si continuamos, nos arriesgamos a provocar un colapso temporal, pero expandirse no resultará sencillo. Los nativos de estas zonas están inquietos, y los hombres de Kincaid se muestran cada vez más codiciosos.

—Lo habrán aprendido de Kincaid —responde Cormac—. Sin duda les ha llenado la cabeza con el discurso de su gloriosa revolución contra la Corporación. Ojalá le conocieran como yo.

—En las últimas semanas, varios traficantes de sol se han enfrentado a los mineros.

Cormac desecha la advertencia con la mano, despreocupado.

—Enviaremos más remanentes.

—¿La traerás pronto? —le pregunta alguien.

—Tal vez. Si abrimos un nuevo yacimiento, Pryana tendrá que venir a visitarlo —pero su tono es evasivo.

Así que Pryana es la elegida para convertirse en la nueva maestra de crewel. Son malas noticias. Pryana es una tejedora con talento, pero no ha demostrado tener la prudencia necesaria para asumir el importante puesto de maestra de crewel, la mujer

que supervisa todo el diseño de Arras. Es totalmente inadecuada para la tarea.

Cormac despidió a casi todo el grupo, pero un hombre permanece a su lado.

—Señor, y si...

—Créeme, Hannon, lo estoy considerando. Creo que Pryana podrá manejarlo. Todavía no hemos tenido que ponerla realmente a prueba —responde Cormac a su acompañante.

*Hannon*: el hombre con el que Cormac tuvo aquella conversación que escuché por casualidad en Arras.

—¿Y si no es capaz? —pregunta Hannon.

—Nos encargaremos de eso cuando sepamos que es un problema —dice Cormac, ignorando la preocupación de Hannon.

—Hasta entonces, supongo que deberíamos continuar con la búsqueda de Adélice —añade Hannon.

—Sabemos que está con Kincaid —responde Cormac—. Pero llevo semanas sin recibir noticias del espía.

—Señor, no lleva mucho tiempo en la Tierra —le recuerda Hannon—. Dele tiempo. Le llegará información. Hasta que la encontremos, ¿deberíamos racionar los materiales básicos?

—Sí, tenemos reservas para varios meses. Quiero que la actividad en los yacimientos se reduzca al mínimo y que todos los recursos en la Tierra se centren en buscar a Adélice —le ordena Cormac.

—Señor, si estuviera muerta...

—No lo está —le interrumpe Cormac—. Y deja de llamarme señor. Maldita sea, Hannon, nos conocemos desde hace ciento setenta y cinco años.

—Sí, *señor* —Hannon añade una reverencia y un saludo militar para enfatizar sus palabras.

Cormac sonrío de manera afectada y agita la mano para indicarle que se marche.

—Ocúpate de la operación. Yo me encargaré de nuestra maestra de crewel desaparecida.

—Colaboraré con los adiestradores y buscaré información —le promete Hannon.

—Enviaremos imágenes y detalles para que puedan reconocerla, pero bajo ninguna circunstancia deben saber por qué estamos buscando a Adélice —le advierte Cormac.

—¿Y si estuviera en Arras? —le pregunta Hannon.

—No es lo bastante inteligente para entrar en Arras inadvertida —dice Cormac—. Pero estoy incrementando la seguridad y la vigilancia en torno a su hermana. Si Adélice está allí arriba, irá a buscar a Amie.

—Alguien me está espionando. A todos nosotros —susurro. Los latidos de mi corazón suenan tan fuertes que casi ahogan mis palabras. Vienen a por mí, y peor todavía, están vigilando a Amie.

—Eso no es ninguna sorpresa —responde Erik, tirándome del brazo.

Permanecemos agachados detrás de la roca hasta que Cormac y Hannonx inician el camino de regreso al campamento.

—¿Quién crees que es el espía? —le pregunto a Erik cuando ya no oigo a los hombres.

—Podría ser cualquiera —responde. Hace un gesto con la cabeza hacia el bosquecillo y le sigo. Mis pisadas son ligeras, pero me siento pesada. Pryana podría ser capaz de realizar las tareas que yo he tratado de proteger de la Corporación, aunque Cormac duda de su habilidad. Mi cabeza da vueltas sobre todo lo que hemos descubierto, ordenándolo y clasificándolo en los huecos correspondientes de mi memoria. Cormac ha confirmado incluso la disparidad en la línea temporal de Arras. Envió un espía hace semanas; ¿se refería a Deniel? Eso ha sucedido hace solo dos días.

En cuanto saltamos de nuevo la valla, Jost lanza su mano sobre Erik y le agarra de la camisa.

—Vaya estupidez —dice en voz baja, aunque con tono fiero y enojado.

—Ha sido culpa mía —exclamo—. Erik trató de detenerme.

Jost no se disculpa, pero suelta a su hermano.

—Vamos, Ad —dice Jost, apartándose de Erik.

—No me importa lo que piense Kincaid —dice Dante con los puños apretados a ambos lados del cuerpo—, pero como cualquiera de vosotros vuelva a salir corriendo, le pego un tiro.

—Lo tendré en cuenta. Lo siento —aunque no me arrepiento de lo que he hecho.

—Deberíamos regresar —las palabras de Jost suenan tranquilas, pero noto la tensión en su mandíbula. Y aunque sé que no calmará su enfado, les cuento lo que hemos escuchado en las minas y que hemos visto a Cormac. Jost permanece relativamente calmado, teniendo en cuenta que ese era justo el tipo de peligro del que quería alejarme.

—Bastante peligroso es que sepan que te has instalado con Kincaid, pero como descubran que has abandonado la mansión...

—No perderán la oportunidad de atraparme —termino la frase de Dante.

—Hay una antigua fábrica de munición camino arriba. Nuestros informantes aseguran que la utilizan para armar y liberar a los nuevos remanentes. Probablemente haya algún medio de transporte en ella —nos explica Dante, cambiando el peso de un pie a otro. Me doy cuenta de que no deja de mirar alrededor. No es propio de él mostrarse tan preocupado—. Si los espías han informado a la Corporación de que estás recolectando sol, tendremos que salir de aquí antes de que vengan a por ti, y el *spider* está a horas de distancia.

—¿No habrá remanentes en la fábrica? —le pregunto.

—Nos mantendremos juntos y echaremos primero un vistazo —responde Dante—. Me temo que no tenemos otra opción.

—No estoy seguro de que me guste ese plan —dice Jost.

—Cormac Patton está en la Tierra y está buscándoos... —empieza a decir Dante.

—Está buscando a Adeline —le corrige Erik—. Su cándida prometida.

—Oh, cierra el pico, Erik —exclamo con cara de sentir náuseas—. Estoy segura de que Macla también te echa de menos.

—Entonces, yo soy el único a salvo —dice Jost con un tono de voz que solo podría describirse como jocoso.

Nos volvemos todos y le miramos fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunta él, confuso.

—¿Eso ha sido un chiste? —le pregunta Erik lentamente.

—*Oh, cierra el pico, Erik* —contesta Jost, imitando mi gesto.

—Ahora os podríais callar los dos —respondo, dándoles la espalda y avanzando junto a Dante. Necesito pensar en lo que he escuchado, en cuál será nuestro próximo movimiento.

## DIECINUEVE

El exterior de la fábrica de munición está bien conservado, pero cuando entramos, nos reciben telarañas y óxido. A cada paso levantamos una nube de polvo que revolotea por el aire. El techo está acristalado, opaco tras años de abandono, y solo un leve resplandor atraviesa la mugre. Junto a una cinta transportadora abandonada hay una hilera de taburetes herrumbrosos y poco más, y las paredes conservan algunos murales descoloridos. Aminoro el paso para estudiarlos.

Un hombre uniformado con un rifle en la mano. Una mujer contemplándole con admiración. LA MUCHACHA QUE DEJÓ ATRÁS SIGUE ESTANDO CON ÉL.

Otro póster recomienda a los espectadores MANTENER EL PELIGRO ALEJADO. Una mujer sonrío con las manos repletas de balas. De repente, una sombra atraviesa el desmesurado retrato. Me vuelvo, pero no hay nadie detrás de mí.

—Hemos tenido suerte. Está vacía. Vamos a buscar el almacén —grita Dante, y echo a correr para alcanzarlos.

Mientras atravesamos la fábrica, alargo la mano para coger el brazo de la persona que camina a mi lado, pero no hay nadie. Ellos tres avanzan por delante de mí y aun así, habría jurado que había sentido a Jost justo a mi lado hace un instante.

—¿La Corporación ha dejado todo esto aquí? —pregunta Jost cuando nos acercamos a una hilera de motocicletas.

—Es donde equipan a las nuevas remesas de remanentes que llegan. Se despiertan aquí y los envían en manada a la Heladera con transporte y armas —nos explica Dante. Señala un montón de rifles que hay junto a la pared y lanza uno a Erik y otro a Jost.

—¿Cómo sabías que estaría vacía? —le pregunto al tiempo que rehúso coger un arma.

—No lo sabía.

Veo pasar algo a toda velocidad por el rabillo del ojo. Probablemente sea un animal salvaje, pero basta para ponerme la carne de gallina. No hay razón para discutir sobre los métodos de la Corporación, puesto que hemos encontrado lo que vinimos a buscar, así que agarro el manillar de una motocicleta.

—Vamos a sacarlas de aquí.

Mientras empujamos los vehículos fuera del edificio, mi temor se atenúa un poco hasta que Jost pregunta:

—¿Dónde está Dante?

No está con nosotros. Esperamos junto a la puerta, pero no viene, y de repente nos llega un olor acre. No pierdo más tiempo. El aire me escuece en los ojos cuando entro de nuevo en la fábrica. El hedor a azufre me provoca un hormigueo en las fosas nasales. Huele como a hoguera, pero ¿quién sería tan estúpido de encender fuego aquí dentro? Entonces, aparece poco a poco un cuerpo desde un rincón oscuro, pero no es

Dante.

Duda resuelta.

La fábrica no está vacía. Las sombras no eran juegos de mi imaginación. Distingo cómo Dante estampa un viejo taburete en la cabeza de un remanente. Grita algo que no entiendo, pero creo que se trata de una advertencia.

Un remanente se planta de un salto delante de nosotros y Erik no pierde un instante: le pega un disparo. No alcanza a nuestro presunto atacante, el remanente se escabulle, desapareciendo de nuevo en los oscuros recovecos de la fábrica.

—¿Es seguro disparar aquí dentro? —vocifero, pero nadie me contesta. El olor acre es sustituido por el humo, y veo las primeras llamas del incendio. Se extiende y devora las máquinas, que explotan y se resquebrajan con el calor. Tenemos que salir de aquí *rápido*.

Se está formando un infierno en el interior de la fábrica de munición, y no se me ocurre ningún lugar peor para quedarme atrapada. Estamos a unos pasos de la salida, pero alargo las manos en busca de las hebras y las agito, las pliego, las tejo para crear un muro protector detrás de nosotros. El miedo me ayuda a ver las erráticas hebras con más facilidad, pero su rebeldía me resta velocidad. Tengo que fijarme bien para distinguir las del tiempo de las de la materia. Cuando llegamos al exterior, el remanente al que Dante golpeó en la cabeza salta hacia mí y aterriza tan cerca que me asusto y calculo mal mis movimientos, así que tiro de la hebra equivocada. Se separa de las demás, rozando las llamas. Se desliza por el suelo, lanza chispas que avivan el abrasador fuego y la fábrica se derrumba, convirtiéndose en humo y escombros.

Del edificio en llamas ascienden negras columnas de humo, y en cuanto estamos a una distancia segura, caigo de rodillas y empiezo a toser para expulsar los gases que he inhalado. Podría haber sido peor. No parece que nadie esté herido y hemos conseguido lo que vinimos a buscar.

Estoy tratando de levantarme cuando Dante me agarra de la camisa y me empuja de nuevo al suelo.

—¿Quieres dejar alguna prueba más de que estás aquí?

—Ha sido un accidente —balbuceo, pero mi excusa suena débil incluso a mis oídos.

—¿Como aquella aeronave que arrancaste del cielo? Dices que quieres respuestas, que quieres ayudarnos a luchar contra la Corporación, pero lo único que veo es una niña estúpida empeñada en volar cosas por los aires —sus palabras escuecen.

—La próxima vez quizás deje que te maten —le grito, aunque ha acertado de lleno. Su acusación duele.

—Controla tu habilidad o no la utilices —exclama furioso, inclinándose hacia mí —. Pones todo en peligro porque no sabes lo que estás haciendo.

Cientos de pullas se amontonan en mi mente, pero antes de que pueda decidirme por la más dolorosa, vemos a un remanente cojeando entre los restos del edificio.

Erik se dirige hacia él, pero Jost le corta el paso.

—Déjale marchar —le ordena.

—Va a regresar y a contarle a los demás dónde estamos —exclama Erik.

—Y para entonces nos encontraremos muy lejos de aquí —replica Jost—. No estamos preparados para enfrentarnos a otra manada y estas motocicletas nos llevarán de vuelta al *spider*. La Corporación vendrá a investigar lo que ha sucedido, así que debemos marcharnos.

—Entonces, ¿vas a permitir que nos delate? Pues más vale que las motos tengan suficiente gasolina, porque en cuanto nos paremos nos cogerán —se mofa Erik.

—Cormac ya sabe que estamos en la Tierra —intervengo, tratando de calmar los ánimos.

—Pero no sabe que estamos *aquí* —me recuerda Erik.

—Vámonos —exclama Dante. Su voz aún denota su enfado conmigo, aunque ahora parece distante. Resuelto.

He perdido la noción de cuánto nos hemos alejado para llegar a la mina, aunque sé que el *spider* se encuentra a horas de camino. Con las motocicletas regresaremos deprisa, sin embargo podría ser demasiado tarde. La Corporación no tardará mucho en darse cuenta de que ha sucedido algo. Solo puedo esperar que imaginen que la explosión la han provocado los remanentes. No creo que no hayan tenido ningún problema hasta ahora para controlarlos, en especial si la Corporación los tiene encerrados en una fábrica.

Las únicas carreteras que hay entre este lugar y donde dejamos el equipo están deterioradas por el paso del tiempo. Probablemente no sea una prioridad mantenerlas en buenas condiciones, pero complica el control de la motocicleta. He estado a punto de derrapar fuera del camino en un par de ocasiones, pero he conseguido mantener la moto en pie. Menos mal, porque hemos perdido a Dante y a Erik; se han alejado tanto de nosotros que no se enterarían si tuviéramos un accidente. Cuando anochece por completo, hace frío, y aparte de oscuros montones de huesos, que espero sean de animales, no se ve mucho.

Estoy cogiéndole por fin el tranquillo a la moto, pero de repente empieza a chisporrotear. Jost acelera para alcanzar a los otros, y cuando regresan, estoy esperando junto al vehículo inmóvil.

—Se ha quedado sin gasolina —anuncia Dante. Nos redistribuimos y me monto con Jost.

—¿Cuánto nos queda para llegar? —pregunta Erik.

—No mucho, sobre todo ahora que podremos seguirnos el ritmo unos a otros —responde Dante, y noto calor en las mejillas.

Avanzamos a toda velocidad por carreteras resquebrajadas, sorteando enormes grietas y agujeros. Mi sospecha de que estaba retrasando a Jost era acertada. El recorrido me parece aterrador. Resulta más difícil confiar en la seguridad de la moto cuando no soy yo quien la controla. El pelo me golpea la cara, agitado por el viento

helado, y me aferro a la cintura de Jost. La velocidad me provoca una especie de parálisis mental y física, así que mantengo los ojos cerrados. La única parte de mi cuerpo que parece seguir en funcionamiento son los brazos, que le estrujan más fuerte a cada sacudida de la motocicleta. De repente, el zumbido del motor se desvanece, y me doy cuenta de que nos hemos parado. Abro cuidadosamente un ojo y miro por encima del hombro de Jost, sin estar segura de lo que esperar.

El *spider* se encuentra delante de mí, y no puedo creer lo feliz que me siento al verlo, teniendo en cuenta que detesto montar en él. Dante se apresura a recoger las baterías y los paneles. Noto cómo el remordimiento por nuestra pelea de gallos me oprime el pecho. Dante vino a trabajar, y yo lo he fastidiado todo.

—¿Has conseguido algo de energía solar? —le pregunto, tratando de entablar conversación.

—Suficiente —responde con un gruñido. Se carga un panel al hombro y se aleja de mí.

—¿Suficiente?

—Suficiente para que a Kincaid no le dé por preguntar dónde demonios hemos estado todo el día —dice Dante.

Me ignora mientras los chicos le ayudan a cargar la parte trasera del *spider*. Erik me lanza miradas preocupadas, pero nadie comenta nada más sobre lo sucedido en la fábrica de munición.

—¿Quieres sentarte delante? —me pregunta Dante cuando estamos listos para marcharnos. Me sorprende que sea una petición y no una orden.

Miro a Jost; él se inclina hacia mi oreja y susurra:

—Deberíais hablar.

Me acomodo en el asiento delantero y espero a que empiece el sermón, pero cuando Dante habla por fin, no escucho lo que había imaginado.

—Deberías saber por qué te permití venir conmigo...

—Porque sabías que quería ver la mina —sugiero, pero Dante niega con la cabeza.

—No te traje para que vieras la mina ni para que aprendieras sobre el negocio de la energía solar. Sino porque no quería dejarte en la mansión con Kincaid después de su jueguito —me explica Dante.

—Kincaid no se da cuenta de que me está asustando —digo con total sinceridad. Él pensó que acabando con Deniel y representando esa obra me ayudaría a sentirme más segura. A su manera, es tan retorcido como Cormac Patton.

—Sabe muy bien lo que está haciendo, Adeline. Kincaid tiene muchas caras, y harías bien en recordarlo —me advierte Dante—. Y discúlpame, Adeline. No debería haberte atacado de ese modo.

—No —le interrumpo—. Fue una estupidez por mi parte. Sin duda, no tengo ni idea de lo que hago.

Dante permanece callado y cambia el *spider* a una marcha más alta. Me lanza una



rápida mirada.

—Creo que deberíamos trabajar esa cuestión. Posees un magnífico talento, pero no te beneficiará en nada si no eres capaz de controlarlo.

Está actuando con moderación, pero aun así me siento pequeña mientras habla. Sus palabras son una reprimenda cuidadosamente disfrazada —una vez más, suena como mi padre—. Las suaves broncas de Benn Lewys me producían más terror que cualquier castigo que pudiera imponerme, normalmente porque yo sabía que él estaba en lo cierto. Aparentemente, Dante comparte esa cualidad con su hermano.

—Seguramente tengas razón —murmuro.

Dante abre la boca, pero vuelve a cerrarla. Lo estamos intentando los dos. Solo que no tenemos ni idea de cómo hacerlo. El resto del recorrido me concentro en pensar cómo atajar este problema, cómo aceptar lo que somos el uno para el otro, pero cuando franqueamos la puerta de la mansión, no estoy más cerca de una solución que antes.

## VEINTE

Cuando llegamos, la mansión está silenciosa, sumida en el sueño. Nos separamos después de murmurar un buenas noches, ansiosos por darnos un baño y meternos en la cama, aunque Jost coge mi mano mientras ascendemos las escaleras que suben a la casa. Me la sujeta cuando entramos, pero no me pregunta sobre lo que hemos hablado Dante y yo durante el trayecto de vuelta.

El eco de una voz iracunda rompe el silencio, y me quedo paralizada. Jost tira de mí, pero logro escuchar la discusión.

—No vuelvas a sacarla de la mansión —vocifera Kincaid—. Esperaba mejor criterio de ti.

—Ha sido una simple salida de recolección. Hemos colocado los paneles y disfrutado del sol. No ha sucedido nada —asegura Dante. Su mentira resulta fluida y creíble.

—Es una advertencia. Piensa en lo que le pasaría a tu preciosa niña si la cogieran. Aquí está bajo mi protección —la voz de Kincaid ha perdido el tono cantarín, y sus palabras suenan fieras y déspotas.

—Te lo agradezco —responde Dante.

—¿De verdad, Dante? —pregunta Kincaid—. Pues tienes una extraña manera de demostrarlo.

Sus voces se desvanecen, pero estoy segura de que Jost lo ha escuchado también: Dante ha mentido por mí. Soy incapaz de comprender lo que significa, como tampoco entiendo el tratamiento de silencio al que Jost me está sometiendo.

—Vamos —dice Jost—. Estoy cansado.

Pero antes de que nos dirijamos a nuestras habitaciones, Dante vuelve a hablar. Parece más tranquilo que antes con Kincaid, así que me aproximo rápidamente a su voz, que procede de la gran sala de reuniones. Me oculto tras la sombra de un piano olvidado.

—Ha sido un día largo, Jax —dice Dante. Le imagino deslizando las manos por su pelo mientras habla.

—¿Algún problema? —le pregunta Jax.

—Remanentes. Minas. Elige.

Dante le está contando a Jax lo que ha sucedido realmente, lo que significa que confía en él, al contrario que en Kincaid.

—¿Y cómo te has metido en ese lío? —añade Jax.

—Mi *hija* —enfatisa la última palabra, como si estuviera probándola para ver si le gusta.

—Debe de haber salido a ti —responde Jax, con tono claramente jocoso.

—No empecemos —le advierte Dante—. Ha estado a punto de conseguir que nos mataran a todos, e igualmente podría haber invitado a Cormac a nuestra excursión. Era absolutamente obvio que estábamos allí.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—¿Meterle un poco de sentido común en la cabeza? —dice Dante—. No lo sé. Es terca. Oh, no me mires así. Lo sé: *ha salido a mí*.

—Ha sufrido mucho —le dice Jax—. Su vida en Arras. Su madre. Incluso lo que ese parásito de Deniel trató de hacerle. Concédele el beneficio de la duda.

—Lo intento, pero no quiero ver cómo la matan —hay una pausa en la conversación, y me doy cuenta de que he dejado de respirar—. Apenas sé nada de ella.

—¿Te gustaría conocerla mejor? —le pregunta Jax.

—Sí —hay seguridad en sus palabras, y noto alivio.

—¿Lograste recoger algo de energía solar por encima del cupo? —le pregunta Jax, cambiando de tema.

—No. Lo siento. Sé lo importante que es para tu trabajo...

Jost tira de mí y me anima a dirigirme al ascensor. Esta noche estamos demasiado cansados para subir por las escaleras. Ya no me interesa la conversación de Dante, pero tengo mucho que reflexionar. Dante quiere conocerme. Y no estoy segura de lo que siento al respecto.

Cuando llegamos a la *suite*, Jost llena una palangana con agua caliente en su baño y me la trae. Ambos estamos muy sucios, cubiertos con polvo de la carretera y ceniza de la explosión en la fábrica. Sumerjo las manos en la palangana y me las froto para limpiarlas. Me daré un baño más tarde.

—Dante estaba enfadado —dice Jost por fin, y por su tono cortante, resulta evidente que él también lo está.

—Según Dante, soy incapaz de controlar mis habilidades —le explico.

—¿Estás segura de que es así? —me pregunta.

—Siempre lo estoy —bromeo, tratando de relajar el ambiente.

—Como si no lo supiera —responde él con seriedad. Ha regresado el Jost taciturno. Hasta los desastrosos acontecimientos de hoy parecía como si nuestra relación hubiera dado un giro, como si por fin estuviéramos avanzando. Pensé que Jost podría ser feliz de nuevo. Pero están apareciendo las sombras del Jost resentido, y de repente no me apetece discutir nada con él. De todos modos, él tampoco querrá hablar. Nunca quiere cuando está encerrado en sus pensamientos.

Así que, en vez de decir nada más, observo cómo se pone en pie y se dirige al lavabo. Y sigo observándole mientras se quita la sucia camisa.

¿Por qué no deseo acercarme a él? Hasta hace poco, viéndole así, estar a solas con él, habría bastado. Pero ahora siento como si yo fuera la única que lo deseara, y eso me bloquea.

Reprimo el dolor y acudo a su lado. Antes de que se vuelva hacia mí, le rodeo con los brazos y hundo la cara en su espalda. Huele al sudor de nuestras aventuras, y cuando aprieto los labios sobre su piel, el único sabor que percibo es el de la sal.

Cuando beso su hombro, siento cómo exhala y entonces, para mi sorpresa, en vez

de escapar de mi abrazo, envuelve mis muñecas con las manos y me arrastra hacia él.

Me recorre un escalofrío y le beso de nuevo. Mis brazos se relajan, seguidos por mi pecho, hasta que todo mi cuerpo responde al contacto. Me pongo de puntillas para besar su cuello. Luego su oreja. Tira de mí y me coloca frente a él, pero no me aparta. Sus brazos rodean mi cintura. Aunque no me besa, sino que hunde la cara en mi cuello, deslizando por él sus labios hasta que llegan a mi pelo.

Inhala profundamente y murmura:

—Hueles a humo y fuego.

Sonrío ligeramente y de algún modo sé que él también está sonriendo.

Pero no le dejo seguir hablando, y llevo mis labios a los suyos. Su pasión iguala a la mía, y nos besamos de un modo diferente. Su cuerpo reacciona, se aprieta contra mí, y tratamos de fundirnos el uno en el otro. Siento la desesperación de nuestro abrazo, aunque también hay deseo. Necesito su cercanía. Necesito algo de lo que nos hemos estado privando demasiado tiempo. Algo que podríamos perder en cualquier momento.

Entonces me empuja hacia atrás, y mientras retrocedo dando traspiés, aún besándole, me doy cuenta de que me lleva hacia su cama.

No necesito pensar. Solo tengo que dejarme llevar.

Me tumba con cuidado. La cama es demasiado pequeña, pero no me importa, porque Jost está sobre mí y me besa y le deseo. Y él me desea a mí.

*Va bien.*

*Va bien.*

*Va bien.*

Hundo la cara en su pecho mientras él regresa a mi cuello y alargo el brazo hacia sus pantalones.

Entonces, me sujeta la muñeca con la mano.

Y sin más, la necesidad —el deseo— se desvanece. Abandona la habitación, dejando a su estela únicamente aire seco.

—Ad —logra decir Jost entre jadeos—, no puedo.

—No quieres —le acuso. Es la misma reacción que tuvo en mi habitación antes de la representación. En aquel momento, huyó de mí. Lo ha estado haciendo desde que llegamos a la Tierra.

—No empieces otra vez —protesta mientras se levanta y coge una camisa de una cómoda cercana—. No quiero discutir.

—Teniendo en cuenta que te echas para atrás cada vez que llegamos a este punto, yo no lo consideraría una discusión —replico, colocándome bien la camisa.

Jost me da la espalda y se inclina sobre la cómoda, y soy incapaz de decidir si marcharme o no. ¿Es la señal para que me vaya? ¿Ha terminado de hablar? ¿O espera que me quede? Resulta complicado saberlo ya que últimamente no me dice nada. Pasados unos minutos, me levanto, sintiendo cómo el rubor asciende por mi cuello.

—No te vayas —me pide en voz baja.

Me detengo y espero.

—Esto no es fácil para mí —continúa.

—¿Y lo es para mí? ¿Crees que estoy contenta aquí? —me pregunto si seré capaz de volver a ser feliz, pero eso no se lo digo a Jost. Son demasiados cambios. Demasiada energía dedicada a planear el siguiente movimiento. No queda tiempo para la felicidad, y con lo que hemos descubierto, resulta cada vez más obvio que no existe ninguna posibilidad de conseguirla. Y si no podemos perdernos el uno en el otro, ¿qué nos queda?

—Podría ser feliz contigo en cualquier lugar si...

Ahí está: *si*. No estoy segura de lo que espero que diga. *Si estuvieras más contenta. Si no hubieras traído a Erik. Si no estuviéramos atrapados en medio de una guerra. Si. Si. Si.*

—¿No entiendes que no podemos acostarnos? —me pregunta por fin. Es la última dirección que esperaba que tomase esta conversación.

—¿De eso se trata? ¿De sexo? —mi voz se eleva en la última palabra.

—Ad, si hiciéramos el amor, no podríamos regresar.

Le miro fijamente un buen rato, esperando que me aclare a qué se refiere, porque para mí no tiene ningún sentido.

—Espera —digo lentamente, empezando a captar la esencia del problema—. ¿Es por los estándares de pureza?

—Por supuesto —responde—. Si hubiera sexo entre nosotros, podríamos volver a Arras para rescatar a las chicas, pero tu don es nuestra arma más poderosa. Sin ella, jamás salvaremos a Sebrina y Amie.

Resulta complicado decidir qué emoción predomina en mí ante esta afirmación: ¿ira, fastidio, alivio? Se mezclan todas y dejan un regusto amargo en mi boca.

—Sabes que los estándares de pureza son una invención, ¿no? —detesto lo paternalistas que suenan mis palabras, pero creí que Jost era algo más listo.

—¿Cómo lo sabes, Adelize?

—¿Hablas en serio? Porque Cormac me lo dijo, pero también porque la mitad de las tejedoras se acostaban con oficiales y criados —me muerdo la lengua para evitar mencionar a Erik como ejemplo evidente de este fenómeno.

—¿Estás dispuesta a poner en peligro a las chicas por una intuición?

Esto me empuja a hacerlo.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hermano? —exclamo, sin ocultar la indignada frustración de mi voz.

—Así que se tiraba a Maela. Eso no demuestra que tengas razón. Además, ella no tenía ningún talento.

—Bien, ¿y qué me dices de Enora? —le pregunto—. Estoy segura de que ella y Valery, ya sabes...

—¿Lo sabes tú? —contraataca Jost—. ¿Alguna de las dos te lo contó? ¿Se lo has preguntado a Valery?

Así que es eso. Vamos a discutir por algo que no podré demostrar de ninguna manera, a menos que me arriesgue a descubrir que estoy equivocada. *Perfecto*.

—Cormac no habría planeado casarse conmigo si el sexo fuera a destruir mis habilidades —alego, porque estoy segura de que gran parte de su atracción hacia mí residía en ese aspecto.

—Pero él sabía cómo cartografiarte. Podría haber ajustado tus habilidades después, o habérselas traspasado a otra persona y haberte dejado en casa...

*Descalza y embarazada*. Con solo pensar en ello siento náuseas.

—En esta cuestión, vas a tener que confiar en mí, Jost. Es mentira. Pregúntale a Erik —concluyo, cruzando los brazos sobre el pecho—. O mejor no. Sonaría raro.

—Ven aquí —me dice, esta vez sin hostilidad en la voz. Hundo la cabeza en su pecho y me asombro de lo suave que está su camisa y cómo, incluso a un mundo de distancia, sigue oliendo igual que en Arras. El aroma me provoca un ligero dolor en el pecho, pero no estoy segura de si se trata de nostalgia o tristeza.

—Ad, no tendremos que esperar mucho más, y entonces... —la voz de Jost se va apagando, y casi siento la vacilación en el aire.

—¿Y entonces? —seguramente, no me rechazará.

—Entonces, podremos ser una familia —responde, y de repente lo comprendo.

Si el sexo es el tema que Jost está esquivando, el de la familia es el que yo trato de eludir. Quiero recuperar a Amie y Sebrina, pero no creo estar preparada para formar una familia. Regresar en busca de las chicas no es donde acaba todo, eso solo me enfrentará a más peligros que nunca. Peligros en los que no deseo implicarlas a ellas.

—¿Y si no podemos ser una familia? —susurro.

Jost entrecierra los ojos y distingo el reproche en su mirada.

—Porque no la quieres.

Me gustaría negar sus palabras. Me gustaría explicarle que existen peligros y que necesito proteger a Amie y Sebrina, pero no puedo. Así que no digo nada en absoluto, lo que probablemente sea peor.

—No te he pedido que seas su madre, Ad —dice Jost en voz baja, aunque su tono no es en absoluto suave. Va cargado de desaprobación. ¿Por qué me contaste que estaba viva?

¿Cómo puedes decirme eso?

Sinceramente, porque es lo que me estoy preguntando —responde—. ¿Y qué estás haciendo aquí?

Me, me, me preocupas —tartamudeo, conmocionada por lo que me duelen sus palabras—. Somos el uno para el otro.

—Tal vez fuera así en Arras, pero ¿qué sucederá cuando las recuperemos? —insiste—. No puedo abandonar a mi hija. Pensé que lo entendías. ¿Y qué pasa con tu hermana?

—Eso es distinto —admito.

—Porque no se interpondrá entre nosotros —insinúa con acierto.

—No, no es eso. No puedo hacer de madre. Amie no me necesitará de ese modo —y *las dos estarán más seguras sin mí*, añadido en silencio.

—Yo no te he pedido que lo hagas —repite.

—No, tal vez no, pero, Jost, tú actuarás como su padre...

—Ad, siempre lo he sido —dice con voz cansada—. Eso jamás ha cambiado.

*Pero no lo parecías*, me gustaría decirle. Tiene razón. Siempre he optado por ignorar la extraña sensación que me provocaba su pasado, en especial cuando se trataba de su hija. Y he negado lo que cambiarán las cosas una vez que ella regrese. No seré capaz de protegerla ni cuidarla. Incluso mi relación con Jost supondría un riesgo para ella.

—No puedo perder el tiempo esperando a que estés preparada. No me pasará lo mismo que a Dante y a ti. No quiero ser un extraño para Sebrina. Así que, tal vez deberíamos concentrarnos en nuestro plan por el momento —sugiere.

Mis ojos se encuentran con los suyos y comprendo perfectamente lo que quiere decir; entonces, algo se retuerce y se quiebra en mi pecho, dejando un dolor hueco tras de sí. Pero necesito escucharlo de su boca. Necesito que lo confiese.

—¿En vez de qué? —pregunto en voz baja.

—En vez de preocuparnos por nosotros.

Tengo que contener el intenso dolor que presiona mi garganta para mantener la voz firme, pero logro preguntarle:

—¿Te refieres a que ya resolveremos el problema de *nuestra relación* más adelante o a que nos lo quitaremos de encima?

—A que nos lo quitaremos de encima —dice él con voz firme.

¿Por qué he querido escucharlo? ¿Para no tener que analizar minuciosamente a qué se refería con «preocuparnos por nosotros»? Porque esta no era la respuesta que esperaba, aunque sabía que era la que se avecinaba.

Me gustaría desplomarme en el suelo. Parte de mí desea gimotear y suplicar, haciéndome sentir que estoy traicionando a quien creía ser. Mientras el dolor se extiende por mi garganta, asiento con la cabeza, sin derramar una sola lágrima, y le doy la espalda. Tengo la sensación de que la puerta se encontrara a kilómetros de distancia y a cada paso que doy estoy a punto de perder la determinación, pero Jost no dice nada para detenerme y eso me ayuda.

Las lágrimas abrasan mis mejillas cuando escucho el chasquido del pestillo a mi espalda.

## VEINTIUNO

En la habitación flota aroma a jazmín mientras del grifo de la bañera con patas va cayendo agua. Cuando me meto en ella, me sorprende su temperatura. Está templada, pero no es el baño caliente que esperaba. Me sumerjo y noto carne de gallina por todo el cuerpo. Respiro hondo y me hundo bajo la superficie. Mi pelo se arremolina a mi alrededor y tras unos segundos de ingravidez, abro los ojos. El mundo flota frente a ellos y el agua los abrasa, pero no los cierro. Permanezco así hasta que siento que van a estallarme los pulmones de tanto aguantar la respiración.

Cuando salgo de la bañera, me siento renacida, aunque sigo teniendo la cara demasiado pálida y el tinte color escarlata del pelo se ha desvanecido y ha dejado paso a mi tono cobrizo natural. Me pongo la misma bata, a pesar de encontrar un rasgón en la manga. El espejo me miente al devolverme un reflejo inalterado, cuando he cambiado por completo.



A la mañana siguiente permanezco en la habitación. Me quedo en bata, con la manga rota y todo. Está limpia y además, es cómoda. Alguien me trae comida, pero se queda fría en la bandeja en la que llegó. Hay un carrito con dulces y manjares varios, aunque ninguno me resulta apetecible. También tengo vino, pero no quiero beber. Cuando Enora murió, traté de ahogar mis penas en una botella, pero esto quiero sentirlo. Quiero que me desgarre para que cuando mi corazón sane, le quede una cicatriz —y sea más difícil de romper y menos sensible al dolor.

Lo cierto es que no siento nada. Ni tristeza ni ira. La falta de sensaciones me aturde. Lo único que parece real en estos momentos es que era inevitable.

¿Cómo pueden casarse las chicas de mi edad en Arras? ¿Se pelean con sus maridos? No recuerdo que mis padres se pelearan. Pero el matrimonio no es lo mismo que estar enamorados. Es algo permanente —oficial y vinculante—. A un esposo no podría haberle dejado como a Jost anoche. Él no tiene ningún derecho sobre mí, ni yo sobre él.

Sigo en bata cuando alguien golpea con fuerza la puerta. Abro esperando encontrar a Jost.

Dante observa mi aspecto desaliñado y mi rostro abatido, pero no hace ningún comentario. Está demasiado tenso. Agitado, tal vez. Se parece a Benn hasta en la arruga que se le forma entre las pobladas cejas.

No. *Inquieto.*

—Ven —me dice, sacándome al pasillo.

Me cierro la bata.

—No estoy vestida.



—No hay tiempo —responde al tiempo que me arrastra.

Libero mi brazo de un tirón.

—Está bien.

Me ajusto la bata tan recatadamente como puedo mientras trato de seguir su paso. Me sorprende que atravesemos corriendo el gran vestíbulo de mármol y salgamos por la puerta principal. Bajamos la escalera lateral tan deprisa que tengo que aferrarme a la larga barandilla labrada para evitar caerme en los escalones de ladrillo. Dante me conduce por el camino de acceso hasta la carretera exterior, donde esperan aparcados varios *spiders* pertrechados con armas. Tienen un grueso techo metálico, pero al fijarme mejor, veo que hay un hueco en la parte superior. Un traficante de sol emerge por uno de ellos y me doy cuenta de lo que son: vehículos de reconocimiento. Hay docenas de hombres cargando cajas y armas.

—¿Qué sucede? —pregunto, asustada de repente. Ayer estuvimos en territorio de la Corporación; ¿nos han rastreado hasta aquí? ¿Viene Cormac a por mí?

Detrás de Dante aparece Kincaid. Va vestido con un grueso chaleco negro, parecido a los que llevaban los guardias del coventri. Sé que ellos los utilizaban como medida de protección, pero Kincaid no parece el tipo de persona que tome riesgos. A menos que algo importante le empuje a ello.

Kincaid se desliza hasta mí y observa a los hombres. Sus ojos brillan bajo el falso sol del sistema de iluminación artificial.

—Nos vamos de misión —anuncia con su habitual júbilo en la voz. A nuestro alrededor, los hombres prueban rifles y se ponen chalecos, pero da la sensación de que Kincaid se marchara de acampada.

—¿Cómo? —esta vez dirijo mi pregunta a Dante, insegura de que Kincaid vaya a contarme la verdad. Un traficante de sol pasa a toda velocidad junto a nosotros y me golpea ligeramente, empujándome hacia Kincaid.

Él me sujeta con las manos enguantadas, pero me suelta tan pronto como he recuperado el equilibrio. Sus ojos se vuelven rápidamente hacia el causante de la ofensa, y me pregunto qué castigo le esperará.

—Hemos recibido noticias sobre el Whorl —dice Dante—. Uno de nuestros exploradores encontró información en el territorio del interior.

—¿El territorio del interior?

—El corazón del antiguo Estados Unidos. Está en la zona muerta que hay bajo la interfaz.

—Pensé que esa parte estaba en su mayoría abandonada —replico.

—Lo está. Aunque quedan algunos reductos remotos —me explica Dante—. Los informantes de Kincaid han sugerido que el Whorl podría estar escondido en uno de ellos. Van a echar un vistazo.

—Yo también quiero ir —exclamo.

—Imposible —responde Kincaid, todavía concentrado en la frenética actividad que nos rodea—. Quiero que permanezcas a salvo en la mansión.

—No es buena idea —me dice Dante—. Son varios días de viaje en compañía de hombres rudos. Yo me quedaré contigo...

—No soy una niña —protesto, sintiéndome un poco enfurruñada a pesar de mi afirmación. Y en cuanto estas palabras escapan de mis labios, diviso a Jost cargando una bolsa en uno de los *spiders*—. ¿Él va?

No sé cómo consigo articular la pregunta porque siento la misma parálisis que anoche en el pecho.

—Sí, él fue el primero en ofrecerse voluntario. Es muy decidido —dice Dante—. Están a punto de marcharse y no quería que perdieras la oportunidad de despedirte. Sé que quieres marcharte con él, pero...

Alzo la mano para interrumpirle.

—Tú ganas. Me quedo. Adiós.

—Sabía que entrarías en razón. Por eso estoy seguro de que no te importará permanecer en la mansión durante nuestra ausencia. No debes salir bajo ninguna circunstancia. He informado al personal de seguridad —me explica Kincaid.

—¿Qué? —pregunto con voz entrecortada. Aprieto los labios para contener las lágrimas que me suben a la garganta. No permitiré que me vean llorar. La Corporación sabe que estamos aquí, y las respuestas que estoy buscando no se encuentran en la mansión. Supuestamente, Kincaid me está protegiendo, pero me siento atrapada, como carnada colgando de un anzuelo.

—Es por tu propio bien —asegura Kincaid—. No soportaría verte caer en las manos equivocadas. Dante también se queda. Eso os permitirá conoceros mejor.

La expectativa de intimar con un hombre que no oculta su descontento conmigo me sirve de poco consuelo.

—Valery viajará conmigo, pero Jax permanecerá aquí. Podrá encargarse del mantenimiento de red eléctrica en caso de emergencia —le dice Kincaid a Dante.

Mientras están distraídos, salgo corriendo. Dante me llama a gritos pero la conversación le reclama de nuevo antes de que pueda detenerme. No me quedo a contemplar los preparativos. Me recojo el bajo de la bata para no pisármelo y huyo hacia mi habitación.

Las sensaciones se abren paso a través del agradable entumecimiento —un horrible desgarró que destroza mi pecho—. Pero antes de que pueda cerrar la puerta para descubrir cómo me siento, una mano la abre de golpe y Jost se cuelga dentro. Sus ojos se muestran inexpresivos y fríos, pero se dulcifican cuando nos miramos fijamente. Me alegra que no seamos inmunes a la presencia del otro.

—Me marcho —dice con tono cortante. Formal.

—Eso he oído... y visto... —hablo a balbuceos y siento tanta vergüenza que desearía que me tragara la tierra. ¿Dónde está ahora la chica que permanecía sentada en su habitación sin llorar, sin sentir nada? ¿Por qué me ha abandonado en este preciso momento?

—Tienen información sobre el Whorl. Si lo encuentran, quiero saberlo —me

explica.

—¿Para qué? No te servirá de nada —le recuerdo.

—Podríamos tomar el control de Arras, y si lo conseguimos, no dependeré de nadie para encontrar a Sebrina. ¡Por cada segundo que desperdiciamos aquí, pierdo minutos a su lado! No confío en que ninguno de ellos vaya a preocuparse de eso —continúa—. No espero que lo comprendas.

—Lo comprendo —las palabras salen como una explosión de mi boca.

—Eso pensaba, pero no puedo esperar que te preocupes por Sebrina del mismo modo que por Amie o por tus motivaciones secretas. Si quieres involucrarte en su guerra, adelante. Yo voy a buscar a mi hija.

Jost ha dibujado una línea en la habitación, con la voz teñida por la aspereza de nuestra discusión de anoche. Una línea que no estoy invitada a traspasar.

—Marcharte no cambiará nada —le digo.

—Lo sé —responde Jost con frialdad—. No es lo que pretendo.

Está bien, eso ha dolido.

—Que quede claro que yo también quiero que rescates a Sebrina —replico.

—Lo sé, Ad —responde Jost—, pero no estás dispuesta a luchar para ayudarme.

Eso también duele.

—Nunca he dejado de luchar —le aseguro.

—Da igual —me dice—. Ella no es responsabilidad tuya.

—Tarde o temprano, tendrás que dejar que alguien entre en tu vida, Jost Bell —exclamo.

—¿Por qué? —pregunta.

Vacilo un instante.

—Nunca quise que fuera así... —empieza a decir.

—Deberías irte —le interrumpo—. Supongo que esto es un adiós.

Jost alarga la mano, me coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, y me hago añicos, regresando pedazo a pedazo a la cúpula en la que nos ocultábamos en Arras. A los besos robados. Los recuerdos se entremezclan, formando algo negro y viscoso, y las palabras que debería decir mueren en mis labios.

—No te estoy diciendo adiós —Jost se marcha, dejando mi mundo dando vueltas.

## VEINTIDÓS

Miro hacia la puerta con los ojos perdidos. La única luz que entra procede de las cortinas abiertas, y todo a mi alrededor aparece borroso y descolorido. Como si fuera falso, aunque sea real. Este es mi mundo, mi realidad, y no me gusta en absoluto.

Sigo sentada cuando Erik empuja la puerta y se asoma a mi habitación.

—Eh, hola.

Soy incapaz de responder.

—Ya me he enterado —dice Erik con sus profundos ojos azules llenos de preocupación—, de lo de Jost.

—Estoy tan cansada de esto —respondo con los dientes apretados—. Tan cansada de luchar con él.

—Pero se ha marchado.

Trago saliva, tratando de asimilar la amarga realidad de sus palabras.

—Sí. Así es.

—Lo que significa que ya no tendrás que seguir luchando —Erik se acerca a mí, merodea alrededor del tocador y espera a que yo diga algo.

Alzo los ojos hacia él. Su expresión es dura, pero hay algo más debajo. Conflicto.

—Erik... —comienzo.

—No digas nada —me interrumpe, colocando un dedo sobre mis labios. Cierro los ojos y se me escapa una lágrima que rueda fría sobre mi piel ardiente—. Estás llorando —exclama, y retira las manos de mi cara.

—No... no es culpa tuya —le aseguro, porque es cierto.

No se trata de él. Sé lo que siente. Y parte de mí desea caer en sus brazos y olvidar. Olvidar a Jost. Olvidar todo lo que ha sucedido desde que abandonamos Arras. Pero Erik merece más de lo que yo puedo ofrecerle. Más de lo que soy capaz de entregar a nadie.

—¡Por una vez déjate llevar por los sentimientos, Ad! —grita Erik, perdiendo su actitud sosegada—. No puedes apartarlo todo y hacer que desaparezca.

—Me siento sola —murmuro.

No lo estás —Erik me contempla y niega con la cabeza—. Me tienes a mí.

—Tú mereces algo mejor —respondo y me pongo en pie para que no me mire desde arriba, como si estuviera contemplando mi alma.

—Eres lo más parecido a una amiga que he tenido en mucho tiempo —recorre con un dedo el desgarrón de mi manga, pero aparto el brazo—. Así que no vas a librarte de mí, porque seguiré confiando en ti.

—Me siento como una causa perdida. Estoy cansada de correr y pelear, Erik. Ya no sé lo que estoy haciendo. Ni siquiera me han llevado a la misión porque soy completamente inútil. Supongo que estoy lista para abandonar —admito.

—Eso no es propio de ti —dice Erik—. Adelize Lewys hace jirones el mundo. Ataca a remanentes. Es un poco desesperante, pero sabe cómo defenderse.

—¿Realmente sabes algo de mí, Erik? —le pregunto, y noto que las palabras me saben amargas. Se forman en mi garganta y salen con una furia que me lleva a mirar mi reflejo gritando en el espejo del tocador—. ¿Sabes algo de él, de cualquier cosa? Ni siquiera tengo claro por qué estoy haciendo esto. ¡Ya no sé quién soy!

Arremeto contra la imagen que tengo frente a mí, lanzándole cepillos y cosméticos desde el otro lado de la habitación. Repiquetean al caer al suelo, los frascos se hacen añicos. El destrozo me calma lo suficiente para romper el hechizo del espejo.

Erik deja caer los hombros, pero aprieta los puños.

—Claro que sí.

Le miro fijamente mientras se agacha a recoger los cristales desperdigados por el suelo, preguntándome cómo puede estar tan seguro. De mí. De lo que estamos haciendo aquí. ¿Dónde está el muchacho enfadado por haber acabado en la Tierra? ¿Cómo ha crecido tanto?

—Mira, Ad —me dice, arrodillándose junto a mí—. Tú eres extraordinaria.

—No quiero ser extraordinaria —respondo en voz baja, sin mirarle a los ojos.

—No me refiero a tus habilidades. No eres extraordinaria porque puedas tejer, sino porque tienes buen corazón. Mucho más que yo. O Jost. O prácticamente todas las personas que he conocido —dice él.

—Una persona con buen corazón que deja morir a su padre, que permite que su madre esté encerrada en una celda. ¿Sabes por qué se ha marchado Jost?, porque piensa que no quiero encargarme de Sebrina.

—¿Encargarte de Sebrina?

—Ser su madre o algo así.

—Eso es mucho pedir —dice Erik.

—Pero si le amara, ¿no le habría dicho que lo haría, no habría luchado por ello? —le pregunto.

Quiero que me conteste, porque es la pregunta que me está oprimiendo el pecho, aplastándome los pulmones. Una respuesta me serviría de oxígeno.

—¿Quieres decir que no eres capaz de imaginar cómo reaccionarás ante alguien que no conoces en una situación a la que nunca te has enfrentado?

Sé lo que Erik pretende, pero no le sirve de nada.

—Ad, Jost está asustado —continúa—. No solo de no poder recuperar a Sebrina, sino de perderte a ti.

—¿De perderme a mí? —repito.

—Ahora mismo te estás enfrentando a un peligro mayor del que Rozenn jamás corrió. Hay gente persiguiéndote. Gente que quiere asesinarte o utilizarte. Y él lo sabe.

—Entonces, ¿me está protegiendo? —no me lo trago. El dolor que reflejaban los ojos de Jost no era de pérdida, sino de sentirse traicionado. Lo sé. Le he traicionado, pero lo peor es que no estoy segura de cómo.

—Se está protegiendo a sí mismo.

—Ni siquiera tengo claro que nos hayamos amado alguna vez. Quiero decir, no como mis padres —añado.

—No es así de sencillo —replica él—. Tus padres se amaban, pero tu madre también quería a Dante.

—Lo sé. Eso lo hace más difícil aún de comprender. Sé que ella quería a Benn, mi padre, pero ¿por qué nunca mencionó a Dante?

—Quería protegerte, pero también protegerse a sí misma, igual que Jost. Algunas cosas resultan demasiado dolorosas para soportarlas. Jost no puede ni siquiera pensar en la posibilidad de perderte, y ha estado a punto de ocurrir en varias ocasiones. Cree que apartándote de su lado evitará el dolor —Erik hace una pausa y coloca una mano sobre mi rodilla—. Pero la huella que dejan algunas personas en nuestras vidas es tan intensa que somos incapaces de olvidarlas. Yo sé que si te perdiera después de tenerte a mi lado una semana, te extrañaría el resto de mi vida.

—Yo también te extrañaría.

Percibo algo oculto tras su amable comportamiento, y su abrasadora intensidad me asusta. Sin embargo, Erik regresa a la seguridad de nuestra amistad. Donde él no traiciona a su hermano. Y yo no debo elegir.

—¿Estarás bien?

—Sí —respondo. Y de algún modo, a pesar del vacío que invade mi pecho, sé que será así—. Mañana me despertaré y será un nuevo día. ¿Me prometes algo?

—Lo que sea —me dice.

—Que me sacarás de la cama si no me levanto —le pido, tropezando un poco con la tristeza que se cuele entre mis palabras.

Erik deja escapar un suspiro, pero acepta.

—Lo prometo. ¿Y qué piensas hacer después de lograr eso?

—Voy a pedirle a Dante que me enseñe a hacer modificaciones.

—Tú sí que sabes cómo pasarlo bien —bromea Erik.

—Me gusta divertirme —afirmo.

—¿Puedo acompañarte? —me pregunta.

—Claro —respondo.

—No me invitaron a la pequeña excursión de caza —añade—, así que voy a aburrirme un poco.

—Podrías darte un chapuzón —le sugiero—. Hay como diez piscinas.

—No tengo bañador —dice Erik, arqueando las cejas de manera insinuante—. Tendría que bañarme desnudo.

Noto la cara ardiendo, pero a pesar de todo, sonrío y le empujo fuera de mi habitación. Tengo muchas cosas que hacer. Como llorar hasta que este dolor desaparezca para que mañana pueda empezar en un mundo nuevo.

## VEINTITRÉS

Cuando me concentro, aparecen miles de hebras entretejidas en un luminoso caos por todo el invernadero. Me ha costado casi una semana conseguir ver las hebras de la Tierra sin adrenalina fluyendo por mi cuerpo, y han pasado ya más de dos semanas desde que partió la misión, haciéndome sentir como un pozo vacío al que han secado todos los manantiales. Sin el tejido regular de Arras, me ha resultado más difícil controlar mis habilidades —tanto manipular las hebras que forman el universo como verlas.

Ahora, mientras las miro fijamente, trato de concentrarme en una sola. Podría agarrar todas las que quisiera; el espacio que me rodea está abarrotado de ellas. Se escucha el leve zumbido del generador de apoyo que Dante ha arrancado para proporcionarnos más luz. Unas viejas bombillas halógenas iluminan la estancia, pero su constante parpadeo parece advertir de un apagón inminente. Entre eso y el murmullo del generador, resulta más complicado sentir la vibración de las hebras. El problema no radica en que no pueda verlas, sino en que Dante quiere que encuentre una en particular —la hebra del tiempo ubicada dentro de una pequeña orquídea.

Estoy tratando de deslizar los dedos dentro del tejido de la flor. Sujeto la hebra en ángulo, colocando un dedo bajo la que Dante me ha pedido que localice. Estoy segura de que le resulta más sencillo a él señalarme una que a mí encontrar y coger la hebra exacta a la que se refiere, que es precisamente lo que está tratando de mostrarme. Cojo con cuidado la hebra dorada y tiro de ella para combarla. Lo hago con suavidad, pero se resquebraja y un pétalo se parte en dos. Los pedazos caen al suelo. Mis ojos buscan los de Erik; está observando desde un taburete cercano. Ha venido para darme apoyo moral, pero sé que está pensando lo mismo que yo: vamos a estar aquí eternamente.

—No —dice Dante con paciencia, lo que extrañamente provoca en mí una *gran impaciencia*.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez sea incapaz de hacerlo? —le pregunto, dejando caer la hebra en señal de derrota y apoyándome contra una mesa repleta de macetas y plantas. Cruje bajo mi peso. Sé cómo se siente.

—Solo si te convences de ello —dice Dante, pero chasquea los nudillos de su mano izquierda mientras habla.

No importa. El maestro del zen está empezando a cansarse.

—Debes controlar tus habilidades para cuando tengas que pelear. ¿Qué sucedería si agarraras la hebra equivocada? —no es una pregunta. Ambos hemos visto lo que ocurre, y está empezando a fastidiarme que ponga constantemente como ejemplo la fábrica de munición.

—Que escaparíamos sanos y salvos. Eso sucedería.

—¿De verdad? —me pregunta—. ¿Y cómo estás tan segura de ello?

—Todavía no he matado a ninguno del grupo —dejo de toquetear las hebras que

hay a mi alrededor y coloco las manos sobre mis caderas.

—Estuviste a punto de conseguirlo en la fábrica. No tenías la situación bajo control —me dice—. A mí me pareció algo arriesgado.

—Pues a mí me pareció que *tuvimos suerte*. Ganamos tiempo.

Dante se encoge de hombros mientras frota las hojas de un enorme helecho en una maceta.

—Vemos las cosas desde una perspectiva diferente, Adeline. Tu huida de Arras fue valiente, pero demasiado arriesgada. Cuando empuñas tu poder de ese modo, pones en peligro a todo el que se cruza en tu camino.

—Nadie acabó herido —protesto, pero esta vez mi razonamiento suena insignificante y débil, porque sé que no le falta razón.

—Tal vez no, si eso te tranquiliza, pero ¿cómo te sentirías si alguien hubiera quedado atrapado en el desgarrón? Si Jost, por ejemplo...

—No necesito un sermón. Necesito que me enseñes.

—No lo estás entendiendo —insiste Dante—. Tú ya sabes cómo hacerlo. Solo tienes que aprender a controlar tu don.

Eso me han dicho. En más de una ocasión.

—¡Lo estoy intentando! —exploto.

Dante suspira, pero su expresión se suaviza. Desaparece la arruga de su frente.

—Cierra los ojos.

—Pero...

—¡Hazlo! —exclama—. Tienes que localizar la hebra del tiempo que se mueve junto a ti. Debes aislarla si quieres proteger las cosas y las personas que te rodean.

—No...

—Intuye su pulso —dice con firmeza.

—El tiempo no tiene pulso, la materia sí... *es vida* argumento, pero mantengo los ojos cerrados. Siento la materia a mi alrededor. Si me concentro, escucho su chisporroteante vitalidad bajo los sonidos de fondo de la habitación.

—El pulso del tiempo es distinto. Se parece más al viento: es efímero, con cambios ligeros y constantes. La materia es vibrante, palpita de energía. El tiempo es como un susurro. Solo puedes percibirlo si escuchas con atención —murmura—. Acepta que formas parte de él y que él forma parte de ti como los latidos de tu corazón.

Dejo la mente en blanco y estiro los dedos. No cojo nada, solo acaricio las hebras. Vibran, laten llenas de vida. Son hebras de materia. Me sorprende la sensación que provocan en las puntas de mis dedos. Tal vez no me concentrara tanto en Arras, pero cada hebra que toco me provoca un escalofrío por todo el cuerpo. Aparto la mano y me concentro en el espacio que me rodea, aislándome de todo excepto de la vibración del universo. Y entonces lo percibo —un silbido metálico que llega a mis oídos y luego desaparece—. Oscila entre un ritmo vago y un pesado y torpe martilleo. Extiendo los dedos, tratando de relacionar el sonido con la sensación táctil. De



repente, se unen en una delgada hebra y siento la fuerza de su movimiento palpitante, cada vez más intenso y apremiante en mi mano.

—Mejor —dice Dante, rompiendo mi concentración.

Cuando abro los ojos, roza con el dedo una brillante hebra temporal.

—Me alegra tu aprobación —le digo—. Pero en una pelea no podré pararme y concentrarme.

—Por supuesto que no —confirma él—. Eso no es lo que quiero que comprendas. Debes dejarte llevar para dar rienda suelta a tu don. Eres más fuerte cuando no tratas de controlarlo.

Intento contener mi queja, pero soy incapaz.

—Entonces, ¿practicar no es exactamente lo contrario a lo que debería estar haciendo?

—No pienses en ello como práctica, sino como perfeccionamiento.

—Una distinción digna de un político —murmuro—. Tal vez no sirva para esto.

—Estás hecha para ello —me asegura Dante, colocando una mano sobre mi hombro—. Los dos lo estamos. Las habilidades de tejer y modificar no son accidentales. Son un legado genético. Pero tienes que aceptar tu don. Una vez que lo hagas, una vez que lo conviertas en un aspecto fundamental de tu persona, te resultará tan sencillo como respirar.

Algo que estoy deseando, especialmente si supone dejar de entrenar y poder dormir un poco. Aunque va a ser complicado, teniendo en cuenta que mis padres me enseñaron a ignorar mi capacidad para tejer, no a aceptarla. Practiqué durante años, y ahora Dante piensa que podrá contrarrestar esa preparación.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —me pregunta.

Las extiendo y me las examina.

—Una tejedora me castigó —contesto.

—¿Tratando de destrozártelas?

—Tejí con alambre cortante y acero —retiro las manos, cohibida de repente por las cicatrices aún visibles de la venganza de Maela.

—Tienes suerte de que te queden dedos —exclama—. Pero, Adeline, tu habilidad reside tanto en tu mente como en tus manos. Deja de vacilar, porque esa actitud te vuelve torpe.

—¿Es eso lo que me está lastrando? —le pregunto.

—He visto que te dejas llevar cuando lo necesitas. Como en aquel callejón para salvar a tu madre y en la fábrica de munición.

—Creía que no te había parecido bien que utilizara mis habilidades —le digo.

—Y no me pareció bien. Actuaste de manera impetuosa —exclama—. Pero en esos momentos, te relajaste y canalizaste tu don. Tus manos no te detuvieron. Así que no dejes que te detengan ahora.

Asiento con la cabeza, y la vergüenza me forma un nudo en la garganta.

—Creo que hemos acabado por hoy —añade—. Hay un problema en el módulo

fotovoltaico de la central eléctrica que necesito evaluar.

—¿Te ayudará Jax? —le pregunto—. Llevo un tiempo sin verle.

Jax y yo no somos exactamente amigos, pero después de Erik, sigue siendo la persona más amable de la mansión.

El rostro de Dante se ensombrece.

—Está en la misión.

—¿De verdad? —exclamo—. Perdona, pensé que se había quedado.

Sopeso la posibilidad de acompañar a Dante a la central eléctrica, pero me horroriza incluso mirar las chimeneas. Continúo avergonzada por mi error en la fábrica de munición. Si Jax no va a estar allí, no estoy segura de querer ir con él. Al pensar en la central, recuerdo algo que Dante dijo antes.

—¿Qué sucedería si arrastrara a alguien al hacer una distorsión?

—En el mejor de los casos, quedaría simplemente atrapado dentro del tiempo aislado.

Eso lo sé por experiencia. De hecho, cuento con ello.

—¿Y si ocurre algo peor? —pregunto en voz baja.

—Podrías dañar sus hebras. Mutilarle. Matarle. Por eso es imprescindible que aprendas a concentrarte en el tiempo. Agarrar la materia de manera incontrolada es demasiado arriesgado. Sabes lo frágiles que somos. Un movimiento en falso bastaría para cortar a alguien por la mitad.

—Lo que realmente quiero es aprender a hacer modificaciones —admito.

Dante hace una pausa y me mira fijamente.

—Lo imaginaba. No es tan maravilloso como parece.

—Vi lo que le hicieron a Deniel —exclamo—. Soy consciente de lo *maravilloso* que es.

—Has visto lo peor que pueden hacer los sastres —dice él.

¿*Lo peor*? De acuerdo, lo que le sucedió a Deniel fue horrible, pero ¿qué pasa con lo de extraer el alma a las personas o modificar sus recuerdos? ¿Y las otras maneras que tienen los sastres y la Corporación de arrebatar la vida a la gente? ¿De arrebatarles su esencia?

—Los sastres también pueden ayudar, Adelize. Un sastre cualificado puede remendar una hebra y curar a alguien —me explica Dante.

—Solo les he visto hacer eso a personas a las que primero *han lastimado* —replico, colocándome las manos en las caderas. Es cierto. Hasta ahora mi única experiencia con los arreglos de renovación es el mal uso que hacen de ellos hombres como Cormac y Kincaid.

»Necesito saber lo que estoy haciendo —argumento—. Lo que me has enseñado me sirve para no herir a nadie, pero lo que le hice a Deniel cuando me atacó... podría haber sido peor. Necesito comprender cómo funcionan las modificaciones.

—Está bien. Te concedo una hora, pero luego tengo que comprobar ese módulo —sin embargo, la expresión de su rostro me dice que me enseñará todo menos eso.

No quiere que lo vea, que lo comprenda, que lo practique. Pero ¿por qué?—. Tal vez tu amigo quiera ofrecerse como voluntario.

No es fruto de mi imaginación la manera en que Erik traga antes de asentir con la cabeza.

—Claro.

—¿Podríamos empezar con algo más pequeño y menos propenso a sangrar? —sugiero.

Dante tensa la mandíbula, pero inclina la cabeza en señal de aprobación y señala el helecho con el que estaba jugueteando antes. Es solo una planta, pero no me gusta la idea.

—Puedo destruirlo, cambiar la forma en la que crece, alargar las hojas —me explica—. También puedo tomar hebras de otra planta e insertarlas en esta para crear un híbrido.

—¿Podrías darle el aspecto de otra planta?

—Claro —contesta, encogiéndose de hombros, y bajo nuestra atenta mirada, separa el tejido del helecho y añade cuidadosamente sus hebras a un pequeño arbusto. Las plantas se desdibujan y agitan, crecen y cambian delante de nuestros ojos hasta que el pequeño y regordete arbusto se transforma en un incipiente helecho.

—Posiblemente seas el mejor jardinero que haya existido jamás —exclama Erik, claramente impresionado—. No le cuentes a mi hermano lo que acabo de decir.

Dante sonríe a pesar del mal humor que mostraba antes.

—Hazlo crecer —le pido.

Dante desliza las manos sobre una hoja y esta se vuelve borrosa y se estira hasta convertirse en un largo brote verde.

Se gira hacia mí.

—Inténtalo tú.

Me tiemblan un poco las manos cuando las alargo hacia la planta. Trato de concentrarme en ella, de ver su composición, dónde insertar los dedos, qué piezas manipular, pero soy incapaz de hacerlo.

—Relájate —dice Dante. Se coloca detrás de mí y apoya las manos sobre mis hombros. Es un gesto extraño, pero que esté ahí me tranquiliza.

La composición de la planta se torna nítida y me concentro hasta que la descifro como si fuera un código. Cada hebra tejida cuidadosamente, algunas entrelazadas con firmeza mientras que otras permanecen flojas. Pero cuando tiro de ellas, la planta se convierte en polvo.

—¿Esto me convierte en la peor jardinera de la historia? —le pregunto a Erik.

—Digamos que no tienes mano con las plantas —responde él.

—Inténtalo otra vez —me anima Dante—. Has arrastrado la hebra del tiempo.

—La he matado —digo con voz sombría.

—No lo mires de esa manera.

—¿Hay otra manera de mirarlo?

Tras varios intentos más, consigo que una hoja se estire. Solo medio centímetro, pero aumenta mi confianza.

—Quiero ver cómo se modifica un ser humano.

—Eso ya lo has visto —me recuerda Dante con suavidad.

—He visto cómo se destruía —le corrijo—. ¿De qué me sirve hacer modificaciones si no sé cómo utilizarlas?

—Yo creo que abrirle las carnes a alguien es una manera bastante buena de utilizar esa habilidad —sugiere Erik.

Le fulmino con la mirada.

—Cuanto más practique sin estar bajo presión, más capaz seré de controlar las modificaciones en un momento de peligro.

—¿Quieres intentarlo conmigo? —me pregunta Erik.

—Eso ha sonado a que te ofreces voluntario —exclamo, sonriendo con dulzura.

—No trates de cautivarme, Adelize Lewys —me advierte, pero sé que lo he conseguido.

—¿Por qué no observas primero? —sugiere Dante, y alarga la mano hacia el brazo de Erik, pero Erik no lo extiende.

—Espera, da la impresión de que fueras a tocarme —le dice.

—No estás mostrando una actitud muy abierta —intervengo.

—Lo siento —exclama Erik con tono sarcástico—. Estoy muy unido a mi piel. Literalmente.

—No importa, utilizaré a Ad —dice Dante—. Así también podrás verlo.

No vacilo un instante en acercarle el brazo. Me concentro, tratando de alejar todas las distracciones de mi mente, esperando a que mi propia composición se torne visible, pero Erik me aparta la mano.

—Házmelo a mí —exclama.

—Supongo que la caballerosidad aún no ha muerto —murmura Dante.

—¿Qué has dicho? —pregunta Erik.

—Nada.

Pero por la expresión contraída de su rostro, deduzco que Erik lo ha oído. No quiere admitir por qué está tan deseoso de ofrecerse voluntario, y yo no quiero pensar en ello. En lo que significa: que Erik me está protegiendo. Porque no solo no necesito que me proteja, sino que tampoco quiero que lo haga.

No quiero que nadie lo haga.

Erik se queda paralizado cuando Dante saca un fino cuchillo del bolsillo. Pero no le hace ningún corte, sino que lo desliza por la muñeca desnuda de Erik. Siento un retortijón en el estómago, pero entonces me doy cuenta de lo que Dante está haciendo. Está trazando las líneas del tejido de Erik. Un instante después, hunde los dedos y aparece un hilillo de sangre a su alrededor.

Miro el rostro de Erik, perdiendo momentáneamente el interés en el procedimiento. La sensación no puede ser muy buena. Tiene los dientes apretados,

pero asiente ligeramente con la cabeza, con determinación. Está fingiendo por mí, no cabe duda.

No debería haberle dejado que ocupara mi lugar.

Cuando Dante termina, una ligerísima cicatriz recorre la muñeca de Erik, pero es muy fina y casi imperceptible. No me daría cuenta de que está ahí si no me estuviera fijando.

—¿Qué me has hecho? —pregunta Erik, examinando su mano. Tiene la muñeca un poco manchada de sangre, pero aparte de eso y de la pequeña cicatriz, nadie adivinaría que ha sufrido una modificación. Ha sido todo tan rápido, lo ha hecho con tanta maestría.

La idea me provoca náuseas.

Cualquiera puede ser modificado en un instante.

—He añadido parte de esa planta a tu ADN —le explica Dante.

—¿Qué? —exclamamos Erik y yo con sorpresa.

—¿Qué efectos tendrá? —le pregunto.

—Probablemente se ponga verde y empiece a dar tomates —una amplia sonrisa surca el rostro de Dante.

—No tiene gracia.

—Qué crédulos sois los dos —dice Dante—. Lo único que he hecho ha sido separar tus hebras y unir las de nuevo otra vez. Por eso ha quedado la cicatriz.

—Ah —exclamo con un hilo de voz, pero veo que a Erik le ha hecho gracia la broma.

—¿Algún efecto secundario? —pregunta Erik.

Dante vacila, pero cuando responde, sus palabras son firmes.

—No. Ninguno.

Es la misma voz tranquila, calmada que mi padre utilizaba conmigo cuando yo era una niña. Si le preguntaba si había monstruos en el armario, me aseguraba que no. Si le preguntaba si me cogerían en las pruebas, me contestaba que no. Si le preguntaba si haría amigas en el colegio, me respondía que sí. El mismo tono sosegado para decirme lo que necesitaba oír. En ocasiones, acertaba respecto a lo de los monstruos, pero en otras cuestiones se equivocó.

Por supuesto, había monstruos por todo Arras.

Pero ¿por qué mentir a Erik? ¿Qué efectos secundarios podría tener una modificación?

—Me muero de hambre —exclama Erik—. Ser una rata de laboratorio agota. ¿Alguien más está interesado en la comida?

—Me reuniré contigo en un minuto —respondo como evasiva, pues sé que es a mí a quien está esperando—. Quiero cambiarme primero.

Erik acepta la excusa y sale del invernadero, flexionando ligeramente la muñeca, como si la tuviera dolorida.

—¿Qué le has hecho? —pregunto en cuanto se ha alejado lo suficiente para que

no pueda oírnos.

Dante abre la palma de la mano y me enseña un ensangrentado chip metálico con circuitos.

—¿Qué es eso?

—Un chip de rastreo —responde.

—¿Cómo supiste que estaba ahí? —le pregunto. Cojo el chip a pesar de que se encuentre cubierto de sangre.

—Lo suponía.

—Pero pueden rastrear nuestras secuencias en el tejido —digo, confusa. Giro el chip sobre la palma de la mano, buscando algún indicio de por qué estaba ahí. ¿Para qué molestarse si pueden localizar una secuencia de identificación personal y arrancar sin más la hebra del individuo?

—Son capaces de rastrear gran parte del tejido, pero los telares no lo muestran todo. En Arras hay nudos, irregularidades muy parecidas a las que existen aquí, cerca de las minas de la Corporación.

—¿Los nudos son consecuencia de un error?

—En Arras no se producen errores —responde Dante en voz baja.

Es cierto, lo que significa que cualquier irregularidad, cualquier nudo del tejido ha sido colocado ahí intencionadamente. No tendría sentido que lo hubiera hecho la Corporación. Ellos buscaban el control absoluto. Entonces, ¿por qué están ahí?

—A mí me estuvieron rastreando —le confieso a Dante—. Me colocaron un transmisor en la comida durante una gira de buena voluntad con Cormac.

—Dudo que siga dentro de tu cuerpo —dice Dante—. Ese tipo de transmisores se avería con mucha facilidad, o los eliminas por completo. Me sorprende que se molestaran.

—¿Y por qué lo hicieron? —le pregunto.

—Probablemente para tenerte más controlada. Tal vez Cormac no quisiera utilizar los telares, o tal vez quisiera seguir tus movimientos durante todo el día.

Suena propio de Cormac, pero ¿por qué preocuparse con Erik?

—Me pregunto si le habrán estado rastreando todo este tiempo —le digo, sintiéndome cada vez más aturdida.

Dante permanece un rato callado antes de responder.

—Probablemente no.

No suena muy tranquilizador.

—¿Tengo yo alguno? —le pregunto.

Dante toma mi brazo.

—No veo ninguna cicatriz —me dice.

—¿Erik tenía alguna? —¿cómo no me habré dado cuenta?

—Era un pinchacito. Ninguna persona corriente se habría percatado. La piel modificada, sin embargo, es otra cosa. Dudo incluso que Erik supiera que estaba ahí.

—Pero ¿por qué llevaba ese chip?

—Lo ignoro, Adelize —dice Dante—. Aunque si fuera tú, me estaría preguntando si conozco bien a mi amigo.

No le conozco en absoluto. Solo sé lo que él me ha contado, lo que Jost me ha contado, pero aun así estoy segura de mi respuesta.

—Erik no lo sabía. Confío en él.

—¿Aunque te esté mintiendo? —me pregunta Dante mientras envuelve el chip con un pañuelo y se lo mete en el bolsillo.

—No está mintiendo —le aseguro—. Él no sabía que tenía ese chip ahí.

—No estoy hablando de eso —responde Dante en voz baja—. Tu amigo ve las hebras.

Eso ya lo sabía. Lo descubrí durante mi primera sesión de formación en el coventri, por la reacción que tuvo Erik ante mi comentario sobre las ventanas falsas. Incluso le he visto agarrar las hebras mientras atravesábamos la interfaz para llegar a la Tierra. No me sorprendió, y aun así jamás me he parado a reflexionar sobre lo que significaba.

—Estoy segura de que muchos hombres las ven.

—Tal vez las hebras de la interfaz o el patrón del tejido de Arras, pero Erik está ocultando algo —cavila Dante en voz alta.

—Si quisieras colocarle a alguien un chip de seguimiento, ¿cuál sería la razón para hacerlo? —le pregunto.

Dante vacila y luego me mira directamente a los ojos.

—Existen dos razones por las que colocaría un chip a una persona. Porque no quisiera perderle el rastro o porque fuera peligrosa.

No me gusta ninguna de las opciones. Principalmente porque, aunque confíe en Erik, sé que se trata de ambas cosas.

## VEINTICUATRO

Cuando salimos del invernadero, Dante lo cierra con llave. No estoy segura de por qué un montón de plantas y herramientas de jardinería necesitan tanta protección, pero sé que Dante no me lo contará aunque se lo pregunte. Bajo la tenue iluminación de la tarde, la cristalera aparece negra. Deslizo un dedo por un panel, reflexionando sobre algo que Dante dijo antes.

—Me pregunto cómo conseguiría nuestra familia un pase para marcharse —cavilo.

Dante ríe entre dientes mientras se dirige hacia la casa principal.

—A mí me parece obvio, teniendo en cuenta lo que sabemos hacer.

—Tú dijiste que nos fabricaron —le recuerdo—. A las primeras tejedoras no las eligieron por sus habilidades, ¿porque no tenían ninguna!

—Pero seleccionaron a nuestras familias de acuerdo a una serie de requisitos físicos y mentales. Las decisiones se basaron en el potencial —me explica mientras avanzo a su lado.

—Y luego convirtieron a las mujeres en tejedoras —concluyo—. Pero espera, mi madre no era tejedora. Ni mi hermana.

—La mayoría de las habilidades genéticas saltan alguna generación —responde—. No todo el mundo tiene el mismo color de ojos o la misma constitución, por ejemplo. ¿Recuerdas las secuencias de la película con inyecciones y cirugía? Era manipulación genética.

—Entonces, ¿los científicos nos implantaron el gen? —le pregunto.

—Mentiría si dijera que lo entiendo por completo. La capacidad de tejer es un gen recesivo cultivado. Una vez que se añadía a la composición genética de una persona, podía manifestarse, pero no era seguro. La primera remesa de tejedoras fue muy pequeña y débil. En las primeras etapas, hasta que los científicos crearon sueros para mejorar las habilidades, dependían por completo de los telares.

Dante asegura ser un ignorante, pero dispone de abundante información.

—¿Y las que no manifestaban la habilidad de tejer? —le pregunto.

—Eran añadidas a la población para engendrar más tejedoras.

—Y sastres —añado—. ¿Y ahora la Corporación está tratando de aislar esos genes para poder reproducirlos? —conjeturo.

—A la Corporación le resultaría mucho más sencillo si tuviera el control absoluto sobre las tejedoras. Estás en lo cierto, Adeline —responde él—. Creo que planean crear un gen dominante que pueda ser insertado en especímenes seleccionados cuidadosamente. Así podrán decidir qué chicas desarrollan la habilidad.

Chicas fácilmente manipulables, imagino. Chicas obedientes.

—Mi abuela me contó que las familias se enfrentaban a los escuadrones de recogida —exclamo—. Pero las mujeres de la película parecían deseosas de ser elegidas.



Dante aprieta los labios hasta transformarlos en una delgada línea y ladea la cabeza pensativamente.

—No deberías creer todo lo que ves en una película, Adeline, aunque supongo que tienes razón. Las circunstancias aquí fueron terribles durante la guerra, pero imagino que en Arras las cosas cambiaron.

—¿Cómo cambiaron? —le pregunto.

—Los países se unieron y las leyes se modificaron para adaptarse a las expectativas de todos. Las identidades nacionales en conflicto se fusionaron para crear un todo cohesionado. Y todos esos cambios se sumaron al resentimiento porque les arrebataron a las hijas en medio de la noche y a la escasa o nula esperanza de volver a verlas. Hubo un periodo de adaptación —me explica.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Por nuestra familia —responde después de una pausa—. Se preocuparon de escribir crónicas, a pesar de las leyes que lo prohibían.

—¿Formaban parte del Plan Kairos? —le pregunto. Mis padres jamás me contaron estas cosas, aunque supieran lo que era yo; me ocultaron esta información.

—En realidad, no —nueva pausa. Noto que se está guardando algo—. Ellos eran pacifistas. Mis padres querían vivir tranquilamente y sin problemas.

—¿Hasta que descubrieron tu don? —le pregunto.

—Mis padres no me pidieron que huyera. Deberían haberlo hecho —responde. Otra pausa—. Debido a la creciente propaganda con que les avasallaban, como la película, por ejemplo, la mayoría de los ciudadanos de Arras dejó de pensar en el peligro que suponía el control absoluto de la Corporación. Las bombas ya no caían, así que la población lo toleró, aunque las leyes fueran cada vez más extrañas y restrictivas. La Corporación empezó a exigir que todo el mundo se casara y tuviera hijos, a los que posteriormente ponía a prueba para localizar el gen. De ese modo Arras acabó adoptando las leyes de matrimonio y las pruebas de habilidad.

—¿Entonces, esta característica podía desarrollarse en los chicos?

—Yo soy una prueba viviente de ello —contesta con una floritura.

—¿Y por qué no pusieron a los hombres a trabajar en los telares? —insisto. La Corporación parecía ansiosa por mantener a las mujeres en pequeños compartimentos, cuidadosamente colocadas en estanterías concretas. Si los hombres podían tejer, ¿por qué no concederles la oportunidad de hacerlo y controlar aún más a las mujeres?

—¿Cuán poderoso crees que sería un hombre con la habilidad de tejer? —esta vez hace una pausa para añadir énfasis—. ¿Más que un oficial sin ella?

Asiento con la cabeza.

—Tiene sentido.

—Y a primera vista, no parece suponer ningún problema. Pero la guerra de la que la Corporación había escapado fue provocada por hombres sedientos de poder. ¿Qué habría sucedido si se hubiera elegido un gobierno para actuar en nombre de los

ciudadanos y un joven les hubiera reclamado cierto poder debido a sus habilidades? Habría sido desastroso para la paz que la Corporación había forjado.

—No fueron mejores que aquellos otros hombres —comento.

—Los propósitos son volubles —dice Dante—. Creo que la intención de todas las normas de la Corporación era protegerse de las luchas de poder y la guerra. Si seguían de cerca y controlaban cuidadosamente a la población femenina a través de un gobierno masculino, podrían regularlo todo. A los muchachos con habilidad para tejer los mantuvieron sin instrucción y alejados de los telares.

—Pero la Corporación asegura que solo las mujeres pueden tejer.

—Negar una habilidad no la hace desaparecer. Continuaron naciendo muchachos con el don. Algunos desaparecían y regresaban distintos. Cambiados —me cuenta Dante.

—¿Por eso huyeron tantos sastres a la Tierra? —le pregunto.

—Aquí están más seguros —responde Dante.

—Qué lástima que para el resto de nosotros resulte más peligroso que estén aquí —le digo.

No todos los sastres son malos, Adeline.

—Tú no lo eres.

Dante vacila antes de contestar a mis palabras, y desliza una mano por su cortísimo pelo castaño. Cuando está nervioso sigue un patrón de gestos.

—Yo no soy realmente un sastre. No dentro de mi corazón. Jamás acepté mis habilidades.

—Igual que yo no soy realmente una tejedora —admito.

—Exacto —dice él.

—¿Puedes hacer distorsiones? —le pregunto.

—No, esa habilidad está reservada a las maestras de crewel —responde—. Soy poderoso, pero no tengo tanto talento como tú.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¿Buena genética? —se encoge de hombros y sonrío de manera extraña.

—Entonces, tanto las tejedoras como los sastres necesitan herramientas como los telares para manipular el tejido —añado.

—No, los sastres no pueden trabajar en telares —me recuerda—. Su poder es más dañino. Ya sabes que la esencia de su habilidad es realizar modificaciones.

—Los sastres cambian físicamente objetos y personas. Las tejedoras emplean los telares para tejer y bordar.

—Correcto —dice Dante.

—¿Por eso la Corporación teme tanto a los sastres? —soy incapaz de imaginar lo peligroso que resultaría un talento así de no estar controlado. A las tejedoras se las puede mantener a raya evitando su acceso a los telares.

—Desde luego esa es la razón por la que los vigilan tan de cerca. Aunque no olvides que hay sastres que apoyan a la Corporación. No todos somos malos, pero

tampoco puedes confiar ciegamente en nosotros —asegura Dante—. Si sospechas que un hombre, o un muchacho, pueda ser sastre, mantente apartada de él.

Su advertencia no es tan genérica como trata de insinuar. Me está recomendando que me aleje de un chico en particular, pero mientras Dante tal vez no tenga ninguna razón para confiar en Erik, yo sí. Intento desviar la conversación de Erik, ya que es un tema que puede tornarse peligroso.

—¿Y cómo encuentran a los sastres? Los niños no están obligados a pasar una prueba como las niñas.

—Una vez que comprendieron la verdadera naturaleza de la capacidad de tejer en los hombres, empezaron a catalogar a los niños nacidos de padres que hubieran formado parte de los experimentos iniciales. Muchos desaparecieron. Además, se segregaron las ciudades para que la Corporación pudiera controlar los matrimonios y asegurarse el nacimiento de niñas adecuadas.

—Han logrado bastante bien mantener a las mujeres bajo control —exclamo, sin molestarme en ocultar mi aversión.

—Las tejedoras son poderosas, pero se dejan dominar por la Corporación. Se resignan a seguir unas pautas a cambio de privilegios.

Está claro que Dante no comprende lo que se siente cuando te apartan de tu familia. Yo actué empujada por el miedo, para buscar seguridad. Les permití encerrarme en el coventri durante demasiado tiempo porque creía que tenían el control. No porque pensara que no había elección.

—No siempre resulta sencillo aceptar que tienes poder —opto por decir—. Especialmente cuando todo a tu alrededor intenta convencerte de lo contrario.

—Tú eres una excepción, Adeline —dice Dante—. Y eso es gracias a tus padres.

Sus palabras suenan elogiosas. Son sinceras. Pero su máscara se desvanece un instante, dejando de nuevo a la vista sus cicatrices.

—Ellos lo comprendieron —siento que la revelación me golpea como una repentina ráfaga de viento en un día calmado—. Sabían a lo que me enfrentaría por lo que tú eras. Porque huiste.

—En Arras, me sentía incompleto por tener que ocultar mi habilidad, en vez de aceptarla. Pensé que aquí podría aprovecharla —admite Dante.

—¿Cómo reuniste valor para marcharte? —le pregunto.

—Por los relatos —responde en un susurro conspirativo—. Los relatos son peligrosos y útiles.

## VEINTICINCO

La piscina se extiende frente a mí. Una docena de pequeñas farolas blancas la bordean, y su suave resplandor se refleja en el agua. Es la única iluminación de la piscina cubierta ahora que ningún sol penetra a través de las claraboyas. El agua está tan quieta como la superficie de un cristal, y se ven baldosas con motitas doradas a través de la cerúlea superficie. Aunque esté en calma, distingo una silueta que se mueve bajo el agua. Erik atraviesa la piscina con brazadas uniformes, dejando diminutas ondas a su paso. Su pelo parece una estela dorada que fluye tras él. Espero al borde, sorprendida del tiempo que es capaz de permanecer sumergido.

Saca la cabeza, rompiendo la superficie del agua. Se frota los ojos y sonrío.

—Ad, me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—Veo que has encontrado bañador —respondo. No estoy preparada para abordar la verdadera cuestión por la que he venido.

—Algo así. Estoy usando la versión aldea pesquera —me dice. Tiene los brazos apoyados en el borde de la piscina y los ojos tan luminosos como las brillantes baldosas.

Me descalzo y me bajo las medias.

—¿Y en qué consiste esa versión?

—Perdona —dice Erik, fingiendo abanicarse—. Me estás distrayendo. ¿Qué decías?

Le miro con el ceño fruncido mientras me siento y sumerjo los pies en el agua. Está más caliente de lo que esperaba.

—Cuando era pequeño y trabajaba en los barcos pesqueros de Saxun, nos quitábamos toda la ropa que podíamos sin llegar a revelar nuestro, eh, *tesoro* y saltábamos al agua —me explica, curvando lentamente el labio inferior hasta dedicarme una sonrisa.

—¿Tienes un tesoro? —exclamo, abriendo los ojos con inocencia fingida.

—¿Vas a robármelo? —me pregunta.

—He caído en la trampa —admito con un gemido.

—Sí —dice Erik—, has caído.

Desliza un dedo por mi pantorrilla, dejando un hilillo de agua en mi piel desnuda, pero aparto su mano.

—Tienes una cicatriz enorme aquí —me dice. Frunzo el ceño y miro para ver a qué se refiere. Una fina y pálida línea recorre mi pierna—. ¿Dónde te la has hecho?

—No lo sé —respondo, subiendo las piernas y apretándolas contra mi pecho—. Probablemente sea de la noche de mi recogida. Utilizaron un gancho para sacarme del túnel por el que intenté escapar. El arreglo de renovación debió de dejarme una cicatriz.

—No debería haber sido así —responde Erik, entrecerrando los ojos para fijarse mejor. No me preocupa la cicatriz. Es solo un recuerdo de una vida pasada.

—Erik —me detengo en su nombre, buscando la manera adecuada de preguntarle sobre lo que Dante me ha contado del chip de rastreo. No tardo en darme cuenta de que no existe ninguna manera adecuada.

—Te vas a quedar sin labio de tanto mordértelo —me advierte Erik, así que aprieto la boca—. Pregúntamelo sin más.

—Quiero que me expliques cómo acabaste en el coventri, cómo saliste de Saxun —mis palabras fluyen apresuradas en una larga exhalación.

—¿Por qué? —replica, y aparentemente abandona la conversación. Noto su inquietud. Cuando se siente acorralado, Erik toma distancia y hace preguntas.

—Necesito que me cuentes la verdad —respondo en voz baja. Si le presiono demasiado, desaparecerá por completo.

—No puedo —responde.

—¿Por qué? Te prometo que nada cambiará.

Erik deja de mirarme y alza los ojos hacia el brillante techo. Tiene los brazos estirados sobre el borde de la piscina, una postura que revela los definidos tendones de su torso fortalecido por años de trabajo en los barcos pesqueros.

—No puedes prometer eso. Cambiará nuestra relación, Adeline. Hay cosas en mi pasado de las que no me siento orgulloso...

—¿Crees que yo no me arrepiento de nada? —le pregunto—. Mi padre murió asesinado. Mi madre es un monstruo. Mi hermana continúa en las garras de Cormac mientras nosotros estamos aquí hablando. Y esto antes de que entrara en el coventri y empezara a fastidiarlo todo.

—Eso es distinto. Esas cosas te han sucedido *a ti*, Ad —Erik vacila, haciendo una pausa para mirarme un instante fugaz antes de apartar de nuevo los ojos—. Las cosas de mi pasado... son elecciones *mías*. No puedo culpar a nadie por ellas.

—¿No vas a contármelas? —le pregunto. Agito los pies en el agua y observo las burbujas que se arremolinan en torno a mis dedos. Sé lo que oculta, y él debe de haberse dado cuenta de ello. Lo ha adivinado tras mi interés fingido. Sabe que quiero pillarle. Si la teoría de Dante fuera correcta, el secreto de Erik destruiría por completo la confianza que existe entre nosotros. Si se sincerara ahora, podríamos reconstruirla.

Pero no quiere.

Ninguno de los dos habla, y el silencio se prolonga tanto que mis dedos se arrugan dentro del agua.

—Lo sé.

—¿Qué sabes? —pregunta Erik con indiferencia.

—Sé que ves las hebras. Que puedes tocarlas.

—Eso no significa nada —responde Erik.

—Sé que significa algo, y espero que me respetes lo suficiente para explicarme el qué —ojalá acepte mi desafío, aunque permanece en silencio.

—No podré retractarme una vez que te lo haya contado, Ad —susurra por fin.

—Lo sé, pero necesito escuchar la verdad de tus labios —mi voz suena como una

súplica, quebrada por la presión de las emociones encontradas—. Apuesto a que me lo estoy imaginando peor de lo que es.

—Lo dudo —Erik se rasca la parte alta de la cabeza, se impulsa fuera de la piscina y se sienta a mi lado. Nuestros pies cuelgan bajo la superficie del agua, peligrosamente cerca los unos de los otros.

»Dejé Saxun para hacer carrera con la Corporación —empieza. Yo asiento con la cabeza para que sepa que le estoy escuchando, que me interesa cualquier fragmento de su historia que esté dispuesto a compartir, siempre y cuando haya respuestas al final.

»Yo no estaba hecho para pescar.

—Los guapos nunca lo están —bromeo, tratando de relajar el ambiente. Erik me regala una leve sonrisa, pero su rostro permanece serio—. Lo que nunca he entendido es cómo. ¿Cómo captaste la atención de la Corporación?

—Me la jugué —responde—. Un amigo mío entró a su servicio, algo bastante excepcional, y cuando vinieron a Saxun, me acerqué a un oficial de la Corporación y le conté que tenía algo que ellos querían.

—Algo arriesgado —comento—. ¿Y qué era?

Erik respira hondo y contesta lentamente. Esto es de lo que no quiere hablar.

—Les mostré que podía hacer modificaciones —admite.

En lo más profundo de mi ser sabía que Dante tenía razón, aunque no me lo hubiera dicho claramente. Cuando me advirtió que mantuviera a los sastres a distancia, supe que se estaba refiriendo a Erik, pero no quise creerlo.

—¿Eres un sastre? —murmuro en voz tan baja que no estoy segura de que Erik me haya oído.

—Lo soy —responde.

Levanto la mano rápidamente y le suelto una fuerte bofetada en la mejilla sin pensar siquiera en lo que estoy haciendo.

—¿Cómo has podido ocultarme algo así?

—¿Y cómo se suponía que iba a contártelo? —responde Erik, frotándose la rojez dejada por mi mano.

—En realidad, es bastante sencillo —exclamo, e imito su voz más profunda para añadir—: Adeline, puedo manipular las hebras como tú.

Sé que no es así de fácil, pero me gustaría que lo fuera.

—Quería decírtelo, pero hay cosas de los sastres que ignoras. ¿Tienes idea de lo que nos hacen? —me pregunta.

Dante me lo contó. Se los llevan como a las tejedoras, pero a los sastres los controlan con más intensidad. La Corporación acaba con sus familias de manera sistemática. Los encarcelan, les ordenan modificar a la gente —borrar sus recuerdos, alterar sus sentimientos y personalidades—, y no me atrevo a imaginar qué más.

—Quería marcharme de Saxun —continúa—. Hacer modificaciones era mi pasaporte. No sabía en lo que me estaba metiendo.

—¿Jost está al corriente? —le pregunto.

—No —contesta Erik rápidamente—. Ad, aparte de otros oficiales y Alix, mi mejor amigo de Saxun, tú eres la única que lo sabe.

—¿Ni siquiera Maela?

—Eres la primera persona a la que se lo confieso.

—¿Cómo descubriste que podías hacerlo? —insisto.

—No hace falta que intercambiamos relatos sobre nuestra primera vez —responde—. Como tantas primeras experiencias, fue por casualidad. No tengo ninguna razón para pensar que la Corporación lo hubiera descubierto si yo no me hubiera acercado a ellos. Pensé que Alix tal vez se lo contaría, pero no podía pasarme la vida en Saxun, sobre todo después de que él se marchó.

—¿Así que te marchaste e hiciste lo que te pidieron? —concluyo. En mis palabras suena más terrible de lo que fue, pero la traición está todavía reciente y la sensible y dolorida piel de nuestra relación escuece a cada nueva revelación. Peor aún, sé que le estoy juzgando.

—Me fui sin despedirme —continúa Erik—. Era joven y descuidado, y jamás se me ocurrió pensar que tal vez no volviera a ver a mi familia. En Saxun no aparecían muchas tejedoras, y mucho menos sastres. No había nadie que me guiara, que me explicara mi habilidad. Imaginé que era especial.

—¿Creíste que tendrías algún valor para ellos? —sugiero.

Erik asiente con la cabeza, y su rostro adquiere una expresión distante.

—Pensé que me convertiría en alguien importante. Ahora sé que lo mejor que pude hacer por mi familia fue marcharme como lo hice.

—¿No persiguieron a tu familia porque te ofreciste voluntario? —le pregunto.

—Alix me ayudó a contactar con un sastre del mercado de contrabando. Nueva tarjeta de identidad, nuevo apellido, ninguna pregunta —me explica—. No persiguieron a mi familia porque no sabían nada de ellos.

—Pero esa es tu cara, ¿verdad?

—Cambié de apellido, pero conservé el atractivo —contesta.

—¿Para qué molestarse? —digo yo.

—No quería que mi familia supiera adónde iba —añade—. Temía que la Corporación me rechazara si descubría que era hijo de un pescador —una expresión sombría recorre su rostro—. Fui un verdadero capullo, pero puede que sea la única razón por la que Jost continúa vivo.

—Dudo que él lo vea de ese modo —replico. Erik abandonó a su familia sin preocuparse por sus sentimientos, y su temeridad los salvó. La noche de mi recogida yo pensé únicamente en mi familia y en mí. Fui demasiado egoísta para advertirles, y acabé con ellos. Es curioso cómo el egoísmo puede desembocar en destrucción o salvación.

—Él no lo ve así —admite Erik—. ¿Por qué crees que me odia?

—No te odia.

—Bueno, no le gusto —matiza Erik.

No puedo argumentar contra eso.

—Tienes que contárselo —le digo, tomando su mano—. Lo comprenderá.

—¡No! —grita Erik. Me aprieta con tal fuerza que mis nervios aúllan de dolor—. Prométeme que no se lo dirás, a nadie.

—Te lo prometo —le aseguro, y libera mi mano—. Pero sigo pensando que deberías contárselo.

—Tú no conoces a Jost como yo —replica, pero en cuanto estas palabras abandonan sus labios, deja escapar un suspiro.

—¿Hiciste lo que la Corporación te pidió? —le pregunto, desviando la conversación de Jost.

—Sí —responde Erik—. Obedecí siempre. Jamás encontré razón alguna para no hacerlo.

¿No veía nada malo en manipular las mentes de la gente? ¿En deshilar sus cuerpos?

—¿Por qué cambiaste de opinión? —le pregunto. Necesito que se redima—. Me dijiste que estabas atrapado en el coventri. Me ayudaste a escapar.

El rostro de Erik insinúa una sonrisa, pero es una sonrisa triste.

—Me guardaré unos cuantos secretos.

—De acuerdo —inclino la cabeza y encuentro su mirada—. Siento haberte abofeteado.

—Eres más fuerte de lo que crees, Ad —dice Erik, llevándose una mano a la mejilla.

—Lo recordaré.

—Aunque no merecía acabar abofeteado —añade Erik casi en un susurro—. Pegar a un amigo tiene consecuencias.

—¿Las tiene? —pregunto, a la espera de ver cuál es el castigo que Erik considera justo por una bofetada. Mantiene las manos sobre el borde de azulejos de la piscina, pero se inclina hacia mí, cerrando el espacio entre nosotros.

Y entonces levanta los brazos y me arrastra dentro de la piscina con él. Nos zambullimos en el agua y lucho frenéticamente, pataleando y apartando los brazos de Erik. Cuando salimos a la superficie, jadeo para tomar aire y farfullo una retahíla de groserías.

—Solo estás un poco mojada —exclama Erik, quitando las manos de mi cintura.

Yo le rodeo los hombros con los brazos y me aferro a él.

—¡No, idiota, es que no sé nadar!

Erik inclina ligeramente la cabeza hacia atrás y me observa.

—No todo el mundo se ha criado en un pueblo pesquero —le recuerdo.

—Pero a ti te gusta el agua. Adoras el mar —dice él.

—Sí, pero eso no significa que sepa nadar. Mi familia no vivía cerca del mar. Dudo incluso que mi madre supiera, *sepa* —me corrijo—. Lo más parecido a nadar



que he hecho ha sido meterme en la bañera.

—La que tenías en el coventri era inmensa —dice Erik con expresión culpable. Sus brazos me rodean con fuerza la cintura y me tranquilizo, sintiéndome lo bastante segura para disfrutar de la ligera presión del agua.

—En mi bañera tocaba el fondo —replico.

—Mira —me dice, alejándome de su cuerpo. Yo chillo y chapoteo, tratando de detenerle—. Baja los pies.

Sigo agitando las piernas dentro del agua en frenéticos e inútiles círculos.

—No me sueltes —le suplico.

Él asiente con la cabeza, así que relajo las piernas y me sorprende que mis dedos rocen la suave cuadrícula de baldosas del suelo. Me desaparece un poco la tensión que noto en el pecho, pero no me aparto del brazo de Erik. Anoto mentalmente preguntarle a mi madre si sabe nadar. No existe ninguna razón para que no me lo diga. Otra pregunta inocente a la que recurrir.

—Voy a enseñarte a nadar —dice Erik, devolviéndome a la realidad—. Jamás me perdonaría que te ahogaras.

—No tengo costumbre de zambullirme en sitios con mucha agua —respondo—, pero me gustaría aprender.

Erik me sujeta la cadera con una mano y yo me apoyo en él un instante, antes de separarme y dar un paso vacilante sin su ayuda. Ahora que toco el fondo, mi pánico inicial se va calmando. Aun así, no me alejo mucho. Él asiente con la cabeza de modo alentador y me detiene cuando me acerco demasiado a la zona profunda.

Pasados unos minutos, recuerdo que sigo completamente vestida y avanzo de puntillas hasta el lateral, con cuidado de mantener la cabeza fuera del agua. Erik se desliza hasta mí y me alza fuera de la piscina.

—Gracias —le digo, permaneciendo un instante en el borde, con sus manos aún en mis caderas.

—No te preocupes, Ad —responde él, deslizándose de nuevo por el agua—. Jamás te abandonaré.

## VEINTISÉIS

—Dante me ha contado que no todos los sastres son malos —le digo a Erik mientras abandonamos el complejo de la piscina y nos internamos en la fría noche. El aire se desliza por mi piel húmeda y me provoca un intenso escalofrío; me ajusto la toalla alrededor del cuerpo.

—Es cierto —afirma Erik—. Yo personalmente acumulo una desproporcionada cantidad de maldad.

—Tú hablas mucho, pero ¿qué sabes hacer? —le desafío.

—¿Me estás pidiendo que modifique algo? —pregunta Erik, parándose en seco.

Me detengo y me doy cuenta de que le he molestado.

—Solo si quieres.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta.

—Algo bonito —le pido, pensando añadir—: Sin lastimar nada.

Si Dante dice la verdad y las modificaciones pueden emplearse para buenos fines, necesito una prueba de ello. Parece que en la Tierra solo he visto su uso destructivo. Yo misma las utilicé, por error, para abatir una aeronave y destruir aquella fábrica. Me incomoda que incluso mi preparación para hacer modificaciones se haya centrado en una sola cuestión; perfeccionar mi capacidad de destrucción para protegerme en la batalla. Quiero ver algo que demuestre que tener las habilidades de un sastre no me convierte en un monstruo —no más de lo que ya soy.

Erik me conduce hacia un arbusto arreglado con esmero que hay junto al camino.

—¿Sabes qué es esto? —me pregunta.

Niego con la cabeza. A pesar de estar podado, no tiene hojas ni acículas —nada que sugiera qué tipo de planta es.

—Un rosal Erik extiende las manos hacia las ramas que se entrelazan como venillas.

—No hay rosas —susurro, deseando que las hubiera. Mi anhelo es intenso y repentino, como en el instante anterior a recibir un beso.

—Han muerto. Estos rosales estaban en flor cuando llegamos a la mansión. ¿Qué ha sucedido?

Sacudo la cabeza. No tengo ni idea.

—Kincaid utiliza a los sastres para controlar la floración —me explica Erik. Sus dedos se mueven sobre las ramas con tal rapidez que soy incapaz de ver lo que está haciendo. Siempre había sospechado que Erik tenía algo especial, pero me asombro al contemplarlo. La rama que sostiene entre las manos tiembla ligeramente mientras brotan nuevas hojas en un despliegue de verdor, y delante de mis ojos una yema pasa de ser un apretado brote a un capullo rebosante de vida. Las hojas se abren poco a poco, revelando el tesoro que ocultan en su interior.

Erik corta la rosa del arbusto y me la ofrece. Logro insinuar una sonrisa. Mi padre solía llevarle flores a mi madre, pero ningún hombre me había regalado ninguna. La

tomo y apoyo la nariz en la suave flor para aspirar su dulce aroma. La rosa es blanca como la nieve, y sus pétalos parecen de terciopelo sobre mis dedos. Levanto un poco los ojos hacia un Erik sonriente, con la mano aún extendida. Tiene una mancha de sangre en el dorso. Suelto la rosa y cojo su mano.

—Te has arañado —exclamo.

—Cada rosa tiene sus espinas, Adelize —responde, apartando la mano e inclinándose para rescatar la rosa—. Ha merecido la pena.

—¿Me enseñas más? —le pido, sujetando la rosa con cuidado para evitar pincharme—. ¿Qué otras cosas sabes hacer?

—Sí, ¿qué otras cosas sabes hacer, Erik? —la voz de Dante rompe el instante.

Los ojos de Erik se dirigen rápidamente hacia los míos, pero niego con la cabeza. No he compartido con Dante ninguna de mis sospechas.

—Lo siento —murmuro.

Dante se acerca y me mira sin ocultar su ira.

—¿Por qué le pides disculpas? Te ha mentado, Adelize.

—No es la primera persona que lo ha hecho —le recuerdo a Dante.

—Si no recuerdo mal, a mí no me perdonaste tan rápidamente —dice Dante.

—No te conocía.

—¿Y a él le conoces? —me pregunta—. ¿Qué más le has ocultado, Erik? ¿Qué has hecho para la Corporación? ¿Por qué te estaban siguiendo el rastro?

—¿Que me estaban siguiendo el rastro? —exclama Erik. Mira primero a Dante y luego a mí. Yo asiento ligeramente con la cabeza para confirmarle que es cierto.

—Dante encontró un chip de rastreo en tu brazo.

—Así que ese era tu juego —protesta Erik, elevando la voz una octava—. Encontraras lo que encontraras, yo no tenía ni idea de que estaba ahí. La Corporación no puede rastrearme aquí. Sabía que había alguna intención en que quisieras *practicar* conmigo.

—Y conseguí la información que necesitaba —confirma Dante—. Sospechaba que veías las hebras. Sabía que no eras un simple ayudante de la Corporación.

—Enhorabuena —contesta Erik—. Pero ya le he contado todo a Adelize. No tengo nada que ocultarle.

—¿Le has contado todo lo que has hecho y continúa a tu lado? —le pregunta Dante.

—Tú me aseguraste que no todos los sastres son malos —le recuerdo—. Todos hemos hecho cosas que preferiríamos olvidar. Lo que importa es el tipo de persona que Erik es ahora.

—Piensa lo que quieras —murmura Dante—, pero pregúntale si te lo hubiera confesado de no haberlo descubierto tú.

Erik se pone rígido, como a la espera de la pregunta, sin embargo ya conozco la respuesta. Solo me lo contó porque le presioné. Hubiera guardado el secreto toda su vida. Aunque lo que Dante no comprende es por qué no censuro la actitud de Erik.

Hay fantasmas que preferiría enterrar antes que enfrentarme a ellos. Así que no puedo culpar a Erik por sentir lo mismo.

—Eres un hipócrita —le espeto a Dante—. Cuéntame los secretos que tú ocultas.

Dante tensa la mandíbula, pero no abre la boca para responder.

—Lo que imaginaba —añado—. En el futuro, guárdate los consejos que no pretendas seguir tú mismo.

Tiro del brazo de Erik para sacarle del jardín y regresar a la casa. Mi ropa sigue húmeda, pero ahora noto el calor de la ira.

—Siento lo que ha pasado —le suelto sin pensar.

—No tienes por qué —responde Erik, alzando una mano para interrumpir mis disculpas adicionales—. Quiere cuidarte. Yo haría exactamente lo mismo si estuviera en su lugar. Seguro que está tratando de protegerte.

—¿Alejándome de un amigo? —le pregunto—. ¿Tratando de ponerme en tu contra?

—¿Un amigo? —repite Erik, sin poder evitar que una sonrisa asome a sus labios.

—No te pongas gallito —exclamo—. Aquí no hay mucho donde elegir.

—Acepto el papel que me toque —dice Erik—. Y, Ad, no te enfades demasiado con él. Si supieras lo mismo que yo sobre los sastres, lo que seguramente sabe Dante, tal vez tampoco conf...

—No sigas —le interrumpo, colocando una mano en su pecho para distraerle de su diatriba y atraer su atención hacia mí—. Confío en ti y no me importa lo que esconda tu pasado.

—Es una postura muy altruista —dice—, pero...

—¡No! —exclamo—. Deja ya de intentar convencerme de lo contrario, porque no lo conseguirás. Te conozco, Erik Bell. Tienes buen corazón, te guste o no.

Erik reflexiona un instante y luego me envuelve con un abrazo.

—Me gusta.

—¿Lo ves? —le digo, disfrutando de la calidez de su cuerpo—. Tus elecciones están mejorando día a día.

## VEINTISIETE

Me convenzo a mí misma de que hay preguntas que solo ella puede contestar, pero lo cierto es que la visito para contrarrestar las oleadas de culpabilidad que me atenazan sin aviso previo, desatadas por las cuestiones más inocentes. El aroma de las rosas que se extiende por el jardín, el ardor del agua caliente del baño, un mordisco de reseca carne guisada, todo me la recuerda. No quiero relacionar a la prisionera encerrada en las entrañas de la mansión con mi madre. Sin embargo, da igual cuánto reflexione sobre el asunto, porque mi cerebro es incapaz de competir con mi corazón.

Mi madre está hecha un ovillo en un rincón de la celda. No se mueve cuando entro. Por un instante, imagino lo peor: que está muerta. Y en mi interior se arremolinan sentimientos confusos. Ira. Rencor. Tristeza. Alivio. Ojalá pudiera agacharme y alargar la mano hacia ella. Con los ojos cerrados, parece tranquila. No está maquillada y tiene el pelo revuelto, pero sigue siendo ella. Levanta la cabeza y el movimiento deja a la vista una larga cicatriz morada que asciende por su cuello.

¿Qué le ha hecho la Corporación? ¿Podría enmendarlo?

Me mira fijamente, sin hablar, y veo cómo giran los engranajes de su cerebro. Va a intentar jugar conmigo, pero no se lo permitiré.

—Meria —soy incapaz de llamarla mamá después de nuestro anterior encuentro.

—Adelice —murmura ella—. ¿Has venido a echar un vistazo a tu prisionera?

—No eres mi prisionera —le recuerdo.

—Claro, tus lloriqueos no me trajeron hasta aquí —se sienta. Está más delgada que la última vez. Veo cómo se le marcan los huesos bajo la camisa harapienta y cómo le cuelga la ropa. Está esquelética.

—¿Te dan de comer? —le pregunto.

Sus labios contienen una sonrisa de superioridad.

—Sí, sobras.

Sobras como si fuera un animal. No me extraña que esté tan delgada.

—Me aseguraré de que te traigan comida de verdad —le prometo.

—Qué amable —su voz suena inexpresiva, tan monótona como las paredes sin color que nos rodean.

—Tengo unas cuantas preguntas para ti.

—Y yo tengo todo el tiempo del mundo para responderlas —parpadea lentamente.

—¿Sabes nadar? —parece estúpido y frívolo preguntarle esto a una mujer hambrienta.

—¿Están planeando ahogarme?

Me coloco las manos en las caderas y le sostengo la mirada.

—¿Ves agua por aquí?

—No, no sé nadar.

Pronuncia cada palabra de manera vacilante y teatral.

—Da igual —le digo—. Era una ocurrencia estúpida.

—La pregunta era estúpida.

—Bien —cierro los puños con fuerza como hacía cuando era una niña taciturna.

Si quiere preguntas de verdad, también tengo de esas.

—¿Cómo llegaste a la Tierra?

—¿Estás pensando regresar a casa?

—¿Lo recuerdas? —insisto, ignorando su pregunta.

Claro que lo recuerdo —responde—. Pasamos por una tronera.

—¿La noche de mi recogida queríais escapar a una tronera? —le pregunto, abandonando cualquier esperanza de una conversación relajada.

—Aquella noche tus padres te fallaron por completo —dice, sin responder a mi cuestión.

—¿Recuerdas lo que sucedió? —continúo, insegura de querer saberlo.

—Sé lo que ocurrió —exclama—. El escuadrón de recogida llegó y tú fuiste demasiado estúpida para advertir a tus padres. Trataron de huir. Había un nudo en Romen. Allí habríais estado a salvo, pero no les avisaste, así que no pudieron escapar. Asesinaste a tus padres.

Sus palabras escuecen.

—Mis padres no están muertos —replico—. Benn sí. Pero tú estás viva, y mi padre biológico también.

—¿Así que Dante te lo ha dicho? —me pregunta—. No sabía si lo haría. No creía que tuviera el valor necesario.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

Resulta frustrante estar aquí sentada y hablar con una mujer que comparte mi historia y esconde los secretos de un pasado que yo no puedo recordar, pero que no se considera parte de él. Contempla sus recuerdos desde fuera.

—Supongo que de momento no le llamaré papi —le digo.

—Ese muchacho no podría hacer de padre —exclama—. Es incapaz de ver más allá de sí mismo. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba embarazada.

—¿Eras tú la que estaba embarazada? —le pregunto.

—Era Meria —sus palabras rezuman veneno.

—Tú eres Meria.

—Yo no soy nadie —responde.

Y sus ojos carentes de vida confirman que su afirmación es cierta. Escucho la resignación que se filtra a través de su voz. La siento mientras las palabras se deslizan entre nosotras. Es cierto porque ella lo cree así.

—¿Dónde puedo encontrar una tronera? —soy incapaz de seguir dándole vueltas a ese tema. No soporto escuchar a mi madre criticándome a mí, a mi familia, a ella misma.

—Por ahí —responde, encogiéndose de hombros.

—Eso me ayuda mucho.

—¿No crees que alguien tan poderoso como tu anfitrión podría responder esa pregunta?

—Mi anfitrión está de viaje en estos momentos —le digo. Luego se me ocurre que tal vez le esté proporcionando demasiada información al contarle que Kincaid se ha marchado. Quizás sea bueno que la hayan encerrado en una celda tan segura.

—¿Y te ha dejado aquí? —la pregunta me ofende.

—Estoy cansada de tus juegos —exclamo—. Yo solo... solo quería verte.

—La próxima vez —dice, y mi respiración se acelera, atenazada por la repentina esperanza que nace en mi pecho—, no te molestes.

Me duele, aunque sepa que es una artimaña. Me vuelvo sin despedirme y la dejo allí. Mientras salgo, tomo una decisión:

No regresaré jamás.



Erik está cenando, solo. Yo no tengo hambre, pero sabía que le encontraría en el comedor. Cuando Kincaid se marchó en busca del Whorl, supuse que las comidas se servirían de una manera menos formal. Pero aunque Valery no nos acompaña y Dante rara vez lo hace, la cocina continúa sirviendo un menú completo de cinco platos.

—¿Sabes algo sobre troneras? —le pregunto a Erik mientras apuro el último sorbo del café que venía en la bandeja del postre.

—¿Te refieres a las ventanitas de las murallas? —me pregunta.

—Sí, por supuesto que me refiero a eso —respondo con voz inexpresiva.

—Entonces, supongo que no tengo ni idea —dice Erik.

Él no ha tocado su café, así que se lo quito.

—No puedo creerme que te tomes ese brebaje —exclama.

—Y yo no puedo creerme que tú no lo hagas —doy un gran trago para enfatizar mis palabras.

—¿Por qué te gusta? —me pregunta.

—Me activa —respondo, dándome unos golpecitos en la frente—. Noto como diminutas explosiones.

—Entiendo —responde mientras toquetea mi viejo digiarchivo, sin apenas prestarme atención.

—¿Por qué no lo empeñaste? —le pregunto.

—Aquí abajo no sirve para nada —responde, pero no deja de jugar con él—. ¿Por qué me has preguntado lo de las troneras?

—Por algo que me ha dicho mi madre.

Eso capta su atención.

—A riesgo de sonar como mi hermano, sabes que no es buena idea visitarla,

¿verdad? —dice Erik, dejando a un lado el digiarchivo y mirándome.

—Lo sé —admito—. Pero siento como si fuera el único vínculo que me queda.

—Me tienes a mí —responde.

—Me refería al último vínculo con un tiempo en el que la vida no resultaba confusa —mis palabras no expresan en absoluto lo que siento, me traicionan. Soy incapaz de explicárselo, pero es que apenas lo comprendo yo misma.

—¿Y ella te habló de los agujeros? —sugiere Erik.

Asiento con la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos en frases coherentes.

—Dante los llamó troneras. Con tantos refugiados como acaban aquí, debe de haber alguna en la Heladera. Seguramente alguien lo sepa en el mercado de contrabando.

—¿Sabes al menos lo que es una tronera?

—No —admito—. Pero tengo una ligera idea.

—Bueno, es algo —dice Erik.

Es más de lo que suelo tener.

—¿Y ahora qué?

—Esta es la parte sencilla. Vamos a la Heladera.

Gran parte del personal de la casa se ha retirado a descansar. A estas horas es imposible conseguir una escolta para salir de las instalaciones, y Kincaid dejó instrucciones precisas de que yo no podía salir de ninguna manera. Sin embargo, treinta minutos después estamos sentados en un *spider*. He cambiado la falda y la blusa por uno de los pocos conjuntos prácticos que Kincaid me ha proporcionado: un abrigo de visón por encima de una fluida túnica de seda, unos pantalones negros ceñidos y unas flexibles botas de cuero negro que me llegan a las rodillas. Llevo algo de dinero en el bolsillo —lo que sobró de los objetos que empeñamos a nuestra llegada a la Tierra—. La Heladera se encuentra a los pies de las montañas, y se extiende alrededor de la mansión como una ciudad levantada a orillas de un afluente.

—¿Has robado un *spider*? —le pregunto a Erik.

—Lo he cogido prestado —responde.

—Sin permiso —añado.

—Moral flexible —decimos los dos a un tiempo.

—Toco madera —exclama Erik.

—¡Oh, no!, mala suerte para mí —gimo.

—No —me asegura—. En Saxun, me deberías algo.

—Eso suena a problemas —respondo, sin estar segura de querer estar más en deuda con Erik—. ¿Qué te debo?

Erik me guiña un ojo desde el asiento del conductor.

—Ya se me ocurrirá algo. ¿Y ahora qué?

—Pues... —me detengo. No tengo ni idea de qué deberíamos hacer a continuación.



—Pensemos en un buen plan —sugiere Erik.  
Yo soy famosa por mi gran habilidad para elaborar planes.



El mercado de contrabando es tan agradable como lo recordaba. Pero Erik no dice nada cuando le echo unas monedas a un refugiado que mendiga en la acera.

—No me importa lo que haga con el dinero —me justifico, avergonzada de repente por mi proceder—. Él lo necesita más que yo.

—No te estoy juzgando —dice Erik—. Probablemente lo necesite más que tú.

Entonces despliega una sonrisa tan sincera que mi inseguridad se desvanece, y queda sustituida por algo más cálido que tira de mí.

Algo que me obliga a apartar la mirada.

—Espera —exclamo, y vuelvo sobre mis pasos para retroceder hasta donde está el refugiado.

—Señora —el hombre inclina un sombrero imaginario hacia mí.

—Eres un refugiado —señalo el mensaje garabateado en el cartel improvisado—. ¿Cómo llegaste hasta aquí desde Arras?

El mendigo nos mira alternativamente a Erik y a mí.

—No lo recuerdo.

—Te prometo que solo estamos buscando una para usarla nosotros —le digo, acuclillándome a su lado—. Necesitamos regresar.

Arquea las cejas con sorpresa y balbuce unas cuantas palabras ininteligibles que suenan a blasfemias.

—Por favor —insisto, alargando el brazo para tocar su mano.

—Hay una estación en el mercado de contrabando. Buscad el tugurio de la Primera —nos explica, pero de repente me aferra la mano—. No podéis regresar. Es un suicidio.

Retiro la mano y consigo esbozar una sonrisa.

—Vamos —dice Erik, ofreciéndome su brazo. Lo acepto y agradezco al refugiado la información. El rostro del hombre permanece grisáceo bajo la lámpara halógena del sistema de iluminación, que poco a poco se va apagando. Disponemos del tiempo suficiente para encontrar en la Primera Avenida el bar que ha mencionado, antes de que las calles se queden a oscuras tras el toque de queda.

—¿Te apetece tomar algo? —me pregunta Erik, rodeando su brazo con el mío.

—Erik, me has leído el pensamiento.

## VEINTIOCHO

El bar clandestino está en penumbra, iluminado por unos pequeños candelabros solares colgados de las paredes. Los reservados conceden intimidad a sus ocupantes, y varias cabezas se alzan con nerviosismo para enfrentarse a mi curiosa mirada cuando pasamos junto a las cabinas. Ambos apartamos los ojos de inmediato, incómodos. Este no es el tipo de lugar al que se acude a hacer amigos. Erik me aprieta el brazo con la mano, empujándome hacia delante hasta que encontramos un reservado vacío cerca del fondo. Me siento. Erik se desliza dentro y vacila un instante antes de colocarse a mi lado.

—Es mejor que parezca que estamos juntos —me dice.

—¿Mejor para quién? —le pregunto, y arqueo una ceja para desafiarle a encontrar una respuesta razonable.

—Para los dos —contesta—. La gente no molesta a las parejas durante una cita.

—Ah —respondo con un suspiro—. Claro.

—Además, al estar contigo parezco bueno.

Frunzo el ceño, pero él me rodea los hombros con el brazo de manera informal. Está fingiendo, sin embargo me gusta la sensación que me produce su gesto. Seguridad, calidez.

—¿Qué es esto? —pregunta Erik, y recorre con los dedos la sangradura de mi codo.

Las yemas de sus dedos me abrasan y respiro entrecortadamente, sacudiendo la cabeza para intentar concentrarme. Unas motas oscuras salpican mi pálido brazo alrededor de un leve rasguño rojizo, pero apenas las veo porque el fuego que quema mi piel me está consumiendo.

—Son pecas —respondo y aparto el brazo, sin saber cómo me he hecho ese rasguño.

—Eso no son pecas —replica Erik—. ¿Estás teniendo cuidado durante las prácticas?

—No recuerdo haberme arañado, pero no es nada. Ni siquiera me duele —le aseguro.

—¿Qué vais a tomar? —nos pregunta una camarera con tono de absoluto aburrimiento. Podría pasar por una azafata de Arras, excepto por la falda demasiado corta que deja sus largas piernas más a la vista de lo que estoy acostumbrada. Ladea la cabeza, echando un vistazo al pequeño escenario que hay tras ella.

—¿Qué tenéis? —le pregunta Erik.

—Lo mismo que en todas partes, cariño —responde ella encogiéndose de hombros, pero con los ojos aún fijos en otro lugar—. Ginebra. Whisky. Claro de luna.

—¿Claro de luna? —pregunta Erik.

—Yo no me inventé el nombre —dice ella.

No creo que hubiera podido. Probablemente no haya visto jamás la luna. Imagino

que no ha salido a explorar fuera de los límites de la interfaz.

—Ginebra. ¿Tenéis tónica?

—Claro —no apunta nada, pero escucho cómo le grita el pedido a un camarero regordete.

—¿Y ahora qué? —pregunta Erik, devolviéndome su atención. Habla en voz baja. Respiro hondo.

—No estoy segura.

—¿Sabes que tu madre probablemente estuviera jugando contigo? —dice Erik con tacto.

—Lo sé —noto las palabras pesadas en la lengua. No me gusta pensar en ese monstruo con el rostro de mi madre.

La camarera suelta de golpe dos vasos manchados y nos pregunta qué más necesitamos.

—Cerca de aquí había cierto sitio —dice Erik—. Una tronera. ¿Sabes qué ha sido de ella?

—¿El albergue para los refugiados? Claro —responde ella relamiéndose los labios—. Ha desaparecido.

—Eso suponíamos —dice Erik con tono comedido—. ¿Sabes dónde estaba?

—Sí, en la puerta de al lado, bajando las escaleras. Pero lleva cerrado mucho tiempo.

—¿Quién lo cerró? —insiste Erik.

—La dueña, que yo sepa. Aún vive ahí. Este local también lo alquila ella. Viene a tomarse algo de vez en cuando, pero no sale mucho.

—¿Sabes cómo se llama? —le pregunto.

—No, eso no es asunto mío —dice ella, con los ojos de nuevo en otra parte—. ¿Necesitáis algo más?

—No, gracias —responde Erik.

—Si estaba en la puerta contigua... —comienzo, pero mis pensamientos están demasiado enmarañados para continuar hablando. Podría seguir existiendo, y si la dueña está ahí, podríamos hablar con ella. Sé que Erik está pensando lo mismo.

—Es arriesgado —me dice.

Tiene razón. Resulta peligroso ir a preguntar por la tronera, sobre todo sin saber nada de la propietaria.

—Por las soluciones a medias —exclama Erik, alzando su bebida. Chocamos los vasos, pero no doy un gran trago como él. Es demasiado fuerte para mí. Tomo un pequeño sorbo y dejo que me abraza la garganta antes de soltar de nuevo el vaso.

—Qué fuerte —digo con una mueca.

—No has cenado nada —me recuerda Erik—. Probablemente deberías bebértelo despacio; no todo el mundo aguanta el alcohol como Cormac.

—No tengo ninguna intención de beber como Cormac —replico, pero su comentario refresca mi memoria. No he cenado porque Erik ya había terminado de

comer y estaba jugueteando con el digiarchivo que yo había traído de Arras. Le miro fijamente y él responde alzando una ceja.

—El digiarchivo —digo en voz baja—. Siempre me he preguntado dónde consiguió Enora ese programa. El de rastreo.

Erik retira el brazo de mis hombros y se aparta un poco de mí.

—¡Se lo diste tú! —exclamo cuando él no dice nada.

—Lo siento, Adelize. Cuando Enora acudió a mí, debería haberla convencido de que desistiera. Si hubiera hecho algo más, tal vez seguiría viva.

—Tú no tuviste nada que ver con su muerte —le digo, pero entonces me doy cuenta de que tal vez no sea cierto. Erik es un sastre. Algo que sigo olvidando.

—No tuve nada que ver —asegura, como si me hubiera leído el pensamiento—. En aquel momento, la situación estaba fuera de control. Creo que Cormac empezó a sospechar de mí después del baile del estado de la Corporación.

—Finalmente, le causaste impresión —comento. Cormac no tardó en descartar a Erik durante el tiempo que pasé en el coventri.

—Adelize —dice Erik, y luego respira hondo—, yo trabajaba para Cormac.

—Todos trabajábamos para Cormac.

—No —exclama—, yo trabajaba para Cormac. Tenía sastres repartidos por todos los coventris para controlar su funcionamiento y no perder de vista a las tejedoras.

—Y tú me estabas vigilando a mí —me lo confesó poco antes de que abandonáramos el coventri, pero no me había acordado hasta ahora. Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Me perdonarías si te dijera que fue realmente complicado? —me pregunta.

Entonces, le observo. Percibo en él secretos y remordimientos. Yo misma tengo muchos, y he decidido que no dicten quién soy. Así que Erik merece la misma oportunidad.

—Pues sí —respondo.

Empieza a sonar un caótico conjunto de instrumentos, pero no interpretan nada. Están calentando. Cada músico afina individualmente el suyo, inundando el aire con un estruendo de ritmos. Las bombillas solares que nos rodean se atenúan todavía más, y entonces la banda empieza a tocar. No se parece en nada a lo que esperaba escuchar. La pieza resulta enérgica, vital. Las notas cambian de graves a agudas y varias parejas se abren paso hasta el pequeño espacio que hay delante del escenario. Cuando llegan, se contagian del frenesí de la música. Una mujer agita las manos por delante y los pies por detrás. Su pareja la observa un instante y luego se une a ella. Otra se aleja de su compañero girando, y su falda vuela a su alrededor. En Arras solo teníamos canciones lentas. Valses elegantes y cuidadosamente cronometrados o melodías suaves para balancearse con ellas. Nada parecido a esto.

—¿Quieres probar? —me pregunta Erik.

—No estoy segura de tener tanto ritmo —admito.

Seguimos mirando unos minutos, y luego Erik sale del reservado y me ofrece la

mano. Me muerdo un labio, sopesando la probabilidad de que acabe cayéndome de culo en la pista de baile. Pero Erik se inclina hacia mí y dice:

—No te dejaré caer.

Tomo su mano y me arrastra fuera del cubículo. Mantiene los ojos fijos en mí. No cierra su mano sobre la mía, pero noto algo intenso en su mirada. Algo que no me abandona. Cuando llegamos a la pista, sus dedos se cierran alrededor de mi mano y me impulsa con fuerza. No llevo puesto nada que se extienda como un abanico ni que impresione a nadie, pero en parte lo agradezco. Al menos con pantalones y botas soy capaz de mantenerme en pie. Erik me sonrío y yo entorno los ojos, pero de repente me pongo a reír como una tonta. No puedo evitarlo. Siento que su mano tira de la mía y antes de que me dé cuenta, estoy girando de nuevo hacia él. Mi otra mano se une a su palma expectante, sin pensar, y cuando nos tocamos todo parece electrizado. Lleno de vida. Me aparto de su cuerpo y giro bajo sus brazos. Luego trato de imitar a la mujer que levanta las piernas.

No lo consigo.

Seguimos riendo y bailando, y me noto ligera, como si estuviera llena de aire. Como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Por un instante, me siento realmente feliz.

De repente, la música pierde energía y se transforma en un ritmo suave. Una mujer se adelanta y empieza a cantar. Su voz es profunda y ronca, pero hermosa. Canta sobre el amor, sobre las relaciones, sobre la pérdida. El corazón me aporrea el pecho. Me identifico con la letra.

Erik me arrastra hacia él, y apoyo la cabeza en su hombro. Sus brazos me rodean la espalda y nos balanceamos suavemente. Ninguno de los dos dice nada. Pienso en aquella noche en Arras cuando bailamos un vals en el jardín. En la sensación que me produjo su mano sobre la espalda desnuda. En la luz de la luna pintando su pelo de plata.

—¿Estás bien? —me pregunta Erik en voz baja.

Me ruborizo.

—Sí. Se está calentito aquí.

—Es cierto, y hace un minuto, bueno, estábamos realmente bailando. ¿Quieres sentarte?

Niego con la cabeza. Prefiero bailar. Prefiero disfrutar de la música y el ambiente de este instante. En cuanto nos sentemos de nuevo, no tendré excusa.

Erik apoya una mano en mi hombro y yo aprieto los brazos un poco más alrededor de su cuello. Sé que los dos estamos sintiendo lo mismo. Lo noto, como el leve zumbido de la electricidad en un panel solar. Fluye de su cuerpo en ondas —las cosas que no podemos decimos el uno al otro.

Algo ha cambiado entre nosotros, pero no me doy cuenta hasta que alzo la mirada hacia su rostro. Veo la curva de su mentón con una ligera barba. La manera en que su nariz se curva un poco hacia la izquierda —no lo suficiente para decir que la tiene

torcida, pero tampoco perfecta—. Por un instante, deseo que estuviéramos a la luz de la luna para que su pelo fuera plateado y sus ojos grisáceos, y cuando me mira, descubro mis sentimientos reflejados en él. No decimos nada, pero me aparto, huyendo con el pretexto de tener que ir al baño.

Aunque no podré escapar de esto durante mucho tiempo.

## VEINTINUEVE

Entro a trompicones en el baño y me salpico un poco de agua en el cuello. El espejo refleja a una muchacha con las mejillas ruborizadas y el moño caído. Me recojo los mechones sueltos, pero el rubor continúa en mis mejillas.

—Recuerda quién eres —le susurro a la chica del reflejo. Rozo con los dedos la marca de mi muñeca.

Aunque todo haya cambiado, no puedo hacerle esto a Jost. No lo haré. Yo no soy así.

Me estiro la elegante túnica y me subo un poco las botas. El club está más caldeado cuando salgo del baño. Ha entrado más gente, a pesar de que haya pasado bastante tiempo desde el toque de queda. Unos cuantos hombres me observan mientras atravieso la pista de baile de camino a nuestro reservado. No se molestan en ocultar su interés, y con el corazón encogido me doy cuenta de que llevan pantalones planchados, camisas arremangadas y relojes de oro en los bolsillos. El único en el bar que viste tan elegante como ellos es Erik. En la Tierra solo un grupo concreto de personas tiene acceso a prendas de calidad y accesorios caros: los traficantes de sol. Aunque estén aquí para divertirse, se han fijado en mí. Se supone que no debería estar fuera de los terrenos de la mansión, y mucho menos de bar en bar.

Me cuelo dentro del reservado, agradecida por el anonimato que conceden los agujereados laterales de vinilo rojo.

—Nos han localizado.

—¿Ah, sí? —Erik saca la cabeza por encima de la cabina y deja escapar un silbido.

—¿Cuánto tardará en enterarse Dante? —me pregunto en voz alta.

Alguien suelta de golpe sobre nuestra mesa un vaso con un licor transparente y al alzar los ojos encuentro la respuesta.

—Ha sido más rápido incluso de lo que imaginaba —murmura Erik.

—Así que me digo a mí mismo: «Voy a echar un vistazo a Adelize. A charlar, porque soy maduro y responsable y ella también», ¿y sabéis lo que me encuentro? —nos pregunta Dante mientras se deja caer en el banco que hay frente a nosotros.

—Apuesto a que vas a contárnoslo —respondo, cruzando los brazos sobre el pecho. No me arrepiento lo más mínimo de haber salido de la mansión.

—¿Te gustan los problemas? —me pregunta Dante—. ¿O eres estúpida?

Erik retira el brazo de mis hombros y lo apoya en la mesa cuando se inclina hacia Dante.

—No somos propiedad de Kincaid, y harías bien en recordarlo. Teníamos asuntos que resolver en la Heladera. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Asuntos en la Heladera, ¿eh? Pues a mí me parece que estáis bebiendo ginebra en un tugurio —dice Dante.

—Vámonos, Erik —me arrastro sobre el chirriante banco de vinilo, pero Dante

alza una mano.

—Siento lo que dije en el jardín. Tienes que entender lo difícil que me resulta confiar en un sastre entrenado por la Corporación —se disculpa Dante.

—La mitad de los hombres de Kincaid trabajaban para la Corporación y confías en ellos —protesto.

—Eso no es del todo cierto —pero Dante no nos aclara a qué se refiere.

—¿Por qué no debería confiar en Erik? —le pregunto, alzando la voz cuando aumenta el estruendo de la música—. Él confía lo bastante en mí como para contarme...

—Ad —me interrumpe Erik—. Vale ya. Tu padre tiene razón.

—¡Él no es mi padre! —grito.

La mesa se sume en el silencio y la música ocupa el vacío que surge entre nosotros. Ninguno sabe qué decir, y yo menos que nadie.

—No pretendo decirte lo que puedes hacer y lo que no, pero si sales sin mí, te seguirán —me advierte Dante—. ¿Qué habéis venido a buscar aquí?

Respiro hondo para que mis palabras no tiemblen de rabia.

—Estamos buscando la tronera.

—¿La tronera? —repite Dante lentamente.

—Mi madre me habló de ella —admito. Dante se reclina sobre la pared del reservado y da un buen trago a su vaso.

—Está tratando de causar problemas —dice Dante.

—Lo sé —respondo—. Pero eso no significa que no pueda aprender nada de ella.

Dante dirige la mirada hacia la puerta y hacia la pista de baile.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué deberíamos ir contigo? —pregunta Erik, y cierra la mano sobre la mía con actitud posesiva, pero yo se la aparto.

—Porque quiero enseñaros algo.

Erik me alcanza el abrigo de visón y me lo coloco sobre los hombros. Ambos sabemos que tenemos que acompañar a Dante. Mientras salimos del tugurio, mantengo los ojos fijos en el suelo. Imagino que mi padre nos arrastrará directamente a la mansión, pero en vez de conducirnos hacia las silenciosas y oscuras calles del mercado de contrabando, Dante nos indica con un gesto que le sigamos por un estrecho pasadizo encajonado entre edificios.

—No estoy seguro de que me guste el cariz que está tomando esto —susurra Erik.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero? —le pregunto, aunque mantengo mi mano entrelazada con la suya.

—No he bebido suficiente ginebra para este tipo de aventura —responde Erik.

Nos detenemos cerca de un contenedor de basura lleno hasta los topes, y Dante echa un vistazo a nuestro alrededor. Dudo que pueda ver a nadie en la absoluta oscuridad de la noche, pero por suerte eso significa que tampoco pueden vernos a nosotros. Dante empuja una piedra, esta se hunde en la pared y un panel se desliza



hacia un lado, dejando al descubierto una puerta oculta.

—Alguien está haciendo su agosto construyendo pasadizos secretos —murmuro.

Al otro lado de la puerta la oscuridad es total, pero Dante enciende una linterna y se adentra en la negrura. La linterna nos proporciona suficiente luz para ver unos pasos por delante de nosotros, aunque poco más. Después de que hayamos caminado unos minutos —siguiendo humildemente a Dante, a pesar de no tener ni idea de adónde nos dirigimos—, él se detiene y apunta la luz hacia la pared. Abre un panel de control, manipula varios interruptores y se enciende una hilera de bombillas solares que iluminan débilmente el resto del túnel. Con las luces encendidas, desaparece parte de mi inquietud.

—¿Dónde estamos? —pregunta Erik. Si nos encontramos lo bastante lejos de la entrada como para encender las luces sin peligro, entonces también será seguro hacer preguntas.

—Queríais saber lo que era una tronera —responde Dane—. Os llevo a una. Hay un *spider* más adelante, lo llevaremos a la nave.

El túnel parece extenderse kilómetros por delante de nosotros. Me alegra no tener que caminar todo el trayecto, pero me asusta viajar de nuevo en un *spider*. Dante se encarama al vehículo y lo arranca. Erik me anima a montarme en el asiento delantero y luego sube de un salto a la parte trasera. Se inclina hacia mí y me coloca los tirantes de un arnés por encima de los hombros.

—Abróchate —susurra.

Asiento con la cabeza, sin decirle que el arnés es lo único que me convence de montar en el *spider*.

—No te gustan estos chismes, ¿verdad? —me pregunta Dante.

—No —admito.

Me ofrece una amplia sonrisa, pero veo que él también tiene el arnés abrochado.

—No eres muy amante de los vehículos, porque tampoco te gustaron las motocicletas —añade—. Y algo me dice que en este vas a disfrutar menos aún que en el anterior.

—¿De verdad? —gimoteo, apretando los tirantes que me sujetan. Erik apoya una mano en mi hombro, pero no calma mi miedo. Dante tiene razón. No me gusta ir al descubierto ni la frenética velocidad de este tipo de artefactos. Hay otros vehículos que avanzan con más suavidad y, quizás más importante, tienen techo. Pero las motocicletas y los *spiders* parecen fuera de control. No encuentro nada a lo que agarrarme, así que me concentro en la mano de Erik cuando el vehículo avanza a sacudidas.

El término «*spider*» adquirió sentido en cuanto vi estos aparatos. Después de todo, parecen arañas metálicas, y escuché su estruendo sobre el terreno rocoso cuando fuimos a recolectar sol, aunque ahora entiendo realmente de dónde han tomado su nombre.

El túnel es circular, pero no hay carretera, solo unas vías rotas, y cuando nos

adentramos en el pozo, nos subimos por las paredes cóncavas en vez de avanzar por las viejas vías. Dante eleva el vehículo más y más por el lateral, acelerando hasta que mi pelo me golpea la cara como un látigo. Es casi doloroso, pero teniendo en cuenta que no vamos paralelos a las vías que hay por debajo de nosotros, soy incapaz de convencer a mi brazo de que se levante y me aparte el pelo. Tengo los dedos paralizados sobre el arnés, aferrados a él, aunque la mano de Erik continúa en mi hombro. Me concentro en ella, anclándome a su calor.

Volvemos a descender con estruendo hasta el suelo y avanzamos sobre las vías rotas, atravesando el túnel a toda velocidad. Nos movemos demasiado deprisa y es imposible que mi voz se oiga por encima del fuerte viento, pero cuando empezamos a acercarnos a un grupo de luces y Dante frena por fin, le pregunto:

—¿Para qué servía este túnel?

—Durante el último siglo se utilizó para embarcar esclavos. Ahora nos sirve para trasladar a los refugiados. En un segundo, pasas de estar tomándote un whisky a disfrutar de una excitante vida nueva en alta mar.

Me tiemblan las piernas cuando abandono el envolvente asiento. Me aferro a la estructura del *spider* y tomo las manos que Dante me ofrece como ayuda. Coloco las piernas de manera vacilante en el lateral, pero soy incapaz de bajar de la barra. Dante levanta un brazo y me sujeta por la cintura para colocarme en el suelo. Me tambaleo un poco, pero Erik me estabiliza cuando Dante me suelta.

—Creo que no te ha gustado el paseo —dice Dante.

—No soy muy aficionada a las trampas mortales —admito.

—Eso tiene gracia, teniendo en cuenta lo a menudo que te metes en situaciones peligrosas —dice Erik. Seguimos a Dante hasta unas escaleras que nos conducen a un bullicioso embarcadero. Sobre nosotros se eleva una enorme cúpula de cristal, y a través de ella se ve la interfaz. Cuando miro a lo lejos, distingo el océano que se extiende infinito y negro delante de mí.

Los trabajadores corren de acá para allá, gritando por encima del estruendoso vapor que se cuele por una trampilla redonda en el lateral de la cúpula. El embarcadero continúa al otro lado de la trampilla. Diviso algo amarrado en un extremo. Veo una puerta y un par de ventanas en una pared azul metálica. Los hombres pasan a toda velocidad a nuestro lado, pero a pesar de tener prisa, se detienen, levantan el puño hasta el hombro izquierdo e inclinan la cabeza hacia Dante. Él responde alzando el puño, aunque no baja la cabeza.

Un hombre con un mono gris nos adelanta corriendo pero se detiene en seco. Es Jax.

—Dante —exclama, desplegando una sonrisa. Jax no le recibe con el mismo saludo formal que los demás; los dos se agarran mutuamente el brazo.

—¿Está ella aquí? —le pregunta Dante—. Probablemente debería quitarme de encima este asunto —nos dirige una rápida mirada. No hay nada como sentirse bienvenido.

—Sí, Falon odia las sorpresas —dice Jax. Se levanta un poco más las gafas sobre la frente, y al hacerlo se mancha la piel con hollín—. La última vez que la vi estaba repasando las declaraciones de unos pasajeros.

—¿Por qué le interesan las declaraciones de los pasajeros? —pregunta Dante, frunciendo el ceño.

—Pregúntamelo tú mismo —contesta bruscamente una voz a nuestras espaldas. Me vuelvo y me encuentro cara a cara con una muchacha. Retrocedo un poco cuando sus ojos se entrecierran para estudiar mi rostro.

—¡Tú! —exclamo, reconociéndola casi de inmediato. Es la chica que nos encontramos la noche que la aeronave tuvo el accidente, la que nos recomendó a Jost y a mí que corriéramos hacia la Heladera.

—Os busqué en la Heladera como os prometí —me dice—. Pensé que habíais desaparecido —hay cierto tono de reproche en su voz.

—Dante se topó con nosotros primero, pero ya me has encontrado —respondo.

—Dante se topó con vosotros, ¿eh? —la chica le mira, ladeando la cabeza y arqueando una ceja—. Podrías habérmelo comentado.

—No empieces, Falon —protesta Dante en voz baja—. Sabes que nuestros canales están vigilados.

—¿Y cuál es su excusa? —insiste ella, señalando a Jax.

—No era conveniente airear más información sobre Adelize. Jax seguía órdenes —le explica Dante.

Falon agita las aletas de la nariz, pero dirige su atención de nuevo hacia mí.

—Adelize, ¿eh? Así que tú eres quien tiene a la mitad de la Corporación alborotada.

—¿Solo a la mitad? Debo de estar perdiendo estatus —le digo con una leve sonrisa. Ella no me la devuelve.

—¿Qué hace aquí?

—Creo que deberíamos hablar en privado —responde Dante, cogiéndola del codo.

—No empieces a tratarme con condescendencia, Dante —protesta ella.

—Pues no me obligues a hacerlo.

—A veces eres igual que los hombres de Arras. Me repugna —prácticamente le escupe el insulto.

Me acerco a Erik hasta que noto su mano en mi espalda. La situación se está poniendo fea bastante deprisa.

—Falon, vamos a hablar —Dante reitera su petición. Tras una pausa, añade un dubitativo—: Por favor.

Se alejan unos pasos. Hay suficiente ruido con el vapor y la actividad como para que no los oigamos.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Jax, que cambia el peso del cuerpo de un pie a otro con nerviosismo.

—Dante no nos había avisado de que venía contigo. Hace semanas que no se pasa por el embarcadero —nos explica Jax.

—Por mi culpa —respondo con un suspiro.

—¿Dónde conociste a Falon? —me pregunta Erik.

—Jost y yo nos tropezamos con ella la noche que llegamos a la Tierra. Acudió a encargarse de la nave que derribé —le cuento a Erik lo que Falon nos advirtió aquella noche.

—¿Y no pensaste en mencionármelo?

—Supongo que en cierto modo lo olvidé, con todo lo que estaba pasado y Jost y tú venga a discutir —mientras me justifico sé que son meras excusas, aunque con parte de verdad.

—Hay unas estrictas medidas de seguridad en los asuntos relacionados con Kincaid y la Corporación. No es culpa tuya... —Jax deja la frase a medias y se limpia las manos en los pantalones.

—Creía que te habías marchado con la misión —le digo, recordando lo que Dante había comentado sobre que Jax no estaba.

—No, pero he permanecido aquí la mayor parte del tiempo —responde. Dante me mintió para ocultar dónde iba Jax en realidad. Es una buena razón para engañarme, pero no me sienta bien.

Falon y Dante regresan hacia nosotros, y ninguno de los dos parece contento. Dante trata de cogerle la mano a Falon, pero ella se lo impide. Él se limita a darle un rápido apretón en el hombro, aunque su rostro mantiene la expresión severa.

—Eso lo explica todo —murmura Erik.

—Una amante despechada —digo yo.

—Y luego él aparece con una chica guapa después de semanas de silencio —añade Erik.

—Soy su hija —le recuerdo.

—¿Crees que ella lo sabe?

Buena cuestión.

Los susurros se apagan en nuestros labios cuando Dante y Falon se acercan.

—Os pido disculpas por mi rudeza —dice Falon. Le ofrece la mano a Erik e intercambian una presentación formal—. Dante me ha puesto al corriente de todo.

—¿De todo? —pregunto, mirando a Dante. ¿Le ha contado que es mi padre?

—*De todo* —responde Dante, apretando los labios.

—Entonces, perfecto —dice Erik, relajando la tensión—. ¿Puedes enseñarnos una tronera?

—Vamos a hacer una ronda en diez minutos. Has calculado bien, Dante —dice Falon. Sus ojos aparecen negros bajo la tenue iluminación.

—En realidad, no —responde él—. Llegó a mis oídos cierta información que tenía la red de Kincaid.

—Es bueno saber que sigues atento —replica Falon, y se pone en marcha a

grandes zancadas. Con sus pantalones de cuero y su sencilla trenza negra resulta intimidante, pero la seguimos cuando atraviesa la trampilla de la cúpula hacia el embarcadero.

—Concededle unos minutos —nos pide Dante—. Entrará en calor. No le gusta admitir que ha estado preocupada.

—¿Preocupada por ti? —sugiero.

—He tenido mucho trabajo y con Kincaid rondando a tu alrededor ha sido más complicado incluso escabullirme.

—Entonces, ¿Kincaid no está al tanto de esta operación? —pregunta Erik.

Dante respira hondo y luego niega lentamente con la cabeza.

—Muchas de estas personas pasan refugiados de contrabando para él. Les sirve de tapadera y de modo de vida, pero Kincaid no conoce este lugar ni todo lo que nuestra organización hace.

Miro a los trabajadores que nos rodean. Es una extraña combinación de gente —bastantes personas de nuestra edad, pero muchas de ellas más mayores—. Llevan cinturones con herramientas y unas gafas protegiéndoles los ojos o colgadas del cuello para acceder fácilmente a ellas. Cuando atravesamos la estela de vapor que cubre el embarcadero, veo lo que hay en su extremo final. Las puertas y ventanas que divisé antes forman parte de una estructura metálica suspendida de un globo que flota en el aire. Unas enormes costillas de acero rodean el esqueleto, dándole forma. La aeronave está amarrada al embarcadero con unas gruesas cuerdas. Es parecida a la que derribé durante nuestra primera noche aquí —la que supuse que pertenecía a la Corporación.

Me vuelvo hacia Dante.

—¿Dónde estamos? ¿Quién es esta gente?

Dante extiende las manos, señalando hacia el ajetreo que nos rodea.

—Bienvenida a la resistencia. Adelize, estás en pleno corazón del Plan Kairos.

## TREINTA

Dante nos ofrece un breve recorrido por las instalaciones, en el que pasamos junto a paneles de control y grupos que estudian planos detenidamente.

—¿En qué están trabajando? —pregunto.

—En la red eléctrica —me explica Jax, señalando los paneles—. Somos casi autosuficientes.

—¿Estáis construyendo un tendido eléctrico?

—La única manera de que la Heladera, o cualquier otra ciudad futura sobre la Tierra, pueda existir es con una fuente de energía —dice Dante.

—Pero Kincaid...

—No tiene visión de futuro —me interrumpe Dante—. Solo piensa en acabar con Arras. Jamás ha pensado en lo que se necesitará después para reconstruir la Tierra. Si vamos a repoblar el planeta, será imprescindible el acceso a la energía, y lo último que deseo es tener que depender de Kincaid cuando llegue ese día.

—Estamos experimentando con un sistema exclusivamente solar —nos explica Jax—. No disponemos de carbón en estos momentos, eso sigue bajo control de Kincaid, pero he construido un dispositivo fotovoltaico que funciona solo con energía solar. Resultará más sencillo cuando dispongamos de una estación eléctrica con dispositivos permanentes, pero tendremos que esperar a que la interfaz se desprenda para poder utilizar mi sistema al completo.

Jax y Dante responden más cuestiones sobre sus proyectos, pero yo permanezco en silencio. El Plan no solo sigue vivo, sino que está creciendo. Dante y los demás revolucionarios no se están preparando para la guerra, sino para lo que vendrá después. Aunque me moleste que Dante me lo haya ocultado, admiro su previsión. No es algo para lo que yo tenga un gran talento natural.

Nos conducen hasta la aeronave y al entrar, encontramos un amplio mirador desde el que se ve el océano por debajo de nosotros. Fuera, un pasillo lleva hasta una plataforma descubierta con escaleras que ascienden por la rígida estructura de la nave. Me siento incapaz de liberar la pregunta que espera en mis labios mientras contemplo lo que me rodea.

—Están retirando las cuerdas —anuncia Falon, acercándose a nosotros—. He verificado con el piloto que disponemos de un anclaje confirmado en la ruta de recogida.

—¿Cuántos llegan? —le pregunta Dante.

—Solo uno con credenciales, pero ese ha garantizado el paso a otros cuantos —responde Falon.

—¿Y qué vamos a hacer con ellos? —añade Dante—. Ahora mismo Kincaid tiene demasiado vigilada la Heladera. Será complicado instalarlos de manera segura.

—Ya se te ocurrirá algo —contesta Falon con un tono más amenazante que comprensivo. No mira a Dante, lo que demuestra que sigue enfadada con él por lo de

las últimas semanas.

—No tengo tanta influencia —replica Dante, agarrándole el brazo.

—¿Desde cuándo? —exclama Falon.

—Desde que ella ha caído en manos de Kincaid —responde Dante. Ambos dirigen sus ojos hacia mí.

Me encanta verme involucrada en peleas.

—Ahora no podemos abandonarlos. Están a salvo en el nudo y les han prometido un pasaje.

—Entonces, tendrán que quedarse con el Plan, hasta que podamos distraer a Kincaid —concluye Dante.

—Kincaid ya está distraído —le recuerda Falon.

—Pero no por mucho tiempo, y además descubrirá que ha sido una trampa. Estará pendiente de cualquier actividad.

—¿Os importa ponernos al corriente de lo que estáis hablando? —pregunta Erik. Me alegro de no ser la única que no logra seguir la conversación.

—La misión de Kincaid ha sido una distracción —responde Dante con voz sombría.

—¿Una distracción? —repito, y noto que el corazón me da un vuelco.

—La información sobre el Whorl era un señuelo para alejarle de la Heladera —nos explica Falon—. Teníamos que asegurarnos de que estuviera ocupado.

—¿Por qué? —pregunto aturdida; tenía toda mi esperanza puesta en que regresaran con el Whorl, pero lo más importante es que Jost también.

—Tenemos motivos para pensar que el Whorl está en manos de la Corporación, y sería imposible buscarlo con Kincaid fisgoneando —dice Dante.

—¿Significa eso que sabéis dónde está? —me acomodo en una silla a la espera de la respuesta.

—Todavía no, pero nos estamos acercando... —dice Dante.

—Lo más importante —le interrumpe Falon— es que lo encontremos nosotros primero. No podemos arriesgarnos a que el Whorl caiga en manos de Kincaid.

—¿Por qué no? Kincaid quiere utilizarlo para separar ambos mundos —replico. El Whorl era mi mejor opción para escapar de la Corporación de una vez por todas. Y aunque no se pueda confiar en Kincaid, podría servirnos como recurso.

Falon mira a derecha e izquierda para comprobar quién hay alrededor, y luego niega con la cabeza.

—Kincaid no apoya el Plan.

Contengo el aliento.

—¿Y qué pretende?

—Eso debería ser obvio —responde Falon.

—Sorpréndeme.

—Él es el malo.

—Entonces no podemos regresar a la mansión —exclama Erik.

—Eso es exactamente lo que debéis hacer —se apresura a decir Dante—. ¿Qué creéis que pasará si desaparecéis de su casa?

—¿Pretendes que nos quedemos esperando y finjamos que apoyamos a Kincaid? —le pregunto.

—Si valoras en algo el Plan... —empieza a decir Falon.

—¡Ni siquiera sé lo que pretende el Plan! —exploto—. ¿Adónde vamos? ¿Por qué debería confiar en cualquiera de vosotros? Jamás acudisteis a buscarnos, y Dante nos ha estado ocultando cosas todo el tiempo —las preguntas y acusaciones fluyen de mi boca, empujadas por un maremoto de reproches.

—No podía contároslo —responde Dante en voz baja, tratando de calmar mi ira—. Resultaba peligroso.

Me revuelvo en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y este era el momento adecuado?

—No —admite Dante—, pero os ibais a meter en problemas. Eso lo habéis dejado claro los dos.

—Tal vez se necesite un poco de revuelo por aquí —dice Erik. Yo asiento con la cabeza para confirmar que estoy de acuerdo con él.

—Ya tenemos suficientes problemas sin que unos chavales vengan a añadir más —exclama Falon.

—No te pongas fanfarrona conmigo —replico, inclinándome hacia delante y señalándola con el dedo—. Me da igual que Dante sea mi padre, y tú y yo tenemos la misma edad.

—¿Has estado en muchos tiroteos? ¿Has visto morir a tu mejor amigo entre tus brazos? —me pregunta Falon.

—He sido testigo de la muerte de más de un amigo —respondo furiosa—. He visto a personas que amo convertidas en monstruos y he escapado de Cormac Patton. Avísame cuando seas capaz de hacer un desgarrón en un coventri para huir.

—Así que los rumores son ciertos. No eres una simple tejedora —dice Falon. Por primera vez desde que nos conocimos, sus ojos muestran un destello de aprobación.

—¡No, soy la maldita maestra de crewel! —exclamo con toda la furia que puedo reunir.

—Desde luego tiene el mismo genio que tú —dice Falon, reclinándose en su silla y mirando a Dante.

—A mí no me metas en esto —replica él, levantando una mano.

—Tú mismo te metiste cuando me dejaste abandonada en Arras —me levanto de un salto de la silla para franquear la primera puerta que encuentro. Erik sale detrás de mí, pero no me detiene cuando continúo hacia el siguiente pasillo.

—¿Quién se cree que es para tratarme así? —refunfuño.

—Tu padre —contesta Erik.

Me vuelvo y le golpeo el hombro.

—Él jamás será mi padre.



—Lo sé —dice Dante, cerrando la puerta a su espalda—. No estoy tratando de manejarte. Solo quería protegerte de esto.

—No tenías derecho a ocultármelo —le reprocho.

—Lo siento —responde Dante—. Al principio lo hice porque era el protocolo. Y luego no es que fuera a dejártelo caer en el regazo, pero por alguna razón, no quise decírtelo.

—Porque no confías en mí —le acuso.

—No, es más que eso. Tal vez porque no estuve allí cuando naciste. ¡Por Arras!, puede que me esté costando hacerme a la idea; tú no eres la única que está luchando con lo que esto significa —exclama Dante—. Y a pesar de todo... a pesar de ser consciente de que merecías saberlo... fui incapaz de decírtelo.

—¿Por qué? —le grito sin hacer caso al dolor de mi garganta. Erik me rodea los hombros con el brazo para calmarme, por lo que me resulta más difícil contener las lágrimas.

—Porque, te guste o no, eres mi hija, Adelize —Dante hace una pausa y se atreve a alzar la mirada para buscar mis ojos—. Y te quiero.

No añade nada que me apacigüe y, en silencio, regresa hacia donde dejó a Falon. Erik me apoya sobre su hombro y entonces libero las lágrimas, entre sollozos.

—No sé en quién confiar —susurro.

—En mí —responde él, acariciándome el brazo—. Y en Jost. Pase lo que pase, siempre nos tendrás a nosotros.

De eso estoy segura, pero incluso mientras lloro entre sus brazos siento que nos separa demasiada distancia para salvarla. Es un abismo surgido de la necesidad, y si lo cerramos, no sé si perderé a Erik, pero tengo claro que perderé a Jost.

—Erik, no puedo perderte —gimoteo—. No puedo perderos a ninguno de los dos.

Sus brazos me rodean con más fuerza, y durante un instante deseo que destruya el muro que hemos levantado entre nosotros. Quiero que me ayude a olvidar. Pero en vez de eso, susurra:

—No nos perderás. No permitiré que suceda. Te prometo que nunca te abandonaré.

Sin embargo, aunque estemos fundidos en un abrazo, nos encontramos a millones de kilómetros el uno del otro.



Permanecemos en la plataforma de observación, contemplando cómo se desplaza la aeronave por la interfaz. Varios ganchos y poleas repartidos por el recubrimiento exterior de la nave sujetan y recogen las hebras exteriores, de modo que no volamos, sino que avanzamos enganchados a la maraña de hebras. Dante se acerca a nosotros mientras los engranajes y los garfios de la estructura se agarran y se cierran,

sujetándonos a la interfaz de manera temporal.

—Esto es una tronera —dice Dante.

Mientras habla, las hebras de la interfaz rotan violentamente, girando en espiral unas sobre otras con rápida y elegante precisión hasta que un largo embudo de caóticas hebras entrelazadas se extiende en suave diagonal hacia la nave, abriéndose a unos metros de la plataforma. Me atrevo a mirar dentro de la tronera. Está hueca como esperaba: un pozo de hebras perfectamente circular que se estira y avanza en un caleidoscopio de colores. Cierro los ojos con fuerza y escucho la música de las hebras. Me llega en una oleada de violines, con notas agudas y prolongadas. Es todo lo que necesito. Podría trepar por ahí y regresar. Pero regresar ¿adónde?

—¿Cómo habéis hecho esto? —le pregunto.

—Arras no controla a todas las personas con talento —responde Dante, encogiéndose de hombros.

Es el eufemismo del siglo.

—Tenéis gente dentro —conjeturo.

—Por supuesto —dice Dante—, una resistencia no serviría de mucho sin espías.

—¿Y qué dicen tus espías de mí? —le pregunto, recordando que Falon reconoció mi nombre de inmediato.

Falon aparece a mi lado.

—Mi tarea consiste en mantenerme al tanto de lo que sucede ahí arriba. Y chica, no dejas de salir en las noticias.

—¿Me están sacando en la Continua? —palidezco. Jamás podré regresar a Arras de forma segura si todo el mundo me está buscando.

—Continuamente —asegura Falon—. Cuento con una red de espías, gente que me manda información desde los coventris y las oficinas ministeriales.

—¿Las mismas personas que le pasan la información a Kincaid? —pregunto—. Se la vendéis a él.

—La información es un buen negocio —afirma ella—. Controlo la que Kincaid recibe y utilizo el dinero que me paga para sobornar a algunos de sus hombres.

—¿Sobornar?

—Los refugiados no vienen gratis. Si no disponen de dinero, adquieren una deuda con su padrino —me explica Falon. Percibo una nota de indignación en su voz.

—Así es como Valery acabó en la mansión —interviene Dante.

—Hablando de Valery, ¿cómo está Deniel? —le pregunta Falon.

Al escuchar ese nombre se me contrae el estómago, como si lo tuviera rodeado con un alambre.

Dante vacila y sacude la cabeza.

—Ya no está.

—¿Que no está? ¿Dónde se ha ido?

—A ninguna parte —responde Dante—. Fue eliminado.

—¿Qué? —pregunta Falon con un tono inequívoco de ira.

—Atacó a Adelice, intentó modificarla. Era un espía —le explica Dante.

—¿Un espía? —repite Falon—. ¿Quién autorizó sus credenciales en Arras?

—No estoy seguro —dice Dante.

—Qué pena —exclama Falon con un suspiro—. Tenía talento. Debería haberme dado cuenta cuando pidió entrar al servicio de Kincaid. Un sastre como él nos habría resultado útil.

—Un sastre corrupto hace un mal trabajo —le recuerda Erik.

—Cierto. Supongo que hemos tenido suerte —admite Falon.

—¿Cómo funciona esto? —pregunto, aún fascinada por el túnel de luces y colores arremolinados.

—Es una convolución espacio-temporal. Se han entrelazado las hebras de la interfaz con las originales de la Tierra —me explica Falon.

—En el otro extremo se encuentra el nudo —añade Dante.

—¿Quién crea los nudos? —le pregunto.

—Algunos los hemos hecho nosotros, pero otros existían de antes —responde Dante—. Cuando Arras se creó, ya había nudos.

—Llevamos meses utilizando este, pero si Deniel era un espía, puede que haya quedado comprometido.

—¿Qué sucede si la Corporación descubre un nudo?

—A veces nada —responde Falon—. Lo aprovechan para introducir espías. En otras ocasiones, cuando quieren *comunicarnos* que conocen su existencia, lo usan para enviar un batallón de remanentes. Y en el peor de los casos, aplican el Protocolo Uno. Modifican toda la ciudad.

Me viene a la mente un vago recuerdo. La noche de mi recogida.

—Cambian los recuerdos de los habitantes.

Sí —confirma Falon—. Es una combinación de esfuerzos. Las tejedoras vuelven a crear toda la pieza para eliminar los nudos, mientras los sastres ajustan los recuerdos colectivos de la población. Todo ello sin saber jamás lo que el otro grupo está haciendo. De ese modo, el pasadizo queda cerrado. Y no hay manera de que los refugiados puedan atravesarlo.

Me vuelvo y miro dentro de la tronera, observo el remolino de colores y las luces que se mueven alrededor de las hebras retorcidas. Me atrae, aunque solo sea un espacio intermedio. Arras ya no es mi hogar, como tampoco lo es la Tierra. Si pudiera, me perdería en su abrupta belleza, construiría una vida en el tejido del universo, rodeada de posibilidades. Pero existen demasiadas cosas que me atan a este lugar, y muchas otras que me empujan hacia casa. No hay tiempo para permanecer en el espacio, inmóvil.

—Ya vienen —anuncia Falon.

Miro, pero no veo nada. Cierro los ojos y me concentro. Las hebras emiten un zumbido, y con un poco de esfuerzo, escucho el tañido metálico del tiempo a través de la suave melodía de la materia que lo rodea. La combinación resulta bastante

hermosa, aunque si no estuviera atenta, sonaría estática. Dirijo mi atención hacia otro punto y escucho voces. Aparecen varias sombras en la convolución de la tronera y un pequeño grupo de gente se desliza por ella. Hay solo cinco o seis personas.

—Buenas noches, Walter, ¿qué traes? —pregunta Falon, intercambiando un saludo con el hombre que encabeza el grupo.

—Solo unos cuantos. Cinco adultos y un niño.

Me fijo más en el grupo. No había visto al niño, pero ahí está, abrazado a la pierna de su madre. Se tropieza con mi mirada, con los ojos abiertos como platos. Va vestido con el típico uniforme del colegio, pero no puede ser muy mayor. Debe de haber empezado las clases este año. Le sonrío, pero se esconde rápidamente tras la falda de su madre.

La madre se muestra estoica, nos mira con recelo. Lleva un vestido raído y me doy cuenta de que se ha subido la manga del fino jersey para ocultar un roto que tiene en ella. Mantiene la cabeza alta, pero distingo junto a su oreja unas manchas oscuras que se extienden hasta el cuello. Cardenales.

—Este es el que tiene credenciales —dice Walter, adelantando a un hombre alto hacia Dante y Falon. El hombre gira la cabeza para que puedan ver el reloj de arena que tiene oculto bajo el nacimiento del pelo.

—¿Qué sabes hacer? —le pregunta Dante.

—¿Yo? —responde el hombre—. Nada. Traigo información para Dante.

Dante no le revela que es él, y se vuelve para mirar a la mujer y al niño.

—¿Y esa información te aseguró un pasaje para seis?

—No podía dejarla allí —dice el hombre—. No después de lo que le han hecho. Sé lo que les sucede a los que se endeudan para venir, pero créeme, mi información vale lo que nuestros pasajes.

—Está bien —dice Dante—, pero explícanos qué es eso tan importante que sabes.

—Es información solo para Dante —insiste el hombre, y alza la barbilla como para afianzar sus palabras.

—Estás hablando con él, viejo charlatán —exclama Walter.

—Señor —el hombre cambia de postura y hace una profunda reverencia al tiempo que alza un puño hacia su hombro—. Discúlpeme. Pensé que seríais...

—¿Más mayor? —sugiere Dante—. Me lo dicen mucho —me lanza una rápida mirada.

—Necesito hablar con usted en privado.

—Puedes contármelo aquí —dice Dante.

—No, señor, no puedo —insiste el hombre—. Las órdenes de Alix fueron que os lo comunicara en privado.

Dante se pone rígido al escuchar esto, pero asiente con la cabeza y los dos se marchan al pasillo vacío de dentro.

—¿De qué puede tratarse? —me pregunto en voz alta, pero Erik no responde. Cuando me vuelvo para repetirle la pregunta, descubro una expresión aturdida en su

rostro.

—¿Erik? —le toco ligeramente el brazo para captar su atención—. ¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada —responde, pero su manera de tragar contradice sus palabras.

Por el rabillo del ojo veo cómo nos observa la mujer, con su hijo aún escondido tras ella. Tirita con la brisa que levanta el lento movimiento de la aeronave.

—Espera —le digo a Erik.

Me acerco a la mujer lentamente, me inclino y deslizo una mano por el pelo perfectamente cortado del niño. Sonríe. Me quito el abrigo y se lo coloco a la mujer sobre los hombros. Ella retrocede y sacude la cabeza.

—No lo necesito —le aseguro.

—No puedo aceptarlo —responde—. No podría pagártelo.

Ignoro lo que le sucedió en Arras, pero no parece dispuesta a deberle favores a nadie, aunque con esa actitud va a haber un montón de cosas que no podrá pagar en la Tierra. Gracias a Jost, sé cómo conseguir que lo acepte.

—No lo hago por ti —le digo. Esta vez me deja colocárselo en los hombros. Jost me enseñó que el amor de un padre lo vence todo, incluso el orgullo.

La mujer traga con dificultad y responde:

—Gracias.

Le devuelvo una leve sonrisa y me alejo, con los ojos ardiendo por las lágrimas.

Una cálida y áspera chaqueta de lana cae sobre mis hombros.

—Adelice Lewys, tienes buen corazón.

Sus palabras suenan algo roncadas.

Tiro de los laterales de la chaqueta de Erik para cerrármela.

—Tú también, Erik.

Se encoge de hombros y aparta la mirada, pero le agarro la mano.

—De verdad le aseguro.

Erik abre la boca para responder, pero de repente aparece en cubierta un grupo de hombres que vociferan órdenes y tiran de las cuerdas que nos sujetan al nudo de la interfaz. Lanzan las amarras al aire y detienen nuestro avance. Agarro a Falon por el brazo cuando pasa a toda velocidad junto a nosotros.

—¿Qué sucede? —chillo por encima del estrépito que nos rodea.

—Están atacando la mansión —responde gritando—. Dante ha ordenado que regresemos.

No se queda a responder ninguna del millón de preguntas que me surgen. ¿Están atacando la mansión? ¿Ha venido la Corporación a por mí? ¿Sabían los hombres de Kincaid que me he escapado? Y entonces una cuestión me paraliza:

¿Qué le sucederá a mi madre?

## TREINTA Y UNO

La aeronave avanza demasiado despacio para mi gusto, así que camino con impaciencia por la cubierta hasta que aparece Dante, acompañado de Falon y con un montón de chalecos en los brazos. No le he visto desde que ella nos informó de lo que estaba sucediendo, pero cuando se acerca, levanta un dedo hacia mis labios.

Sacudo la cabeza.

—No, tengo que saber lo que ocurre. ¿Quién está atacando la mansión?

—Un grupo de remanentes —responde Dante—. Probablemente hayan ido a por tu madre.

—¿A por mi madre? —repito con incredulidad.

—¿Te refieres a una misión de rescate? —le pregunta Falon mientras me pasa un chaleco para que me lo ponga—. Los remanentes no son leales, Dante.

Me atrevo a mirarle y encuentro unos ojos fríos y distantes. Está mintiendo a Falon, y a mí, pero ¿por qué?

—Kincaid no puede descubrir que te has escapado —dice Dante—. Le habrán alertado del ataque, así que no podemos perder tiempo. Tenemos que regresar antes que él.

—Y tenemos que llegar hasta mi madre —añado. Me da igual lo que haya sucedido, pero no soporto la idea de que regrese a la manada de remanentes.

—Por supuesto —dice Dante con expresión ausente.

—¿Y cuál es tu plan? —pregunta Erik, examinando los bolsillos de su chaleco negro.

—¿Cómo os defendéis con las cuerdas? —nos pregunta Dante mientras echa un vistazo por el lateral de la cubierta.

Sus palabras no suenan nada tranquilizadoras.

—¿No iremos a meternos en la refriega? —pregunto al tiempo que cojo el chaleco que me ofrecen.

—No, vamos a *lanzarnos* dentro de ella. No hay más remedio. No disponemos de tiempo —Dante me alarga un grueso mono negro y le pasa otro a Erik—. Agradeceréis poneros esto.

Soy incapaz de preguntar por qué.

—¿Vamos a sobrevolar la Heladera con la aeronave? —pregunta Erik—. Es arriesgado.

—No tenemos otra opción —contesta Dante, cada vez más desanimado. Por la expresión de Falon, ya ha discutido este tema con ella.

—Mientras nos acercamos, volaremos al estilo de Kincaid —nos explica Falon—. Lo único que podemos esperar es que, con el caos, nadie se fije demasiado.

—Todo irá bien —le asegura Dante—. Kincaid no ha regresado todavía. Jax y yo podemos ocuparnos de los problemas que surjan.

—Eso espero —responde Falon, aunque parece escéptica.

Erik y yo nos cambiamos, dándonos la espalda. Ninguno de los dos dice nada, pero estoy segura de que escucha los latidos de mi corazón. Suenan tan fuertes como un tambor, aporreándome el pecho.

—¿Me subes la cremallera? —le pido una vez que me he embutido en el ajustado mono.

Erik me sube la cremallera y me besa suavemente la nuca. El mundo se detiene a mi alrededor, las hebras lanzan suaves destellos y todo se desvanece en una maraña de vitalidad y energía. Vivo toda una vida en la dulzura de esos labios y el calor de su aliento sobre mi piel. No digo nada, sino que me pongo el chaleco y abandono la estancia a grandes zancadas, incapaz de mirarle.

Dante revisa mi chaleco y me enseña el delgado mosquetón metálico fijado a un arnés que me sujetará a la cuerda mientras hacemos rápel. Me coloco dentro del arnés y me lo subo por las piernas. Dante sujeta el mosquetón.

—Déjate caer.

Le miro con expresión nerviosa, pero me inclino hacia atrás. Me balanceo, pero mi cabeza no llega a tocar el suelo —Dante agarra con fuerza el mosquetón y el arnés aguanta—. Me coge del brazo y me pone de nuevo en pie con una sonrisa de aprobación.

—Lo único que tienes que hacer es colocar esto por debajo de la pierna. Con una mano aquí y otra aquí —Falon me hace una demostración agarrando la cuerda por encima del mosquetón y colocándosela luego entre las piernas. Con la otra mano sujeta la cuerda contra su rabadilla—. Luego abres un poco la mano y bajas lentamente dejando que la cuerda se deslice por la palma. Pero no la sueltes.

—Parece sencillo —respiro hondo e imito sus movimientos con la cuerda.

—No lo pienses demasiado —me aconseja—. Toma esto —me alarga unos guantes—. No queremos que te hagas daño en las manos.

—Gracias —no le digo que ya las tengo destrozadas, que cada pedacito de mí está de algún modo agrietado y roto.

Falon se inclina hacia mí y me susurra al oído.

—Si pasa cualquier cosa, ve al túnel y búscame.

Asiento con la cabeza, pero Dante se interpone entre nosotras para comprobar mi arnés una última vez.

—Estamos listos —dice. No aparece nadie en la cubierta para amarrar la nave y le miro con la confusión escrita en el rostro.

—No podemos detenernos —me explica—. Desconocemos la naturaleza del peligro y no podemos arriesgar la aeronave. Es la única que tiene el Plan.

Porque yo destruí la otra. Asiento con la cabeza, tratando de mostrar valentía, pero fracaso estrepitosamente.

Dante me conduce hasta el único lateral de la cubierta sin barandilla. Allí nos esperan cuatro cuerdas enroñadas. Grita algo, pero sus palabras se pierden en el viento. Entonces coge una cuerda y la lanza por el borde de la nave. Se despliega en

el aire, pero permanece anclada a la cubierta. Dante se coloca la cuerda entre las piernas. Pone las manos en posición, se inclina hacia el vacío y me hace un gesto con la cabeza, como diciendo que le acompañe. Erik y yo nos miramos, y me guiña un ojo.

—¿Algún consejo? —le pregunto a Jax mientras nos acercamos a las cuerdas.

—Deslízate deprisa —me dice, dándome unos golpecitos en el hombro.

Coloco la cuerda alrededor de mi muslo y la engancho con el mosquetón. Mis manos se aferran a ella.

—¡Adelante! —grita Dante por encima del vendaval que nos rodea.

Desaparece junto a Jax.

—¡No puedo! —le grito a Erik.

—Tienes que hacerlo —me responde, y como si estuviera desafiándome, se deja caer, desliziéndose a toda velocidad.

Me apoyo contra el viento y cierro los ojos, sintiendo la cuerda entre las manos. Es solo una hebra, me digo a mí misma mientras la sangre fluye por mis venas y entra en mi frenético corazón. El aire besa mis mejillas y ruge en mis oídos. Aprieto de nuevo las manos y salto de la cubierta, lanzándome al vacío.



## TREINTA Y DOS

Me deslizo por el aire, sujeta a la cuerda. Mientras caigo, mi cuerpo gira hasta que quedo colgando cabeza abajo.

*Mucho mejor.*

Estoy flotando por encima de la Tierra, oscilando mientras la aeronave avanza. Reúno toda la energía que puedo y me impulso hasta que logro colocarme cabeza arriba, aferrada a la cuerda. Respiro hondo y relajo los dedos un instante. Caigo en picado varios metros antes de que mis dedos se aprieten de nuevo y detengan mi avance.

—No pasa nada —me digo a mí misma, porque estoy colgando de una cuerda, sola en medio del aire—, sabes cómo funciona, así que adelante.

Tengo que repetírmelo varias veces antes de dejarme caer. El efecto es instantáneo. Me deslizo por la cuerda, y a pesar de los guantes y el mono la fricción me quema la piel, dejando un rastro de fuego que me recorre todo el cuerpo. La gravedad tira de mi pelo, arremolinándolo alrededor de mi cara. Me atrevo a mirar hacia abajo, hacia el suelo que viene a mi encuentro. La cuerda me desgarran los guantes, pero controlo el descenso hasta que me quedo colgando a escasa distancia de la superficie. La aeronave continúa deslizándose por encima de mi cabeza y me arrastra lentamente por el aire mientras trato de soltarme para caer los últimos metros.

—Cuánto has tardado —me grita Erik.

—Me paré a tomar un té; ¿por qué has tardado tú tanto? —respondo, encogiéndome de hombros. No puedo evitar sentir cierta arrogancia.

—Suéltate —vocifera Erik—. Yo te cojo.

Bajo la mirada hacia Erik, que corre para mantenerse a mi altura.

—¿Listo? —grito, y a pesar mío, suelto la cuerda.

No resulta un aterrizaje elegante. Erik me atrapa, pero mi peso le desequilibra y rodamos los dos por el suelo.

—Casi perfecto —dice Dante cuando aparece a nuestro lado.

—Cierra la boca y ayúdame —exclamo.

Una vez que nos ponemos en pie, echamos un vistazo a nuestro alrededor y descubrimos que no estamos lejos de la mansión.

—He enviado a Jax por delante —nos explica Dante—. No deberíamos aparecer todos al mismo tiempo.

—Pues no nos quedemos aquí sentados y charlando —le digo—. Tenemos una mansión que salvar.



Al principio, no parece que suceda nada, pero cuanto más nos acercamos a la

propiedad de Kincaid, más intranquila me siento. El primer indicador de que algo terrible ha ocurrido es el hueco abierto por una explosión en la extensa valla perimetral.

—Explosivos —Dante golpea con el pie un montón de escombros que hay alrededor del muro destrozado.

—La Corporación —murmuro.

—Probablemente se trate de remanentes, pero puede que la Corporación no ande muy lejos. Cormac sabe que te has escondido aquí —dice Dante.

No estoy preparada para enfrentarme al espectáculo que nos espera una vez que alcanzamos la zona principal de la mansión. Varias de las preciosas estatuas de Kincaid yacen hechas añicos en el suelo, las cabezas y los brazos de mármol desperdigados por el sendero de ladrillo. Pero cuando nos acercamos a la enorme casa, descubrimos algo mucho más preocupante: cadáveres.

Cuando la misión partió en busca del Whorl, Kincaid dejó el mínimo personal, y con frecuencia tuve la sensación de que éramos las tres únicas personas que quedábamos en la mansión, pero ahora veo lo equivocada que estaba. Tropiczo con las piernas de un cadáver y caigo sobre un cuerpo surcado de profundas cicatrices de modificaciones.

—Remanentes —exclama Dante, ayudándome a ponerme en pie.

Los demás cuerpos esparcidos por el suelo pertenecen en su mayoría a hombres de Kincaid y algunos criados que reconozco de las comidas. El corazón se me sube a la garganta cuando diviso el cadáver de una mujer rubia con el rostro que lució en la obra teatral representada por Kincaid hace unas semanas. Aparentemente, los sastres no llegaron a devolverle su aspecto original.

—Parece que nos hemos perdido toda la acción —dice Erik, pero como para demostrar que está equivocado, se produce una explosión en la casa principal que nos lanza una lluvia de ladrillos y azulejos. Erik me tira al suelo y Dante se dirige precipitadamente hacia el edificio.

—¡No va armado! —grito—. Le van a matar —salgo corriendo, pero Erik me agarra del brazo para detenerme.

—No le pasará nada. Dispone de poderosas habilidades —me asegura—. Debemos permanecer juntos, Ad. No tenemos ni idea de lo que está sucediendo.

Dentro de la casa se está librando una batalla sobre las alfombras ornamentales y los suelos de mármol de Kincaid. Hay demasiado humo para distinguir quién es quién y no llevamos ni unos minutos dentro, cuando Erik me empuja hacia una hornacina donde hubo una estatua. Antes de que pueda entender lo que está haciendo, se aferra a un remanente. Un estallido perturba el aire y Erik afloja momentáneamente los puños, pero luego hunde los dedos en la carne del remanente. El hombre deja escapar un agudo gemido mientras por su piel abierta fluye un torrente carmesí. Pero Erik no acaba con él. El remanente nos da la espalda para escapar y nosotros nos apresuramos hacia el pasillo.

—¿Dónde está Dante? —le grito a Erik.

—Eso no importa. Tenemos que salir de aquí —me ordena Erik.

—¡No voy a abandonarle!

—Ad, puede que la Corporación ande detrás de ti, pero estos remanentes no tienen suficiente autocontrol para hacer prisioneros —asegura Erik, protegiéndome con el cuerpo hasta que estamos cerca de la escalera que conduce a las habitaciones de invitados del piso superior. Pero en vez de guiarme hacia arriba, Erik levanta el brazo y aprieta una cara labrada en la madera. Se abre un panel igual que por el que Deniel me empujó cuando me atacó. Miro fijamente a Erik, estupefacta.

—¿Cómo...? —exclamo.

—Pensé que podría ser útil explorar un poco —responde Erik, gritando por encima del estruendo de disparos que llega de una habitación contigua—. Soy un pésimo invitado. He estado fisgoneando. Hay pasadizos secretos por todas partes.

—¿Adónde van? —le pregunto, poco dispuesta a internarme en el oscuro pasillo.

—Qué más da —Erik me arrastra dentro, y antes de que pueda reaccionar, el panel se cierra a nuestras espaldas. El muro amortigua el ruido de la batalla y avanzo a tientas junto a la pared, preguntándome qué me espera escondido en la oscuridad. Erik me agarra la mano y me guía.

Luego me suelta y la pared se mueve de repente, deslizándose hacia un lado para dejar paso a otro pasillo. Me aferro al marco, una buena reacción pues a mi espalda aparece una escalera bien iluminada que desciende en espiral hacia un destino desconocido.

—Lo siento —dice Erik, alargando los brazos para ayudarme a recuperar el equilibrio—. Iré yo primero.

—No soy una muchacha indefensa, ¿sabes?

—Nunca he dicho tal cosa. Es solo que yo sé dónde va la escalera —responde.

Los escalones desembocan en el sótano de la mansión, y reconozco el pasillo que conduce al edificio de las celdas. Mi madre está ahí, y a pesar de todo lo que ha sucedido entre nosotras desde nuestro encuentro en la Tierra, mis pies vuelan hacia ella. Erik me sigue. El habitual zumbido de los barrotos electrificados ha desaparecido.

—El sistema de seguridad está desconectado —susurro. Me vuelvo para ver qué piensa Erik y descubro que se está sujetando el brazo izquierdo.

—¿Qué te pasa?

—Nada —responde, y se aparta de mí.

Me enfrento a él y me quedo fija en la sangre que escurre por su manga.

—¡Estás sangrando!

—Es lo que ocurre cuando te disparan —trata de sonreír, pero fracasa estrepitosamente y su sonrisa se transforma en una mueca de dolor.

—Tenemos que buscar un médico.

—Hay gente que está peor que yo —responde—. Vamos a buscar a tu madre y a

Dante.

Empiezo a protestar, pero Erik me aparta de un empujón y se dirige hacia el edificio de las celdas.

No hay ningún guardia apostado en el exterior. Noto un picorcillo en el cuero cabelludo, como una alarma natural, pero escucho la voz de Dante y mi pánico se transforma en curiosidad, aunque se me haya helado la sangre en las venas. Me aprieto contra la pared y permanezco atenta, tratando de comprender qué hace Dante aquí y por qué no está luchando junto a los demás hombres de Kincaid.

—Meria, no puedo cambiar lo que te han hecho —dice él.

—No finjas preocupación, Dante. No me han arrebatado los recuerdos. Sé que me abandonaste. Que nos abandonaste.

—Lo siento —se disculpa él.

—Tal vez Meria lo hubiera sentido también. Pero a mí no me importa —responde ella—. Seguramente tendrás cosas más importantes de las que preocuparte que de la siguiente prisionera a la que Kincaid va a ejecutar.

—No permitiré que eso suceda.

—¿Por qué? Yo te mataría, si no fuera por estos barrotos —asegura ella.

—¿Lo harías?

Mi madre deja escapar una carcajada hueca que no se parece en nada a la risa sonora que recuerdo de mi infancia.

Yo no soy Meria. A pesar de lo mucho que tú, o que ella, deseéis que lo sea. No soy ni tu amiga ni tu compañera.

—Eso no cambia nada para mí —asegura Dante.

Escucho el ruido que hacen sus zapatos contra el suelo y contengo el aliento, segura de que me va a descubrir. Pero suena el chasquido de un cerrojo que se abre.

—¿Qué haces? —le pregunta Meria con desconfianza.

—Voy a liberarte —responde él.

Tengo que taparme la boca con la mano para no gritar.

—¿Quieres que te demuestre que te mataré? —pregunta ella, y distingo una sonrisa en su voz.

—Primero voy a drogarte —dice él.

—Esto no cambia nada —le advierte ella.

—No lo estoy haciendo por eso. Algunas cosas no cambian a pesar de lo que haya sucedido —replica él—. Incluso lo que se marchita con el tiempo y la distancia jamás se olvida realmente.

Los gritos de mi madre me arañan los oídos y sé lo que Dante le ha hecho antes de escuchar cómo su cuerpo golpea el suelo. Es mi única oportunidad para detenerle. Tomo aire y doblo la esquina. Erik permanece en silencio detrás de mí.

—Ad —exclama Dante con sorpresa. Está inclinado sobre el cuerpo de mi madre. Parece dormida, o algo peor. Dante me mira primero a mí y luego a Erik, deslizándose la mano por el pelo mientras asimila nuestra repentina aparición—.

Erik, ¿estás bien?

—Sí —murmura Erik.

—¿Qué pretendes? —le pregunto, incapaz de obviar lo que le ha hecho.

—No es lo que parece.

—Parece que la hayas drogado y que estés planeando llevarla al desierto para abandonarla allí —le digo.

—Bien, entonces es exactamente lo que parece —admite él, algo confuso.

—Lo he escuchado todo —le confieso. Solo me han dolido algunas palabras de las que ha dicho ella, pero aún siento su vibración en la piel. Me recuerdo a mí misma que no es mi madre—. No puedes dejarla escapar. ¡Por Arras!, ahí fuera hay un campo de batalla.

—Por eso es mi única oportunidad para sacarla de aquí sin levantar sospechas. Nunca debería haberla traído. Cuando Kincaid regrese, la culpará del asalto.

—Quiere matarte —le recuerdo, articulando cada palabra—. Y a mí.

—Lo sé.

—¿Y no te importa? —le pregunto.

—Preferiría que no tuviera intención de matarnos —responde—. Adelize, tú no lo entiendes.

—Lo estoy intentando —exclamo.

—Kincaid me ha seguido el juego manteniéndola aquí, pero después de un ataque como este, no habrá manera de que continúe dándole cobijo.

—¿Qué más le da a Kincaid? —le pregunto—. ¿Es que ya no puede suministrar la valiosa energía para mantener la celda electrocutada? ¿La necesita para representar sus sórdidas obras de teatro y ver películas? Y aunque la sueltes sin que nadie se entere, tarde o temprano alguien la matará.

»¿Por qué no la salvas? —le exijo—. Modifícala de nuevo, déjala como era antes.

—No se puede enmendar el alma de una persona —responde Dante mientras se dibuja círculos con los dedos en las sienes. Se apoya contra los barrotes desactivados que antes mantenían cautiva a mi madre.

—La Corporación guarda los restos de su hebra. De las hebras de todos los remanentes. Si pudiéramos llegar hasta ellos...

—No hay tiempo para eso —me interrumpe Dante—. Ahí fuera no le ocurrirá nada peor que lo que Kincaid le reserva.

Toco uno de los barrotes. Ahora que la electricidad ha desaparecido no resulta peligroso. Necesito algo tangible a lo que agarrarme.

—¿Y si mata a alguien más? ¿Entonces qué?

—Podré vivir con eso —responde él.

—Yo no.

—No se trata de ti. Tú crees que lo que la Corporación le ha hecho ha sido horrible, pero...

—¿Pero? —le presiono—. ¿Qué hará Kincaid, convertirla en una muñeca con la

que jugar?

—Ojalá fuera algo tan agradable como eso —responde él.

—Tú nos trajiste aquí. Nos dijiste que Kincaid era nuestra mejor opción...

—Os dije que Kincaid era vuestra *única* opción —me corrige—. Tomaste una decisión, y te condujo hasta aquí.

—Tú me trajiste aquí —me acerco a él agitando un dedo.

—No tenía otra opción.

—¿De verdad? ¿O fue simplemente para satisfacer tu curiosidad? —le pregunto.

—En parte, sí —admite—. Pero, Ad, están sucediendo cosas. Kincaid viene de camino. Tienen información.

—Estupendo.

—No creo que lo sea —Dante vacila. Permanece callado y se carga a mi madre al hombro. Su cuerpo queda colgando, sin fuerza, como una muñeca de trapo sobre el hombro de un niño.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora? —le pregunto.

—Porque Cormac anda detrás de ti, Adeline, y no disponemos de tiempo. No podemos quedarnos aquí mucho más.

—¿Y qué pasa con Jost? —protesto.

—Le esperaremos, por si regresa con los demás.

—¿Por si regresa? —repito con voz hueca.

—Cuando regrese —dice Dante, y pasa a mi lado en dirección al pasillo—. No puedo explicártelo ahora. Tenéis que ocuparos de esa herida.

—Pero yo no...

—Puedes hacerlo —me interrumpe Dante—. Erik puede ayudarte. Y no le contéis a nadie, ni siquiera a Jost, lo que habéis visto esta noche.

No espera a que se lo prometamos.

## TREINTA Y TRES

Cuando nos asomamos desde el sótano, encontramos los pasillos en silencio. Del techo cuelgan tapices hechos jirones y los paneles que cubren las paredes están llenos de diminutos agujeros, pero no se ve a nadie. En la habitación de Erik, dejo correr el grifo hasta que el agua sale caliente, y cuando regreso al dormitorio, un fuerte olor a whisky me cosquillea en la nariz.

Erik señala la botella que descansa sobre la mesa.

—No, gracias —rechazo su ofrecimiento y niego con la cabeza—. Tal vez no deberías beber.

—Es para desinfectar —me explica mientras se echa un poco de licor sobre el bíceps ensangrentado. Hace un gesto de dolor cuando le roza la piel y se lo cubre inmediatamente con la toalla húmeda que he dejado sobre la cama.

—¿Cierro con llave? —atravieso la habitación en dirección a la puerta para hacer algo útil y para evitar mirar su brazo.

—Si el asalto ha terminado, los guardias de seguridad rastrearán la zona. Tal vez deberías dejarla abierta o los imbéciles de Kincaid la tirarán abajo.

—Ojalá eso me hiciera sentir mejor —me obligo a regresar junto a Erik y a levantar el trapo de manera vacilante para examinar la herida. Aparece un goterón de roja sangre cerca del músculo.

—Es un rasguño —asegura Erik con tono distraído, pero veo de nuevo su gesto de dolor cuando el aire le lame la herida.

—¿Tienes una bala dentro? —mis palabras quedan ahogadas por una emoción desconocida. Deseo llorar y besarle al mismo tiempo.

—Atravesó el brazo —me dice—. Todo irá bien en cuanto deje de sangrar.

—Puedo curarte —le recuerdo.

—No tenía intención de pedírtelo. Podría hacerlo yo mismo, pero para hacer arreglos es mejor utilizar las dos manos —me explica Erik—. Si te hace sentir incómoda...

Le interrumpo.

—Explícame lo que tengo que hacer —respiro hondo y vierto un poco de whisky en mis dedos. No estoy muy convencida de su poder desinfectante, pero no se pierde nada por intentarlo. Al examinarle el brazo con más atención, descubro una herida de salida en la cara opuesta.

—Concéntrate —dice Erik—. Visualiza las hebras.

Las indicaciones suenan demasiado serias e intensas en boca de Erik y me provocan una risita tonta; él se resiste ante mi nerviosa reacción y aparta el brazo.

—Lo siento —me disculpo—. Puedo hacerlo.

—Cuando hayas dejado de reírte y visualices las hebras —replica Erik con cierta amargura—, junta las que estén rotas y empálmalas. Es como en el telar, Ad. Tienes que arreglar el agujero.

Cierro los ojos y me concentro en el miedo que aporrea su canción de guerra en mi pecho. Cuando los vuelvo a abrir, veo las hebras que se entrelazan formando el brazo de Erik y un reguero de palpitantes fibras rojas que llama mi atención desde su bíceps. No sé lo que estoy haciendo exactamente, pero trabajo al ritmo que me marcan las notas agudas y desafinadas de las hebras dañadas hasta que quedan armónicas, unidas y curadas.

—No está mal —dice Erik cuando retrocedo un poco para examinar mi trabajo, y la habitación se descompone en un mundo de objetos físicos.

Repentinamente agotada por el esfuerzo, me dejo caer sobre su cama. Me coloco boca abajo, apretando la almohada contra mi pecho. Erik se limpia los restos de sangre de la herida recién suturada y lleva al baño las toallas, que han quedado inservibles. Mientras se aleja, pienso en lo que quiero decirle sobre Dante y mi madre. No tengo que hablar de ello, pero me apetece. Aunque no estoy segura de por qué. ¿Para sentirme mejor? ¿Para buscar una explicación? Esas razones tienen sentido, pero algo me retiene. Una tensión tácita que se cierne sobre Erik y sobre mí. Hablar sobre mi madre y Dante me obligará a mencionar cuestiones que él y yo estamos evitando constantemente.

De todas maneras, se lo comento.

—Todavía estás a tiempo de impedírselo —dice Erik.

—¿Debería hacerlo? —le pregunto con desconcierto. Sé que debería detenerle, pero en lo más profundo de mi ser, no quiero. Aunque no estoy segura de por qué.

—No —responde Erik con firmeza.

—¿Por qué? —le pregunto, extrañada de su seguridad.

—Porque la ama —dice él.

—Lo sé. Pero que ames a alguien no significa que vayas a tomar las mejores decisiones para esa persona —reflexiono.

—No. El amor puede cegarte —admite Erik—. Pero si él cree que ella está en peligro, habrá estudiado detenidamente las opciones. Y ha elegido la mejor.

—La decisión tal vez debería tomarla alguien que sea más objetivo —le digo.

—Quizás, pero alguien más objetivo no luchará con tanto tesón como la persona que la ama —añade Erik en voz baja—. Un hombre se apartará al plantarle cara, mientras que otro preferirá morir. Tenlo en cuenta si pretendes enfrentarte a él.

Ya no estamos hablando simplemente de Dante y mi madre.

—De cualquier modo, la perderá —murmuro.

—Eso no significa que no deba intentarlo —responde Erik.

—Pero ella quería a otra persona. A mi padre, mi tío... —trato de transformar mis pensamientos en palabras, de aclarar mi enmarañado árbol genealógico—. Es tan desconcertante. Dante no es mi padre, no en mi corazón.

—Lo entiendo —dice Erik.

—Mi padre murió por mí y por mi madre —continúo.

—Era un buen hombre —asegura Erik—. Mejor que yo.



—Tú te has arriesgado más de una vez por mí, y por tu hermano —de este modo admito que sé que estamos hablando sobre nosotros tres tanto como del enrevesado triángulo amoroso de mi familia.

—Volvería a arriesgarme por ti —dice Erik.

Apoyo la cabeza en la almohada para evitar su mirada, y a los pies de la cama distingo un libro. Mi libro. Alargo la mano hacia él y deslizo los dedos por el forro de lona verde.

—Lo siento —dice Erik—. Te lo dejaste aquí hace semanas. Pensaba devolvértelo, pero...

No termina la frase, así que alzo la cabeza y arqueo una ceja.

—Lo estaba leyendo —confiesa.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto. Acerco el libro de sonetos y recorro el nombre de Shakespeare con letras doradas de la cubierta.

—He entendido más o menos la mitad —responde sinceramente—. Pero es hermoso.

—Jamás comprenderé por qué los habitantes de Arras han dejado de escribir —murmuro.

—No me digas —comenta Erik—. Pues es bastante sencillo.

—Explícamelo —le desafío.

—¿Por qué ya no se filman películas? Aparte de la programación autorizada de la Continua. ¿Por qué se leen únicamente el *Boletín* y los catálogos de moda?

Reflexiono un poco. Las insípidas formas artísticas que se nos permiten en Arras están vacías. Carecen de profundidad. Existe cierto arte en la confección de la ropa, la aplicación del maquillaje, el diseño y la decoración de un edificio, pero carecen de significado.

—Por las palabras —concluye Erik.

Claro, tiene razón. Los libros en el escondrijo de mis padres. Me enorgullecía leerlos, pero jamás me pregunté por qué se consideraban contrabando. Con palabras se puede relatar una historia. Pero también transmitir una idea.

—Las palabras son peligrosas —exclamo.

Erik asiente con la cabeza.

—Pero también son bellas —añado, y le alargo el libro—. Tú mismo lo has dicho. ¿Cómo ha podido la Corporación dar la espalda a la poesía?

—Le han dado la espalda a más que eso —responde Erik.

Sé que tiene razón, pero al darme cuenta de ello mi odio por la Corporación crece un poquito más.

Erik se recuesta a mi lado y coge el libro. Lo hojea y se detiene en una página en concreto.

—Este es mi favorito.

—¿Cuál?

—El 116.

Niego con la cabeza. No me los sé de memoria.

—Léemelo.

El rostro de Erik adquiere una expresión extraña, pero se aclara la garganta. No comprendo su reacción hasta que empieza a leer.

—No permitáis que la unión de unas almas fieles admita impedimentos. No es amor el amor que se modifica por momentos, o que a distanciarse en la distancia tiende —hace una pausa y se atreve a mirarme.

—¿Te gusta porque habla de modificaciones? —bromeo, aunque espero no tener las mejillas ardiendo.

—Parece bastante aplicable a nuestra situación actual —responde él.

—Continúa —le animo.

Lee el resto del soneto, y aunque se equivoca un poco, se desliza con suavidad por su lengua. Las palabras me envuelven y me calman. Cuando termina, el verso final permanece flotando en el aire, entre los dos.

—¿Por qué es tu favorito? —le pregunto.

—Porque es cierto lo que dice —murmura—. Por eso Dante se llevó a tu madre, y tu padre murió por ti.

—Cuidado, Erik —le advierto—. Corres peligro de convertirte en un sensiblero.

Sonríe, pero el gesto no llega a sus ojos.

—No me gustaría.

Una vez más he desbaratado el momento, he intercalado un comentario jocoso para evitar una verdadera conversación. Regresamos a nuestra habitual charla distendida, abandonando el libro y hablando hasta altas horas de la noche sobre planes y el futuro y estrategias, pero nunca sobre nosotros.

Nunca nosotros.

## TREINTA Y CUATRO

Al amanecer, la luz artificial penetra en la habitación; realza el rostro de Erik, destacando las curvas de su nariz, el ángulo de sus pómulos. Resulta maravilloso en su sueño, pero sus ojos no tardan en agitarse, así que aparto la mirada para que no me pille observándole.

—Estás preciosa —murmura medio dormido.

Me pilla desprevenida. El corazón me palpita tan deprisa que me duele el pecho mientras permanezco tumbada a su lado, lo bastante cerca para tocarle, pero sin atreverme a hacerlo. Me agrada lo que ha dicho, y esa sensación es lo que me impulsa a ladearme para mirarle. Estiro los dedos, reuniendo valor para atravesar el espacio que nos separa. Erik me coge la mano y se lleva las yemas de mis dedos a los labios. Los besa suavemente uno a uno, y un hormigueo desciende por mi cuello.

—Siento lo que te hizo —me dice, sujetando mis dedos con dulzura.

—No podrías haberla detenido —susurro, dibujando el contorno de su barbilla.

—Debería haberlo intentado. Tus manos son hermosas.

—Ya no —respondo.

—Ahora lo son más. Las imperfecciones las hacen perfectas.

Erik suelta mi mano mientras contengo las palabras que me suben a la garganta, todas las cosas que deseo decirle. De repente, la puerta se abre de golpe. La que no cerré con llave anoche porque no tenía pensado quedarme aquí.

—Erik, ¿has visto a Ad?

Sigo algo dormida, así que transcurre un instante antes de que todo encaje. Jost ha regresado, con aspecto cansado y agotado del viaje, y me ha encontrado en la cama de Erik. No tengo que pensar mucho para saber lo que parece.

Da igual dice Jost, retrocediendo a trompicones.

Salto de la cama antes de que Erik pueda responder y como una exhalación, corro por el pasillo y bajo la escalera. Noto una brisa y me doy cuenta de que una de las puertas del jardín está abierta. Me arriesgo, salgo hacia la tranquila mañana y me enfrento a los estragos de ayer. Jost está contemplando la escena, dándome la espalda; sobre nosotros, la interfaz lanza destellos como si Arras estuviera mirando hacia abajo con expresión crítica.

—¡Jost, espera! —le grito, pero se aleja a grandes zancadas.

»¡Oye! —exclamo cuando le alcanzo. Le agarro del brazo, pero en cuanto nuestras miradas se cruzan, mi enfado se atenúa y las excusas parecen demasiado insignificantes, demasiado tardías. Jost ha decidido que le he traicionado, y parte de mí se pregunta si no habrá sido así.

—¿Qué, Ad? —me desafía—. Estoy deseando escuchar tus explicaciones.

Le miro fijamente, sopesando cada posible respuesta. Todas son insuficientes.

—No me digas que te has quedado sin palabras —continúa—. Porque sé que es imposible.

—Erik y yo somos amigos —le recuerdo.

Sin duda, es el comentario menos adecuado.

—¿De verdad? —me pregunta con la voz quebrada—. A mí me ha parecido algo más que amistad.

—Habíamos roto —le digo—. Me dejaste.

—Para encontrar respuestas. Respuestas que ambos necesitamos —responde Jost—. ¿Corriste a los brazos de Erik nada más irme?

—Por supuesto que no —pero en el fondo de mi mente resuena la poesía. Veo el brillo de los ojos de Erik, fijos en los míos. No corrí hacia él, pero de todas maneras le encontré.

—Permanezco fuera varias semanas, regreso sin nada y luego esto —exclama—. ¿Lo has hecho para demostrar que estaba equivocado?

—¿Demostrar que estabas equivocado? —repito. Es imposible que haya dicho eso. Que piense que ha sucedido algo en su ausencia.

—Sí, te dije que no podíamos arriesgarnos a eso, así que querías demostrar que me equivocaba. ¿Es así? Dime algo, Ad, ¿elegiste a Erik para ver si podías distanciarnos aún más o fue el primer tío con el que te cruzaste?

Su acusación corta el frágil hilo que me amarraba a él.

—¿Todavía puedes? ¿Aún eres capaz de coger las hebras? —me pregunta. Entonces me doy cuenta de que mi habilidad es más importante para él que cualquier otra cosa. Más importante incluso que la probabilidad de que haya pasado la noche con Erik. Más importante que la posibilidad de superar en algún momento esta situación.

Las vacilaciones de los últimos meses. Sentirnos tan cerca para luego encontrar un muro entre los dos. Mi creciente amistad con Erik y la consiguiente culpa. Las conjeturas y la desconfianza. Todo ello ahoga la felicidad que una vez sentí con Jost. Nuestros recuerdos, el deseo que sentí por él... se desvanecen mientras la vergüenza se transforma en indignación.

—Mi don, eso es lo único que soy para ti, ¿no es verdad?

Jost me mira fijamente, tratando de comprender lo que estoy diciendo.

—¿Alguna vez me has considerado algo más que una tejedora? —continúo—. ¿O siempre me viste como un medio para vengarte?

Se queda boquiabierto, pero niega con la cabeza.

—Si crees que...

—¿Qué se supone que debo creer, Jost?

—Si te he hecho sentir así, lo siento —responde, suavizando un poco el gesto—. Quería regresar a por las chicas. Quería ponernos a salvo para...

—Para que formáramos una familia —le interrumpo—. Pero jamás me has preguntado si eso era lo que yo deseaba. No puedo hacerlo. ¿Es que no lo ves? Soy un peligro para ellas.

—Supuse que querías estar conmigo —dice en voz baja—. Pero aparentemente

supuse demasiadas cosas.

—¡No te atrevas! —exclamo furiosa—. No te atrevas a hacerme sentir mal por necesitar a alguien que me escuchara. No te atrevas, Josten Bell.

—Jamás lo haría —me dice.

—Y respecto a mi *habilidad* —escupo la palabra como si estuviera rancia—, ojalá hubiera desaparecido. Tal vez así no tendría que soportaros a ninguno de los dos.

—Entonces, ¿renunciarás a tu hermana para eludir la responsabilidad? —me acusa.

—No, voy a seguir buscándola. Pero tal vez si no pudiera distorsionar el tiempo ni tejer, os veríais obligados a hacer algo útil por una vez.

—Yo estoy haciendo cosas útiles. He salido a buscar el Whorl para recuperar a las chicas antes de que sea demasiado tarde. ¡Antes de que el tiempo nos las arrebaté! —Jost me agarra el brazo y aprieta el blando músculo entre sus dedos.

—¿Y qué has conseguido? —le pregunto—. No estamos más cerca de salvarlas que hace semanas. Hemos perdido casi dos años en Arras, Jost. Dos años.

—¿Crees que no lo sé? —refunfuña—. ¿Que a cada segundo que pasa no pienso que Sebrina se me está escapando?

—Yo he estado practicando —le digo—. He aprendido a hacer modificaciones, a extraer el tiempo de las hebras. Así que no me digas que no he hecho nada.

—Claro —responde Jost—. Te has convertido en un arma. ¿Luchaste ayer? ¿Conseguiste tu objetivo?

Odio esa palabra: *arma*. Pero me mantengo firme y no me dejo amedrentar. Jost no ganará esta discusión. No se lo permitiré.

—Yo no soy ningún arma. Nadie me está utilizando. A mí no me han arrastrado a buscar una solución ficticia a nuestros problemas.

Jost sonrío con tristeza.

—Disfruta de tu pedestal, Ad.

—Tú me colocaste en él.

Jost se vuelve para marcharse, pero justo en ese momento aparece Erik, vestido únicamente con unos vaqueros. Debió de oír cómo seguía a Jost, lo que significa que ha escuchado nuestra pelea.

—El problema no es el pedestal, Jost —dice Erik—. Sino que cuando nos caigamos de él, no nos ayudarás a levantarnos. No todos podemos vivir según tu rígida moral.

—¿Así que te acostaste con Adelize para demostrar que tengo razón? —argumenta Jost—. ¿Que vales lo mismo que el polvo que pisas?

Erik me mira y distingo su dolor.

—Te equivocas. No ha pasado nada entre nosotros, pero a partir de ahora lo que suceda dependerá solo de Adelize y de mí —exclama Erik, acercándose a su hermano—, porque estoy enamorado de ella.

*Bueno, ya es público.*

—Tú solo estás enamorado de ti mismo. Jamás te ha preocupado la felicidad de nadie, excepto la tuya. Te encaprichaste de ella y la cogiste. Igual que abandonaste Saxun cuando te apeteció. Jamás tienes en cuenta a nadie —le acusa Jost.

Sé por lo que Erik ha pasado. Sé que se ha enfrentado a lo que podría haber sucedido de haberse quedado en Saxun. Yo lo sé. Pero Jost no. Porque Erik y Jost apenas hablan a menos que estén discutiendo, y ya estoy harta.

—No te calles ahora —dice Erik—. Dime cómo debería haber evitado lo que sucedió en Saxun. Dime que podría haberme quedado allí y haber desperdiciado mi vida pescando. Dime que, en vez de enamorarme de Adelize, debería haberme apartado mientras tú ignorabas lo único bueno que te estaba pasando.

Tú no sabes nada del amor.

—Tal vez no —admite Erik—, pero sé una cosa o dos sobre la guerra. ¿Cuándo vas a dar un paso al frente y a luchar por algo, hermanito? Jamás te reproché que no compartieras mis ambiciones. Cuando llegaste al coventri, no te juzgué por quedarte mirando y pensando. Y cuando te interesaste por Adelize, no te culpé. Pero llega un momento en el que tienes que decidir por qué quieres luchar y *hacerlo*.

Daría igual que yo no estuviera aquí, porque tienen los ojos clavados el uno en el otro.

—¿Y por qué luchas tú? —le pregunta Jost.

—Por Adelize —responde Erik sin vacilación—. Tuviste tu oportunidad y no voy a esperar más. Me he mantenido al margen porque me sentía mal, pero esta vez has perdido, y yo no he tenido nada que ver.

—¿A alguien le importa lo que yo piense? —pregunto en voz baja.

—¡No! —responden al unísono sin volverse hacia mí.

—Estupendo —me alejo, dejándolos bajo el tenue resplandor de una bombilla halógena, pero antes de que pueda escapar hacia mis aposentos, dos traficantes de sol se interponen en mi camino.

—Necesitamos que regrese a su habitación, señorita —uno de ellos tiene una hilera de puntos en un lateral de la cara. Debió de participar en la batalla de anoche.

—Voy hacia allí —les digo, y los rodeo para dirigirme a la puerta.

—¡Vosotros también! —grita el hombre, interrumpiendo la acalorada discusión de Jost y Erik.

—En un minuto —responde Jost sin molestarse en mirar al traficante de sol.

—La mansión está en alerta. Nuestras órdenes son disparar a cualquiera que se resista —les advierte el traficante de sol—. Si disponéis de una habitación, os sugiero que os metáis en ella.

Espero el tiempo suficiente para comprobar que Erik y Jost regresan a sus estancias, antes de desaparecer en la seguridad de la mía.

## TREINTA Y CINCO

A la mañana siguiente, mi puerta está cerrada con llave desde el exterior. Compruebo las ventanas, pero ninguna se abre. Ni siquiera puedo acceder a la sala de estar contigua. Cuando llega mi desayuno bajo una férrea vigilancia, sé que Kincaid me ha hecho prisionera.

—¿Cuándo se nos permitirá salir? —le pregunto al guardia que me ha traído un plato con huevos cocidos fríos y tostadas resacas.

—Están rastreando la zona. Han abierto una brecha en el perímetro —responde mientras se aleja.

—Cuéntame algo que no sepa —refunfuño.

El hombre arquea una ceja, pero no dice nada más. Logro tragar los huevos fríos y las tostadas, aunque solo sea porque he comido muy poco o nada en los dos últimos días. Sin duda, no están a la altura de los estándares culinarios de Kincaid, pero lo más probable es que, después del ataque, no quede ningún cocinero.

Una vez que el guardia se ha marchado pruebo a abrir la puerta, pero sigue cerrada con llave. Podría intentar modificarla, aunque no tengo ninguna pista de lo que me espera al otro lado, así que decido no hacerlo. Mi habilidad para las modificaciones implica cierto riesgo, y tan probable es que destruya la mitad de la pared como que consiga abrir. Dejaré pasar un día antes de empezar a desgarrar este sitio.

Jax me trae la cena, y suspiro con alivio al ver su afectuoso rostro. Entra en la habitación para dejar el plato y empuja la puerta hasta que solo queda una rendija de luz, pero sin atrancarla a su espalda.

—Jax, gracias a Arras —exclamo—. ¿Qué sucede?

—Kincaid está furioso. Cree que el asalto lo planeó alguien de dentro —me explica mientras coloca el plato en mi tocador.

—Y nos va a mantener encerrados hasta que descubra quién fue —sugiero.

—No —responde Jax con expresión sombría—. Ya ha decidido quién fue.

Me muerdo la mano para no gritar. Si Jax está deambulando por ahí con los demás traficantes de sol, y yo estoy encerrada en mi habitación, eso debe significar que soy la principal sospechosa. O Jost y Erik.

—Dante ha desaparecido —continúa Jax—. Y tu madre también.

—Lo sé —murmuro.

—Kincaid piensa que tú tuviste algo que ver con eso.

—No es cierto —traté de detenerle, pero no se lo confieso a Jax. Cuanto menos sepa, menos probabilidades habrá de que se meta en problemas.

—No puedo quedarme —dice Jax—, pero estoy trabajando en algo.

—¿Y se supone que yo debo esperar? —pregunto, apretando tanto los puños que se me clavan las uñas en la delicada piel de las palmas.

—No tienes elección. Te sacaré de aquí, pero necesito que me escuches. No te

comas la cena.

—No podría comer aunque quisiera...

Ni siquiera la toques —me interrumpe Jax—. Tírala. Escóndela. Y cuando vengamos a buscarte, finge que estás dormida.

Vienen a por mí. Soy incapaz de contener el pánico que me provoca este pensamiento. Esta noche vendrán a por mí.

—¿Quién? ¿Por qué?

—No puedo quedarme más, pero confía en mí —responde Jax antes de abrir la puerta entornada y desaparecer. El cerrojo chasquea tras él.

No tengo otra opción.



Después de ocultar la cena en un cajón del tocador, me quedo en la cama. Estoy demasiado asustada para moverme, pues temo que aparezcan inesperadamente y me pillen despierta, arruinando el plan de Jax. Cuando se abre por fin el cerrojo de la puerta y escucho unos pasos arrastrándose por el suelo, aprieto los ojos y trato de permanecer inmóvil.

—Está inconsciente —escucho la voz de Jax, lo que me tranquiliza.

—Asegúrate, he oído que es peligrosa —dice otro hombre.

—He dicho que está inconsciente. No te preocupes, yo la cojo —unas manos se deslizan por debajo de mi cuerpo y me levantan. Estoy acurrucada contra el pecho de Jax.

—Quédate quieta —susurra.

Mientras me transporta, tengo una sensación irreal. No puedo abrir los ojos para ver qué camino está tomando ni hacia dónde me dirijo, pero involuntariamente imagino cada paso del trayecto. La luz que se filtra a través de mis párpados se vuelve más intensa y el aire, más frío.

—Déjala aquí.

—Está bien —Jax aprieta mi mano cuando me coloca de espaldas sobre una plancha metálica, y lucho por mantener la respiración tranquila y rítmica. ¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?

—Puedes marcharte —ordena el otro hombre.

—Una cosa primero —dice Jax. Al instante, algo golpea la mesa de exploración y cae al suelo. Se me abren los ojos de golpe; soy incapaz de mantenerlos cerrados. Jax se acerca corriendo y me ayuda a bajar de la mesa. Al hacerlo, tengo que pasar por encima de un cuerpo.

—¿Está muerto? —le pregunto, mirando fijamente al hombre.

—Le he dejado inconsciente —responde Jax. Se agacha para rebuscar en la bata de laboratorio que lleva su víctima y saca una delgada tarjeta de plástico de un



bolsillo.

—¿Qué es eso?

—La acreditación de seguridad —responde Jax—. No tenemos mucho tiempo.

Salimos de la sala de reconocimientos y accedemos a uno de los pasillos de la planta baja de la mansión. Se parece al pasaje que conduce a las celdas, pero nunca había estado aquí. Unas anodinas puertas de acero flanquean el pasillo.

—Estos son los laboratorios para las modificaciones —me explica Jax. Giramos a la izquierda e inmediatamente nos topamos con unas puertas de seguridad. Jax acerca la tarjeta de plástico al escáner y las puertas se deslizan para permitirnos el acceso.

—¿Dónde vamos? —le pregunto mientras miro por encima de mi hombro.

Jax no responde y abre una puerta blanca de un empujón. Unos biombos ocultan parcialmente varias camas de hospital, y en la pared más cercana hay una serie de imágenes en blanco y negro sobre unos paneles iluminados. Me acerco para examinarlas.

—Así que aquí es donde fabrica sus juguetes —comento al recordar la extraña obra de teatro de Kincaid y los actores recreados a la perfección para nuestro disfrute.

—No solo sus juguetes —dice Jax. Acciona un interruptor en la pared y se escucha el zumbido de una bombilla que se enciende tras una hilera de espejos. Solo entonces veo las imágenes que cuelgan delante. La luz proyecta sombras en la película y ante mí aparecen diversas formas.

Me acerco un poco más y observo las láminas.

—¿Esto es...? —dejo que mi voz se desvanezca en una pregunta.

—Un cerebro —confirma él.

—¿Y lo demás?

—Un torso. Unas manos —hace una rápida enumeración, señalando cada imagen. Algunas resultan obvias, como los huesos larguiruchos de una mano y un pie, pero otras requieren concentración para reconocer lo que son.

—¿Esto es lo que utiliza Kincaid para hacer las modificaciones?

—Lo utilizan los sastres —me corrige.

Sastres como Dante o yo misma o Erik.

—Las radiografías nos proporcionan un modelo básico para empezar a trabajar. Sirven de referencia para tomar las medidas —me explica Jax.

—¿Para qué se necesitan las medidas? —le pregunto, y mi inquietud se transforma en un pulso frenético.

—¿Recuerdas a la actriz que quería recuperar su cara después de la obra? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—El sastre emplea las medidas para cambiar los rasgos de alguien. No siempre son necesarias, pero aceleran el proceso —dice Jax.

—¿Por qué me enseñas esto? —le pregunto. Estar en esta habitación me provoca escalofríos, y refuerza aún más la idea de que la Corporación está utilizando sastres

en su intento de cartografiar y modificar. En Arras, estuve a punto de terminar en manos de los sastres. No me agrada estar tan cerca de su instrumental.

—Es que no has mirado bien —me dice.

Me fijo con más atención pero sigo viendo un amasijo de borrosos huesos blanquecinos. El largo dedo de Jax se dirige hacia la parte baja de la radiografía que estoy examinando, y lo sigo con los ojos. Hay un montón de números y códigos incomprensibles. Supongo que serán medidas de algún tipo, pero lo que destaca es lo que hay debajo de ese galimatías:

SUJETO: LEWYS, ADELICE.

—¿Soy yo? —pregunto en voz alta. En realidad no estoy hablando para Jax, sino tratando de comprender lo que estoy viendo.

—No eres la única —murmura—. Mereces saber lo que Kincaid os tenía reservado.

Reviso las siguientes imágenes. Valery Erik. Y a continuación, Jost.

—¿Cómo han conseguido esto? —vocifero, pero Jax me manda callar—. Aquí no hay cámaras de vigilancia, ¿verdad?

—¿Tú dejarías grabaciones de tus fechorías? —me pregunta—. Pero aun así, no resulta buena idea gritar.

Tiene razón.

—No comprendo cómo han conseguido esto —repito, tratando de encajar las piezas—. Jamás he aceptado que me cartografiaran.

—¿Crees que Kincaid es de los que piden permiso? Esta no ha sido la primera vez que nos ordenaba drogarte.

—¿Y lo hiciste? ¿Más veces? —le señalo con el dedo.

—Dante quería saber qué tramaba Kincaid —Jax extiende las manos en señal de disculpa y se aleja un poco de mí.

Por supuesto, Dante no dudaría en ponerme en peligro si fuera para descubrir algo más sobre Kincaid. Aunque, después de descubrir su intención de dejar abandonada a mi madre, ya ni siquiera me duele darme cuenta de ello. Pero ¿cómo se me había pasado algo así? Las noches sin pesadillas, el paso de la consciencia a la oscuridad y de nuevo a la luz. Pensé que había dejado de soñar porque me sentía segura, pero ahora me doy cuenta de que estaban interviniendo maquinaciones más siniestras. ¿Me bajó alguien hasta aquí por la noche sin yo saberlo? Cuando dejo de darle vueltas, recuerdo las extrañas manchas y rasguños que Erik me vio en el brazo en el bar clandestino, y la cicatriz plateada que descubrimos en la piscina. Mi bata rasgada la mañana posterior a que Jost y yo rompiéramos. El extraño moratón que Valery me señaló en la pierna cuando me vistió para la obra de teatro. Los indicios estaban ahí. Los hombres de Kincaid ni siquiera se preocuparon de ocultarlos, y aun así no los había visto hasta ahora. Aunque eso no responde la pregunta más importante.

—¿Por qué?

—¿Cómo? —dice Jax.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué pretende?

—Kincaid es perverso —responde, pero su voz transmite inquietud. No sabe más que yo. Jax es otro engranaje en la maquinaria de Kincaid, sin embargo reconoce las espeluznantes y siniestras implicaciones de las radiografías, de esta estancia. Lo que sea que Kincaid trama no es bueno.

—¿Qué más hacéis aquí? —de pregunto.

—Llevamos a cabo las modificaciones —responde Jax después de vacilar un instante—. Y es donde Kincaid recibe sus arreglos de renovación.

—Así es como se mantiene vivo, ¿verdad? —le pregunto—. ¿Qué arreglos son?

—Utiliza hebras de donantes para no envejecer —responde Jax—. Tomamos las hebras del tiempo de otras personas y las insertamos en la de Kincaid.

—*Donar* implica querer entregar —murmuro.

—No hay nadie más dispuesto a ello que los muertos —dice Jax.

Recuerdo la brillante hebra del tiempo que distinguí dentro de Kincaid. ¿Era la que le habían arrancado a Deniel después de que me atacara? Qué más da. Es despreciable e injustificable independientemente de cómo la consiguiera. ¿Cormac y los demás oficiales de la Corporación utilizan este mismo método para seguir vivos?

—Tenemos que contárselo a Jost y a Erik —exclamo, y me dirijo hacia la puerta.

—Primero tenemos que ocuparnos de algo más importanteb —dice Jax. Señala hacia el biombo y se me encoge el corazón. Lo aparta hacia un lado y descubro a Dante, inconsciente y tumbado sobre una mesa. Tiene un gotero colocado en el brazo y una mascarilla que controla su respiración.

—¿Qué le ha pasado? —musito.

—Está sedado —me explica Jax.

—Despiértalo —gimoteo.

—No es tan sencillo...

—¡Despiértalo!

Jax rebusca en los armarios y saca un vial con un líquido. Extrae el medicamento con una larga jeringuilla y respira hondo.

—Sujétale los brazos —me ordena Jax. Obedezco. Y antes de que pueda preguntarle lo que piensa hacer, clava la jeringuilla con fuerza en el pecho de Dante. El efecto es instantáneo. Abre los ojos de golpe y jadea bajo la máscara que le cubre el rostro. Se la quito y me mira fijamente, confuso.

—No pasa nada —le tranquilizo.

—¿Ad? —es lo único que consigo descifrar. Las palabras de Dante resultan ininteligibles, un amasijo de consonantes y vocales.

—Debemos irnos —dice Jax. Le ofrece una mano a Dante mientras yo le quito cuidadosamente del brazo la aguja del gotero—. Te explicaremos todo en un minuto.

—Tenemos que reunimos con Erik y Jost —añado mientras coloco su otro brazo por encima de mi hombro para ayudarle a recuperar el equilibrio.

Dante nos aparta.

—Puedo andar.

Jax y yo intercambiamos una mirada de preocupación, pero dejamos que Dante camine solo. Permanezco cerca de él por si tropieza, pero no se dirige a la puerta. Avanza a trompicones hacia el siguiente biombo.

—Hay alguien más aquí —dice Dante—. Eché un vistazo entre dosis y dosis.

—¿Quién? —le pregunto, acercándome para retirar el biombo con el corazón desbocado en el pecho.

—Valery —responde Dante, que empieza a tiritar.

—Las drogas están interfiriendo en su sistema —dice Jax, cogiendo una áspera manta blanca para colocársela a Dante por los hombros.

Valery está tumbada detrás del otro biombo, sedada. Un gotero le proporciona alimentación a través del brazo, pero por su aspecto esquelético, lleva así algún tiempo.

—¿Desde cuándo está aquí? —me pregunto en voz alta. Por lo cetrino de su tez, deduzco que está sedada desde hace más de un par de días. Recuerdo vagamente haber oído a Kincaid mencionar que Valery le acompañaría durante la misión.

—Jamás salió de la mansión —exclama Jax con indignación—. Kincaid nos mintió. Tardé varios días en descubrir lo que estaba sucediendo aquí abajo, y luego tuve que convencer a alguien que me permitiera ayudar en las tareas. Kincaid no confía en mí, sabe que mi relación con Dante es demasiado estrecha.

»Yo la sujetaré. No será capaz de andar por su propio pie —añade Jax.

—¿Y ahora qué? —pregunto, empezando a sentir un familiar pánico recorriendo mi piel.

—Ve a buscar a tus amigos y huye —responde Jax.

—Tienen toda la casa en alerta —replico—. No hay manera de salir de aquí.

—No te preocupes por eso —contesta Jax. A pesar de la gravedad de la situación, me guiña un ojo.

—Jax es un experto en causar alboroto —dice Dante débilmente.

—¿Vas a distraerlos? —pregunto—. ¿Cómo piensas distraer a todo el personal de seguridad de Kincaid?

—Con un gran estruendo.

—¿Y después qué? —insisto—. ¿Dónde iremos? No tenemos...

Dante levanta una mano temblorosa para interrumpirme.

—Tenemos un plan. Sé dónde se encuentra el Whorl.

—¿Qué? —exclamo.

—El Whorl está en la isla de Alcatraz —responde Dante con voz débil—. Esa era la información que traía el hombre que llegó por la tronera. Kincaid no lo sabe, pero tenemos que actuar deprisa. Necesitaremos provisiones... una balsa y trajes secos. No será fácil acceder a ese lugar.

—Yo me encargo de eso —dice Jax—. Vosotros preocupaos de que todo el mundo esté listo para partir y yo conseguiré que haya un *spider* esperando con todo lo

necesario.

—Busca a Falon. Cuéntale lo que ha sucedido y adónde nos dirigimos —a pesar de encontrarse débil, Dante da órdenes y hace planes de forma coherente.

—¿Qué pasa con Valery? —les pregunto—. No podemos dejarla aquí.

—Jax cuidará de ella. Le conseguirá ropa y la llevará al *spider* —Dante mira a Jax en busca de confirmación y Jax asiente con la cabeza.

Observo a Dante y su rostro refleja una absoluta determinación cuando da la última orden:

—Salgamos de aquí.



Golpeo la puerta de Erik con tanta suavidad que no responde, así que llamo de nuevo. Cuando abre, veo que lleva la camisa por fuera del pantalón y el pelo revuelto, pero sé que no estaba durmiendo.

—¿Puedo entrar? —le pregunto. A mí me toca convencer a Erik y a Jost de que nos acompañen, una cuestión que pretendo abordar con tácticas distintas mientras Jax trabaja en la maniobra de distracción y conduce a Val y a Dante hasta el *spider*. El plan es sencillo y conciso, así que estoy segura de que todo saldrá mal.

Tengo la sensación de que Erik se pone nervioso al verme, algo inusual, pero no hemos hablado sobre lo que le confesó a Jost. Si lo dijo en serio. O cómo me siento yo al respecto. Porque todavía no estoy segura. Me cuelo dentro pasando por debajo de su brazo y empujo la puerta para cerrarla.

—Necesito decirte algo —empiezo a decir, pero antes de que pueda continuar Erik se inclina hacia mí, apoya un brazo en la puerta, a mi espalda, y tengo la sensación de no poder respirar. Está tan cerca que veo las motitas doradas que rodean sus iris, como estrellas nadando en un océano.

—Hace algún tiempo que necesitamos hablar —murmura.

Al estar tan juntos, me doy cuenta de que tiene el labio inferior algo más lleno que el superior. Quiero que se acerque más. En este momento, me olvido de Kincaid, de Valery, de Jost. Deseo que me bese.

Pero le aparto. Erik lanza un suspiro, se deja caer sobre la cama y reposa la cabeza en la mano. Ahora mismo, me siento inmensamente celosa de su mano. De cómo la desliza entre su pelo enmarañado.

—No sobre nosotros —le interrumpo—. Hay problemas. Más de los que te puedo contar en estos momentos.

—¿Y bien? —dice expectante.

Tenemos que salir de aquí. Te lo explicaré luego.

—Explícamelo ahora —me agarra la muñeca para detener mi inquieto deambular. Le miro embobada y libero mi mano. Pero antes de que pueda responder a la

pregunta de Erik, la puerta se abre de golpe y un hombre entra a trompicones. Al principio creo que nos han descubierto, pero entonces aparece Jost en la puerta, detrás de él.

*Así que todo acaba de este modo.* La traición entumece mi cuerpo hasta paralizarlo.

De repente, Jost descarga su puño y golpea con fuerza la mandíbula del traficante de sol. El hombre retrocede pero no cae y no tarda en forcejear con Jost. Ruedan los dos por el suelo y me levanto de un salto, buscando la manera de ayudar sin destrozar accidentalmente la habitación, o a alguien.

El traficante de sol sujeta a Jost contra el suelo, apretando su cuello con el brazo.

—Necesito ayuda —jadea Jost bajo la presión.

Miro rápidamente a mi alrededor, buscando algo con lo que atacar al traficante de sol, y mientras lo hago, la habitación adquiere vida y se llena de colores púrpura, dorado y carmesí. Podría utilizar mis habilidades para hacer modificaciones.

—Rápido —gruñe Jost.

Antes de que pueda reaccionar, Erik pega un salto y sorprende al traficante de sol lo suficiente como para que relaje las manos, de modo que Jost se revuelve y sujeta al hombre contra el suelo mientras Erik golpea bruscamente la cabeza del atacante con la botella de whisky medicinal, y le deja inconsciente.

—¿Qué está pasando? —pregunta Jost, respirando con fuertes y rápidos jadeos.

Miro a Erik, pero ninguno de los dos responde. No pretendía convencerlos de venir a los dos al mismo tiempo. Eso requeriría un milagro.

—¿Sabéis lo que iba a haceros? Conocí a Burris durante la misión —continúa Jost, señalando al hombre que yace en el suelo—. Kincaid no le envía para que te traiga el té. Confiad en mí. A Burris lo manda para matarte, o algo peor.

—¿Quién querría matarnos? —pregunta Erik con tranquilidad.

—Eso es lo que me gustaría saber —exclama Jost.

—¿Por qué no se lo preguntas a Burris? —dice Erik, cruzando los brazos a la defensiva y abandonando la breve camaradería fraternal.

—Porque en estos momentos no está muy hablador —responde Jost—, y porque ya me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado? —le pregunto.

—Que había descubierto a una espía y venía en su busca —contesta—. Supuse que se refería a ti.

Mi corazón se desboca cuando Jost me mira.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Y dónde iremos? —pregunta Jost—. Kincaid nos perseguirá.

—Sabemos dónde está el Whorl —respondo, y trato de mantener las ideas claras y ofrecerles una explicación racional, a pesar de las difíciles circunstancias a las que me he enfrentado esta tarde. Sin embargo, cuando termino de relatarles los sucesos de la noche, ninguno de los dos parece sorprendido. Erik coloca un brazo alrededor de

mis hombros, pero se lo aparto al darme cuenta de lo tensa que tiene Jost la mandíbula.

—¿Y qué hacemos aquí? —pregunta Jost con la mirada clavada en el suelo—. Si Dante sabe dónde se encuentra el Whorl, debemos irnos.

—Tenemos que esperar a Jax. No podemos eludir la vigilancia sin una distracción —le explico. Nos miramos un instante a los ojos, pero aparto la mirada, con el pecho abrumado por la confusión.

—Eso suena bien —murmura Erik—, y por bien, me refiero a que la cosa se va a poner muy, muy mal.

## TREINTA Y SEIS

La distracción de Jax llega en forma de explosión en un garaje que está lo bastante alejado de la casa principal como para que no nos suponga un peligro inminente, pero lo bastante cerca como para que el personal de seguridad actúe rápidamente, concediéndonos la oportunidad de escabullimos por una puerta trasera del edificio. Mientras los escombros humean, huimos de la mansión en el *spider* robado; Dante y Valery van escondidos dentro con una bolsa de comida y agua. Jax ha cumplido su palabra: están todos tan ocupados que no se dan cuenta de que nos marchamos, y las puertas se encuentran sin vigilancia. No vuelvo la vista hacia el lugar de recreo de Kincaid. No dejo nada en él. Jost conduce hacia el norte, siguiendo un sencillo plano que Dante ha dibujado.

—Con suerte, lo primero que descubrirán es que me he marchado —dice Jost, con los nudillos blanquecinos sobre el volante—. Probablemente piensen que estoy por ahí asesinando a Erik. De hecho, es una coartada fantástica.

—Sí —confirma Dante desde el asiento trasero—. Porque es muy creíble.

—Solo para dejarlo claro —interviene Erik—, lo más seguro es que no lo hagas ¿verdad?

—La noche es joven.

—Vamos a llegar a la isla antes de matarnos los unos a los otros —sugiere Dante. Habla con una voz suave que se va debilitando a medida que la adrenalina desaparece.

A continuación, nos quedamos en silencio, con la pseudoamenaza aún flotando en el aire. Aunque ha quedado claro que todo el mundo está al corriente del drama entre Jost, Erik y yo.

Una vez que dejamos atrás la mansión, la carretera se vuelve cada vez peor a medida que nos alejamos de la Heladera. Me vuelvo, tratando de contener las náuseas del viaje.

—Dante —le llamo, apoyando la barbilla contra mi asiento—, ¿crees que Jax estará bien?

Le hemos dejado en la mansión para que se ocupe de las consecuencias de la explosión. Dante sonrío.

—No le pasará nada. Se ha marchado directamente al Plan para informarles de lo sucedido, de modo que podamos reunirnos con Falon más tarde.

—La noche que te encontré en las celdas —continúo, esperando que mi pregunta no estropee el ánimo de Dante—, ¿sacaste a mi madre de allí? —me lo he estado preguntando desde que le encontré amarrado a la mesa de exploración, sin saber cuándo o cómo le cogieron.

Dante traga con dificultad y asiente con la cabeza, pero no me ofrece más detalles.

Que mi madre esté libre significa que me perseguirá, aunque tengo nuevos



enemigos de los que preocuparme. La mujer que fue mi madre está muerta. Y aunque pudiera modificarla, no creo que lograra borrar todo lo sucedido. ¿Recordaría lo que ha hecho? ¿Las personas a las que ha matado? He pasado suficientes noches reflexionando sobre las muertes que han provocado mis actos: Enora, mi padre, las hebras anónimas que arranqué a sangre fría. En esos casos, yo no participé de manera activa, pero siento su sangre en mis manos como la sustancia negra y pegajosa que cubrió mis pies la noche de mi recogida. No puedo olvidar el pasado, vive dentro de mi cabeza y me abrumba. Incluso si mi madre recuperara su alma, con la moral intacta, ¿sería capaz de eludir la amarga realidad de sus actos?

Y una cosa tengo clara: mi madre desearía que yo siguiera adelante, que encontrara el Whorl, que volviera con Amie. Aún no he renunciado a ello. No permitiré que Arras y la Tierra queden separados sin haber buscado primero a mi hermana y haberla alejado del control de Cormac.

Aunque en mi mente resuenan las palabras de Loricel: *el bien de la mayoría*. No puedo sacrificar un mundo por una hermana, como tampoco puedo sacrificar una oportunidad por mi madre. Si lo hiciera, los gemidos de los muertos me perseguirían, llamándome, enloqueciéndome poco a poco. Loricel me pidió que reflexionara sobre mis decisiones. Ella tomó las suyas en un telar, ayudando a otros. Ahora no dispongo de ningún telar, solo de la intensidad de las emociones que se acumulan en mi interior como una presa desbordada a punto de estallar. En ocasiones, la única manera de servir a los demás es luchando.

Recorremos la costa en silencio, serpenteando por ciudades abandonadas, pasando junto a estaciones de servicio cubiertas de enredaderas, diminutas casas unifamiliares y una interminable hilera de ruinas a oscuras. No encontramos ningún rastro de vida. Me pregunto qué habrá en el corazón de la interfaz. Algún día, cuando esto haya acabado, exploraré y reconstruiré la Tierra. Y si no encuentro nada, levantaré mi propio mundo.

Miro hacia atrás. Erik viaja en silencio. Aunque Jost sepa que no ha sucedido nada entre su hermano y yo, da igual. No besé a Erik, pero quise hacerlo. Y he abierto entre ellos una brecha más profunda, que jamás podrá ser cerrada.

Erik tampoco me besó aquella noche porque quiere a su hermano, a pesar de todo lo que ha sucedido entre ellos.

Cuando dejamos atrás el límite de la interfaz, aparecen sobre nosotros unas cuantas estrellas y la luna asoma en lo alto del grisáceo cielo nocturno. En Arras, una tejedora hace avanzar el tiempo y decide cómo se irá desvaneciendo la luz, y si la puesta de sol será anaranjada, rosa o púrpura. También coloca una luna falsa en el cielo. La Tierra es un mundo surgido únicamente de la posibilidad. Pienso en los libros de la biblioteca de Kincaid. Los que contienen teorías sobre el origen de la Tierra, que plantean desde un cataclismo en el universo hasta un creador que la colocó aquí, que nos colocó aquí. En Arras, he visto las consecuencias de la idea del creador, así que prefiero la opción del azar. Que nacemos de la posibilidad infinita y

nos desvanecemos en el tejido del universo para alimentar nuevas vidas. Que la luna está encaramada ahí arriba simplemente porque sí, y nada más. No quiero que mi vida esté en manos de otro, quiero disfrutarla ahora, y decidir mi propio destino.

Lo que nos espera en Alcatraz, sea lo que sea, podría cambiarlo todo, pero estoy dispuesta a tomar mis propias decisiones. Si encontramos el Whorl —si logramos separar ambos mundos—, escucharé a mi corazón. Mis dedos tropiezan con la marca de mi muñeca.

Mi destino no es recordar quién soy. Sino *descubrirlo*.



La isla de Alcatraz está repleta de hombres y mujeres con la piel surcada de cicatrices que brillan y cambian de posición. No nos encontramos con la destartada y vieja instalación que esperábamos. Está bañada de luz blanca que se refleja en las mesas metálicas y las paredes vacías. No hay barrotes en las celdas, solo unos gruesos cristales. Los prisioneros los golpean, los lamen, los arañan dejando sangrientos rastros de sus uñas destrozadas, pero no los oímos. Solo escuchamos el leve zumbido de la electricidad que abastece el lugar. Se debe de necesitar mucha. El zumbido se vuelve más intenso, hasta que palpita con fuerza en mis oídos y lo siento dentro del cráneo, bajo la piel, detrás de los ojos. Sacudo la cabeza para intentar librarme de él, pero no desaparece. Tiro de la mano de Dante. Es quien está más cerca de mí, pero sigue adelante, avanzando por un pasillo hacia las negras puertas que hay en el otro extremo. Él tampoco me oye. Chillo, pero mi voz queda ahogada por el martilleo en mis oídos. Se congregan más remanentes junto a los muros transparentes de las celdas, y empiezan a aporrear el cristal. Sus rostros se transforman en feroces máscaras. Tienen los puños cerrados. No necesito escuchar lo que dicen, porque lo siento. El suelo vibra bajo mis pies y de los pilares de hormigón cae polvo, como si la prisión fuera a derrumbarse en cualquier momento.

Corro hacia Jost y tiro de su brazo para advertirle que se apresure, que van a escapar. Pero al volverse su pelo se torna más claro y se transforma en Erik. Dejo escapar un grito.

—¡Ad! —la voz de Dante me sobresalta, me arranca del sueño. Me arqueo en el asiento, pasándome una mano por los ojos legañosos.

—Estabas soñando —dice Erik. Se ha agarrado a mi asiento para mantener el equilibrio.

—Era una pesadilla —murmuro con la boca pastosa.

—Aquí no hay nadie para drogarte —dice Erik con sonrisa irónica, aunque es demasiado pronto para bromear sobre la traición de Kincaid.

—¿Quieres que paremos un rato? —me pregunta Dante, empujando a Erik para que regrese a su asiento—. ¿Moverte un poco?

Niego con la cabeza. Quiero alejarme de Kincaid y los horrores de su mansión. Quiero avanzar. Pero sobre todo quiero encontrar el Whorl —mi futuro— y hacer algo con él. No deseo controlar Arras, pero tampoco puedo permitir que nadie más lo haga. Y mucho menos Kincaid. El Whorl me permitirá enmendar muchos de mis errores.

Fuera del *spider*, el mundo está sumido en la oscuridad de la noche, y sobre nosotros el cielo aparece negro y repleto de estrellas y estelas de luz lechosa. El océano bate contra la carretera, y distingo zonas donde la calzada se ha desmoronado y ha caído al agua.

—¿Crees que ese puente es seguro? —pregunta Erik con la mirada clavada en un desvencijado puente color burdeos que hay a lo lejos.

—Probablemente no —responde Jost—. Pero no tendremos que cruzarlo.

Suelta una mano del volante y señala al horizonte, hacia algo clavado firmemente en el océano: un complejo con torres que emerge del agua. Las torres de piedra me resultan tan familiares que me ponen nerviosa.

—¿Qué es eso? —musito.

—La isla de Alcatraz —responde Dante—. Fue una prisión antes del éxodo. La Corporación ha escondido el Whorl ahí. Aquel hombre que llegó por la tronera lo descubrió.

—Después de todos estos años —susurro, mirando el océano—, lo has encontrado.

Jost frena cuando llegamos a un tramo intacto de litoral. Está cubierto de rocas y un largo y ondulado pasto.

—Hay marea alta —dice Erik mientras me ayuda a salir de la parte trasera del *spider*.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

—Soy hijo de un pescador —me recuerda—. El agua ha alcanzado su altura máxima en la costa. Cuando la marea baje, la orilla se adentrará mucho más.

—¿Qué hay debajo?

—¿Del agua? Rocas, algas, conchas.

—¿Conchas?

—¿Nunca has visto una concha?

—Claro que sí. En la Continua, al menos. Pero jamás había visto el océano —el mar artificial programado en las pantallas que tenía por ventanas en el coventri no cuenta.

—Al final no te enseñé a nadar —las palabras de Erik suenan a disculpa mientras desliza un dedo por mi barbilla.

Me muerdo el interior de la mejilla y me atrevo a decir lo que no debería.

—Ya lo harás.

Bajo hasta el borde del agua con él, deseando que fuera de día e hiciera suficiente calor para meter los pies y sentir el mar. El agua se extiende hasta el infinito, calmada

un instante y al siguiente formando una ola que rompe con fuerza y casi nos alcanza.

—Es hermoso —murmuro.

—Escapé de mi aldea —susurra Erik—, pero nunca dejé de añorarlo.

—¿El mar Infinito era como este?

—Sí y no. Estaba más tranquilo. ¿Qué sentido tiene manejar el océano si es imposible *controlarlo*? —comenta.

—¿Y por qué controlarlo? —me pregunto en voz alta mientras contemplo las enormes y poderosas olas. Imagino el maravilloso tacto de las hebras del mar en un telar, fuertes, suaves y ancestrales, aunque no se pueda comparar con estar aquí, mirando a lo lejos sin ver jamás su fin.

—¿Os importaría echar una mano? —nos grita Jost, y al volverme veo que ha extendido un gruesa lámina de plástico sobre el suelo.

—¿Qué es eso?

—Nuestra balsa. Si es que todavía vamos a ir —responde con expresión apesadumbrada. ¿Es que siempre va a ser así? ¿Tendré que hacerle daño cada vez que quiera intercambiar unas palabras con Erik? ¿Sería mejor ignorar a Erik y lastimarlo para ahorrar sufrimiento a Jost? A mi espalda, el océano bate la orilla, golpeándola con arremetidas rítmicas, recordándome que soy pequeña e insignificante.

Erik y Jost ponen manos a la obra e inflan la balsa hasta que se convierte en una amplia barca, aunque, para ser honesta, parece un poco endeble, teniendo en cuenta que tenemos que surcar esas olas.

—¿Cómo nos alejaremos de la orilla? —les pregunto, contemplando la frágil embarcación.

Jost y Erik intercambian una mirada, la primera desde que salimos de la mansión. Lo cierto es que el océano es su territorio y no tiene sentido negarlo.

—Os empujaremos —dice Erik.

—¿Cómo? —pregunta Valery, alarmada. Ha permanecido callada gran parte del viaje, pero no la culpo por hablar ahora.

—Vosotros os subiréis en la balsa y nosotros la empujaremos nadando —contesta.

—¿Es eso buena idea?

—Yo os ayudaré —propone Dante.

—¿Estás familiarizado con el mar? —le pregunta Jost.

Dante niega con la cabeza. Les iguala en tamaño y fuerza, pero incluso yo sé que eso no significa que vaya a ser capaz de manejarse en estas aguas.

—Podemos hacerlo —nos asegura Erik—. Somos hijos de un pescador, ¿recordáis?

Trago con dificultad y me obligo a asentir. Cada vez me gusta menos la idea, pero debo confiar en que tengan la destreza necesaria para lograrlo. Mientras tanto, Dante nos pasa los trajes de neopreno.

—Poneos esto —nos ordena—. El agua está lo bastante fría como para matarnos si nos caemos dentro.

Creo que si eso sucediera, no me preocuparía el frío. Sin embargo, me embuto en el traje. Valery y yo nos ayudamos la una a la otra a subirnos las complicadas cremalleras de los gruesos y ajustados neoprenos. Jost y Erik se han puesto los suyos antes de que nosotras hayamos sellado las mangas para volverlos impermeables. Cuando termino, el traje se dobla lo suficiente para poder moverme, aunque lo siento muy ceñido.

—¿Y cuando nos hayamos alejado de la orilla? —pregunto, obligándome a pensar en lo siguiente. No me gusta la idea de ir sentada en una balsa mientras dos de las personas que más me importan en el mundo se ahogan.

—Remáis —dice Jost, levantando un largo palo para que yo lo vea.

Lo miro aterrorizada.

—¿Qué quieres que haga con eso?

Jost dibuja un pequeño círculo con el remo, hundiendo el extremo plano, levantándolo de nuevo durante un segundo y bajándolo otra vez.

—Yo marcaré el ritmo desde atrás. Derecha e izquierda. Si queremos rebasar el oleaje, tenemos que sincronizarnos bien.

A su espalda, el agua golpea las rocas con fuerza, cada ola de manera impredecible. ¿Cómo se supone que vamos a sobrepasarlas?

—Tenemos cuatro remos —dice Jost—. Ad y Dante ocuparán cada uno un lado en la parte delantera, y nosotros nos colocaremos en la parte trasera una vez que os hayamos empujado más allá de las olas.

—¿Y yo? —pregunta Valery sin el tono contrariado que suele adquirir su voz cuando se la excluye de algo.

—Tú te sientas en el centro y pones buena cara —dice Erik.

Valery le lanza una mirada feroz, pero permite que la ayude a sentarse en el centro de la balsa.

—¿Y si nos caemos? —pregunto. Se ha levantado viento y me golpea la cara.

—Si alguien se cae, no podremos ayudarlo —dice Jost—. Lejos de la orilla, estás perdido. La corriente es muy fuerte.

Me pongo a buscar un puente o un barco o algo que evite que me ahogue, pero sé que no tenemos tiempo. La marea sigue alta, así que Dante y yo nos adentramos unos pasos en el agua detrás de la balsa. Una ola rompe contra mis tobillos y me sorprende su fuerza. No sé cómo vamos a ser capaces de rebasar el oleaje.

Erik me rodea la cintura con el brazo por sorpresa. Me ayuda a mantener el equilibrio mientras subo a la embarcación y me pasa un remo.

Debo de parecer nerviosa porque se inclina y me susurra:

—Sumérgelo cuando Jost diga *derecha*. En cuanto pasemos las olas grandes, estaré aquí, detrás de ti.

Asiento con la cabeza, y mi oreja roza sus labios.

Jost y Erik empujan la balsa a contracorriente y embestimos una enorme ola. Por un instante, la cabeza de Jost desaparece bajo la superficie y un grito sube a mi

garganta, pero aparece de nuevo, y nos impulsa con más fuerza. No me gusta esto, especialmente cuando la balsa tropieza con una ola y se eleva, amenazando con volcar. Mis nervios se crispan con cada embestida del agua, pero los hermanos consiguen llevarnos más allá del oleaje. Una vez que las ondulantes olas están detrás de nosotros, se encaraman al borde de la balsa y suben a ella. Deben de estar helados, incluso con los trajes, pero se ponen a remar inmediatamente.

La corriente trata de arrastrarnos al oeste, hacia el centro del océano, lejos de la isla, pero luchamos contra ella. Hundo mi remo siguiendo las órdenes de Jost, aunque el viento empuja su voz y ahoga muchas de sus indicaciones. A lo lejos, las olas parecen pequeñas, pero cuando se encrespan, mi corazón se desboca. Me concentro en sincronizar los movimientos de mi remo para controlar el paralizante pánico que amenaza con inundarme a cada nueva ola.

La prisión está a la vista, elevándose en el horizonte. Se extiende sobre la isla y ocupa por completo mi campo de visión. Todas las respuestas se encuentran en ella.

Una ola nos alcanza y pierdo el ritmo. La fuerza del océano me arranca el remo de las manos y sin pensar, estiro los brazos hacia él. Apenas tengo tiempo de sentir pánico y tomar una última bocanada de aire antes de hundirme.

El agua está oscura y fría, y me golpea con una fuerza ancestral. Mis brazos luchan contra su empuje, pero me sumerge cada vez más hasta que tengo los músculos ardiendo. Poco a poco el fuego se apaga y me relajo, permitiendo que el agua me arrastre más y más abajo. Abro la boca y dejo que entre dentro de mí, hasta que me convierto en el propio océano. Pero cuando el último resto de aire abandona mi cuerpo, trago para luchar contra la presión hasta que mis pulmones dejan de intentarlo y todo se vuelve negro.

## TREINTA Y SIETE

Fragmentos de cristal por todo mi cuerpo, agua helada estallando como esquirlas en mi piel. Y oscuridad —un vacío que me empuja hacia la nada—. Estoy muerta o casi muerta.

*Cormac va a ganar.*

Y de repente la vida entra en mí a toda velocidad y sale rápidamente. ¡*Bam!* Mis párpados aletean. Veo algo azul, luego negro. ¡*Bam!* El agua fluye a borbotones de mi garganta. ¡*Bam!* Tomo aire. Toso para expulsar el agua y me arde el pecho.

—¡Adelice!

Quiero responder. Quiero responder.

—Ad, no te abandonaré. Quédate conmigo —el grito de Erik es apremiante y sus labios están sobre los míos, como un beso que bombea aire en mi pecho, respirando por mí.

Salvando mi vida.

Cambiándomela.

Me siento pesada, anclada al rocoso litoral. Me gustaría girarme y expulsar el agua sobre la tierra, pero no tengo fuerza. Estoy tan cansada. Erik está a mi lado. Me rodea con el brazo, pero no se mueve.

Mi cuerpo no responde. Por primera vez en semanas, deseo llorar —derramar mi tristeza en un charco de errores a mis pies—. Entonces dejo que las lágrimas fluyan. Lágrimas por la vida que perdí en Arras. Los recuerdos me abruman. Mis padres bailando en la cocina, mi hermana riéndose como una tonta con los chismes del día, Enora preocupada por mi atuendo. Corría, corría, corría sin necesidad, simplemente porque me apetecía hacerlo. Ahora no puedo dejar de correr ni para recuperar el aliento, y el mundo entero aparece desdibujado bajo la extraña sombra de Alcatraz.

Me pongo en pie con esfuerzo y mis músculos protestan por el movimiento. Inmediatamente me arrepiento de haberme levantado. No solo porque siento dolor, sino porque hace frío. El mono me aletea en la cintura, y me doy cuenta de que Erik debe de habérmelo abierto para salvarme. Bajo los ojos hacia él. No se mueve y, entonces, empiezan los temblores, agitándome con tanta violencia como las olas que me arrancaron de la balsa.

Me estremezco aún más por el frío, y noto que tengo la ropa empapada. Me tumbo de nuevo en el suelo tan silenciosamente como puedo y me acurruco entre los brazos de Erik.

—¿Estás bien? —murmura él con los ojos aún cerrados.

—Creo que sí —pero mientras hablo me castañetea los dientes, y el frío me atraviesa.

Erik abre los ojos de repente y me mira con preocupación. Un instante después, empieza a desabrocharme la chaqueta húmeda.

—¿Qué haces? —le pregunto, tratando de reunir fuerzas para apartarle de mí.

—No te resistas —dice mientras me quita la chaqueta y empieza con la camisa.

—Erik —protesto, pero los temblores impiden que mi lengua siga formando palabras.

Él no dice nada, solo me arranca la camisa de un tirón. Tengo demasiado frío y estoy demasiado cansada para sentirme cohibida o incómoda. Y entonces empieza a desnudarse él.

—¡Erik! —parece más un chillido que su nombre.

Erik me envuelve con sus brazos, me arrastra hacia él hasta que estoy arropada con la calidez de su cuerpo. Mi piel reacciona y se calienta con la suya, y nos miramos fijamente hasta que todo mi cuerpo recupera el calor.

—Creí que te perdía —murmura.

—No ha sido así —le digo.

—Adelice, yo...

—Lo sé —le interrumpo.

Sus labios se acercan a los míos, apasionadamente pero con dulzura, y me siento liberada por su beso. Liberada del anhelo. De la necesidad. Nos abrazamos con fuerza. Recorro cada rincón de su boca —la sutil curva de su labio superior, la suavidad de su labio inferior, el punto donde los dos se pliegan—. Cuando nos separamos, Erik respira entrecortadamente y tiene los ojos muy abiertos, y yo me veo reflejada en sus iris, igual de agitada.

Tras unos torpes jadeos, suelto una carcajada, y en su rostro se despliega una amplia sonrisa.

—Hemos elegido un momento horrible —exclamo.

—No —responde él, y me regala una lluvia de diminutos besos—. Mejor tarde que nunca.

Se incorpora y sé que debemos irnos. Tenemos que encontrar a los demás.

—Nuestro momento llegará, Ad —me promete.

Levanto la mano y le coloco el pelo detrás de las orejas, dándome cuenta de que mis dedos tiemblan aún, aunque ya no tenga frío. Me gustaría creerle.



Resulta complicado avanzar tierra adentro. La vegetación silvestre no sirve de mucha ayuda. Una mata puede proporcionarme suficiente agarre para seguir subiendo, pero la siguiente me traiciona. Erik se detiene un instante, más arriba de la colina que yo.

—¿Sabes, Ad? —me grita por encima de las ráfagas de viento que llegan desde el mar—, podría llevarte a cuestras.

—¿Como un saco de harina? —le pregunto, fingiendo interés.

—No, como una recién casada —grita él—. Para traspasar el umbral hacia una prisión de mentiras.



—El sueño de toda chica —respondo a gritos. No dejo de subir, aunque parte de mí desearía ver a Erik intentando subirme a cuestras; otra parte más malvada tiene razones distintas para querer estar entre sus brazos.

Erik pierde el equilibrio y resbala unos metros, pero yo continúo avanzando. Mi esfuerzo se ve recompensado cuando mi mano encuentra terreno sólido y llano, y al subir, descubro una carretera. Me encaramo rápidamente al borde, me siento y espero a Erik con los pies colgando hacia el precipicio que he remontado.

Me echa un vistazo y gruñe:

—Parece un poco presuntuosa, señorita Lewys.

—Me siento presuntuosa —admito mientras balanceo los pies.

—¿Le importaría abandonar un instante su actitud de superioridad y echarme una mano?

Me pongo en pie y me inclino, con el brazo extendido.

—La benevolencia es uno de mis numerosos atributos.

Erik se agarra a mi mano para guardar el equilibrio, pero intenta tirar lo menos posible de mí.

—¡Por Arras! —exclamo, aferrándome a él y tirando de su cuerpo, pero de repente cae hacia atrás y me arrastra con su peso. Un pequeño grito escapa de mis labios antes de darme cuenta de que ya está sobre la carretera. Simplemente ha tirado de mí para abrazarme.

Me transmite su calor. Tiene el pelo apelmazado en ondas por la humedad del aire, y en la oscuridad de la noche, sus ojos parecen de color gris plateado, y salvajes como el océano que hay a nuestros pies.

—Lo sé —dice antes de que yo pueda protestar, y se inclina hacia mí—, no tenemos tiempo.

El instante me atrapa. Las olas rugiendo contra las rocas, los agudos chillidos de las gaviotas, la densa oscuridad que nos envuelve como la niebla.

—Podría conseguirnos tiempo. Es otra ventaja de mi supremacía —le recuerdo. Pero antes de que cierre el hueco entre sus labios y los míos, una luz nos ciega.

—¡Ad, soy tu padre! —escucho gritar a Dante a lo lejos—. Aléjate de ese muchacho antes de que me hagas vomitar.

—Tengo que hablar con él respecto a invocar su condición de padre —mascullo, pero Erik deja escapar una risita.

El resto del grupo está en la siguiente curva de la carretera que asciende serpenteando por la isla, así que Erik y yo corremos hacia ellos. Cuando los alcanzamos, Dante me da un abrazo que me coge por sorpresa. Regreso a la noche de mi recogida, a la última vez que sentí unos brazos paternos a mi alrededor. Cuando baja los brazos, se aparta de mí, sin mirarme a los ojos.

—Pensábamos que os habíais ahogado los dos —susurra Valery, rodeando mi brazo con el suyo—. Pero Jost y Dante no han parado de buscaros.

Una expresión melancólica recorre su rostro, aunque no permanece en su

semblante cansado y ojeroso. Rodeo su cintura con un brazo y ella apoya la cabeza en mi hombro.

Mis ojos se detienen en Jost, pero él aparta la mirada, sin saludarme siquiera. Si tenía alguna duda sobre la dirección que tomaría mi relación con Erik, ya no la tiene. No le culpo por no mirarme. Pero no puedo cambiar nada, así que empiezo a avanzar fatigosamente. Dante me hace un gesto con la cabeza que denota incomodidad. Tal vez pueda dar rienda suelta a sus sentimientos paternales en broma, pero ahora es incapaz de expresarlos.

—¿Aún no habéis localizado la entrada a la prisión? —pregunta Erik.

—Os hemos estado buscando —responde Jost. Su voz, aunque cansada, no suena a reproche.

—Pues ya nos habéis encontrado. Así que, vámonos —digo yo, animada por la proximidad de nuestro destino.

—Ad —Jost me agarra del brazo y me lleva hacia un lado—. Me alegro de que estéis a salvo. Los dos.

Nos movemos con actitud un tanto embarazosa y me da la sensación de que fuera a abrazarme, pero no lo hace. En vez de eso, me regala una ligera sonrisa antes de retomar nuestra misión.

La isla está oscura, no se ve ninguna luz en la torre de vigilancia azotada por el viento. No hay sol, así que el único resplandor procede de las estrellas y una luna creciente encaramada en el oscuro cielo. La silueta de la fortaleza va creciendo a medida que nos acercamos a ella. Debería intimidarme, pero lo único que siento es una atrayente familiaridad. Muros de piedra que se elevan hasta lo más alto, una torreta bien situada. No se diferencia tanto del coventri, excepto en que esta prisión tiene ventanas —algo que la Corporación no nos permitía—. Pero incluso con ventanas, parece imposible escapar de este lugar.

Hay varios edificios salpicados por el perímetro, pero están en completo silencio. Aparte de una luz danzarina que aparece de repente y desaparece en cuanto me giro para seguirla, no encontramos ningún rastro de vida.

—¿Y si no hubiera nadie aquí? —le pregunto a Dante.

—Entonces, seguiremos buscando —me asegura, aunque la incertidumbre se filtra entre sus palabras. Tal vez esté empezando a entender lo que implica ser padre. Trata de ofrecerme consuelo y confianza, aunque sea con una mentira.

Si Alcatraz estuviera abandonada, ¿por dónde empezaríamos? Sé que habrá que tomar una decisión: seguir buscando o regresar a Arras por la tronera para salvar a nuestras familias. Por primera vez, a punto de descubrir qué me depara el futuro, me enfrento a la posibilidad de volver. Sé que no puedo regresar, que no lo haré. No debo anteponer a Amie a un mundo entero, así que intento mantenerme a flote en el dolor que me abrumba al darme cuenta, porque como me abandone a él, me romperé en pedazos aquí mismo.

El patio está rodeado por un muro de hormigón con una amenazante espiral de

alambre encima. Caminamos un buen rato alrededor del complejo hasta encontrar un muelle de carga que nos conduce a un portón de acceso.

—Pensé que habría más seguridad —comenta Jost. Avanza un poco y el haz de luz de su linterna baña la fachada de la prisión.

—Sí, este lugar parece muerto —dice Valery con voz queda—. Tal vez deberíamos retroceder.

—No —respondo con firmeza—. Es un sitio enorme. No descubriremos nada hasta que entremos.

Valery muestra su conformidad con un gemido. Dante desenfunda un arma y se la alarga a Erik. Jost ya tiene una.

—Si ocurre algo, lo mejor que puedes hacer es distorsionar el tiempo para proporcionarnos un poco de seguridad —me dice Dante.

La idea me paraliza. Incluso después de practicar, apenas soy capaz de agarrar las erráticas hebras de la Tierra de manera controlada. Si me equivoco de hebra, podría matar a alguno de ellos. Podría derrumbar Alcatraz sobre nosotros.

Dante se detiene y coloca una mano sobre mi hombro.

—Puedes hacerlo, Adeline. Tendrás que hacerlo.

Merodeamos por el portón, buscando la manera de acceder a la prisión. Estamos a punto de desistir cuando un chirrido nos pone en alerta. Nadie se mueve, aunque según van pasando los segundos resulta cada vez más probable que se trate únicamente del viento. El portón desemboca en un pequeño acceso con doble puerta como el que empleaban en el piso franco de la Heladera. La puerta del extremo opuesto no está cerrada con llave. Si el Whorl se encontrara aquí, la seguridad no sería tan precaria. Se me cae el alma a los pies, y justo en ese momento silba una bala que va a incrustarse en la pared que hay detrás de mí. Estoy tan sorprendida que no reacciono hasta que Dante me tira al suelo, mientras con la otra mano apunta su arma hacia delante. El eco de los disparos inunda el gran recinto de hormigón y entonces reacciono, preparada para enfocar el tosco tejido del universo. Para mi sorpresa, lo visualizo con facilidad y descubro que no nos encontramos frente a un edificio abandonado y decrepito. La prisión ha sido reforzada para enfrentarse a la naturaleza y el tiempo.

Las hebras del tiempo no muestran la habitual inconsistencia. No son toscas, sino rígidas y firmes, por lo que resultan más fáciles de ver y más complicadas de manipular. Pero es impresionante lo que la adrenalina consigue, así que arranco una larga y gruesa hebra de su posición fija y la retuerzo con la mano. El efecto es instantáneo: la distorsión bloquea un disparo justo a tiempo. La bala rebota en las hebras y rueda por el suelo. A lo lejos, veo cómo el guardia que nos está disparando se asoma por detrás de un pilar de hormigón, confuso por lo que ha sucedido. Es nuestra oportunidad, así que Dante dispara por el lateral del espacio distorsionado y le alcanza en el hombro. El arma del guardia repiquetea en el suelo y él cae de espaldas. Vivo, pero aturdido.

Nos ponemos en pie a toda velocidad y nos dirigimos hacia él. Erik coge el arma del hombre y se la engancha en la cinturilla del pantalón.

—¿Dónde están los demás? —vocifera Dante, apretando el cañón de su arma contra la sien del hombre herido.

—No hay nadie más —farfulla el guardia—. Solo yo.

—Los encontraremos —le amenaza Dante.

—Solo está mi familia. Por favor, no les hagáis daño —suplica el hombre, apretándose el hombro ensangrentado.

—Tu familia no sufrirá ningún daño —le digo suavemente—. Te lo prometo. Pero necesitamos saber si hay más guardias.

—No hay nadie, aparte del científico —responde rápidamente.

—¿El científico? —repite Dante, y me lanza una mirada.

—¿Vais a matarle? —pregunta el guardia con voz trémula.

—Vamos a salvarle —contesto.

El guardia nos recorre con la mirada, tratando de comprender quiénes somos y por qué hemos venido.

—No le tienen aquí —hace un gesto con la cabeza hacia el silencioso bloque de celdas que se eleva tras él—. Vive en la casa del antiguo alcaide.

Pensaba robar una máquina, no toparme con un científico recluido en una isla prisión.

—Si eres listo —dice Dante con el arma aún en alto—, pídele a tu mujer que te cure esa herida y marchaos de la isla. Si vuelves a por nosotros, tendrá que enterrarte. ¿Lo entiendes?

El hombre gruñe un sí, claramente dividido entre su deber y su vida.

—No puedo prometerte que no le hagan nada a tu familia si nos atacas de nuevo, Lucas —le digo al guardia, leyendo su nombre en la placa que lleva en el anticuado uniforme.

Dante no baja el arma mientras el hombre se dirige hacia la salida arrastrando los pies; yo espero, aterrada, preguntándome si le disparará. En cuanto el hombre alcanza la puerta, Dante llama su atención y me quedo paralizada, a la expectativa.

—Lucas, no te molestes en contactar con tus superiores, si es que quieres proteger a tu familia. Yo en tu lugar me escondería.

—¿Dónde? —pregunta Lucas con desesperación—. Es imposible escapar de ellos.

—Ve a la Heladera —responde Dante.

Eso está a cuatro horas de aquí.

—Entonces, será mejor que te pongas en marcha —dice Dante—. Y no mires atrás.

El hombre asiente con la cabeza, con una expresión que refleja al mismo tiempo desprecio y vergüenza.

—¿Por qué tienen a un científico en la isla pero fuera de la prisión? —me

pregunto—. Disponen de un montón de celdas.

—Los prisioneros se sienten mejor cuando olvidan que están enjaulados —me recuerda Erik.

—Pero si no está encerrado, ¿por qué no huye? —pregunta Valery con voz temblorosa. Tiene el rostro pálido de miedo.

—Mira esta roca —le digo—. No hay manera de escapar —me guardo para mí lo que he descubierto sobre la composición de la prisión. Si la Corporación la ha modificado de manera artificial, necesito estudiarla con más cuidado para determinar cómo y por qué lo ha hecho, aunque tengo una idea bastante aproximada. Sean cuales sean los secretos que la Corporación oculta aquí, están confinados no solo en la isla, sino también en el tiempo, como los instantes que distorsionaba para esconder mis encuentros con Jost en el coventri.

—De hecho, es mejor que no esté encerrado —le asegura Dante a Valery.

Ella le mira con expresión vacía. Yo tampoco estoy segura de saber qué está insinuando.

—El científico tendrá comida —añade Dante, dirigiéndose hacia el portón—. Y yo estoy hambriento.

## TREINTA Y OCHO

La casa del alcaide se encuentra algo alejada de la prisión, a una distancia adecuada para acceder fácilmente a ella pero apartada. Tiene una fachada de piedra con líneas elegantes y una cubierta de tejas. Al acercarnos a la puerta, vemos luz en varias de las enormes ventanas. Los muchachos mantienen las armas en alto, y descubro a Dante mirando por encima de su hombro.

Nos congregamos en el deteriorado porche y llamo a la puerta. Esperamos sin apenas respirar.

Cuando la puerta se abre, no puedo ocultar mi sorpresa. Conozco al científico. Es el hombre que aparecía en el recorte de periódico de la tienda de Antigüedades Curiosas y en la película propagandística que vi en la mansión de Kincaid. *Kairos*. No parece mayor de lo que era entonces. Tiene la misma piel surcada de arrugas y el mismo pelo blanco y revuelto. Sus ojos aparecen viejos y cansados.

—¡Compañía! —exclama. Su tono es amistoso, aunque su voz suena extrañamente aguda al pronunciar la palabra, poniendo énfasis en las vocales y haciendo que suenen exóticas en su boca. Ignora las armas apuntadas hacia su cabeza —. Estaba preparando té. Tendré que añadir agua.

—Quédate ahí quieto —dice Dante.

—Muchacho —responde el científico, y noto un ligero cambio en su tono de voz, aunque no para mostrar enfado sino fastidio—, soy un hombre de ciencia, no de acción. Conservad las armas si debéis hacerlo, pero os prometo que no voy a atacaros con agua hirviendo.

Me muerdo un labio para contener la sonrisa que asoma a mi boca. Nadie hace intención de entrar, así que tomo la iniciativa y le sigo mientras se aleja arrastrando los pies. Erik se coloca a mi lado instantáneamente. Ha bajado el arma, aunque la mantiene en la mano.

—Tu amigo no confía en mí comenta el científico.

Me ruborizo, extrañamente avergonzada al sentir que le hemos insultado con nuestra desconfianza. Es una reacción chocante, teniendo en cuenta que me encuentro ante el hombre responsable de crear los primeros telares y el propio Arras.

—Es bastante protector —le digo con tono de disculpa.

—Ah, entonces, ¿es un novio? —el anciano me guiña un ojo al hacerme esta pregunta, y yo me ruborizo un poco más.

—No permitiré que te disparen —le digo.

El hombre inclina la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada profunda y estruendosa, sin prestar atención a la tetera que está llenando de agua.

—Me gustas. Haré como que ha sido una broma y que somos amigos. ¿Vale?

—Vale —confirmo con una sonrisa.

—¿Cómo os llamáis? —me pregunta, colocando la tetera sobre la cocina para que se caliente. Se acerca a un armario y hurga dentro. A mi lado, Erik chasquea los

nudillos hasta que le separo las manos.

—Yo soy Adeline Lewys —respondo.

—¿Y estás aquí para destruir la Corporación de las Doce Naciones? —pronuncia las últimas palabras con ferocidad fingida, aunque lo que noto en su voz no es que se esté burlando de nuestra intención, sino desestimándola. Debe de haber asistido a unos cuantos intentos fallidos de destruir la Corporación a lo largo de los años.

—Supongo —respondo—. Quiero separar ambos mundos. No destruirlos.

—Una noble aspiración —comenta él—. Aunque insensata.

Me sorprende su sinceridad. Me ofrece una taza con una bolsita de té dentro, sujeta al borde.

—Llevas mi marca.

Miro mi mano extendida, mi marca, y asiento con la cabeza.

—Kairos. Tu nombre.

—No es mi nombre, pero me halaga. Ellos me llamaban doctor Albert Einstein, antes de que empezaran a llamarme traidor y me encerraran aquí me explica.

—Doctor Einstein, yo soy Adeline —le digo, ofreciéndole esta vez mi mano derecha para estrechar la suya. Me siento rara, ya que suelo preferir la izquierda, pero nos apañamos.

—Albert —responde él con firmeza—. Llámame Albert. Hace tanto tiempo que nadie me llama doctor Einstein que siento haber perdido el privilegio.

—Tenemos un montón de preguntas —interviene Erik. Está haciendo malabarismos con el arma y una taza de té desportillada, y me hace reír.

—Creo que puedes soltar eso —le sugiero, señalando el arma.

Erik contempla un buen rato a Albert y luego me mira a mí. Asiento con la cabeza de modo alentador, y se coloca la pistola en la cinturilla del pantalón.

—Claro, pero no aquí —dice Albert mientras la tetera anuncia con un silbido que ya está caliente—. Además, el té está listo.

Albert vierte con cuidado el agua caliente en las tazas preparadas, tratando de no derramarla y disculpándose una y otra vez por las gotitas que salpican nuestras manos. Este hombre no supone ninguna amenaza, aunque eso podría significar que tampoco pueda ayudarnos. Le echo una mano para llevar las tazas a la otra habitación y repartirlas entre Jost, Dante y Valery. Están los tres de pie en el salón, con expresión incómoda, y Albert les indica con un gesto que se sienten mientras él va a cerrar la puerta principal.

Cuando regresa, se presenta y espera pacientemente a que los demás le digan sus nombres. Repite cada uno, como para memorizarlo.

—Tenemos un montón de preguntas, Albert —dice Dante—. Entre ellas, por qué vives aquí.

—¿En vez de en la fría prisión? —sugiere Albert—. Una concesión por buen comportamiento. La Corporación de las Doce Naciones me considera una amenaza intelectual, no física. Mientras me mantengan apartado de la gente, no supongo

ningún peligro.

—¿Y el guardia y su familia? —pregunta Jost.

—Lucas y su familia son personas sencillas. Unos encantadores invitados para cenar, pero en absoluto interesados en la física o en mi palabrería científica —Albert hace una pausa y se lleva la taza a los labios. Su bigote roza el borde—. Espero que no les hayáis hecho nada.

—Le dijimos que se marchara —le aseguro—. No estamos aquí para lastimar a nadie.

—Una curiosa manera de hacer una revolución.

—No estamos aquí para lastimar a ningún inocente —me corrige Dante.

—¿Y qué es la inocencia? —cavila Albert—. ¿*Ignorancia*?

—Tal vez —responde Dante, revolviéndose en la silla.

—¿O buenas intenciones? —añade Albert.

Contemplo a mis compañeros al otro lado de la habitación. Solo Erik parece cómodo mientras sopla su té y da pequeños sorbos. Los demás permanecen tensos, con los hombros encorvados, atentos a cada palabra de Albert.

—Tal vez una reacción instintiva —sugiero—. Lucas obedecía órdenes. Algo que *todos* podemos disculpar.

—¿Eso quiere decir que alguna vez has actuado siguiendo órdenes? —me pregunta.

Recuerdo la gruesa y áspera hebra que extraje del telar ante la atenta mirada de LoriceL. He obedecido órdenes con buena intención, pero bajo la penetrante mirada de Albert, no me siento absuelta.

—Sí —admito—, pero ya no.

—Y así es cómo te convertiste en una rebelde —dice él—. ¿Huiste de Arras o naciste en la Tierra?

—Somos refugiados —respondo.

—Cuántos y qué jóvenes. ¿Cómo descubristeis la verdad?

—Yo fui reclutada —comienzo mi explicación.

—¿Una tejedora renegada? Maravilloso.

—Adelice estaba destinada a ser la nueva maestra de crewel, y sabe hacer modificaciones —interviene Erik. Le reprocho con la mirada que me haya interrumpido, pero está claro que pensaba que debería ir al grano.

—Entonces eres la persona que estaba esperando —Albert pronuncia estas palabras tan bajito que no creo que nadie más las haya escuchado, como si estuvieran dirigidas solo a mí—. ¿Lleváis todos la marca de Kairos?

—No —responde Dante—. Solo Adelice y yo. El levantamiento original se extinguió hace años, pero estamos revitalizándolo. Aunque hay un hombre que finge tener los mismos propósitos que nuestros predecesores.

—¿Hay un levantamiento *falso*? —Albert formula preguntas con el interés de un hombre que acaba de despertar de un largo sueño. No tiene ni idea de lo que ha



sucedido en el mundo exterior desde que lo encerraron aquí.

—Un tal Kincaid quiere encontrar el Whorl le explico.

—Conozco a Kincaid —dice Albert con tono enigmático—. Si ha perdido el favor de la Corporación, no es alguien con quien se deba jugar.

—Por desgracia, lo hemos descubierto a fuerza de golpes le digo.

—Entonces, ¿esto es todo? —pregunta Albert—. El último vestigio marchito de la rebelión.

—No, somos muchos más, pero no suficientes para levantarnos contra la Corporación —Dante me ha contado las expectativas que tenía cuando regresó a la Tierra, las historias que su madre, mi abuela, le susurró sobre una poderosa legión de hombres que liberaría Arras. Pero se trataba únicamente de relatos, y la rebelión nunca fue más que un polluelo apenas capaz de mantenerse en pie.

—Cuando me encerraron, se estaban organizando ejércitos —dice Albert, arrastrado por la nostalgia—. Aunque no eran mis tropas, así que no me importó lo que reivindicaban.

—¿Por qué no? —le pregunto, sorprendida.

—Porque yo no tenía interés en comenzar una nueva guerra. No creía que fuera mi responsabilidad acabar con la Corporación o sus políticas. Yo simplemente quería que dejaran de destruir a los que se habían quedado en este planeta. La mejor manera de hacerlo era separar ambos mundos y acabar con la dependencia de Arras respecto a la Tierra —su té chapotea peligrosamente mientras agita los brazos.

—Pero tenías que saber de lo que era capaz la Corporación —le digo.

—La Corporación no es muy diferente de los gobiernos de la Tierra. Las guerras civiles, las guerras mundiales, son invención de los hombres —continúa—. Invenciones terribles, pero que forman parte de la historia de la humanidad. Tal vez algún día evolucionemos como especie y dejemos atrás la violencia.

—¿Y tú crees que la Corporación es capaz de ese tipo de crecimiento? —pregunta Jost con tono jocosos y lleno de resentimiento—. He visto lo que hace la Corporación. No ha habido evolución.

—La evolución depende del cambio. Un cambio de generaciones. Los hijos aprenden de los errores de los padres. Incluso las pequeñas variaciones pueden provocar un efecto dominó que empuje a la gente hacia delante, que aporte desarrollo. Pero ¿cómo va a producirse tal cambio si las generaciones están estancadas? —pregunta, dejando la cuestión flotando en el aire.

—¿Te refieres a la raza de seres inmortales que controlan todo? —exclama Dante, inclinándose hacia delante. Su té ha quedado abandonado en la mesa que hay junto a él—. Seres inmortales que tú creaste.

—Un lamentable efecto colateral —admite Albert—. Estábamos trabajando a marchas forzadas contra nuestros enemigos. El arma que las fuerzas del Eje estaban perfeccionando podría haber destruido el planeta. Era una bomba como jamás se había visto en la Tierra. Advertí a los aliados, así que cuando me presentaron una

solución alternativa cuyo fin era preservar la vida...

—¿El Proyecto Cypress? —pregunto.

Albert asiente con la cabeza.

—Yo fui quien propuso insertar hilos dentro de las hebras. El objetivo era evitar las enfermedades y fortalecer a la población. No podíamos prever los efectos que tendría el nuevo mundo en el sistema inmunológico, pero nuestra tecnología podía eludir enfermedades imprevistas. Los arreglos de renovación estaban dirigidos a proteger a la población en ciernes.

—Pero la Corporación abusó de la tecnología que tú creaste.

—El sueño de todo científico es mejorar la condición humana. Pero, como habéis supuesto, los oficiales se dieron cuenta de que podían utilizar esa tecnología para evitar el envejecimiento. Les permitió mantener el poder.

—Les concedió poder absoluto —añado.

—Algo muy peligroso —concluye Albert con un suspiro—. Al echar la vista atrás, pienso que debería haber anticipado esa cuestión, pero el gobierno no nos dejaba tiempo para pensar en otra cosa que no fuera crear los telares e impulsar el proyecto. No me paré a reflexionar sobre el mal uso que se pudiera dar a los telares. Mi única preocupación era que Arras resultara funcional y seguro para la población. A menudo me he arrepentido de mi participación, pero asumo mi papel en lo que se hizo.

Su rostro se cubre de vergüenza, aunque reconozco el valor de su motivación. Al contrario que Cormac, que trató de venderme lo del beneficio para la mayoría, Albert actuó movido realmente por esos parámetros. Hizo lo que parecía mejor, y se dio cuenta demasiado tarde de las terribles repercusiones que sus actos provocarían.

—¿Por qué no bombardeasteis Arras para deshaceros de ellos? —pregunta Erik, y frunzo el ceño ante su cruel sugerencia.

La respuesta de Albert pone voz a mis pensamientos.

—Yo quería salvar vidas, no destruirlas.

—¿Y lo conseguiste? —le desafía Dante.

—De nuevo eran buenas intenciones. Admito mi culpa y si vosotros fuerais capaces de hacer lo mismo, podríamos avanzar —replica Albert.

La reprimenda inunda la habitación y cada uno reacciona de una manera distinta. Dante se yergue en su asiento. Jost y Erik intercambian una mirada. Valery se encoge y dirige su atención hacia la ventana.

—Has dicho que no pensaste que la Corporación pudiera utilizar los telares de manera inapropiada —intervengo para animarle a retomar cuestiones más provechosas.

—No —admite—. Aunque debería haberlo hecho. El gobierno siguió apoyando el proyecto, aunque sus miembros no constituirían las Doce Naciones. No como vosotros las entendéis ahora.

—Si la Corporación no estaba formada por los gobiernos de las naciones,

¿quiénes eran esos hombres? ¿Quién es Cormac Patton? —le pregunto.

—Ah, Patton, un ser despreciable pero un hombre muy rico. Todos lo eran. La guerra había llevado al límite las finanzas de Estados Unidos. Las familias dependían del racionamiento y prescindían de él. Todo el mundo ayudaba en lo que podía, y muchas de las demás naciones del Proyecto Cypress hacían lo mismo.

—Qué raro que no eliminaran el racionamiento una vez que Arras fue una realidad masculla Jost.

—Saber que tu pueblo depende totalmente de ti para sobrevivir te aporta seguridad —dice Albert—. Ese fue uno de los primeros indicios de que algo se había podrido en el corazón del Proyecto Cypress. Yo recelaba de que los patrocinadores del proyecto asumieran puestos de poder, pero no era más que un científico. A mí nadie me escuchaba.

—Nadie escucha al hombre que crea la solución —dice Erik con una sonrisa inexpresiva—. No me extraña que las cosas no funcionaran.

Albert levanta su taza como para brindar por la incongruencia del asunto.

—Los oficiales se implicaron mucho en el proyecto. Eran hombres poderosos, hombres con una inmensa fortuna, y parecían obsesionados con lograr un resultado positivo, siempre que garantizara un mundo en el que sus posiciones no se vieran amenazadas.

—Advertencia número dos —señalo.

—Cierto. Pero ellos estaban volcados en cómo la ciencia de los telares podía beneficiar sus negocios, aunque a nosotros nos vendieron su preocupación por el mundo, por la gente, por sus clientes. Reconocí su codicia.

—Pero no intuiste su intención de utilizar los telares como fuente de la eterna juventud —señala Dante.

—Dado que nunca me había obsesionado una cuestión tan absurda, así fue. Tuve veleidades de científico, no de hombre en busca de gloria e inmortalidad. Jamás se me ocurrió —admite Albert.

—Pero ¿cómo lo consiguieron si tú no les ayudaste? —le pregunto.

—No todos los científicos compartían mis ideales, pero muchos tenían mis mismos conocimientos. Había hombres del estilo de Cormac y Kincaid merodeando y haciendo preguntas, no para descubrir cómo utilizar los telares en su propio beneficio, sino qué científicos podrían ayudarles a conseguir esos posibles beneficios.

—Así que uno de tus hombres te traicionó —es Valery quien dice esto.

—Sí, señorita. Los oficiales determinaron quién les ayudaría en sus grandiosos planes, y los pusieron en marcha en laboratorios secretos en Arras.

—Y se volvieron inmortales —concluyo.

—Eso no es del todo cierto —me interrumpe Albert—. Para ser verdaderamente inmortal, tendrías que ser indestructible. Y ellos continúan siendo vulnerables a las enfermedades y las heridas.

—Pero disponen de personas que los modifican y les devuelven la salud.

—Sí, pero su supuesta inmortalidad es muy frágil. Se les puede arrebatar en un instante.

—Así que, ¿sería posible matar a Cormac! —exclamo.

—Sí —confirma Albert—. ¿Lo crees necesario?

—¿De qué otra manera podemos liberar a la gente? ¿Cómo, si no, separaremos la Tierra de Arras? —grita Dante, transformando sus palabras en un fervoroso veredicto sobre el destino de Cormac—. El tiempo de la Corporación ha llegado a su fin.

Albert sostiene mi mirada. Su pregunta no se refiere a una cuestión práctica, sino moral. Quiere que mire en mi interior y descubra lo lejos que estoy dispuesta a llegar.

—Si separásemos ambos mundos. Arras tendría que aprender a sobrevivir con sus propios recursos. Habría reacciones. Cambio —digo en voz baja.

—Se iniciaría de nuevo el curso de la evolución —replica Albert.

—¿Alguien tiene idea de lo que estamos hablando? —pregunta Erik, pero Dante le manda callar. Si a los demás les resulta difícil seguir la conversación, no parecen dispuestos a interrumpirla.

—¿Por dónde empezamos? —le pregunto.

—Yo podría guiaros —responde Albert con una triste sonrisa asomando bajo el bigote—, aunque será complicado. Arras es un universo parasitario que absorbe el tiempo y los recursos de la Tierra, pero si se fijaran sus límites y quedara libre, la composición de la Tierra alcanzaría una masa crítica y surgiría una fisura espacio-temporal que Arras podría ocupar, separado de la Tierra. Podría sanar. Los telares ya no servirían de nada, pero Arras sería autosuficiente.

—¿Y el Whorl puede conseguir eso? —le pregunto casi sin aliento, tratando de comprender lo que nos está explicando. Si se separara Arras de la Tierra, ambos mundos podrían sobrevivir. No tendría que elegir cuál salvar, y terminaría con la creciente amenaza de una guerra total entre los dos.

—El Whorl puede rematar los extremos de Arras, separándolos de los telares y transformando la línea temporal de ese mundo en un tejido infinito —Albert forma un círculo con los dedos y lo coloca frente a sus ojos—. De ese modo, el tiempo fluirá en un ciclo vital sin fin.

—Por eso te necesitamos. Necesitamos el Whorl —dice Dante.

—Ah, querido muchacho, yo no tengo el Whorl.

—Entonces, ¿dónde está? —exclama Jost. Se levanta de la silla y se aferra a la repisa de la chimenea. La desesperación por regresar a Arras y salvar a Sebrina está escrita en las angustiadas líneas de su rostro.

—El Whorl no es un objeto. Es una persona —dice Albert.

—¿Eres tú el Whorl? —aventura Dante.

—No —responde Albert, negando con la cabeza—. Es ella.

Su dedo me señala directamente a mí.

## TREINTA Y NUEVE

El peso de sus palabras cae sobre mí y me aplasta el pecho. No escucho la reacción de los demás. Se desdibujan mientras me veo obligada a afrontar una vez más responsabilidad y propósito. Debería haberme acostumbrado ya a esta complicada danza entre poder y obligación, pero siento su opresión. Traté de desechar la idea de salvarme a mí misma, de salvar a Amie, pero salvar al mundo yo sola —empuñar un poder tan terrible y formidable— es casi más de lo que puedo soportar.

—Adelice —Erik está a mi lado y me devuelve al presente. Sus manos calientes me rodean las muñecas—. ¿Estás bien?

Me anclo a su presencia. Erik me apoya y me acepta cuando soy un simple ser humano. Si pudiera aferrarme a él y absorber su fuerza, tal vez podría enfrentarme a lo que se avecina.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Dante a Albert. Me concentro en sus palabras, tratando de que mi mente participe en la conversación.

—Dijisteis que era la maestra de crewel —responde Albert, pero está ocultando algo. Lo noto.

—Se suponía que iba a ser la maestra de crewel —le corrijo—. Nunca terminé mi formación.

—Entonces puedes tomar los elementos y manipularlos —dice él—. ¿Qué más? Porque hay más.

Asiento con la cabeza, empujando la información para que salga de mi aletargado cerebro.

—Puedo hacer modificaciones como un sastre.

—Genéticamente dispones de ambas habilidades, ¿no es así? —me pregunta.

—Sí, debo de haberlo heredado de mis padres —respondo, y le pongo al corriente de la extraña relación que existe entre Dante y yo. De cómo la dilatación del tiempo ha afectado el curso de nuestras vidas mientras transcurrían en las líneas temporales de dos mundos distintos.

—¿Tu madre ha sido examinada? Sería interesante analizar su composición genética, al igual que la suya...

Le interrumpo antes de que el nudo que tengo en la garganta crezca y me quiebre la voz.

—Mi madre es un remanente. Dudo que colaborase.

—La genética de su madre y la mía —interviene Dante— crearon algo especial, único, como una mutación.

—No exactamente, querido muchacho —dice Albert, y luego hace una pausa—. Me resulta particularmente extraño llamarte así, teniendo en cuenta que tienes una hija casi adulta.

—A los demás también nos parece raro —dice Erik.

—Las habilidades genéticas saltan generaciones y surgen de manera

aparentemente inesperada, pero no son aleatorias. Cuando quedó claro que yo disponía de un método para separar ambos mundos, la Corporación trabajó duro para evitar que sucediera —dice Albert.

—¿Por qué? ¿Por qué querían seguir dependiendo de la Tierra? —pregunta Jost—. La Tierra era una amenaza para ellos.

—Y una oportunidad. No debes olvidar que se trataba de hombres de negocios —continúa Albert—. La Tierra disponía de recursos, y la Corporación no estaba segura de que no fuéramos a necesitarlos. Aunque, sinceramente, creo que fueron incapaces de obviar las posibilidades de este mundo. ¿Y si más adelante descubrieran formas de utilizarlas en su propio beneficio? Entonces surgió la necesidad real de buscar un escondite por si se descubrían sus ardides.

—Por si alguien se daba cuenta de que eran los mismos hombres los que seguían dirigiendo el espectáculo —digo yo.

—Pero disponían de sastres para mantenerlo en secreto —dice Dante.

—Sí, pero los hombres son caprichosos. Surgen revueltas sin importar lo controladas que tengas a las masas. La Tierra les proporcionaba un plan alternativo, aunque lo más importante era que si se desligaba Arras de la Tierra, desaparecerían los telares. Perderían el control.

»La inusual historia de tu familia responde muchas de mis preguntas —continúa Albert—. La Corporación trató con todas sus fuerzas de evitar que existieras.

—Y siempre han mostrado un excesivo celo por controlarme —nada de esto es nuevo. Dante ya me lo había contado, pero Albert sabe cosas que Dante solo intuía.

—Leyes sobre el matrimonio, segregación, citas de cortejo. Es una manera un tanto extraña de dirigir un planeta, ¿no? —pregunta Albert.

—Nos decían que debíamos mantener la pureza.

—Una anticuada forma de control, aunque por desgracia muchos padres bienintencionados y representantes de la autoridad se lo creyeron. Esas leyes permitieron a la Corporación ocultar el verdadero motivo de sus actos.

—¿Y cuál era? —pregunta Dante.

—Controlar la genética de quienes accedían al tejido —responde Albert—. Nosotros creamos a las tejedoras, cultivamos la naturaleza creativa y vivificadora de las mujeres, pero los sastres fueron un efecto colateral inesperado.

—¿Cómo sucedió? —le pregunto.

—Estudiamos también a los niños. Necesitábamos saber cómo afectaría el experimento a los bebés del sexo masculino. No parecían poseer las habilidades necesarias, así que creímos que podríamos evaluar y controlar la población. Que podríamos anticipar fácilmente qué niñas nacerían con el don. Se concertaban los matrimonios, se vigilaba a los pequeños, y esperábamos indicios.

Recuerdo que Loricel me contó cómo me había controlado, cómo me había encubierto. Nadie adivinó sus intenciones. Estaba claro que quería acabar con el sistema después de décadas de anteponer el deber a su propia persona, pero ¿cómo no

sospecharon que yo podía ser aquello que más temían?

—¿Así que nos marcaste? —dice Dante con cierta indignación.

—Me temo que sí. Cuando nos dimos cuenta de que habíamos malinterpretado la naturaleza de la habilidad genética en los niños, reconocí mi oportunidad. El bebé que naciera con ambas composiciones genéticas, la de tejer y la de modificar, podría separar la Tierra. Todo se enfocó en ese bebé.

—Entonces, ¿podría haber sido un chico? —le pregunto.

—No, solo una niña podría poseer ambos rasgos genéticos. El de tejer se negaba a manifestarse en los chicos, pero el de las modificaciones podía pasar a las chicas. La Corporación se concentró en evitarlo mediante la monitorización de la población —me explica Albert.

—Pero no lo entiendo —le interrumpe Jost—. ¿Cómo puede tener ella ambos rasgos si las dos habilidades surgieron de la misma modificación?

—Los genes evolucionaron de un modo muy parecido a como lo han hecho para hacernos más inteligentes, más fuertes. Compáralo con las líneas de un libro —Albert coge un volumen de la mesa que hay cerca de él y lo abre por una página—. No puede haber dos primeras líneas en un mismo libro. Tejer es la primera, y la habilidad de sastrar, o modificar, es la segunda. Son dos rasgos distintos del código genético. Adeline posee ambos gracias a sus padres. Son habilidades separadas y únicas, aunque a nivel básico su estructura y composición sean impresionantemente similares.

Y como tengo ambas, puedo recopilar los elementos necesarios para asegurar que Arras sea un todo...

—Así como fijar sus límites, modificando su composición fundamental de la manera más profunda —añade Albert. Sus palabras suenan más como un cántico al universo que como un hecho.

—Bien —respondo, parpadeando—. No me gustaría que fuera algo sencillo.

—Sé que es mucho a asimilar —dice Albert.

—Sí, y andamos escasos de tiempo —interviene Dante—. Vamos a tener que desenmarañar este lío en otra parte.

Albert le mira con curiosidad.

—¿Crees que Lucas va a traicionarnos?

—¿Recuerdas que te contamos que nos habíamos topado con Kincaid? —le pregunto en voz baja—. Pues le dimos esquinazo, pero no tardará en encontrar nuestro rastro.

—Entiendo —responde Albert—. Aunque si cuentas con las habilidades que aseguras, sabrás que va a resultarme difícil abandonar esta isla. Necesitaré tu ayuda.

Le miro fijamente, sin comprender a qué se refiere.

—Tienes que verlo —insiste—. Utiliza los ojos, Adeline.

Todo lo que me rodea se difumina con el entorno, diluyéndose en el tejido. La habitación se transforma en una maraña de colores y luz. Las hebras del tiempo están

detenidas. Me concentro más en Albert, dispuesta a ver su composición. Aún me resulta complicado, así que atenúo la respiración y me dejo llevar hasta que se convierte en hebras del universo —hebras atadas al tiempo de la habitación.

—Por eso te permiten vivir aquí —exclamo—. Te han amarrado a este instante. A esta casa —Albert no podría marcharse aunque quisiera, no sin la ayuda de alguien que tuviera la capacidad de separarle del tejido y el tiempo de la casa. Le han encerrado en una prisión espacio-temporal.

—¿Cómo dices? —pregunta Jost.

—Le han modificado. Han entrelazado las hebras de Albert con el tiempo y la materia de este lugar —miro a Erik con ojos suplicantes, sabiendo que él lo ve tan claramente como yo, pero niega levemente con la cabeza. No revelará su secreto, y siento cómo la promesa que le hice me abrasa la piel.

—Así que forma parte de la casa —dice Erik, obviamente haciéndose el tonto.

—Más o menos —afirmo para que los demás lo comprendan.

—¿Puedes, no sé, extraerle? —me pregunta Erik.

—Creo que sí.

—Esperaba un poquito más de confianza —dice Erik.

—Puedo hacerlo —respondo con más seguridad— con ayuda de *Dante* —me gustaría que Erik se ofreciera voluntario, pero ha dejado claro que no reconocerá ante su hermano su habilidad para hacer modificaciones.

Dante asiente con la cabeza y echa un vistazo a Albert y los objetos de la habitación.

—¿Por qué no esperáis fuera, chicos? —sugiere Dante.

En cuanto los demás se marchan, Dante se coloca a mi lado y su rostro adquiere una expresión de profunda concentración. Sé que distingue la composición de Albert y los objetos de la habitación, lo que debería bastar.

—¿Lo ves? —le pregunto.

—Creo que sí, pero, Ad, yo no tengo tanto talento como tú —responde, apretando mi mano—. Veo las hebras de Albert, pero está claro que se trata de algo más que una simple modificación. Necesitas a alguien con verdadera preparación. Alguien que conozca el trabajo de la Corporación mejor que yo —enfatisa la última palabra y deja la frase en suspenso. Sabe que Erik puede hacer modificaciones, pero deja la sugerencia en suspenso.

—Lo sé, y por eso te necesito *a ti* —respondo con énfasis—. Yo veo el cuadro en su conjunto. Veo cómo han manipulado el tiempo de este lugar, y una vez que libere ese tiempo, Albert necesitará que lo remates.

—¿Cómo? —pregunta Dante, inseguro.

—Veamos. Observa sus hebras, cuando le hayamos separado del tiempo de la habitación, Albert comenzará a perder su propio tiempo, como si sangrara, supongo. Tú tienes que detener la hemorragia. Eso es todo.

Mientras hablamos, Albert permanece en su asiento, contemplándonos con



fascinación.

—¿Estás listo para que lo intentemos, doctor? —le pregunto.

—Sí —responde.

—No puedo prometer nada.

—Lo comprendo y lo acepto. El ser mortal que hay en mí está un poco asustado, lo admito. No tanto de la muerte como del dolor. No resultó agradable cuando me lo hicieron la primera vez. Pero el científico que llevo dentro está deseoso de aventura. Vuestras habilidades me fascinan.

—No me digas —masculla Dante.

Respiro hondo y me concentro en la habitación. Hay muchas hebras en juego en su composición, pero tal vez por su similitud con el tejido artificial de Arras, me siento extrañamente tranquila. Comprendo la realidad de esta habitación y cómo existe Albert dentro de ella. Él forma parte del amplio tapiz del edificio, está unido a las hebras del tiempo detenidas dentro de su arquitectura permanente —objetos amarrados a un espacio y un tiempo, es decir, una casa—. La solución será separarle rápidamente y causándole el menor dolor posible. Me concentro un poco más hasta que visualizo a Albert, con el tiempo de vida que le fue asignado entrelazado con la existencia permanente de la casa, amarrándole a este lugar. Tengo que separar sus hebras y cortar las de la estancia. Si me equivoco, si por accidente rompo una de sus hebras naturales del tiempo, el resultado podría ser desastroso, pero intento no pensar en eso.

—Ojalá tuviera un gancho o algo así —murmuro.

—¿Por qué? —me pregunta Dante con voz temblorosa.

—Necesito rasgar algo. Sería más sencillo.

—¿Cómo rasgaste el tejido de Arras para escapar? —me pregunta Dante.

—Estaba *realmente* enfadada —admito.

—¿Podrías canalizar esa fuerza, pero tal vez hacia la pared? —sugiere Dante—. Si seccionas el tiempo ahí, podremos recuperar las hebras de Albert.

Por esto le pedí ayuda a Dante. Su perspectiva es inestimable. Yo había pensado cortar el tiempo de la habitación dentro de Albert, lo que podría haber sido complicado.

—Me resultaría más fácil si estuviera cabreada —comento.

—¿Necesitas ayuda para conseguirlo? Veamos. Kincaid te ha traicionado y pensaba modificarte. Tu hermana está en el coventri, y Arras sabe lo que le habrán hecho. Han asesinado a tu pa... padre —Dante se traba en la última palabra—. Tu mundo está construido sobre mentiras. ¿Te ayuda?

Noto el familiar dolor de la rabia subiéndome por el pecho.

—Y como no consigas liberar a Albert, moriremos a manos de la Corporación —añade Dante suavemente—. Me matarán a mí y a él. Matarán a Jost, a Erik. Si no los transforman primero en monstruos.

Algo chasquea en mi interior, algo con lo que me niego a razonar o pelear, así que

alargo la mano y desgarró el tejido de la habitación. Se rompe por el centro en una línea desigual. Y mientras cuelga desgarrado, la estancia que nos rodea empieza a cambiar. Los muebles se resquebrajan y las paredes se desmoronan. Se está destruyendo la habitación.

—Debería haber sabido que sucedería esto —exclamo.

—¡Albert! —grita Dante. Está temblando, envejeciendo poco a poco delante de nuestros ojos, marchitándose mientras le contemplamos horrorizados.

—Tenemos que extraerle ya. Se está descomponiendo con la habitación.

Dante y yo nos ponemos manos a la obra, agarramos las hebras del tiempo rotas y las deslizamos fuera del cuerpo de Albert, liberándole rápidamente de la fracturada trama temporal de la habitación. A cada hebra que sacamos, le sacude un espasmo, pero el proceso de envejecimiento se atenúa y su respiración recupera la normalidad. Aún muestra los signos de la edad a consecuencia de la entropía acelerada, pero está libre.

A nuestro alrededor la habitación continúa desmoronándose, se derrumba en los rincones y se convierte en polvo. Si no hubiera contado con la ayuda de Dante, no habría logrado extraer a Albert a tiempo. Dante levanta a Albert y el anciano científico se apoya en nuestros hombros mientras corremos hacia la puerta principal.

Entre el caos de maderas y muros que se resquebrajan, Albert se inclina hacia mí y me susurra algo al oído. El tiempo se está cayendo sobre nosotros, así que mi distraída mente apenas procesa sus palabras, pero las almacena. Ahora no puedo reflexionar sobre su significado.

Fuera, esperan los demás. Jost camina arriba y abajo por el porche y Erik está apoyado contra la estructura de la casa, mientras Valery agarra la barandilla y mira fijamente las agitadas aguas de la bahía.

—¿Ha funcionado? —pregunta Jost, acercándose rápidamente a Dante para ayudarlo a sacar a Albert al fresco de la noche.

—Sí, pero tenemos que salir de aquí. La casa no es estable —le digo.

—¡Mis documentos! —exclama Albert con un gemido.

—¿Dónde están? —pregunta Dante—. Iré por ellos.

—En mi estudio. La tercera puerta del segundo piso —la voz de Albert suena débil y cansada.

Dante y yo intercambiamos una mirada. Es peligroso entrar de nuevo, pero corre hacia el interior antes de que pueda decir nada para impedirselo.

—Deberíamos irnos —grita Valery.

—Vamos a darle un minuto para que recupere el aliento —sugiere Jost.

—¡No! —la reacción de Valery me alarma y me vuelvo hacia ella. Su pequeña silueta se recorta sobre el oscuro cielo nocturno, y descubro a qué se debe su insistencia. A lo lejos, una aeronave se desliza sobre el agua, acercándose a la isla por segundos.

—Tenemos compañía —vocifero.

—¿Quién? —pregunta Erik, acercándose a mí—. ¿Kincaid?

—No estoy segura —respondo.

Valery se vuelve hacia nosotros, y a pesar de la oscuridad veo que tiene el rostro demacrado.

—Es la Corporación.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

Valery hace una pausa y empiezo a temer su respuesta.

—Porque yo les dije que estaríamos aquí.

## CUARENTA

—¿Cómo? —pregunto mientras trato de asimilar el rápido desmoronamiento de la casa a mi espalda, la imagen de la aeronave planeando a lo lejos y la traición de Valery, todo al mismo tiempo.

Es demasiado para digerirlo de una vez.

Sin embargo, Erik desenfunda su arma.

—Ya pensaba yo que tu aparición en esta fiesta era un poco sospechosa. ¿Qué han conseguido a cambio, Valery?

Valery se encoge de miedo mientras Erik avanza, acercándose cada vez más a ella, pero no huye.

—Me hicieron cosas. Tú viste los laboratorios, Erik. ¿Es que no te acuerdas?

—¿Y ahora has cambiado oportunamente de bando? —ruge él.

—¡Erik! —le grito con voz cortante.

—No fue así —replica Valery, y me señala mientras las lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas—. Me dijeron que fue culpa tuya. Que si les ayudaba, recuperarían a Enora, pero...

—¿Pero? —la animo.

—Intentaron que la olvidara. Que deseara otras cosas. Cormac me aseguró que me habían convertido en una persona normal, y que cuando regresara a Arras —continúa, atragantándose con las palabras— sería feliz porque había servido a la Corporación.

—Te enviaron aquí para espiarnos —la incrimina Erik.

—Te odiaba —me dice Valery: Sus palabras imploran que la comprenda, y parte de mí lo hace. La parte que me culpa de la muerte de Enora—. Y el odio fue creciendo hasta que se volvió el único sentimiento del que estaba segura. Me consumía. Cuando te vi aquel día en el mercado de contrabando, me entraron ganas de arrastrarte hasta un callejón y hacer lo que la Corporación no haría.

Noto témpanos de hielo recorriéndome la espina dorsal, transformándose en escalofríos por todo mi cuerpo. Así que no había imaginado ver a Valery aquel día, pero lo que no sabía era que ella también me había visto a mí.

—Pero no lo hiciste —le digo—. No lo hiciste, Valery. Eres mejor de lo que ellos te permitirían ser.

—Simplemente, seguía órdenes. Te conduje hasta la tienda para que descubrieras la verdad. Así buscarías a Kincaid y caerías en sus manos. Ellos sabían que finalmente vendrías aquí, pero solo después de traer a Kincaid a este mismo lugar.

Desde que llegamos a la Tierra, cada instante ha sido maquinado, manipulado cuidadosamente para que estuviéramos aquí en este preciso instante. ¿Ha sido Valery quien ha dirigido tan minuciosamente todas nuestras decisiones? Recuerdo cómo cambió su actitud hacia nosotros en la mansión después de mostrarse fría y hostil, y cómo regresó luego a la frialdad. Su relación con Deniel, el sastre que me atacó. El

resto aparece confuso.

—Tú enviaste a Deniel —la acuso— para que desconfiara de Kincaid.

—Fue idea de Cormac —admite Valery—. Sabía que te pondrías en contra de Kincaid después de husmear un poco. Solo teníamos que animarte a fisgar.

—Una apuesta arriesgada —dice Erik.

—Esa es la cuestión. La razón por la que he odiado tanto a Adelize. Que trata de hacer lo correcto incluso a costa de las alianzas y el poder.

—¿Y me odiabas por eso?

—Te odiaba porque no es tan sencillo —me grita—. ¿Es que no ves lo que estás sacrificando? ¿A quién estás sacrificando?

Esta vez me dirijo hacia ella con los puños apretados, temblorosa.

—Yo nunca quise esto. Lo he hecho lo mejor que he podido. ¿Quieres que me convierta en otra maestra de crewel que intenta hacerlo lo mejor que puede encerrada en una habitación? ¿O peor aún, en Cormac?

—Estoy empezando a comprenderlo —Valery extiende las manos, deteniendo mi avance e interrumpiendo mis palabras—. Traté de seguir odiándote, pero ya no puedo.

—¿Cómo es posible? —pregunta Jost, dejando claro que no la cree.

—La modificación emocional y psicológica es complicada —dice Dante, y me vuelvo para descubrir que ha estado ahí, escuchando la confesión de Valery—. Es algo que requiere los mejores sastres. Si no se hace bien, el cambio no se fija por completo, pero si se modifica demasiado, se obtiene un ser vacío, alguien que es medio humano, medio nada. Modificar la psicología de una persona puede tener consecuencias terribles, y transformarla en una pizarra en blanco.

Beth, la niña que vivía en la puerta de al lado cuando yo era pequeña, alguien distinto en su pequeño mundo propio. Los habitantes de Cypress, mirando con apatía cómo yo cortaba la cinta de su nueva escuela. Enora, recitando con la mirada perdida el plan de la Corporación para cartografiarme. Lo he visto con mis propios ojos a lo largo de mi vida en Arras, sin saber jamás lo profundamente que la Corporación había hundido sus dedos en las mentes de los que me rodeaban.

—Pero a Enora le hicieron lo mismo que a Valery —exclamo, señalándola—. Aunque se mostraba más...

—¿Adorable? —pregunta él—. Eso debería haber servido de advertencia, aunque en la Tierra es fácil pasarlo por alto. Si querían que te encontrara, no podían borrar por completo sus recuerdos sobre ti. Pero eliminaron lo que tenía que ver con su relación con tu amiga y le insertaron lo que ellos consideraban unos sentimientos normales.

—Yo quería que Enora regresara —dice Valery con la voz quebrada—. Eso lo recuerdo. Lo bastante como para hacer cualquier cosa que me pidieran.

—Ellos no podían devolvértela. Enora se les escurrió entre los dedos —le digo.

—Lo sé. Lo *sabía*, pero eso no importaba.

El dolor es un sentimiento extraño. Te puede empujar a ver cosas que no están ahí e ignorar lo que tienes delante de los ojos. El rencor se transforma en ira y en estúpida insolencia y en un millón de impulsos destructivos. Yo lo sé mejor que nadie.

—Pero ¿por qué lo confiesa ahora? —pregunta Jost.

—Porque es demasiado tarde —responde Erik.

—No, no lo es —replica Valery—. Podemos huir por el extremo opuesto de la isla.

—No tenemos tiempo para eso —dice Dante—. Nos lo has dicho porque la modificación no se fijó. Puede que hayas odiado a Adelize, pero las modificaciones emocionales no funcionan si una persona cambia de parecer. ¿Me equivoco si afirmo que ya no le guardas rencor?

—Lo intenté. Quería seguir odiándola, porque así era más sencillo —responde ella.

Albert levanta la cabeza y, con voz débil, se dirige a nosotros.

—Nada puede acabar con el libre albedrío. Nuestra capacidad de decidir está ligada a nuestras almas. Es lo que nos define como seres humanos.

—¿De verdad quieres que escapemos? —le pregunto en voz baja a Valery, para que solo ella pueda oírme.

—Sí —responde—. Yo me quedaré. Les mandaré en dirección equivocada, pero marchaos.

Sé lo que le sucederá a Valery si la abandonamos, aunque parte de mí desea irse. La parte que se tambalea por su traición, que siente haber sido manipulada durante meses. Pero Valery se ha sacrificado del mismo modo que Enora lo habría hecho. Por eso se querían. No puedo culparla de estar enfadada y descargar su ira contra mí. ¿No he hecho yo lo mismo? ¿No he arriesgado vidas en el coventri con mis soberbias e irreflexivas palabras?

—¡Nadie se va a quedar atrás! —exclamo—. Jost, ¿dónde está la balsa?

—Rodeamos la isla para buscaros. Se encuentra en el extremo norte —me dice.

—La nave se acerca desde el sur, así que ella tiene razón. Si nos marcháramos ahora, tal vez tendríamos tiempo de escapar —sugiero—. Vamos a prepararlo todo.

—Ad —dice Erik con voz grave—, es imposible que dejemos atrás esa nave. Alguien debería quedarse. Si no se lo permites a ella, lo haré yo.

—Sé que piensas que tienes deudas que saldar, pero deja de intentar demostrar tu valía —le suelto—. No voy a dejar que nadie se quede rezagado, y mucho menos tú.

A nuestras espaldas, la casa del alcaide cruje y una pared cede, obligando a Dante a apartar a Albert. Nos envuelve el polvo del yeso.

—Este es el primer lugar al que vendrán —les digo—. No deberíamos quedarnos aquí.

Atravesamos corriendo el amplio patio de hormigón en dirección a la prisión y a la carretera que nos conducirá hasta la balsa, pero antes de alcanzarla, Erik me agarra

la muñeca y me detiene.

—Tienes que escapar, Adeline. Vienen a por ti y a por Albert. No puedo permitir que te cojan —me dice.

—¿A qué viene esto ahora? Podemos huir todos —replico.

—No, no podemos —dice él—. No, si queremos que tú escapes. Puedo distraerlos y conducirlos hacia la prisión. Jugaremos al escondite. Será divertido —trata de encogerse de hombros con aire despreocupado, de mostrarse cautivador, relajado y tranquilo, pero levanta los hombros demasiado y sus ojos no centellean.

—No te dejaré hacerlo —susurro, apoyándome en él.

—Sí lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque nos amamos —murmura—. Y siempre supimos que este día llegaría.

Mis labios se acercan a los suyos, confirmando que lo que ha dicho es cierto. Alargo el beso, consciente de lo que tengo que hacer y asustada por ello. Sus labios permanecen firmes sobre mi boca y su mano aprieta la mía. Nuestros cuerpos permanecen quietos. Es un beso suave y lleno de promesas que jamás se cumplirán, y el dolor que provoca me consume. Es el beso que deberíamos haber compartido hace mucho pero para el que nunca encontramos tiempo, y ahora es demasiado tarde. Es más que un adiós: es arrepentimiento.

*Ahora. Ahora*, me apremia una vocecita.

Así que beso a Erik. Le beso para despedirme de él. Le beso por todos los momentos que jamás compartiremos, y porque sé que le amo.

Porque sé que le estoy abandonando.

## CUARENTA Y UNO

Una ligera brisa procedente del océano nos acaricia. Su frío me hace tiritar y Erik se aparta para frotarme los hombros y que entre en calor; estamos lo bastante aturridos como para olvidar durante un instante dónde nos encontramos.

Por desgracia, un instante dura demasiado para desperdiciarlo.

—Ah, el amor juvenil —ronronea una voz—. ¿No es hermoso?

Nos giramos hacia la voz. Algo alejados de nosotros, los demás se quedan paralizados en el sitio. Nadie hace la intención de correr. Estamos tratando de pensar cuál será nuestro siguiente movimiento.

—¿No nos esperabais? —pregunta Kincaid—. Os confirmamos nuestra asistencia.

—Qué contrariedad —contesto al tiempo que me separo de Erik—. Porque tenemos otro compromiso.

—¿Sí? No me digas —exclama Kincaid, estirando los dedos de sus guantes y sacándose uno tras uno con delicadeza.

Se acercan unas pisadas —muchas, muchas pisadas— que atraen mi atención hacia otro lugar. Incluso Kincaid se vuelve, pero su rostro no se altera cuando ve aparecer a Cormac Patton. El mío se descompone bajo el peso de la frustración. Nos superan mucho en número.

—He intentado que mejorara sus modales —la voz de Cormac resuena por encima del viento. El pavimento cruje mientras avanza con un pequeño ejército a su espalda—. Pero se resiste a cambiar.

—Me gusta —le digo, luchando contra el rugido de mi pulso en los oídos. Han pasado casi dos meses desde que vi por última vez a Cormac, años para él—. «Se resiste a cambiar». Creo que podría considerarse un cumplido viniendo de un aspirante a ser inmortal.

—¿Aspirante? —Cormac arquea una ceja—. No me infravalores.

—Eso lo dejo a tu criterio —le aseguro—. Y, Cormac, se diría que no has envejecido ni un solo día.

La sonrisa de Cormac se amplía.

—Me alegra que ya no haya secretos entre nosotros. Ahora sabes lo que puedo ofrecerte. Erik —añade, dirigiéndose a él—, supongo que acabo de descubrir por qué no regresaste. No está bien coquetear con la esposa de tu jefe.

—Adelice no es tu esposa —exclama Erik, acercándose a mí.

—Lo será —asegura Cormac—. Se suponía que debías vigilarla, no ayudarla a escapar.

—¿De qué está hablando? —exclama Jost.

—Ya sabes lo bien que se le da a tu hermano guardar secretos, Jost. Supongo que nunca te había contado... —empieza a decir Dante.

—Ya veo de quién ha heredado Adelice su irrespetuosa manera de hablar —le



interrumpe Cormac—. No te muestres tan sorprendida. Valery nos ha mantenido bien informados desde la Tierra de las numerosas y sórdidas novedades.

—Eso ha sido rastrero, perro viejo —protesta Kincaid, agitando un dedo hacia Cormac—. Sabías que me gustaría.

—Se necesita un perro viejo para conocer a otro —responde Cormac—. Y a nosotros es imposible enseñarnos trucos nuevos.

La conversación es cordial, incluso chistosa, como la de dos amigos que bromean.

—¡Basta! —grito, golpeando el suelo con el pie—. ¿Es que no queréis acabar el uno con el otro? Porque a mí no me importaría mataros a los dos.

—Por supuesto —responde Cormac.

—Pero podemos hacerlo de manera caballerosa —añade Kincaid.

Avanzo enfurecida a pesar de las protestas de Erik.

—Tú le odias —exclamo, señalando primero a Kincaid y luego a Cormac— y supongo que él te odia a ti. ¿A qué viene esta farsa?

—Yo no le odio —asegura Cormac—. Le compadezco.

Kincaid deja escapar un sonido gutural, como si se estuviera atragantando, y voltea los guantes en las manos.

—No necesito tu compasión, Cormac. He encontrado el Whorl. La chica ha cumplido su parte y le ha liberado, y ahora tu dichoso mundo se deshilará en el universo. Mi único pesar es que no estés allí para desvanecerte en las estrellas con él. Pero puedes mirar. Imagina todo por lo que trabajaste, por lo que mentiste, por lo que asesinaste... destruido.

—Pura envidia —responde Cormac con una sonrisa falsa y agitando la mano para desechar la amenaza de Kincaid—. Regresa a Arras. Soy primer ministro. Todo marchará sobre ruedas una vez que hayamos atado este cabo suelto.

Me sorprende que haga un gesto hacia mí.

—Me necesitas —le recuerdo.

—¿Necesitarte? Tal vez *desearte* sea un término más adecuado. Espera un momento, porque tengo una propuesta que no podrás rechazar, amor mío, pero ahora están hablando los hombres —dice Cormac, moviendo un dedo.

—Yo no veo ningún hombre aquí —exclamo, pero me ignoran.

—Una proposición fascinante —continúa Kincaid—, pero me temo que le he cogido cariño a la Tierra. Mi mansión es encantadora, me tomé la libertad de reclamársela al tipo de los periódicos. Al que arrancamos del tejido al principio.

—¿Hearst? Le recuerdo. Un alborotador —dice Cormac.

—Y un arrogante.

No puedo evitar quedarme boquiabierto ante esta extraña conversación. Veo cómo mueven los ojos a un lado y a otro, cómo dan golpecitos con los pies: están haciendo tiempo. Cada uno trata de encontrar la mejor forma de destruir al otro.

—La cuestión es que Arras es monótono —comenta Kincaid con voz de aburrimiento—. Utilizas los mismos patrones. Aplicas nuevas tecnologías para

controlar a las masas. Allí no hay nada *estimulante*, sin embargo en la Tierra has creado un patio de juegos virtual y yo soy el rey de la colina.

—Así que, ¿destruirías Arras? —pregunta Cormac al tiempo que dirige los ojos hacia mí. Quiere que escuche la respuesta.

—Sí —ruge Kincaid, perdiendo la compostura—. Quiero ver cómo desaparece igual que la vi desaparecer a ella. Quiero ver cómo ardes en el sol, sentir su calor en la piel cada día y saber que *yo lo puse ahí* y que te lo arrebaté a ti.

—Destruir Arras no te la devolverá —dice Cormac—. Y sin tus insignificantes sueños de venganza, ¿cómo llenarás ese vacío?

—Hay más reinos que conquistar —responde Kincaid—. El espacio, quizás. Tal vez algún día, la muerte. Este es mi mundo, repleto de embusteros, tramposos e indeseables procedentes de Arras, la gente que me gusta. Todos ellos más honestos que cualquier oficial de Arras.

—¿Y cuando se subleven y estalle una guerra? —le desafía Cormac—. ¿Cómo los controlarás?

—¿Para qué controlarlos? Acabaré con ellos. No supondrá ninguna pérdida. Dispongo de hombres con habilidades, como ya sabrás. Empezaré de nuevo cuando me apetezca.

—La palabra tolerancia no está incluida en tu vocabulario —dice Cormac—. Tu compasión murió con ella.

—¿Por eso me exiliaste? —vocifera Kincaid—. ¿Para que no te obligara a pagar por lo que le hiciste?

—Yo no le hice nada —Cormac mantiene un tono de voz amigable, lo que me sorprende.

—Le contaste mentiras. La pusiste en mi contra —responde Kincaid—. ¿Por qué, Cormac? ¿Por qué querías que me odiara?

—Quería que te ayudara. Los experimentos que estabas realizando iban contra las leyes de la Corporación.

—¿Qué experimentos? —pregunto, pensando en las radiografías y las mediciones escondidas en los laboratorios de la mansión.

—Kincaid no solo sueña con controlar a los sastres, sino con convertirse en uno de ellos —me explica Cormac.

—Es el siguiente paso en la evolución —brama Kincaid—, y estaba a punto de conseguirlo antes de que tú lo arruinaras todo.

—Solo la avisé. Eso fue todo. Lo que tú le hiciste... fue resultado de tu locura.

—Estoy perfectamente cuerdo —dice Kincaid—. Tú, sin embargo, desenterraste el hacha de guerra.

—Qué poético —mascullo.

—Lo que sea que te hicieran esos científicos a los que pagaste no te convirtió en un sastre, Kincaid. Te despojó de tu humanidad. Por eso mataste a Josin —Cormac no se muestra triunfante al decir esto. Parece triste.

De repente, reconozco que Cormac tiene razón. Kincaid no ansia poder y dominio como él, y por primera vez me doy cuenta de que desea algo mucho más peligroso. La destrucción. La nada total y absoluta. Aquí no se trata de poder perdido. Lo que sucediera entre Cormac y Kincaid es más profundo y toca más el corazón de Kincaid de lo que imaginé. Me lo ocultó para que no descubriera que su perversa fascinación por el cambio y el control había transformado su alma en algo irrevocablemente maligno.

—¿Y yo? —les pregunto, atrayendo su atención—. ¿Qué me ofrecéis? ¿Qué me vais a dar?

—Tú puedes contemplar cómo arde —responde Kincaid con furia. Todo lo que te arrebataron. Todo lo que manipularon. Tendrás un asiento de primera fila hacia el amanecer de una nueva era lejos del dominio de la Corporación.

—El amanecer de tu dominio —aclaro.

—Lo compartiré —dice simplemente.

—Una oferta interesante, pero creo que yo tengo una más tentadora —interviene Cormac, y chasquea los dedos.

El ejército de guardias que hay tras él rompe filas y del oscuro mar de uniformes negros emerge una niña. Tiene el pelo rubio y va vestida con ropa de combate, como Cormac. Un hermoso maquillaje realza sus rasgos sobre la piel clara, lleva los ojos enmarcados con oscuras pestañas, y un perfecto recogido en ondas rodea su delicado rostro, aunque se le han escapado unos cuantos mechones que forman tirabuzones tras sus orejas.

Ahora tiene mi misma edad, o casi, y contemplo la sorprendente evidencia de la dilatación del tiempo contra la que hemos estado luchando. Me convencí de que unos cuantos meses no importarían. ¿Cuántos años tendría Amie? Quince. Todavía una niña. Pero ahora que está frente a mí, veo a una mujer joven. Mi igual. Sus radiantes ojos me reconocen. La última vez que la vi, entre la multitud de Cypress, ella pensaba que era otra persona —Riya—. La consecuencia de haber sido retejada después de la noche de mi recogida. Cormac ha estado preparando este momento, creando el anzuelo perfecto. Me muestra a mi hermana, sabiendo que soy demasiado débil para resistirme.

—Amie —susurro. Avanzo con paso vacilante, y mis ojos se dirigen a los de Cormac. Él asiente ligeramente con la cabeza para indicarme que puedo acercarme. La parte de mí que desea abrazarla acepta la situación, ignorando la vocecilla que me recuerda que con Cormac nada es gratuito.

Mis brazos la encuentran y ella me devuelve el abrazo. El corazón se me desboca al descubrir que me reconoce, y por un instante me siento transportada a un oscuro sótano, a una vida de distancia. Entonces era más bajita y su cabeza reposaba en mi pecho; ahora la apoya sobre mi hombro. Aspiro su limpio aroma a jabón y recuerdo la razón que me empujó a luchar por ella, por qué necesitaba aferrarme a la esperanza de recuperar a mi hermana. Su alegre parloteo y los cotilleos absurdos. El entusiasmo

contagioso de Amie. Ella era el sol de mi mundo. En la Tierra, podría convertirse en el sol de todo el mundo. Renunciaría a todo por eso.

Permanecemos largo rato abrazadas y nadie dice nada, nadie rompe el hechizo, y no me permito pensar en Cormac ni en sus retorcidas intenciones.

Me aparto de ella y examino su rostro buscando signos de miedo, pero veo felicidad.

*Alegría.*

—¿Te han hecho daño? —le pregunto.

—No —responde riendo—. Me estoy preparando. Es maravilloso. Una tejedora. ¡Yo! ¿Mamá y papá estarían sorprendidos?

Me muerdo la lengua. Me gustaría preguntarle qué piensa que les ocurrió a nuestros padres, pero me contengo. Puede que Cormac le haya permitido recordarme, pero habrá modificado su memoria.

—¿Te acuerdas de algo? —le pregunto, mirándola primero a ella y luego a Cormac. No quiero excederme y que me la arrebaten de nuevo—. ¿Dónde has estado?

Sus párpados aletean y sus ojos se quedan fijos en mí, como si tratara de recuperar un recuerdo pero no pudiera.

—Ha estado en el coventri —interviene Cormac para ayudarla, y para que yo sepa la mentira que debo aceptar si quiero ahorrarle a mi hermana la aflicción de lo que realmente les sucedió a ella y a mis padres después de mi recogida.

—¿Te lo has pasado bien allí? —mi voz se quiebra y el engaño me raspa la garganta, pero lo empujo hacia fuera. Es mejor que Amie no recuerde a Riya ni a los hombres que la arrastraron fuera del túnel debajo de nuestra casa. Algún día le contaré la verdad, cuando pueda comprenderla.

—Tengo corazón —dice Cormac.

—Nunca he dicho lo contrario —respondo con frialdad—. Aunque es un corazón muy pequeño.

—Basta ya —nos interrumpe Kincaid, alejándose de su séquito para acercarse a mi hermana y a mí—. Llévatela. Mis hombres se ocuparán del resto.

—¿Por qué crees que voy a marcharme contigo? —le pregunto, empujando a Amie detrás de mí para alejarla de él.

—¿Quieres regresar con Cormac? ¿Jugar a los disfraces y tejer el mundo en una torre? —me pregunta Kincaid.

—Probar a encadenar la locura con un hilo de seda —cita Cormac.

—Muy ingenioso, Cormac —responde Kincaid—. Pero este hilo de la vida está tejido.

—Shakespeare se adapta a cualquier ocasión —dice Cormac con los ojos fijos en mí—. El hilo de su vida no hace tanto que se rompió.

El mensaje de Cormac es claro. Kincaid está descompuesto, de modo que sé lo que tengo que hacer. Siento que mi percepción se desdibuja, que se concentra en la

realidad elemental que me rodea. Las hebras de Alcatraz son oscuras y el tiempo avanza lentamente. No está detenido como en los edificios, pero aun así parece de otro mundo. Antinatural. Cuanto antes salga de esta isla, mejor. Pero no me interesa la isla, sino el hombre que avanza hacia mí. Su composición me recuerda a la de Albert, y estoy segura de que si mirara a Cormac, empleando mi habilidad recién descubierta, vería algo parecido: una maraña de hebras falsas añadidas con esmero alrededor de una hebra temporal estancada. La hebra del tiempo de Kincaid está desgastada y entrelazada con hilos más nuevos, formando un macabro mosaico. Al quedar apartado de la tecnología y los laboratorios de la Corporación, habrá utilizado cualquier medio para sobrevivir. ¿Cuántos habrán muerto para que él pudiera seguir vivo?

Doy un paso adelante. He visto cómo se hace. Puedo repetirlo, aunque para ello deba confiar en que el ejército de Cormac me proteja del séquito de Kincaid, pero sé que esa es la razón por la que Cormac nos ha reunido aquí. La razón por la que envió a Valery para conducirnos hasta Kincaid. Ha estado planeando este instante, orquestándolo entre bastidores. Sabe que debo elegir: destruirle a él o a Kincaid. No puedo acabar con los dos, pero ahora comprendo cuál debe ser mi elección, lo que está verdaderamente en juego. Podría contemplar cómo Arras se desvanece en el cielo, pero no estoy lo bastante hastiada como para olvidar a las miles de sonrientes colegialas, a las madres jugueteando con sus hijos, a las parejas aprendiendo a enamorarse. No puedo destruirlos a ellos para destruir a un hombre, o a la Corporación. Hay otra manera de hacerlo, y emplearé para ello todos mis recursos.

No retrocederé.

La respuesta estalla en mi interior, inundándome de energía, y arremeto con la ferocidad que sentí la noche que fui atacada en la mansión. Incrusto los dedos en el cuerpo de Kincaid y aferro sus hebras del tiempo. Tengo que tirar con fuerza para vencer su resistencia, pero siento una fortaleza que no sabía que tuviera. Con un sonido sordo, la hebra se desenrolla y sale de él.

Ignoro su grito agonizante y contemplo la destrucción en estado puro. No veo carne ni huesos, simplemente las hebras que se descomponen. La delgada hebra plateada de su alma se disipa en el cielo nocturno junto al resto de su cuerpo, y el hilo dorado de su vida —su existencia artificial— se desvanece entre mis dedos. Cuando recupero la consciencia, me rodea el caos y hay polvo esparcido a mis pies.

*Polvo somos y en polvo nos convertiremos, Kincaid.*

## CUARENTA Y DOS

Los hombres de Cormac reaccionan como esperaba, iniciando un fuego cruzado con los escasos sastres que se atreven a enfrentarse a ellos. La mayoría son lo bastante inteligentes y salen corriendo, y unos cuantos escapan incluso del alcance de las balas.

Dejadlos —dice Cormac con ligereza. Tiene una expresión petulante en el rostro, y le odio por ello—. Sabía que podía confiar en que tomarías la decisión correcta, Adeline.

—¿Qué es lo correcto? —reflexiono en voz alta. Me vuelvo hacia Amie. pero se ha alejado de mí y tiene el rostro ceniciento. Le parezco un monstruo, aunque no me importa. Sabía que sucedería. Mejor ahora que luego.

—¿Qué has hecho? —pregunta casi sin voz, llevándose una mano a la garganta.

—He tomado una decisión —respondo con tranquilidad. Amie piensa que desea esta vida, pero necesita saber lo que realmente implica. Tiene que ver la parte negativa: el horror que existe tras los telares, el poder de la Corporación, las decisiones a las que se enfrentará.

—Y ahora tendrás que tomar otra —dice Cormac—. No puedo dejarte aquí, Adeline. Eres peligrosa.

—¿Y esperas que me marche contigo? ¿Que le dé la espalda a mis amigos y me tumbe en tu clínica para que puedas convertirme en la esposa perfecta? —le pregunto.

—¿Esposa? —balbuce Amie, asomándose por detrás de Cormac.

—Cormac y yo estamos prometidos, ¿o es que no te lo había contado? ¿Como tampoco te habrá dicho lo que le hizo a nuestra madre? ¿A nuestro padre? —mi voz suena demasiado fría y me arrepiento de hablarle con tanta crueldad. Amie es tan víctima de Cormac como cualquiera de nosotros.

—Acércate, querida —me dice Cormac—. Tengo una propuesta que será más de tu agrado. Tu vida por la de ella. Si vienes conmigo, ella podrá quedarse con tus amigos.

Amie clava los ojos en él, confusa y herida, pero su oferta no me sorprende en absoluto. Utilizar a Amie fue siempre parte de su juego.

—¿Y ellos? —le pregunto, haciendo un gesto hacia mis amigos—. ¿Pueden irse?

—Todos, incluso tu patético científico. Él no sirve para nada sin ti —responde Cormac. Así que lo sabe—. Ha sido un buen movimiento no confesarle a Kincaid que Einstein sería incapaz de completar la separación sin tu ayuda, que tú has sido siempre el verdadero Whorl.

—Voy mejorando —respondo con expresión ausente. No confío en que Cormac los deje libres, aunque eso ya no depende de mí.

—A ella también la dejaré marchar, y tú regresarás conmigo. He visto la luz, Adeline —asegura Cormac—. Soy un hombre nuevo. Tal vez convertirme en primer

ministro me haya transformado. Separaremos ambos mundos. Tenemos sus anotaciones. Soy una persona razonable. Regresa conmigo y les entregaré a ellos un mundo propio. Te necesitamos allí, Adelize. Nadie puede hacer lo que tú, y a cambio, te prometo que no te tocaré.

Es una promesa meliflua, recubierta de algo dulce para hacerla apetecible, pero saboreo su amargor, el veneno que Cormac trata de ocultar. Acepto con un simple asentimiento de cabeza.

—¡Adelize! —Erik me llama a mi espalda, y me vuelvo para mirarle. Ha observado todo sin decir una palabra hasta ahora; su hermano se encuentra a su lado, con aspecto decidido y determinado—. No tienes que hacerlo.

—Cógela —le grito, empujando a Amie hacia él. Está llorando y me gustaría consolarla, pero ¿cómo voy a lograrlo después de lo que ha visto?

El rostro de Erik se ensombrece, pero asiente con la cabeza. Una última promesa para toda una vida de promesas que jamás cumpliremos.

—Iré contigo, Cormac, pero como trates de modificarme un solo pelo, te partiré en dos —le advierto en voz baja.

Cormac hace una mueca. Sabe que soy capaz, lo ha visto con sus propios ojos. Aunque eso no me proporcionará seguridad. Simplemente elevará la tensión en nuestro juego del gato y el ratón. Pero yo sé algo que él ignora. Algo que podría cambiarlo todo. Si es cierto que Amie ha estado practicando, nuestra pequeña resistencia tendrá todo lo que necesita, excepto una cosa. Una cosa que yo puedo concederles: tiempo.

Cormac me ofrece el brazo y yo lo tomo de manera vacilante, sin atreverme a volver la mirada una vez más hacia lo que estoy dejando detrás —una vida que perderé para siempre.

De repente, una bala silba por encima de mi cabeza, interrumpiendo el solemne instante, y me doy cuenta con horror que viene de mi espalda. Me siento al mismo tiempo furiosa y aterrorizada. Bastante sangre se ha derramado ya hoy.

—¡Insensato! —grita Cormac mientras sus guardias se apresuran hacia nosotros—. Adelize ya perdió un padre a consecuencia del estúpido valor.

Dante, el suplente, el que nunca me quiso por completo y no supo qué hacer conmigo, está luchando ahora por mí. Me giro rápidamente hacia ellos y veo armas en alto, pero no pueden enfrentarse a todos estos hombres. Valery está ayudando a Albert a ponerse a salvo, sin embargo no veo a Amie por ninguna parte. Doy vueltas, tratando de encontrarla, pero la he perdido de vista, ha desaparecido en el caos de armas desenfundadas y disparos. Decido creer que ha huido con Albert y Valery, que se ha internado en la noche, donde no puedo verla —porque me queda una última cosa que hacer.

Pienso en la casa desmoronándose a sus espaldas, en las hebras del tiempo seccionadas. Albert quería que recordara, que mirara este mundo como es, y eso he hecho. Acabé con Kincaid, pero primero estudié todo y ahora lo traigo a mi memoria

mientras los rifles toman posiciones y los dedos aprietan gatillos, y con una tremenda y repentina furia, tiro del mundo que me rodea. Este conflicto no se resolverá con armas, y preferiría marcharme con Cormac a ver desaparecer la vida de otro amigo, la única familia que me queda. No puedo detener el derramamiento de sangre con una simple decisión. Mis dedos agarran la hebra correcta, larga y salvaje, una vida entera de posibilidades, y chasquea contra la Tierra, mutilando lo que encuentra a su paso, formando una extensa barrera de protección. Me vuelvo e instantáneamente distorsiono otro espacio y otro, hasta que estamos rodeados. Mis amigos no pueden llegar hasta mí, pero los hombres de Cormac tampoco pueden dispararles a ellos.

Sus gritos me llegan amortiguados, y veo la expresión en el rostro de Dante: severa, pero determinada. Hace un gesto a los demás para que huyan mientras yo levanto mi propia jaula. La única manera de proteger a los que quiero es encerrarme con la Corporación. Soy tan peligrosa para ellos como estos hombres armados.

Erik no corre con los demás, se acerca y coloca las manos en el muro que nos separa. Él no puede atravesarlo y yo no puedo tocarle, pero apoyo la mano un instante en la pared. Un último adiós.

—¡Vete! —me atraganto con la palabra, y aunque no pueda oírme, sé que me ha entendido. No se mueve, ni siquiera respira.

—No puedo —su respuesta se pierde en el viento o queda amortiguada por el muro, pero la veo.

Así que le contesto en un susurro, articulando con cuidado cada palabra para que me comprenda:

—No es amor el amor que se modifica por momentos.

Se muerde un labio y veo la desesperación en sus ojos, pero entonces aparece Jost y tira de él. Le aparta de la jaula de luz y tiempo que he creado.

Jost se vuelve hacia mí, y aunque su mensaje se pierda en la distorsión que nos separa, lo entiendo.

—Encuétrala.

Asiento con la cabeza, con determinación. De algún modo protegeré a Sebrina para él.

Levanta la mano y coloca el puño sobre su pecho antes de alejarse de mí, tal vez para siempre.

—Echaba de menos tu vena dramática —dice Cormac—. Un tanto innecesaria, pero si no puedes controlar a tus hombres...

—Yo no quiero controlar a nadie —le espeto.

—Tienes un mundo que controlar, así que yo lo reconsideraría —responde él.

Así que eso es lo que me espera, una vez acabados los cumplidos. Un grupo de hombres me esposa y me conduce hacia la aeronave.

—Todavía podría matarlos, y lo sabes —grita Cormac, sacando un frasco de su chaleco—. Pero no lo haré, así verás que puedo ser compasivo.

Contraigo los labios, sopesando las palabras, buscando la contestación más



adecuada, que al final es simplemente:

—Gracias.

—Cada día más educada —murmura Cormac—. Llévala a mi cuarto y ponédle calibradores en las manos. No quiero que ande deambulando por ahí.

El interior de la nave es amplio y austero. Unas enormes costillas metálicas forman arcos por encima de nuestras cabezas, y mis pisadas retumban en el suelo metálico mientras los guardias me conducen dentro. Tengo las manos amarradas con calibradores, unos guantes rígidos que me impiden moverlas. Mientras recorro con la mirada las delgadas paredes metálicas y las ventanas de cristal prensado, se me ocurre que podría intentar escapar, que debería intentar escapar. Pero no me interesa hacerlo. Cormac ignora por completo que me está llevando exactamente al lugar al que necesito ir.

Las últimas palabras que Einstein me susurró mientras la casa se desmoronaba retumban en mi cabeza: *Destruye los telares. Si eliges este camino, otros te seguirán como Whorl. Recíbelos y confía en ellos, pero conoce lo que guardan sus corazones. Igual que deberías conocer lo que guarda el tuyo.*

He hecho mi elección. Mi destino lo he elegido yo misma.

Me acerco a una pequeña ventana redonda y miro hacia fuera. La nave se desliza por una delgada hilera de hebras de la interfaz. Debajo de nosotros, hay un mundo de paredes que aparecen grises y negras por la falta de luz. Imagino la balsa, luchando con las olas, avanzando a contracorriente, y siento paz.

—Es hermoso.

La voz de Cormac me sobresalta, y al girarme le veo en la puerta.

—Hermoso —repito con voz monótona.

—Disfruta de ella. De la interfaz —me dice. Se dirige hacia una silla y se sirve una copa. La escena me resulta familiar, pero yo ya no soy la muchacha a la que Cormac solía mangonear.

—No me interesa —le digo.

—¿No te llama la energía? ¿La fuerza pura y salvaje del universo? —Cormac da un largo trago y me observa por encima del borde del vaso—. Lo dudo.

Vuelvo a mirar por la ventana hacia la maraña de hebras que la nave junta mientras atraviesa el cielo, como si fuera una mosca atrapada en una tela de araña.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. ¿Un cartografiado? ¿Una modificación? ¿Una boda?

—Buscaremos una solución beneficiosa para los dos —responde Cormac—. Soy un hombre de palabra, Adelice.

—¿Desde cuándo?

Yo no soy Kincaid. No estoy interesado en la destrucción —gruñe—. Podemos trabajar juntos. Te haré inmortal.

Asiento con la cabeza, pero sé que nos estamos mintiendo a nosotros mismos tanto como al otro. No estoy dispuesta a pasar por alto el modo en que la Corporación

desea controlar el mundo.

—Te ayudaré a separar y rematar Arras y la Tierra, pero la inmortalidad me da igual.

—Es tu loca juventud la que habla —suelta el vaso, abandonándolo para sermonearme—. Habla conmigo cuando tengas treinta años, cuando la cuadriga alada del tiempo se aproxime.

—Mi respuesta será la misma —le aseguro.

—No lo creo.

—Yo solo tengo un objetivo en la vida.

Cormac ladea la cabeza, invitándome a compartirlo.

—Jamás parecerme a ti —le digo.

Su sonrisa no desaparece, pero se levanta de la silla.

—Eres poderosa, Adelize. Es hora de que lo aceptes. Arras te necesita más que nunca. Están sucediendo cosas y necesito que me ayudes a instaurar la paz.

—La paz —repito, preguntándome si Cormac sabe lo que es. Ni siquiera estoy segura de saberlo yo.

—Piensa en ello —concluye Cormac—. Pero de momento, vas a tener que disculparme.

—¿Tienes que hacer una visita al aseo? —le pregunto.

—Echaba de menos tu sentido del humor —se ríe entre dientes y abre la puerta.

Ella está de pie en el pasillo, esperando, con los brazos cruzados en actitud protectora sobre su pequeño pecho. Se muerde un labio cuando me ve y dirige los ojos hacia el suelo en vez de mirarme. Mis dedos se contraen dentro de los calibradores que los aprisionan.

—¿Esto es lo que tú llamas ser un hombre de palabra? —grito mientras agarra a Amie por el brazo.

—Dije que podía irse —replica Cormac—, pero *ella* eligió quedarse.

—Lo prometiste —mis palabras suenan tan débiles como el último hilo que sujeta una costura.

—Es imposible tener ambas cosas —dice Cormac. Amie no me mira—. No puedes exigir que se respete tu voluntad y arrebatársela a otra persona.

—Tú lo haces todo el tiempo —le recuerdo. Me acerco a la puerta con tanta serenidad como puedo.

Amie se coloca detrás de Cormac y se me cae el alma a los pies.

—Amie —digo suavemente—. Puedes elegir. Siempre podrás. Pero esta vida no es la adecuada.

—Ya he elegido —asegura ella.

Contengo las palabras que me gustaría dejar escapar. *Es la elección equivocada.*

—Estaré aquí por si cambias de opinión —opto por decir.

—No lo haré —su tono es firme. Determinado—. Eres un bicho raro.

Cormac dirige sus negros ojos hacia los míos y Amie se vuelve hacia él. Le da

unos golpecitos en el hombro y se la lleva, mientras yo contemplo cómo mi hermana elige al monstruo de mis pesadillas.

Fuera, la interfaz se vuelve más densa. Surgen destellos y chispas al otro lado de la ventana mientras el cielo va adquiriendo un cegador tono blanquecino. En el extremo opuesto me espera una oscuridad a la que finalmente podré enfrentarme y un destino que gobernaré mientras la telaraña me atrapa, llevándome de vuelta al coventri.

## AGRADECIMIENTOS

Muchas personas me han ayudado y apoyado durante la escritura de este libro, a las que estoy y seguiré estando agradecida por su comprensión, consejos y estímulo.

Gracias especialmente al maravilloso equipo de Macmillan Children's Publishing Group y a Farrar Straus Giroux por su entusiasmo y la pasión mostrada durante este proyecto. Soy muy afortunada por contar con una editora que conoce su trabajo. Gracias, Janine O'Malley. Y adicionalmente afortunada por tener un responsable comercial como Simon Boughton. Gracias a mi publicista, Allison Verost, que nunca deja de sorprenderme y es la mejor compañera de viaje que una chica podría pedir. Muchas gracias a Ksenia Winnicki, Caitlin Sweeny, Kate Lied, Joy Peskin, Molly Brouillette, Angus Killick y Elizabeth Fithian por todo el trabajo que han dedicado a este libro.

Yo no habría llegado hasta aquí sin los consejos de mi agente, Mollie Glick, y el equipo de Foundry Literary, en especial Rachel Hecht y Stephanie Abou. Gracias a Katie Hamblin por sus impresionantes comentarios y sus increíbles habilidades editoriales.

Gracias a la maravillosa gente de Office of Letters and Light, en especial a Grant Faulkner y Chris Baty, por enseñarme que puedo escribir un libro entero de principio a fin. Y a Rainy Day Books, Mysterycape y los demás librerías y bibliotecarios que me acogieron en sus librerías y bibliotecas. Gracias a Arielle Eckstut y David Sterry por ser fuentes inagotables de ingenio y sabiduría.

Muchos amigos escritores me ayudaron durante el año de mi presentación en sociedad y en la escritura de este libro. Soy muy feliz por formar parte de una comunidad tan cálida y acogedora. Gracias a Sarah Maas, Jessica Brody, Jay Kristoff y Josin McQueen, además de a la League of Extraordinary Writers, en especial a nuestra intrépida líder (extraoficial), Beth Revis. A mis salvajes compañeros —Leigh Bardugo, Marie Rutkoski y Caragh O'Brien—, gracias por vuestra ayuda con la escalera mecánica y mucho más.

No podría haber escrito este libro sin Bethany Hagen, Laura Barnes, Robin Lucas, Kalen O'Donnell y Michelle Hodkin. Gracias por las llamadas, los ánimos y los encuentros de escritura nocturnos. A todas mis compañeras del grupo WRAHM (Madres que escriben en casa), os quiero más de lo que pensáis.

Y a mi familia, que aunó esfuerzos este año para convertir mi sueño en realidad. Gracias por estar ahí para mí en este viaje inesperado. James y Sydney, espero no haberos causado ningún trauma durante el proceso de escritura de este libro, pero prometo ahorrar parte de los beneficios para pagar las futuras terapias. Y a Josh: tú eres la luz que me guía para salir de los lugares oscuros. Gracias.